

EL  
**SACERDOTE Y EL MÉDICO**

ANTE LA SOCIEDAD.

III

SACRIBOTE Y EL MEDICO

(Es propiedad.)

LALE Y BOEDAN

# EL SACERDOTE Y EL MÉDICO

ANTE LA SOCIEDAD,

**Por P. J. C. DEBREYNE,**

DOCTOR EN MEDICINA DE LA FACULTAD DE PARÍS,  
PROFESOR PARTICULAR DE MEDICINA PRÁCTICA, SACERDOTE Y  
RELIGIOSO DE LA GRAN-TRAPA (ORNA).

obra puesta en castellano

por D. J. V. y P. y por D. M. P. y R.

Nunc, fratres, quoniam vos estis presbyteri  
in populo Dei, et ex vobis pendet anima illo-  
rum, ad eloquium vestrum corda eorum eri-  
gite.  
(*Judith* VIII-21.)

Disciplina medici exaltabit caput illius.  
(*Ecclesi.* XXXVIII-3.)

BARCELONA:

IMPRESA DE PONS Y C.<sup>ª</sup>, CALLE DE COPONS, N.<sup>º</sup> 4.

—  
1852.

Y. L. MEDICAL

For the use of the

Medical Department of the

University of the

Library

of the University of the

## PRÓLOGO DE LOS TRADUCTORES.

---

Cuando la mocedad inesperta, afanosa por adquirir conocimientos, ó cual á un objeto de solaz, se abalanza á cualquiera produccion literaria, en especial si su título es pomposo, y recibe tal vez de ella ideas falsas sobre cuanto la circunda, legándole como patrimonio una cadena de infelicidades y de amargura, ¿no sirve de algun consuelo ver que se levanten algunos varones justos y previsores, que guiándonos por la buena senda, nos den á beber las puras y cristalinas aguas de la verdad, derramando sobre los angustiados corazones palabras de vida y de consuelo?

Muere en Francia el autor de los Mártires y del Genio del cristianismo: desaparece de entre nosotros, y en sus mejores años, Balmes; Balmes, cuyo nombre vivirá tanto como su obra titulada: el PROTESTANTISMO, es decir, ambos vivirán siempre; pero la divina Providencia inspira á uno de sus hijos predilectos, y le dice: Escribe. Y este, desde un rincon de la Francia dirige sus escritos á la Europa toda, depositando do quiera luz y esperanza. Varias producciones ha presentado ya; descuella, empero, entre ellas la titulada: *El Sacerdote y el Médico ante la sociedad*. Su lectura produjo en nosotros tan profunda impresion que nos decidimos á ponerla en castellano. ¿Qué pudieran decir los traductores en abono de la obra que

no lo diga su título y el nombre del autor? Debreyne es, Debreyne, sacerdote de la Gran Trapa en el departamento del Orne, quien nos convida con una lectura, que puede restituir la dulce paz del alma á muchísimos jóvenes que las malas doctrinas pervirtieran. Pero los que mas provecho pueden sacar de ella son los sacerdotes y médicos, á los cuales particularmente el autor la dedica.

# ADVERTENCIA

DEL AUTOR.



Impreso ya este libro, estallaron, como una tempestad, los grandes acontecimientos de febrero : tempestad revolucionaria, que implícitamente predijéramos en muchos pasajes de esta obra. Cuando se siembra viento, no pueden recogerse sino tempestades: *Qui ventum seminabunt et turbinem metent* (Oseas). Es decir, que, en la disposición actual de los ánimos, en Francia, ningún poder, sea cual fuere, monárquico, constitucional ó republicano podrá subsistir, si niega las libertades y los derechos necesarios á la sociedad, y sin los cuales ésta no puede mantenerse en la tranquilidad del órden que asegura la paz y la dicha de todos (1), insiguiendo las palabras del célebre S. Agustín : *Tranquillitas pacis*.

(1) Téngase presente que el autor escribe en Francia bajo la impresion de circunstancias particulares de localidad.

ADVERTENCIA

1880

El presente libro es el resultado de un trabajo de investigación y de una recopilación de datos que se han obtenido de diversas fuentes. El autor desea agradecer a las personas que han colaborado en la realización de este trabajo, y en especial a los señores D. Juan de Dios y D. José María, por su valiosa ayuda y consejos. El presente libro es el resultado de un trabajo de investigación y de una recopilación de datos que se han obtenido de diversas fuentes. El autor desea agradecer a las personas que han colaborado en la realización de este trabajo, y en especial a los señores D. Juan de Dios y D. José María, por su valiosa ayuda y consejos.

## A LOS CURAS Y A LOS MEDICOS.

---

El doble sacerdocio de la Religion y de la Medicina, representado por el cura y médico católicos, es el cimiento principal sobre el cual descansa todo el edificio de la sociedad humana.

Pero ¿qué es lo que constituye esencialmente el sacerdocio religioso y el sacerdocio médico? El espíritu de abnegacion, de desprendimiento y de sacrificio; sentimientos puros, generosos, sublimes, inspirados por un principio sobrenatural, el principio religioso, esto es, por la caridad cristiana, muy diferente de la fastuosa y fria filantropía ó la caridad legal y administrativa de nuestros utopistas y economistas modernos.

La caridad verdadera es el amor del hombre segun las miras de Dios; mientras que la filantropía filosófica no es mas que el amor del hombre segun las humanas aspiraciones. Así en la abnegacion, en el desprendimiento y sacrificio inspirados por el principio católico y reasumidos en esta palabra sublime *caridad*, estriba la única base sólida de toda sociedad bien constituida. Cimiento de toda sociedad es la virtud, dice Bossuet: mas la caridad es la virtud por excelencia.

Dice M. de Chateaubriand que ansiosa la religion de reformar el corazón humano, y convertir en provecho de las virtudes nuestros afectos y ternezas, inventó una nueva pasión: no la expresó empero con la palabra amor, por ser poco casta; no se valió de la voz amistad que se pierde en la tumba, ni de piedad afiliada del orgullo; encontró si la espresion *charitas*, que despide cierto perfume celestial. Milagrosa virtud que nos enseña que deben los hombres amarse, cual si Dios que espiritualiza su amor fuese, por decirlo así, el vehículo, quien al proporcionar el tránsito le deja tan solo la esencia inmortal.

Es sin duda la caridad la fuerza vital y el alma de la sociedad, el medio de union necesario en el orden social, así como el vínculo de perfeccion en el orden espiritual. Destruid este cimiento, derribad esta base, y poco tardareis en observar grandes desolaciones, horribles ruinas. Y qué ¿no estuvieron á la orden del dia medio siglo atrás? ¡Ah! harto recordamos aquel reinado de odio y de furor insensato, harto se presenta á la mente aquella época lamentable é inaudita en los fastos de la historia humana, en la que, si Dios no hubiese puesto término á tan aciagos dias, todo habria sido derribado, y la sociedad francesa en masa engullida por el monstruo del ateísmo (1).

(1) Si los ateos gobernasen el mundo, dice Voltaire, preferible fuera vivir bajo el imperio inmediato de aquellos seres infernales que se nos pintan encarnizados contra sus víctimas. (*Homilia sobre el ateísmo.*)

Y en efecto, desterrada la caridad, bajo el imperio del ateísmo, se le sustituye un dogma disolvente y subversivo de todo orden social, que es el egoísmo, ó el amor propio desordenado y sus materiales intereses. Es el frío egoísmo, como se sabe, el que secando, atrofiando y endureciendo insensiblemente todos los corazones, los cierra á todo sentimiento generoso, y preciso es que tarde ó temprano toda sociedad, no inspirada por la caridad, se convierta en una mezcla heterogénea de seres humanos violentamente unidos por necesidades físicas y con lazos meramente terrestres. Desde entonces, no mas relaciones entre el hombre y Dios, esto es, no mas religion, la cual es la espresion de estas relaciones; no mas moral, la que está fundada sobre la religion; no mas leyes, las que se apoyan sobre la moral; y por consiguiente no mas sociedad (1).

Ved á que fatales consecuencias arrastra, si carece completamente la sociedad del sacerdote y médico católicos. Débese atribuir principalmente á la accion del sacerdocio católico la curacion de nuestros males revolucionarios y la regeneracion moral de la sociedad.

Y en efecto, ¿no llega á la última evidencia, que tan solo la religion, cuyo órgano es el clero católico, ha curado las fétidas y asquerosas úlceras y casi desesperadas, *plaga desperata*, de que tratan nuestros libros santos? Nadie lo dude: si se sostiene aun en el día la sociedad y no se disuelve y gangrena completamente, es porque la muy alta y divina potencia del catolicismo se lo impide.

(1) Dice Rousseau, «que no se ha fundado estado alguno que la religion no le sirviese de base.» (*Contrato social*.)—Síguese de este principio incontestable de Juan Jacobo, que un estado ó sociedad sin base, sin cimiento, es decir, sin religion, y en su consecuencia sin moral y sin leyes obligatorias, no puede llamarse estado ni sociedad; pero sí, una pura y verdadera anarquía. Desde entonces ya no hay garantía de orden público; acabóse la seguridad individual, como tambien el respeto á la propiedad, y por consiguiente hay falta absoluta de todas las ventajas, de toda comodidad y de todo embeleso social. Luego sin religion, ó sea, sin el sacerdocio, ó sin el cura es imposible la dicha y estinguese la sociedad. Oídme pues los que en vuestro fastuoso orgullo echais bravatas denigrativas contra la religion ó el cura, á quien despreciais quizás interiormente, y contra el cual alimentais injustas y estúpidas preocupaciones, siendo así que no existe religion alguna sin sacerdocio, despreocupaos: al clero se lo debeis todo; sí, todo se lo debeis, desde la pacífica posesion de vuestros bienes y riquezas hasta los encantos de la vida social que disfrutais.—Siendo la sociedad el estado natural, fisiológico y necesario del hombre, porque fuera de ella no puede reproducirse ni conservarse, y no pudiendo haber sociedad sin religion, indispensablemente será esta una cosa absolutamente necesaria, y como á tal no puede haber sido invencion del hombre; porque el hombre no inventa cosas necesarias. Y así como no son invencion suya el aire, agua, fuego y demás elementos, tampoco lo es la religion, no pudiendo prescindir de lo que le es tan necesario; lo mismo afirmamos de la religion que del aire, agua, fuego, etc.

Hombres del siglo, espíritus escépticos ó incrédulos; la inflexible é inexorable lógica os fuerza á concluir que la religion, ó el cura que la representa, es el cimiento necesario y vivo de la sociedad.

Si es mas necesario al órden social el sacerdocio del cura que el del médico, es porque aquel es sobrehumano, divino, y está colocado en una esfera mas pura, mas elevada, ejerciendo su principal accion con las almas ó seres morales y su vigilante solicitud sobre las costumbres de los pueblos ó la moral pública.

Aunque el sacerdocio médico solo sea de necesidad secundaria, no deja de sacar igualmente su sancion de un oráculo divino. Dice la Escritura: *Honora medicum propter necessitatem, etenim illum creavit Altissimus. (Eccli. 38.-1.)* Se deduce de este sagrado texto que su necesidad está justificada, y que el hombre elegido para satisfacerla no es una persona cualquiera; si solo el médico, *medicum propter necessitatem*. Luego el médico es el hombre de la necesidad, ó el ministro necesario. Es por la misma razon el dispensador competente de los medios que la Providencia pone á su disposicion, para los fines que ella ha determinado; así como el cura es el distribuidor de un órden de cosas infinitamente superior: *Altissimus creavit de terra medicamenta, et vir prudens non abhorrebit illa. (Eccli. 38.-4.)*

La espresion *vir prudens*, es aquí el equivalente de médico, ó sea el hombre prudente llamado á fin de que haga un sabio y juicioso empleo de los medicamentos que ha creado el Omnipotente; porque la prudencia en la eleccion de los remedios no es aquí otra cosa que la medicina. Por eso el médico, el hombre *necesario*, usará con prudencia de los medicamentos que Dios pone en sus manos.

Luego el sacerdocio ó el ministerio médico, es pues una profesion necesaria, por ser instituida y autorizada por un oráculo del Espíritu Santo.

El cura y el médico son sin contradiccion los dos hombres mas necesarios de la sociedad, los dos hombres sociales por excelencia. Mas conviene considerarles por un instante, ó á lo menos bajo un punto de vista general sobre la grande escena del mundo, es decir, conviene apreciar la accion de este doble sacerdocio sobre la masa entera de la sociedad. Presentaremos aquí tan solo apuntes muy ligeros, reservando los detalles para el cuerpo de la obra.

Nace el hombre, y al punto el cura y el médico le reciben, le acompañan y sirven de guia en el camino del tiempo, no desamparándole hasta haberle depositado en el umbral de la eternidad: ley universal en el mundo civilizado, ó al menos en el mundo católico.

Tal es la sublime, la magnifica mision del cura y del médico en presencia de la sociedad: desde la cuna al sepulcro, de la vida á la muerte, del tiempo á la eternidad.

La medicina, por uno de sus representantes, preside la aparicion del hombre en este mundo, asegurándole la vida material, y si es necesario la espiritual. Llenados estos deberes, rodea al nuevo ser de cuantos cuidados reclama su tierna y frágil existencia. Por su parte el sagrado ministro, le imprime el sello cristiano, regenerándole por medio del sacramento del bautismo. El agua bautismal, es el agua santificante y

purificante por excelencia, no siendo la lustral de los paganos mas que una vana é impotente copia.

Para desarrollarse y crecer este pequeño ser humano, necesita tan solo de la leche material hasta que pueda nutrirse de alimentos mas sólidos, de leche espiritual, y del pan de la palabra, ó siquiera de algunas migajas del pan sustancial de la palabra de Dios. *Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei.* (Matth. 4.-4.) Leche os he dado á beber y no otra cosa, dice S. Pablo á los de Corinto, por creeros incapaces de mas sólido alimento.... *Lac vobis potum dedi, non escam : nondum enim poteratis...* (Corinth. 1.-3.-2.)

La asidua y vigilante solicitud del médico para con el niño debe empezar desde la mas tierna infancia, á los dos ó tres años, ya para curarle ó precaverle de las enfermedades eruptivas, ó de otras afecciones anexas á este período inicial de la vida. Indispensable es sobre todo que el facultativo, de consuno con la madre, prodigue sus desvelos al infante hasta mas allá de la pubertad, á fin de escudarle eficazmente contra los primeros ataques, ó contra el desarrollo de hábitos depravados. La incuria ó el olvido de esta precaucion es muy á menudo el origen y causa de las mas grandes desdichas, tanto morales como fisicas. Será pues muy del caso educar los parvulillos con cierta medida de rigor y austeridad física, á fin de que la sensibilidad no se desarrolle con demasiada prontitud, ó no se exalte viciosamente. Desarrollad pues el sistema muscular por medio de ejercicios fisicos, como la gimnástica, y todo lo que con ella tiene relacion; á saber, los juegos, saltos, corridas, etc. y con tales medidas os opondreis al estímulo precoz de una sensibilidad escesiva, viciosa ó depravada, y tambien, pondreis un poderoso y saludable obstáculo al desarrollo del vicio, ó sea á la horrible inclinacion al onanismo.

La madre, por su parte, con aquel delicioso afan, con aquel encanto inefable que inspira el amor materno, se ocupará en la primera educacion de su hijo. El órden que debe seguirse en la educacion sensitiva, intelectual, moral y social del hombre, como en otra obra dijimos, consiste sencillamente en un órden fisiológico, segun el desarrollo sucesivo y progresivo de las facultades del alma.

Debe, segun este principio, empezarse la educacion moral, ó la educacion propiamente dicha desde la primera infancia, hermanada con la educacion de la palabra; es decir, ambas son necesarias al hombre por naturaleza y esencia, resultando ser de una necesidad fisiológica..... Las facultades que primeramente despuntan en el niño son las funciones sensitivas y la memoria. Habladles pues por medio de imágenes, como á una colonia salvaje, y con espresiones del lenguaje familiar, que poquito á poco, auxiliado de su naciente memoria, repetirá, aprenderá, y comprenderá. Así que la razon del niño despida sus primeros albores, enseñadle lo verdadero y lo bueno, depositando insensiblemente

te en su facultad principal, ó la memoria, las nociones del lenguaje y las primeras y mas simples lecciones del catecismo, esto es, el conocimiento y amor de Dios y del prójimo; porque en eso estriba todo, aquí está todo el hombre: *Hoc est omnis homo. (Eccli. 12.-13) (1)*. Este es el *porro unum necessarium*; este es el hombre intelectual, moral y social. La palabra, pues, el conocimiento, y el amor de Dios y del prójimo son los tres atributos necesarios á la humanidad, sin los cuales no puede existir el hombre, ó al menos será su existencia como la de un ser humano meramente físico (verdadero salvaje), cual los niños de teta (*infantes* sin habla), dotado como ellos de capacidad para transformarse mediante la educación moral, en hombre normal, fisiológico y psicológico, esto es, en un ser intelectual, moral y social.

En cuanto á la instruccion natural ó humana, que es únicamente una necesidad de segundo orden establecida para utilidad y acrecentamiento perfecto de la sociedad, es preciso darla gradualmente, siguiendo la sucesiva evolucion de las facultades intelectuales de los parvulillos. Es de suma necesidad tocar este punto, por la premura en que generalmente empieza esta instruccion y en una edad demasiado tierna. En el dia todo se halla avanzado y prematuro, no solamente en el orden intelectual, si que tambien en casi todas las cosas naturales y usuales de la vida. Llámense en su auxilio las ciencias; atórméntanse las artes y la industria con el afan de apresurar y multiplicar los goces y deleites materiales; todos se dan priesa á vivir y gozar, porque el tiempo apremia y huye, no trabajando ninguno por el porvenir, ansiosos sí de las presentes y propias fruiciones.

Esa febril agitacion que arrastra á los míseros humanos al cenagal de los deleites presentes y materiales, ¿no parece un vivo presentimiento de una destruccion general que fatalmente los empuja por la escabrosa senda de la vida? Hay una ansia de gozar á toda costa, ansia que apremia, y *per fas et nefas* se acude á los goces mundanos, aunque cercenar deban los dias de la existencia. Se ve, se toca todos los dias de modo tal, que muy aplicable se hace á tamaño desórden aquella sentencia de Séneca: *Non accipimus vitam brevem, sed facimus*.

A poca diferencia acontece otro tanto por lo tocante á la instruccion de los niños. Mal aconsejados los padres quieren gozar tambien de la precocidad intelectual de sus hijos, y deseando tener á diez años pequeños sabios, no verán mas que imbéciles ó estúpidos á los veinte y cinco.

Desenvuélvase pues el organismo, déjese robustecer el físico; no se gasten los órganos y mayormente el cerebro antes de su normal evolucion, ó al menos antes de su desarrollo suficiente. La moral sigue al

(1) Donde quiera que veais un altar, dice M. de Maistre, allí encontrareis igualmente la civilizacion. Ciertamente menos sabio es que nosotros el pobre que mora en pajiza cabaña; es empero mucho mas social, si asiste al catecismo aprovechándose de él. (*Veladas de S. Petersburgo, t. 1.º*)

físico. Si comprimís este último, si intempestivamente impedis su desarrollo, la primera podrá daros alguna lisonjera esperanza; pero será seductora y vana, ó lo que es lo mismo, sin realizacion y sin porvenir.

Asoma en tanto la pubertad, y llega con ella la grande época de la primera comunión. Es sin contradicción y bajo todos aspectos, este acto religioso, el mas importante y decisivo de la vida humana, de cuyo sagrado é indispensable cumplimiento depende la dicha ó la desgracia del hombre. Y en efecto, hecha la primera comunión con todas las disposiciones necesarias, brota una fuente de gracias y bendiciones que preparan al adolescente un porvenir de paz y felicidad, revistiéndole del valor suficiente para vencerse, y soportar con resignacion las tribulaciones y penas de la vida, cuya amargura dulcifica con un inevitable encanto, ó al menos con un fondo de serenidad, de calma y constancia. Por el contrario; mal cumplida la primera comunión, sin las preparaciones y disposiciones convenientes, es una profanacion de lo que hay de mas sagrado sobre la tierra, y si no es enmendada, tarde ó temprano caerá sobre aquella alma un fastidio inmenso; y sin que lo pueda evitar, perenne manantial será de multiplicadas y lamentables desdichas. Es inútil hacer notar que la accion del cura interviene aqui de la manera mas formal y eficaz. La consumacion de tan santo y sublime acto, que incumbe al sagrado ministerio, es como hemos insinuado ya, una obra de la mas alta importancia moral y social.

Ved ahí lo que dice poéticamente Chateaubriand sobre la primera comunión, y acerca de la santa comunión en general. «A los doce años y en la primavera únese el adolescente con su Criador. Y luego de haber llorado con el monte Sion la muerte del Redentor del mundo, y luego de haber recordado las tinieblas que cubrieron la tierra, abandona su dolor la cristiandad, reanímase las campanas, descúbrense las santas imágenes, y retumba la cúpula de los templos con el regocijado grito, con el antiguo *Aleluya* de Abraham y de Jacob. Las doncellas vestidas de lino, y los jóvenes primorosamente engalanados marchan pisando un camino sembrado de las primeras flores del año; diríjense al templo, entonando nuevos cánticos: sigúenlos sus padres, y muy pronto descende Cristo sobre el altar para tan candorosas almas. Depositase el pan de los ángeles en aquella lengua sin mancilla, mientras bebe el sacerdote en el vino puro la sangre meritoria del Cordero.

»En esta solemnidad nos recuerda Dios un sacrificio cruento bajo las mas inocentes especies; y se place la mente en hermanar el recuerdo de risueñas escenas con tan elevados é inconmensurables misterios. Resucita la naturaleza con su Criador, pareciendo que el ángel de la primavera le abre la puerta de la tumba, cual aquel espíritu de la luz que removió la losa que cubria el glorioso sepulcro. Y la tierna edad de los que comulgan y la del nacimiento del año confunden su mocedad, su armonía y su inocencia. El pan y el vino anuncian los dones del campo prontos á madurar, y representan el cuadro de la agricultura, y por

último descende Dios al alma de aquellas criaturas, fecundándolas; á la par que descende en esta estacion al seno de la tierra, para que se engalane con ricas y malizadas flores.

»Tras una serie de acciones virtuosas y precedida de una confesion general, verificase la comunion que tanto y tanto favorece á las buenas costumbres, y puede afirmarse que con solo gustar dignamente del pan eucarístico una vez al mes, el hombre que tuviese tan santa constancia seria el mas virtuoso de la tierra. Estended ahora el raciocinio de lo individual á lo colectivo, del hombre al pueblo, y vereis que la comunion es una legislacion completa.... La Eucaristía toma origen de la cena, y es tan bello el cuadro, que invitamos á los pintores á que fallen sobre el mérito de la escena en que se representa á Jesucristo diciendo: *Hoc est corpus meum*. Este es mi cuerpo.

»Reasumiendo cuanto hemos dicho relativamente á la comunion, vemos lo primero una encantadora pompa; notamos que exige un corazon sin mancilla, ¡qué moral tan pura! que es la ofrenda de los dones de la tierra al Criador, y que recuerda la sublime y patética historia del Hijo del hombre. Y hermanada con la memoria de la Pascua y de la primera alianza, piérdese la comunion en la noche del tiempo, tendiendo á las primeras ideas sobre la naturaleza del hombre religioso y político, patentizando la antigua igualdad del género humano, perpetuando en fin el recuerdo de nuestra caída primitiva, de nuestra reparacion, y de nuestra unión con Dios.» (*Genio del cristianismo, t. 1.*)

Por si os pareciese sospechoso este lenguaje, lo cual dudamos, citaremos cierto pasaje de un autor, al cual nadie de seguro tachará de misticismo, ó de asceticismo estremado: este escritor, repetimos, ni es místico teólogo, ni austero religioso, ni predicador severo, es sí el patriarca de la filosofía impía del siglo xviii, el padre de la incredulidad moderna, el célebre Voltaire, ya que es forzoso nombrarle. Oigamos lo que dice el famoso filósofo: «A los ecos de música encantadora, á la luz de mil cirios, y al pié de un altar cuajado de oro ¿no veis cual reciben los hombres á su Dios? Fascinada la imaginacion, enternecida y arrobada el alma, respirando apenas, siéntese libre el cristiano de los lazos terrenales; únese con Dios, el cual penetra en nuestro cuerpo y en nuestra sangre. En este estado ¿quién se atreverá á cometer una sola falta, ni siquiera á concebirla? Sin duda es imposible imaginar un misterio que mas fuertemente una los hombres con la virtud.» (*Cuestiones sobre la Enciclopedia, t. 4*, edicion de Ginebra.) Luego un misterio que une tan estrechamente los hombres á la virtud, no puede ser *invencion* del hombre.

Recibida dignamente la primera comunion no deja tarde ó temprano de producir sus frutos, dejando al menos impresos en el alma inefables recuerdos religiosos, que conducen á los deberes de la religion á las almas dóciles, arrastradas por el tempestuoso movimiento de las pasiones, ó desecadas por la tortura de la ambicion y del orgullo. Del pe-

riódico religioso *La estrella del pueblo*, copiamos la siguiente anécdota relativa al general Drouot. Es sabido que Drouot conservaba casi solo, en medio de sus compañeros de armas, las prácticas de nuestra santa religion, y que vivía con la regularidad de un cristiano de la primitiva Iglesia. Se complacia mucho en referir el siguiente hecho de su empedrador.

Hallábase un día Napoleon en su tienda de campaña, en el mismo campo de batalla, recibiendo los parabienes de una victoria decisiva que acababa de alcanzar, cuando alguien le dijo: «Señor; sin duda será este el día mas bello de vuestra vida.» Contestóle Napoleon con viveza: «No, señor.» Enmudecieron todos por largo rato, y en seguida cada uno de los circunstanciales citó el día que en concepto suyo mejor mereciese aquella calificación: Montenote citó el 18 brumario, la batalla de Marengo, la coronacion, Austerlitz y el nacimiento de su hijo. «No, señores, no;» replicó todavía Napoleon. Sucedió nuevo silencio y grande admiracion; mas entonces muy grave y muy enternecido Napoleon, citó *el día de su primera comunión*. Al punto dirigió sus miradas á los circunstanciales, y notando que sus palabras tan solo los había llenado de sorpresa, vió no obstante brillar una lágrima en el ojo de uno de los asistentes, al cual acercándose Napoleon y estrechándole la mano, le dijo: «Me habeis comprendido; sí, vos me habeis comprendido.»

Estas cuatro palabras son un elogio de la piedad de Drouot, y no se podrá tachar de poco sincera la boca que se las dirigió.

Sucede á la primera comunión otra muy grave é importante época, y es el momento decisivo de escoger estado, ó de emprender una carrera cualquiera. Aquí sí que son de una indispensable necesidad los consejos de un sabio director, de un confesor hábil, esto es, de la accion del cura ó del sagrado ministerio, y de una decisiva consecuencia en razon á la poca esperiencia del jóven no contaminado aun por la corrupcion y perversidad del siglo.

Mas, no pudiendo estendernos sobre este punto que nos llevaria demasiado léjos de nuestro objeto, dejaremos al jóven que entre en la sociedad, y que se incorpore á la gran familia humana, tomando en adelante el puesto correspondiente á su rango, ó conforme á las necesidades de su posicion. Sin embargo, diremos algunas palabras acerca de la doble influencia que ejercen el cura y el médico, no solamente con cierta clase aislada de ciudadanos, sí que tambien sobre la universal sociedad cristiana.

Es muy cierto que esta sociedad encierra en su seno á dos hombres que han recibido de la divina Providencia la alta mision de dirigir el curso de los destinos humanos: estos dos hombres providenciales, estos misioneros de la civilizacion, son el cura y el médico católicos. Estos son los que, penetrando todos los días en el santuario de las familias, se convierten en consejeros suyos, en amigos y depositarios de sus mas intimos secretos.... Ellos tienen en sus manos la union, la paz y

la dicha de las mismas. Siempre ocupados el cura y el médico católicos en hacer bien, en dar alivio y consuelo á todos los seres que sufren, son como la personificación de la abnegacion, del sacrificio y desprendimiento, esto es, de la caridad cristiana. Ministros y dispensadores de los beneficios que el cristianismo ha traído sobre la tierra, hacen el bien pasando por el difícil y escabroso camino de la vida. *Trauseunt benefaciendo*. El cura y el médico son en efecto, los dos hombres que mas beneficios y consuelos derraman sobre la gran masa de seres desvalidos y miserables que se agitan y luchan bajo el imperio de un desgraciado destino. ¡Cuántas infelices criaturas se hallan debajo del cielo, que en su absoluta desnudez, no encuentran otros consuelos y socorros, que en la católica simpatía del cura y del médico!

Veremos al cura y al médico católicos, á estos dos héroes de caridad cristiana, rivalizar en celo y desprendimiento en presencia de un formidable é inminente riesgo, cuando todos los corazones se hallan amilanados, abatidos los esforzados, y todas las voluntades paralizadas. En tan grave conflicto, vereis á estos dos hombres de sacrificio y caridad correr, volar al teatro de mortífera epidemia, despreciando la contagiosa y devastadora plaga, desafiar la muerte, y dar si es necesario su vida para salvar la de sus hermanos. *Dant animas suas pro fratribus suis*. ¡Es el colmo, lo sublime de la caridad! ¿No recordamos todavía la cristiana y heroica abnegacion que los curas y médicos desplegaron cuando el cólera de 1832?

Vereis además al cura y al médico en el recinto de esos repugnantes asilos de todas las miserias humanas, en esos vastos y tristes museos patológicos, en que pululan cuantas enfermedades pueden abrumar al infeliz mortal; vereis asimismo á nuestros dos hombres de abnegacion sobrehumana en esos receptáculos inmundos (pues se les halla en todas partes, mientras haya sufrimientos que aliviar y peligros que correr); veréislos tambien, repito, en esos receptáculos impuros, en donde gimen las víctimas del vicio y los miembros culpables ó gangrenados de la sociedad.

Se verá igualmente al cura y en su misma persona al médico, porque en caso de necesidad se constituye tambien médico corporal, tan rica es en recursos la caridad, llevar á las hordas salvajes, juntamente con la palabra de vida la buena nueva de la civilizacion. Refiríónos recientemente un misionero que, en el fondo del Asia, entre una colonia salvaje adonde ningun europeo habia penetrado jamás, curó por medio del sulfato de quinina todas las intermitentes del país; y que los calenturientos á mas de cincuenta leguas de distancia venian en busca de este hombre extraordinario, de este nuevo taumaturgo. Escitada la curiosidad de los habitantes por el raro traje del mismo, hacíanle mil y mil preguntas, y á todas respondía que era ministro del Señor de los cielos; que él llegaba de lejanas tierras, y que sus muchos viajes tenían por objeto hacer cuanto bien pudiese á sus semejantes, y que por

lo mismo ansiaba permanecer entre ellos. Su mision, apoyada por el brillo de sus milagros, produjo los mas felices resultados (1).

(1) En los parajes donde hay facultativos no debe el cura medicar á los enfermos, á menos que el medicamento sea muy inocente y meramente higiénico. Pero en los países salvajes ó no civilizados, en que no se halla profesor alguno, es muy útil y hasta necesario que los misioneros se prevengan de algunos medicamentos simples y eficaces, como el sulfato de quinina, por ejemplo, al objeto de curar las fiebres intermitentes que casi siempre reinan en los países de rutiario ú escaso cultivo, y por la misma razon pantanosos los mas, y en su consecuencia espuestos frecuentemente á las enfermedades *pireticas*. Con este medio derrama el sacerdote por donde quiera, juntamente con la palabra evangélica y civilizadora, la salud del alma y del cuerpo. No se olviden tampoco en proveerse de vacuna buena, recientemente estraida y bien conservada, que es para un misionero punto de trascendental importancia, como se verá en la siguiente carta.

*Estracto de una carta de M. Retord, vicario apostólico de Tong-King occidental, enero de 1846.*

Con los cristianos de Nang-Nghuyen empezamos á poner en uso la vacuna que M. Castex nos trajo de Francia. La operacion tuvo un éxito tan completo, que la vacunacion se estendió en casi toda mi mision, llegando hasta la de Tong-King oriental. No sabria yo deciros los millares de niños que hemos inoculado ya; solamente os diré que cada dia nos van llegando una multitud, y es tanta la prisa de los padres en presentárnoslos, y tal la confianza que tienen en la operacion practicada por nosotros, que á la verdad es cosa admirable y sorprendente. Hemos enseñado el practicar la operacion de la vacuna á muchos médicos, lo mismo que á nuestros catequistas y curas indígenas. Tengo fundada esperanza que la introduccion de la vacuna en esta mision, aumentará en mas de mil por año el número de los cristianos, por ser espantoso el estrago que hacian aquí las viruelas, de modo que en ciertas épocas morian la mitad de las criaturas. Horrorizado á la vista de tantas victimas me decidí á rogar á M. Langlois, que hiciese instruir en París algunos de nuestros cofrades en el arte de vacunar y enviarlos despues provistos de los instrumentos necesarios, para que en seguida puedan instruir en el desempeño de esta operacion á los misioneros, á los curas y á la gente del país.» (*Anales de la propaganda de la fe*. Julio de 1847.)

En 1844 decia M. Suchet, vicario general y cura de Constantina (Argelia), á un religioso trapense, médico de Staoueli: Os doy infinitas gracias por el bo-tiquin que me dejasteis habrá dos años, cuando partisteis para Bona, junto con la explicacion que debia dirigirme en su administracion. Por medio del láudano, del sulfato de quinina, de la raiz de regaliz, etc., he sido bien recibido de todos nuestros árabes; he penetrado en el fondo de sus harems y de sus tiendas, les he hablado de Dios, logrando hacerles pronunciar en sentido mas religioso su Ellamdou lilah (gloria á Dios); he visto á sus mujeres, hijas y niños venirse presurosos á mi derredor para recibir medallas de Lele Mariem, y comprender los milagros que les referia de la clemencia de la Madre de Dios. Auxiliado de vuestros medicamentos he podido llevar la luz al seno mismo de la mas estúpida ignorancia. Sí, padre mio, un misionero deberia tener algunas nociones de medicina, y no emprender viaje alguno sin traer consigo algunos remedios, si quiere lograr felices resultados. ¿No fué por medio de la curacion de las enfermedades que nuestros padres los apóstoles se abrieron libre entrada en el corazón de los idólatras?

Poco tiempo despues, el mismo médico recibió de Mr. Bataillon, marista, vicario apostólico de la Oceania, una carta datada de Futuna, en la que este

Se verá, por último, al cura y al médico arrojarse en medio de las batallas, presentarse sin temor ni fausto sobre el teatro de la gloria, no para alcanzar allí con tanto trabajo laureles que se marchitan y secan, ni condecoraciones que se empañan y descoloran, sino para recoger las palmas vivas é inmortales del martirio, de la caridad y abnegacion cristiana. Mas, ¿por qué razon el sagrado ministro se halla en el dia tan injustamente rechazado de nuestros ejércitos (1)? Es necesario decirlo sin rebozo: negar la entrada en los regimientos á los curas, es cometer á la par una injusticia y una crueldad con nuestros soldados que dan la sangre y vida en defensa de su país. ¡Desgraciada la nacion que consiente tamañas iniquidades! Aunque el estado carezca de religion, el soldado, en general, cobija todavía la fe en su corazon, y pagando á la patria el tributo de su sangre, es acreedor al menos al imprescriptible derecho de todos los ciudadanos franceses, es decir, el de recibir en el supremo momento los consuelos de la religion, los sacramentos de la Iglesia, y la prenda de su salud eterna. Y con todo eso, el soldado que muere por la defensa de la patria, sobre un suelo extraño, léjos de sus padres ó deudos, abandonado de todos, es injustamente privado de todas estas ventajas, que son por otra parte todo su bien y su esperanza toda. ¡Cual es pues la nacion, cuál la legislacion impía y salvaje que consiente semejante atrocidad, ó mejor, semejante crimen de lesa humanidad, y de lesa sociedad!

Así vemos que la vida del hombre y de la sociedad entera no es ordinariamente sino un tejido de vicios así morales como físicos, una larga cadena de penas y afecciones morales, de sufrimientos y dolores físicos, que prematura é infaliblemente acabarían con toda humana existencia, si la Providencia divina no hubiese delegado á dos hombres la alta y sublime mision de velar por la conservacion del género humano. ¡Honor, pues, á estos dos hombres providenciales, á estos dos ángeles tutelares de la sociedad, á estos dos ministros de la caridad, en una palabra, al cura y al médico católicos!

Esta obra está dividida en dos partes. La primera tiene por objeto, el *cura en presencia de la sociedad*, ó sea el cura considerado en todas sus relaciones con la sociedad. He aquí su distribucion: 1.º Influencia exterior del cura sobre la sociedad, y la civilizacion en general. 2.º Influencia de virtud, sacrificio, y desprendimiento del cura para con la sociedad. 3.º Influencia de luces y de ciencia del cura en la sociedad, examinando entre otros objetos las cuestiones siguientes: Prensa religiosa;—periódicos religiosos;—órgano oficial de la Iglesia de

celoso misionero le decia á corta diferencia las mismas cosas, dándole gracias del botiquin que habia recibido. Estos medicamentos distribuidos con escogimiento y discrecion segun las indicaciones precisas, le granjearon el aprecio de los indígenas, hasta de los de las islas Marquesas. (N. del R. P. Muce, uno de nuestros antiguos discípulos.)

(1) Téngase presente que en Francia desde la revolucion del 93 han sido suprimidos los curas de regimiento.—(N. del E.)

Francia;—indispensable necesidad de la celebracion regular de concilios y de sinodos;—libertad de conciencia, de la palabra, de la enseñanza, de la asociacion religiosa, y diversos otros puntos á ella concernientes. 4.º Influencia directa del cura ó del pastor en la parroquia;—sus relaciones con la autoridad civil, etc. etc.

En la segunda parte, ó sea el *médico en presencia de la sociedad*, se examinan los puntos siguientes: 1.º Influencia de moralidad del médico sobre la sociedad;—religion del médico. 2.º Influencia de desprendimiento del médico con la sociedad. 3.º Influencia de luz y de ciencia del médico sobre la sociedad.—Ojeada sobre las doctrinas médicas de la actual época, y su desvio del vitalismo hipocrático.—Vitalismo aplicado.—Método analítico y sintético de los elementos mórbidos, considerados en sus relaciones directas con la terapéutica, etc. etc.

Era nuestra determinacion que esta obra fuese seguida de la esposicion de una teoria nueva sobre la cosmogonia y la geología, para servir de complemento al estudio científico del cura y del médico; pero motivos particulares y urgentes no nos permitieron dilatar mas la publicacion de este libro (*El cura y el médico*), haciendo imprimir por separado la *Teoría bíblica sobre la cosmogonia y la geología*, que compondrá un volúmen separado, y seguirá inmediatamente á este.

Para formarse una idea de la importancia de las materias y de las dificultades y elevadas cuestiones científicas que se tratarán en ella, bastará decir que hemos debido recorrer ó á lo menos revisar toda la ciencia para presentarla bajo un punto de vista nuevo ó sea del todo bíblico. En efecto, de la relacion mosaica es de donde hemos sacado nosotros el principio que nos parece ser el agente único y universal de la ciencia, ó la fuerza vital, la suprema ley de toda la creacion, particularmente de la organizacion y de la constitucion cósmica, objeto principal de nuestros estudios y de nuestras meditaciones.

Por lo dicho se concibe que nos hemos visto obligados á examinar con la antorcha de la crítica una multitud de escritos heterodoxos ó antibíblicos para reducirlos á la ortodoxia mosaica y católica; tales son entre otros los trabajos de Bufon, de Cuvier, de la Place, de Davi, de los Sres. Ampere, Poisson, Buckland, Playfer, Prevost, Desdouits, Elias de Beaumont, así como los autores mas católicos, á saber, los señores Marcel de Serres, Godefroy, y Glaire, decano de la facultad de teología de París.

Todo el mundo en el dia está persuadido, que es un deber de la ciencia eclesiástica pertrecharse de estos encumbrados y difíciles estudios, á fin de defender la religion contra los ataques del filosofismo y del racionalismo, esto es, de la impiedad. Debe comprenderse igualmente que en el dia, se ha hecho indispensable un trabajo de esta naturaleza para la enseñanza de los seminarios, y que será muy útil, no solamente á los clérigos, si que tambien á todas las personas encargadas de la educacion de la juventud.

No es pues otro el objeto de esta obra, que el de restablecer sobre sus cimientos divinos, las ciencias humanas que son las mas olvidadizas de Dios. Tanto la geología como la cosmogonía hallan su base en la Biblia, y hasta la misma física saca de allí sus principios. De esta manera los conocimientos humanos, bíblicamente reconstituidos, entrarán en la senda del progreso continuo, para alcanzar aquel grado de perfeccion á que Dios les permitirá llegar.

Cualquier eclesiástico lo mismo que cualquiera persona medianamente instruida y erudita, escudada con la nueva doctrina científica que luego ofreceremos al público, podrá luchar ventajosamente con los sabios que, bajo la hipócrita máscara de respeto á los libros santos no dejan de incensar al idolo del dia, pudiendo al mismo tiempo destruir con facilidad todas las objeciones de los que se muestran hostiles á las verdades bíblicas, retándolos solemnemente y dirigiéndoles á corta diferencia estas palabras con el profeta Isaías:

A vosotros todos, enemigos de la revelacion, sabios soberbios, racionalistas orgullosos, espíritus fuertes, incrédulos, materialistas, panteístas, etc., y á vosotros, inventores de teorías impías, fabricantes de mundos sin nombre y sin fin, reuníos y mancomunaos contra la verdad, ó lo que es igual, contra la ciencia y la inalterable filosofía de Dios; sí, aunaos, y quedareis vencidos, *congregamini et vincimini*, no quedándoos mas que el arrepentimiento y vergüenza de vuestros desvarios insensatos, de vuestras teorías impías, y de vuestros sistemas ateos. *Congregamini populi et vincimini, et audite universæ procul terræ: congregamini et vincimini, accingite vos et vincimini: inite concilium, et dissipabitur: loquimini verbum et non fiet: quia nobiscum Dominus.* (Is. VIII. 9, 10.)

---



# EL SACERDOTE Y EL MÉDICO

ANTE LA SOCIEDAD.

---

## PRIMERA PARTE.

Del Sacerdote considerado en todas sus relaciones con la sociedad.

---

### CAPÍTULO PRIMERO.

#### INFLUENCIA EXTERIOR DEL SACERDOTE SOBRE LA SOCIEDAD Y LA CIVILIZACION EN GENERAL.

##### § I.

¿Qué debe entenderse por sacerdote católico? Es la expresion mas sublime de la verdadera sociedad y de la verdadera civilizacion, ó sea de la sociedad y civilizacion cristianas. «Toda civilizacion, dice M. Maistre, empieza por los curas, por las ceremonias religiosas, por los milagros, verdaderos ó falsos, poco importa. Jamás en esta regla ha habido ni haber puede escepcion alguna.» (*Del Papa*.)

Es el sacerdote la personificacion de la sociedad y de la civilizacion, porque es el ministro, el enviado, ó el apóstol del Omnipotente, es decir, el depositario de la verdad, con la mision de revelarla á todos los pueblos y á todas las naciones: *Euntes docete omnes gentes*: Id, y enseñad á todas las naciones; alimentad á todos los pueblos con el mas eminente y sustancial alimento de la palabra de verdad; llevad los dones confortativos de caridad y el pan de la civilizacion á todos los puntos del globo, á fin de que toda criatura reciba con la salud, la vida intelectual, moral y social.

¿Qué palabra mas poderosa y fecunda existió jamás para cambiar los destinos del universo? Palabra divina que trajo al mundo un vigor des-

conocido de civilizacion y regeneracion moral, y que entre las ruinas y las revoluciones humanas debia perpetuarse hasta la consumacion de los siglos.

Hémoslo dicho ya en otra parte : todo tiende hácia el altar, sobre cuyos sólidos cimientos se apoya el mundo : quitad este punto de apoyo, y el mundo se desploma, y se derrumba al abismo. Haced que desaparezca el sacerdote de entre la sociedad, y desaparecerán con él todas nuestras instituciones vitales, morales, sociales y civilizadoras : desde aquel instante no mas religion, desaparece el cristianismo, y con él la moral ; y por consiguiente no mas sociedad, no mas civilizacion, no mas libertad. ¿Qué veis entonces? La anarquía universal, el estado salvaje, la antropofagia.

Es pues el sacerdote católico el ministro necesario de la sociedad y de la civilizacion, su principio y su cimiento. Bastan las mas simples nociones históricas, para establecer la verdad de esta proposicion. ¿Qué nos enseñan los irrecusables documentos de la historia? Una cosa al alcance de todo talento, aun el mas vulgar y menos reflexivo, á saber, que ha sido el catolicismo representado por el clero, ó el sacerdote católico (1), el que ha civilizado la Francia, la Inglaterra, la Alemania y la Europa entera.

Muy poca cosa es la Europa : el sacerdote, el verdadero misionero de la civilizacion, hallándose como oprimido en tan reducido espacio, se abalanza, se arroja á otro mundo nuevo y desconocido, y lleva allí la palabra vital y civilizadora de la *buena nueva*. « Algunos pobres sacerdotes penetrando, con una cruz de madera en la mano, en las comarcas incultas del Paraguay habitadas por feroces salvajes, establecieron con el solo poder de la verdad y de la virtud una república tan perfecta, que en sus ensueños de gloria no creara la imaginacion mas brillante. Hubiérase creido ver algunos afortunados hijos de Adan, libres de la maldicion que hirió á su raza, gozar en pacifica posesion de la inocencia y de la consiguiente felicidad en los hermosos jardines del Eden. » *Ensayo sobre la indiferencia en materia de religion.*

Es sabido que despues de aquella grande y gloriosa época, el sacerdote, el ministro del Evangelio, ha llevado los beneficios de la civilizacion cristiana al resto del nuevo mundo, mayormente al norte de América. El sacerdote católico, por último, ha penetrado hasta en los confines del globo, al objeto de sembrar por todas partes la palabra de vida y de civilizacion. Las innumerables islas de la Oceania han recibido igualmente la visita de salud y de bendicion : *Ad insulas longè divulgatum*

(1) El cura, ha dicho el ilustre fundador de S. Sulpicio de París, es un sumario y un resumen de toda la religion.

*est nomen tuum.* (*Eccli.* 47-17.) Conocida es la reciente civilización y la conversión al cristianismo del archipiélago Gambier. Esta admirable república de la Oceanía oriental nos recuerda las maravillas del Paraguay: siendo la inimitable obra de algunos pobres sacerdotes católicos; en una palabra, la civilización propiamente dicha, esto es, la reunión de todas las ventajas de la vida social, descartada de todos los vicios y de todas las depravadas pasiones de la sociedad europea.

Desenvolvamos este bosquejo general. La civilización y la historia nos demuestran hasta la evidencia, que solo en el cristianismo es posible la verdadera civilización. Fuera de él, existirá tan solo una civilización falsa, bastarda, pagana, atea: está además igualmente probado que no puede ser perfecta la civilización sino con el catolicismo. Luego cuanto mas influya el catolicismo en los pueblos, tanto mas sobresaldrán en verdadera civilización. Aquí está, no lo dudeis, la principal razón que ha colocado la Francia á la cabeza de la civilización europea.

Cuanto mas un pueblo recibe las inspiraciones de la Iglesia católica y de su jefe, tanta mayor precisión y buen sentido demuestran los ánimos, mas grandeza y elevación en sus miras, mas prudencia y sabiduría en política, mas suavidad y humanidad en sus costumbres, en sus leyes y en la guerra. En el octavo siglo, el santo padre Gregorio II decia á un emperador de Constantinopla: ¡Cosa admirable! los bárbaros del Occidente, que todos tienen la vista fija en nuestra pequeñez, se civilizan y vuelven humanos, mientras vosotros, que nos haceis la guerra, os trasformais en verdaderos bárbaros.

Por lo demás, lo que hay de cierto es, que la civilización europea nos ha venido de Roma por medio de los Papas.

«La Iglesia, dice M. Maistre, tiene sola el honor, el poder y el derecho de las misiones, no pudiendo existir la Iglesia sin el Soberano Pontífice. ¿No ha sido él quien ha civilizado la Europa, y creado esta mancomunidad general y este fraternal genio que nos distinguen? Solidada apenas la Santa Sede, se forma y sazona en la mente de los Pontífices el anhelo del bien universal. Ya en el siglo v. envian á S. Severino á la Norica, mientras otros delegados apostólicos recorren las Españas, como se desprende de la famosa carta de Inocencio I á Decentius. En el mismo siglo, S. Paladio y S. Patricio aparecen en Irlanda y en el norte de Escocia. En el vi, S. Gregorio el Grande envia á S. Agustin á Inglaterra. En el vii S. Kilian predica en Franconia, y S. Amand á los Flamencos, á los Corintios, á los Esclavones, y á todos los bárbaros que habitaban á lo largo del Danubio. Eluff de Werden se transporta á Sajonia en el octavo siglo; S. Willebrod y S. Swidbert á la Frisia, mientras S. Bonifacio llena la Alemania con sus trabajos y

con felices resultados. Sobresale empero entre todos el siglo ix, cual si la Providencia hubiese querido consolar á la Iglesia, por medio de grandes conquistas, de las desgracias que amenazaban afligirla. Durante este siglo, S. Sifroi fué enviado á los Suecos, Anchaire de Hamburgo predica á los mismos Suecos, á los Vándalos y á los Esclavones; Rembert de Bremen, los hermanos Cirilo y Methodius á los Búlgaros, á los Chazares ó Turcos del Danubio, á los Moravios, á los Bohemios, á la inmensa familia de los Eslavos; pudiendo todos estos hombres apostólicos reunidos decir:

*Hic tandem stetimus nobis ubi defuit orbis.*

Estendiendo sus limites el orbe por las arriesgadas empresas de los navegantes modernos, los misioneros del Pontífice, ¿no se lanzaron en seguida tras aquellos atrevidos marinos? ¿No marcharon en busca del martirio, así como el avaro va en busca del oro y de los diamantes? ¿Sus caritativas manos no estaban constantemente tendidas para curar los males que nuestros vicios engendran, y para hacer menos odiosos á los ojos de aquellos lejanos pueblos á los bandidos europeos? ¿Qué no hizo S. Francisco Javier? ¿No han curado *los Jesuitas solos las mayores llagas de la humanidad?* (Montesquieu.) Dicho ya cuanto importaba acerca de las misiones del Paraguay, de la China, de la India, seria superfluo recordar objetos tan conocidos: bastará advertir que todo el honor se debe á la Santa Sede.

«Ved ahí, dice el grande Leibnitz, con aquel noble sentimiento de envidia, muy digno de él; ved ahí á la China abierta á los Jesuitas; el Papa envia allí á sus misioneros. *Nuestra poca union nos impide emprender grandes conversiones.* Bajo el reinado del rey Guillermo se habia formado una especie de sociedad en Inglaterra cuyo objeto era la propagacion del Evangelio; pero hasta al presente, poco ha sido el resultado que ha obtenido.» (*Del Papa.*)

Jamás le tendrá ni puede tenerle, porque ella está fuera de la verdad, de la unidad y de la caridad. Le falta el verdadero sacerdocio, esto es, el espíritu de abnegacion, de desprendimiento y sacrificio, en una palabra, la caridad. Otra razon hay, dice el autor citado, que anula este falso ministerio evangélico, y es la conducta moral de sus órganos. No se remonta mas allá de la *probidad*, débil y miserable instrumento comparado con cuanto exige de sí la *santidad*. El misionero que con voto sagrado no ponga freno eterno á sus mas vivos afectos é inclinaciones, inferior será siempre á su ministerio, y acabará por hacerse ridiculo ó culpable. Es sabido, añade M. Maistre, el resultado de las misiones inglesas en Taiti, donde cada apóstol se trasformaba en un li-

bertino sin rubor de confesarlo, cundiendo el escándalo por toda Europa..... Esta clase de misioneros, despues de haber recibido su mision de la autoridad civil, para ir á tomar posesion de casas cómodas junto con sus mujeres é hijos, bien pagados y mejor provistos, se presentan valerosa y filosóficamente á predicar á vasallos ó á salvajes, cabe el cañon de su soberano, sin olvidarse con todo eso de hacerles una pródiga distribucion de Biblias falsificadas.

Oid como se producía ya en 1812 un ministro protestante. «El protestantismo ha envilecido la dignidad sacerdotal. A fin de no aparentar que aspiraba á la jerarquia católica, el clero protestante se ha desprendido bien pronto de toda apariencia religiosa, postrándose muy humildemente ante la autoridad temporal..... Si la vocacion del clero protestante no se dirigia á gobernar el Estado, no debia deducir de eso que el Estado debia gobernar á la Iglesia..... Las recompensas que aquel concede á los eclesiásticos, los ha secularizado completamente.... Deponiendo sus hábitos sacerdotales se han despojado del carácter espiritual.... El Estado ha hecho su negocio, y de todo el mal debe pedirse cuenta al clero protestante. Se ha vuelto frívolo..... Los curas no tienen ya otra cosa que cumplir que sus deberes de ciudadano..... El Estado los toma como á agentes de policia..... Poco los aprecia, colocándolos en la última clase de sus oficiales.... Desde que la religion se ha hecho vasalla del Estado, ya es permitido, al verla en tal estado de humillacion, considerarla como obra de los hombres, y hasta como un juguete. Reservado estaba á nuestros dias, ver la industria, los viveres, la política, la economía rural, y la policia ser objetos del púlpito..... Creerá cumplir el cura con su destino y con sus deberes, leyendo en la cátedra la ordenanza de policia. Debe asimismo en sus sermones publicar recetas contra la epizootia, evidenciando la necesidad de la vacunacion y predicar sobre el modo de prolongar la vida humana (1). ¿Cómo se compondrá, pues, en vista de esto, para desprender á los hombres de las cosas temporales y perecederas, mientras se esfuerza, con la sancion del gobierno, en atar á los hombres en las galeras de la vida?» (*Sobre el verdadero carácter del sacerdote evangélico*, por el profesor Marheinexe, en Heidelberg.)

En una de sus Cartas de la Montaña, dice Rousseau, que los ministros protestantes ni saben lo que creen, ni lo que quieren, ni lo que dicen; que nadie sabe qué cosa sea su pretendida creencia, y que tan solo el interés decide de su fe.

Refiere el periódico *El Universo*, que M. Verroles ha demostrado

(1) Y es sin duda tambien el modo de procurarse y asegurarse un buen estipendio.

la escelencia de la obra de la propagacion de la fe, por los admirables efectos producidos en el lejano país que evangeliza, y de los cuales ha sido él mismo testigo ocular. Pone *El Universo* en parangon los medios y los resultados de la sociedad bíblica con los de las misiones católicas, y concluye que solo el catolicismo podía civilizar al pueblo chino. Los protestantes recogen mas de cincuenta millones por año, y sin embargo hace ya algunos que un ministro protestante decia en confianza al Sr. Verroles, que en el espacio de treinta años no habia podido lograr la conversion de un solo chino. Insinuamos ya que la mayor parte de estos misioneros, bien pagados y bien provistos para sus escursiones de propaganda, se limitan, en su celo apostólico, á echar algunas Biblias sobre las playas ó caminos que recorren. Recógenlas los chinos. ¿Mas sabeis para qué? Para componer suelas de zapatos. ¡Admirable resultado del desprendimiento de los ministros metodistas reformados! «El comercio sin religion, añade M. Verroles, no logrará jamás civilizar á los chinos ni por consiguiente obtendrá la fusion de los pueblos. Los europeos atraviesan el país chino, y los indígenas fieles aun á su secta, los dejan pasar sin dirigirles siquiera una mirada, mientras que los mismos indígenas convertidos los reciben con transporte, mirándoles como á hermanos suyos, y haciéndoles la mas cordial acogida. Por esto un embajador francés, testigo de tan sorprendente contraste, confesó que solo la religion puede unir á los pueblos.»

En su libro (*del Papa*) refiere el señor conde Maistre, que «cuando el lord Macarteny partió para su célebre embajada, S. M. B. hizo pedir al Papa algunos alumnos de la propaganda conocedores de la lengua china, á lo que S. S. accedió gustoso. Estando entonces el cardenal Borgia á la cabeza de la propaganda, aprovechó esta circunstancia, rogando á su vez al lord Macarteny tuviese á bien proteger las misiones católicas en Pequín. El embajador lo prometió de buena gana, cumpliéndolo como hombre de su clase; ¡pero cual fué su admiracion al oír que el Callao ó primer ministro le contestaba *que su emperador estaba muy admirado al ver protegida en el fondo del Asia por los ingleses, una religion que sus padres habian abandonado en Europa!*»

Los ingleses, que son poco escrupulosos en la materia, protegerán todas las religiones, aunque sea la idolatría, mientras sus intereses, ó su espíritu de comercio lo requieran. Y en efecto, se ha visto en nuestros días á «la Inglaterra, dictar con los mas minuciosos detalles á sus agentes del Canadá, odiosas medidas de persecucion contra la religion católica, apoyando al mismo tiempo por medio de un solemne tratado la libertad de la idolatría á los habitantes de la isla de Ceylan; asistir sus embajadores en las ceremonias religiosas de aquellos pueblos,

y ofrecer á sus divinidades dones sacrílegos!» (*Indiferencia en materia de religión*, t. 1.) (1)

Una nacion que dá al mundo cristiano tamaño escándalo, y á la cual una política tan baja y denigrante no arranca universal grito de indignacion y de horror, es una nacion que se degrada, que se cubre de oprobio, é indigna de ser mirada como pueblo cristiano.

Con frecuencia hemos hablado de Biblias distribuidas ó echadas á los indios ó á los idólatras por los ministros anglicanos. ¿Quereis saber al guarismo que llega esta enorme consumacion de Biblias adulteradas y traducidas en 138 lenguas ó dialectos? ¡A la friolera de veinte millones en cuarenta y tres años! ¡Veinte millones de Biblias! ¡En verdad, que si los infieles se convertian por medio de Biblias, mucho tiempo hace que todos los chinos debieran ser cristianos! Si se considera lo inútil de tantos sacrificios, en presencia de los inmensos frutos que la Iglesia católica ha recogido de los trabajos de sus fervientes y sumisos misioneros, no puede dejar de admirarse la evidente bendicion esparcida sobre los sacrificios de estos, y la profunda, la deplorable ceguera de las sociedades heterodoxas, ceguera que les impide reconocer de qué lado está la doctrina de la verdad y la divina proteccion. Si carecen los misioneros católicos de oro y de Biblias para distribuir, no les falta sangre que derramar para establecer la fe, regando y fecundando el campo de sus trabajos.

¿Qué es pues lo que hiere de eterna y radical esterilidad el ministerio protestante? La falta de verdad, de unidad, de abnegacion, de desprendimiento, esto es, de caridad pura, verdadera, cristiana: *charitas*, sublime fórmula, palabra admirable y divina, que todo lo reasume, que reasume al mismo Dios. *Deus charitas est*. Hablando el abate Gaume de los metodistas ingleses esclama: «¡Ah! no es suficiente para civilizar á los pueblos tener factorías donde recibir el precio de sus sudores (de los indios) y almacenes de Biblias para entregarles; son necesarias dos cosas que por si solas civilizan: á saber, en los labios la

(1) Se ha visto partir de Londres, y en un mismo navío, chismes de idólos para los indios, y misioneros protestantes al objeto de predicar el Evangelio en América. ¡Bello ejemplo de una nacion cristiana! Nunca tuvo mejor aplicacion el *auri sacra fames*! La Inglaterra cuando católica y sumisa al Papa, convirtió á la Alemania por medio de S. Bonifacio y otros de sus misioneros. Dueña es la Inglaterra protestante hace medio siglo de la India; mas el fruto religioso que en ella ha hecho brotar se reduce á los idólos que mejor trabajados envia y vende á los indios idólatras. En el dia, han puesto los Ingleses el pié en la China, no invocando á Dios y al Papa, cual hicieron los Españoles en América, sino en nombre de algunas cápsulas de adormidera, cuyo jugo quieren absolutamente hacer beber á los Chinos, para que les embrutezca el alma y el cuerpo. (*Historia universal de la Iglesia católica* por el abate Rhorbacher, t. 22. p. 34.)

verdad, y en las venas *sangre que verter* : sangre de mártir de que habeis carecido siempre y que tampoco teneis aun.» (*Catecismo de perseverancia*, tom. 8, pág. 461.)

Nadie ignora los efectos de la predicacion católica, dice el autor de un artículo biográfico sobre M. Verroles. Con ella estinguense las querellas, depúranse las costumbres, tornan las familias á su dignidad santa; y aquellos pueblos que la molicie envileciera, regenerados ya, buscan con ansia el martirio. El mercader de opio intimida á cañonazos; el sacerdote católico llega suave, llenas sus manos de limosnas, sin mas armas que la caridad que le impele á ofrecer su vida. Hay sin embargo cristianos, franceses, que declaman contra estos héroes, imputando á crimen el que nuestros valientes marinos les hayan alguna vez sustraído del suplicio, cubriéndolos con el estandarte de la Francia. Mas estos cristianos, estos franceses, son gente de negocios, idólatras del oro de este protestantismo que acoge tan solo en su pabellon á los traficantes en Biblias y á los comerciantes de opio. Su fastidioso clamoreo no prevalecerá contra el generoso genio de la Francia. Esta seguirá velando á sus misioneros en la senda que les ha sabido despejar; en esto cifra su gloria y su salvacion.

## § II.

¿ De donde procede en fin este grande, este elevado poder de civilizacion y de moralizacion? Hémoslo dicho ya, viene de Roma, del Papa.

Pero, ¿ quién es el Papa? Es un pequeño potentado, un débil rey que tiene su residencia en la ciudad de Roma. ¿ Qué reino, en efecto, es mas débil, mas incapaz de resistencia material que el del príncipe de la ciudad eterna? No obstante, este débil anciano, este Pontífice que ocupa hace diez y ocho siglos el capitolio, posee un dominio incomparablemente mayor que el de los mas arraigados imperios: mejor, ¿ existe en el universo poderío mas escelso que el suyo?

El Papa, el monarca de las conciencias, que tiene súbditos por todas partes, en el globo entero á imitacion del eterno Pontífice, del cual es su vicario, abre la boca, *aperiens os suum* (*Math. 5.-2.*), y de aquella boca augusta, la mas augusta que hay en la tierra, salen palabras de una fuerza y de una autoridad sobrehumanas. Ninguna de estas palabras mágicas pasa desapercibida, recogíendose todas con un santo y religioso respeto. Sí, estas palabras de verdad, de fe, de esperanza y de amor, partiendo del Vaticano retumban hasta los últimos confines del orbe, del septentrion al mediodía, y del poniente á la aurora.

¿Por qué esta voz de Pedro, *vox Petri*, por qué estos acentos apostólicos resuenan con tanta fuerza al oído de los pueblos del mundo conocido? Porque son la mas elevada expresion de la fuerza moral (1), los oráculos del ungido, del Cristo del Señor; y desdichados de los pueblos que no los escuchan con respeto, ó los califican de palabras de un *soberano extranjero*; malaventurada sobre todo la potencia ó majestad de la tierra que perturbe la santa accion del Pontífice de Roma, ó que se oponga á sus liberales y civilizadoras miras; desgraciado, en fin, el que tenga la culpable temeridad de tocar á los ungidos del Señor! *Nolite tangere christos mcos.* (Ps. 104.)

Todavía está muy viva en la memoria la alta y terrible leccion dada por el Dios de los ejércitos á Napoleon, y en su persona á todos los déspotas de la tierra.

Ved ahí la alocucion hecha á claustro pleno por M. Villemain, secretario perpetuo de la Academia francesa, al tratar de la *Historia de Pio VII*, por el Sr. Artaud: «Opina (la Academia) que uno de los espectáculos para siempre memorables que ofreció nuestro siglo, mas rico quizá en grandes acontecimientos que en grandes caracteres, fué la lucha tenaz del Pontífice de Roma contra el dominador de Europa. No era cuestion por cierto de ambiciosas pretensiones del poder espiritual sobre los imperios de la tierra, como ni de la completa supremacia pontificia: tratábase sí de la libertad del sacerdote y del hombre. Era la lucha de la conciencia contra la doble fuerza del genio: último combate con que la inteligencia, bajo forma sagrada, luchaba contra un poder material irresistible, que derrumbaba y trasferia tronos, afanoso de avasallar todos los pensamientos, las voluntades todas.

»El que no cejó ante este prodigioso poder, ó que cedió muy poco y convencionalmente, para resistirle mejor en seguida con inflexible suavidad, fué el anciano que, sin océano y sin desiertos entre la Francia y él, se atrevió á decir *no* al emperador, oponiendo las *bulas* de la Iglesia al conquistador que habia hecho trizas las constituciones de los pueblos: ved pues uno de los caracteres mas bellos que puede presentarse por ejemplo á la humanidad, para alimentar en ella el sentimiento de su propia grandeza y de su libertad moral.

»No menguó este carácter durante la vida de Pio VII, suave, tímido, indulgente; pero invencible en su paciencia. Vino Pio VII á consagrar en París al ilustre y afortunado guerrero que habia honrado los restos

(1) Podemos decir con el mismo M. Guizot que el pontificado es la mas alta expresion de las ideas de autoridad y perpetuidad; pero añadiendo que tambien es la mas elevada expresion de las ideas de verdadera libertad y de verdadero progreso.

mortales del último Pontífice, dejado libre la Italia conquistada, pacificado la Francia victoriosa y restablecido el orden y la religion. Cediendo á la victoria como á una visible voluntad de Dios, coronó emperador á este nuevo Carlomagno, cuyos abuelos oscuros le dan mayor realce que al primero; pero el Pontífice romano no pasó de aquí, aunque pidiese mas ya la ambicion del conquistador. Del consagrador llamado con tanto fausto, ansiaba Napoleon hacer el primer obispo de su imperio, ansioso de posesionarse del Vaticano, dando en cambio al Papa la iglesia de nuestra Señora. Concluidos apenas los festejos y fiestas de la coronacion, ya se susurra este proyecto, y se insinua al Pontífice, y se difiere premeditadamente su marcha. «Todo está previsto, contesta Pio VII. antes de dejar nuestra ciudad de Roma hemos firmado una abdicacion conforme, y valedera en el instante mismo en que Nos estuviésemos arrestados; hállase fuera de vuestro poder á la otra parte del mar, en Palermo, confiada á un depositario pronto á publicarla; y cuando será manifiesto lo que contra Nos meditais, no quedará en vuestras manos otra cosa que un miserable monge llamado Bernabé Chiaramonti.»

»En vista de esta sublime humildad no insistió mas el emperador, y el Pontífice volvióse libre á Roma. Pero su inquieto y poderoso neófito no le dejará un momento en paz. Durará esta lucha cuatro años y hasta el momento en que, vencedor en nuevos campos de batalla, hecho rey de Italia, dictador en Alemania, reunió Napoleon, por medio de un decreto, Roma á la Francia, mandando prender al Papa por algunos soldados en la misma noche del dia en que, mas noblemente ocupado, ganó en persona la batalla de Wagram (1).

»Conclúyese aquí el cuadro de Pio VII, admirable cuadro por su constancia, no tanto contra el poder y la seduccion, como contra la desdicha; por su firmeza en la soledad y la prision, por su inalterable confianza, cuando todo le abandona sobre la tierra, viendo á sus cardenales mismos pasarse al lado del César, y no teniendo otros adictos defensores ante el conquistador que un modesto consejero de la universidad, el sabio Eymery, y un miembro del Instituto, el grande artista Canova. En tanto, llevado cautivo de Roma á Alejandría, á Grenoble, á Savona, á Fontainebleau, reitera Pio VII con nobleza su amenaza

(1) Supo Europa la noticia de deportacion del Papa y enmudeció. No reclamó potencia alguna en pro de los conculcados derechos de un soberano. Calló la tierra delante del señor que podia decir: «Tengo sesenta millones de súbditos, de ocho á novecientos mil soldados, con cien mil caballos. Los mismos romanos jamás poseyeron tan crecidas fuerzas. He dado cuarenta batallas y en la de Wagram eché cien mil cañonazos.» (*Historia de la Trapa*, por M. Gaillardin.)

de 1805. Tomaba creces y apremiaba el peligro, y siendo formidable el adversario no intentó combatirle abdicando: al conocer la pusilanimidad de tantas y tantas almas, ¿quereis que espusiese Pio VII su Iglesia á los azares de una sucesion? Quedóse pues soberano Pontífice en la cárcel.»

Estas cláusulas de M. Villemain, aunque en estilo un poco hinchado y campanudo, encierran algunos pensamientos verdaderos y equitativos sobre Pio VII. Pero, ¿qué es lo que quiere decir con estas palabras: *ambiciosas pretensiones del poder espiritual sobre los imperios de la tierra?* Aludirá sin duda á la conducta de Gregorio VII y de sus sucesores de la edad media. Y si es así, se olvida que en aquellos tiempos, los soberanos de las monarquías de Alemania no eran depuestos por otro motivo que por faltar á la constitucion del Estado ó á la carta constitucional que violaban. Este fué el derecho público de aquel tiempo. Elegíanse los reyes ó emperadores con la indispensable condicion de perder el reino, y ser depuestos, si durante un año continuaban en estado de excomunion, esto es, si no alcanzaban la absolucion cambiando de conducta. Condiciones eran estas á que ambas partes se sujetáran; este era en una palabra un contrato sinalagmático. Luego la conducta de los Papas no era una *ambiciosa pretension*; pero sí, el ejercicio de un derecho, y la ejecucion de un pacto fundamental.

En cuanto al *nuevo Carlomagno*, si fué *mas extraordinario que el primero*, distaba mucho de valer tanto para la felicidad de la Iglesia y de los pueblos. Respecto al verdadero valor militar, el antiguo Carlomagno muy poco ha sido aventajado por el nuevo.

Ved ahí lo que dice el señor abate Rhorbacher en su *Historia universal de la Iglesia católica* (t. 18, p. 361): «Debido es á los Papas el restablecimiento del imperio de Occidente, anhelando la Iglesia romana escudarse con un defensor armado en la imperial persona: y siendo esto así, era muy natural el tener los Papas el derecho de elegirse ó confirmar su defensor, y por consiguiente recusarle y hasta deponerle si se convertia en incorregible perseguidor. No está aqui todo aun. Constaba en las constituciones del imperio que cualquiera que continuase excomulgado por cierto espacio de tiempo, perdía su dignidad feudal; pero que el emperador únicamente podia serlo por el Papa.» Eran pues los emperadores los que realmente se deponian, violando las constituciones del imperio.

Ved ahí un hecho muy notable acaecido en la misma Francia: Habiendo el papa Martin IV excomulgado á Pedro, rey de Aragon, y absuelto á sus vasallos del juramento de fidelidad que le prestáran, quiso hacer entrega de este reino á Felipe el Atrevido, rey entonces de

Francia, circulando al efecto una bula juntamente con las constituciones del reino de Aragon, y las condiciones que debia cumplir quien se encargára de regirle. Convocó Felipe el Atrevido la nobleza para saber lo que convenia hacerse, siendo el resultado de la deliberacion que debia encargarse del reino de Aragon. Es este un monumento de los mas curiosos de la edad media sobre el poder de los Papas, reconocido por los pueblos y por los reyes.

Referente al objeto que nos ocupa, ved un pasaje del célebre protestante Leibnitz: «Hay dos artículos de grande importancia, los cuales en otro tiempo ni siquiera se habria dudado eran del dominio del Papa; aludo á las causas del juramento y del matrimonio. ¿Es cierto que los Papas tengan poder de destituir reyes y absolver á sus súbditos del juramento de fidelidad? Materia es esta, á menudo puesta en cuestion, no habiendo parecido despreciables al mismo Hobbes los argumentos aducidos por Belarmino que, en la suposicion de tener los Papas jurisdiccion en lo espiritual, infiere que deben tenerla al menos indirecta sobre lo temporal. Efectivamente es muy cierto, que quien ha recibido pleno poder de Dios para procurar la salud de las almas, debe asimismo tenerle á fin de reprimir la tiranía y ambicion de los grandes, los cuales hacen perecer tan considerable número de almas. Púedese dudar, lo confieso, si el Papa ha recibido de Dios un tal poder; pero nadie duda, al menos entre los católicos romanos, que este poderío reside en la Iglesia universal, á la cual están sumisas todas las conciencias. Nuestros antepasados miraban á la Iglesia universal, como que formaba una especie de república gobernada por el Papa, vicario de Dios en lo espiritual, y por el emperador, vicario de Dios en lo temporal..... Poco aqui importa que tenga el Papa esta primacia de derecho divino, ó de derecho humano, mientras conste que durante muchos siglos ha ejercido un muy estendido poder en el Occidente con consentimiento y aplauso universal. Aconteció, por la estrecha conexion que tienen entre sí las cosas sagradas y profanas, creerse habia recibido el Papa alguna autoridad sobre los reyes mismos; pudiéndose juzgar de esta autoridad por el rasgo del papa Zacarias, el cual consultado por la Asamblea general de la nacion francesa, decidió que el rey Childerico era indigno del trono, ordenando pasase la corona en la cabeza de Pepino, á satisfaccion de todas las órdenes del Estado. Ya en otro tiempo, habiendo el rey Clotario, en un primer ímpetu de cólera, muerto alevosamente al pié del altar en dia solemne, á Vautier, señor de Yvetot, al pedirle una gracia, fué escomulgado por el papa Agapeto, no logrando la absolucion, hasta haber declarado totalmente independientes del reino de Francia, á todos los descendientes

del difunto. Por causa casi idéntica, esto es, por el asesinato de Arturo, duque de Bretaña, el reino de Inglaterra, que el rey Juan gobernaba, pasó á ser tributario y feudo de la Iglesia romana, cuyo censo fué aumentado luego en ocasion del asesinato de Tomás, arzobispo de Cantorbery, y ejecutado asimismo por orden ó al menos con beneplácito del rey de Inglaterra. ¿No fueron los Papas que despojaron del título de rey á los soberanos de Polonia porque uno de ellos hizo matar á Estanislao, arzobispo de Gnesne? Largo tiempo trascurrió antes que pudiesen recuperar su antiguo título, hasta que por autoridad propia del pontífice Juan XXII les fué concedido. Dice Bodin que vió la fórmula en la cual Ladislao I, rey de Hungría, se declaraba vasallo ó feudatario de Benito XII. Ladislao II se constituyó igualmente tributario, en virtud de la excomunion fulminada contra él por no sé qué asesinato..... Han escuchado los Papas las quejas de los súbditos contra sus soberanos, prohibiendo Inocencio III al conde de Tolosa el gravar á sus vasallos con impuestos exorbitantes. Inocencio IV dió un curador á Juan, rey de Portugal..... No es mi ánimo inquirir por qué derecho estas cosas se hicieron; intento sí patentizar como se opinaba en los pasados siglos..... Si los Papas volvian á recuperar la autoridad que tenian en tiempo de Nicolás I ó de Gregorio VII, seria el único medio de asegurar la paz perpetua y de conducirnos al siglo de oro.»

«Sin la influencia de los Papas, dice M. Michaud, es probable que la Europa habria sufrido el yugo de los emperadores Germanos.» (*Historia de las cruzadas.*)

Voltaire y su escuela, dice el abate Réaume, han agotado los recursos de su talento para desacreditar la edad media, que á su ver, cuenta tan solo Papas tiranos y ambiciosos; reyes cobardes que abdican su poder, y pueblos y monges groseros ó estravagantes. Rank, Voigt y Hurter han corregido tales narraciones, mostrando por todas partes al catolicismo poderoso en obras y en escritos; á los Papas á la cabeza de la civilizacion, la que desaparece si no es cobijada por su autoridad; á los monasterios depositarios de las ciencias y de las letras, único asilo donde se conservaron; y por último la grande idea católica dominando todas las tinieblas, é interponiéndose en aquellas luchas sangrientas, iluminando á los pueblos, vertiendo torrentes de inefable luz, cuando en torno suyo estaba todo eclipsado y estinguído. Leyendo á Rank y Voigt, se percibe fácilmente aun, el espíritu de secta y la añeja preocupacion de la pretendida reforma. En su opinion el Pontificado no es mas que una bella institucion humana, susceptible de vicisitudes como la humanidad..... Hurter se acerca mas á la verdad (1).

(1) Se ha hecho católico posteriormente.

Volviendo á M. Villemain, decimos, que podía citar otro rasgo, una palabra de Pio VII mas sublime, mas elocuente que su misma alocución académica. Habiendo el general Miollis pedido al Pontífice romano hiciese renuncia del dominio temporal que la cristiandad entera le había entregado antes de Carlomagno, respondió Pio VII con la mas alta dignidad: «Yo no puedo, ni debo, ni quiero!!!»

El lenguaje de Pio VI, predecesor de Pio VII, no fué menos fuerte ni menos digno. Admirad pues igualmente esta apostólica respuesta. Apoderados de Roma los Franceses, anunciaron á Pio VI que habiendo recuperado los Romanos su soberanía, dejaba de ser rey temporal, y al presentarle el general Cervoni la escarapela nacional: «No venero para mí otro uniforme, contesta el magnánimo Pontífice, que aquel con que me ha honrado la Iglesia. Poder bastante teneis sobre mi cuerpo; el alma empero libre está de vuestros tiros. No necesito pension alguna. Un palo en lugar de báculo (1) y un vestido grosero bastan para aquel que debe espirar en el cilicio y sobre la ceniza. Adoro la mano del Todopoderoso que castiga al pastor y á su rebaño; incendiad, si quereis, las habitaciones de los vivos y las tumbas de los muertos; mas la religion será eterna: existirá despues de vosotros, de la misma manera que ha existido antes, perpetuándose su reinado hasta la consumacion de los siglos.» Algunas palabras todavía, sobre Pio VII.

Amenazado Napoleon de escomunion por Pio VII á causa de haber faltado á sus promesas, é invadido el dominio espiritual y temporal de la Iglesia romana, tiene la desfachatez de echar en cara en 1806 á este Papa, que dejaba perecer las almas, que era fautor de herejes, en razon de no haber declarado la guerra á los Rusos, á los Ingleses y Suecos: escribió al siguiente año á su yerno, y al hablarle de la escomunion le decia: «El Papa que siga semejante conducta, dejará de serlo á mis ojos; tendréle por el *anticristo* enviado para destruir el mundo y dañar á los hombres..... ¿Qué intenta hacer Pio VII denunciándome á la cristiandad? ¿Poner mi reino en entredicho, escomulgarme? ¿Presume acaso, que *las armas caerán de las manos de mis soldados?*... Poco temeré en reunir las Iglesias galicana, italiana, polonesa, para *plantear mis intentos sin el Papa.*»

Así se espresaba Napoleon el 10 de junio de 1807. Pronuncióse la escomunion en 10 de junio de 1809. En 1811, reunió el emperador los obispos de Italia ensayándose á realizar sus miras sin el Papa, mas el éxito fué desgraciado.

(1) Esto nos recuerda las famosas espresiones de Montlosier en la Constituyente al hablar de los obispos: «Vosotros les habeis quitado sus cruces de oro, pues bien! se las pondrán de palo, y advertid que de palo fué la cruz que redimió al mundo.»

Al siguiente año de 1812, en aquella desastrosa y horrible campaña de Rusia, segun refiere un general francés testigo ocular de esta catástrofe terrible, *las armas de los soldados se convertian en insoportable peso á sus helados brazos. En sus frecuentes caidas soltaban sus manos las armas, y se rompian perdiéndose en la nieve. No las tiraban; el hambre y frio se las arrancaban.* En 1814, vése Napoleon reducido á abdicar en el palacio mismo de Fontainebleau donde tuvo preso al papa Pio VII. Vió hundirse todos los tronos de sus hermanos y cuñados, muriendo en una roca del Océano Pacifico. Permita el cielo que los reyes de la tierra escarmienten, antes que un postrero huracan destrozé y barra sus tronos, del mismo modo que predijo Daniel seria anonadada la estatua de Nabucodonosor y reducida á ceniza.

Luego de escomulgado Napoleon por el Papa, *queriendo hacer su negocio sin él*, palideció su estrella, preparándose á lo léjos reveses desconocidos; arrojó Dios de sus tesoros de nieve, de *thesauris nivis* (Job), un intolerable frio; esparcióle en las dilatadas selvas de la Moscovia, y ved ahí todo aquel colosal poderio, inaudito en los fastos de la historia, conmovido, consternado, destruido, aniquilado. ¿Quién es capaz de aguantar el frio de Dios? *Ante faciem frigoris ejus quis sustinebit?* (Ps. 147.) Muere en fin el grande hombre sobre una roca perdida en la inmensidad de los mares, y su hijo único en tierra estraña. Por lo que respecta á Pio VII murió Papa, en Roma, y continuaron pacificamente reinando sus sucesores en la ciudad eterna, sentados en un trono arraigado por una duracion de diez y ocho siglos. Otra vez repito: guárdense las majestades de la tierra de poner las manos encima los cristos del Señor! *Nolite tangere christos meos.*

¡Ojalá que los reyes de este mundo, viendo perpetuarse la justicia del Rey de reyes, á través de los siglos, se aprovechasen de estas formidables lecciones!

Leed algunos curiosos pasajes sobre los privilegios de los Papas, referidos, no por Belarmino, ni tampoco por el señor conde Maistre; sino por un protestante, el mas célebre protestante de Alemania, por Leibnitz.

... «Ello es constante que muchos principes son feudatarios ó vasallos del imperio romano, ó al menos de la Iglesia romana; lo es tambien que una parte de los reyes y duques han sido creados por el emperador ó por el Papa, no consagrando á los demás reyes sin que primero prestasen homenaje á Jesucristo y á la Iglesia, prometiendo fidelidad en el acto de recibir la unción por manos del obispo. Notad bien como se verificaba la ceremonia: *Christus regnat, vincit, imperat*; atestiguando todas las historias, que la mayor parte de los pueblos del Occidente se sometieron á la Iglesia con tanto anhelo como piedad.

»No quiero examinar si son ó no estas cosas de derecho divino. Lo que hay de positivo es, que se realizaron con *unánime consentimiento*, que podian muy bien hacerse, que en manera alguna son opuestas á la pública dicha de la cristiandad, siendo á menudo el objeto de sus desvelos la salud de las almas y la universal felicidad. Ignoro si espontáneamente los regios cetros se sometieron á la Iglesia universal, no para rebajar la autoridad que se les debe, ni atar las manos á los príncipes que fueron siempre libres para administrar y regir felizmente los pueblos; opino sí, que creando una autoridad superior se intentó refrenar aquellos genios turbulentos, que, salvando la valla de lo lícito, sacrifican en su ávida y frenética ambicion la sangre de los inocentes, y arrastran con frecuencia los príncipes á criminales acciones: opino pues que, con la autoridad que reside en algun modo en la Iglesia universal, y aunando el legítimo Pontífice y el emperador su respectivo poder, logren poner coto á tentativas criminales. Considerado así el derecho, no puede negarse al emperador cierta autoridad en una gran parte de la Europa, y una especie de primacia análoga á la primacia eclesiástica. Además, existen en nuestro imperio reglamentos generales concernientes al mantenimiento de la paz pública, como tambien subsidios señalados contra los infieles, administracion de justicia para con los príncipes mismos; no ignoramos tampoco, que la Iglesia universal no pocas veces ha juzgado las causas de los príncipes, que apelaron á los concilios, fallando estos segun su rango y preeminencia; declarando asimismo la guerra á todo enemigo del nombre cristiano, en nombre de la cristiandad. Y si se formase un concilio perpetuo, ó bien, si existiese un senado general de cristianos, establecido por propia autoridad, cual se hace en el día por medio de tratados, ó como llaman, por mediaciones y garantías; entonces, por interposicion de la pública autoridad, emanada de los jefes cristianos, el Papa y el emperador terminarian en amistosa composicion es cierto, pero con solidez mucho mas duradera de la que hoy tienen todos los tratados y todas las garantías.....

»Ciertamente no puede negarse que el Occidente todo ha mirado á la Iglesia romana como la principal de todas las demás Iglesias; ni debe admirarnos, por haber sido realmente su madre: porque, hombres apostólicos fueron, como es sabido, los que enviados de Roma á Irlanda, á las Galias, á la Germania, llevaron á todas estas regiones la fe, y con ella el respeto á la Iglesia romana. A ella se sometieron los Lombardos, Sajones, Franceses, ó hablando con St. Remi los Sicambros, reconociendo los obispos y monges tanto mas gustosos la jurisdiccion del Papa, en cuanto les libraba de la opresion de aquellos príncipes y reyes, que conservaban aun cierto resabio de su primitiva fiereza, es-

culándoles con la sagrada égida de la inviolabilidad. ¿Admiraremos pues que los bárbaros, en compensacion de la fe que recibieran, y que tamañas ventajas les proporcionara, reconociesen á la vez el poderio de la Iglesia romana y al obispo de Roma como á obispo ecuménico?»

Referiremos entre tanto el juicio que ha hecho de muchos Papas un hombre poco sospechoso de parcialidad y adulacion en semejante materia, cual es el famoso Lalande. En su *Viaje de Italia* dice:

«Inocencio XIII tiene fama de haber sido el mejor soberano de este siglo. Era dotado Benito XIII de una piedad del todo monástica. Benito XIV, algo festivo en su lenguaje, tenia puras costumbres, y muy regular conducta, asemejándose en esto al célebre cardenal Camus, obispo de Grenoble (1).

»Las lenguas mordaces no hallaron tacha en el carácter y conducta de Clemente XIII elegido en 1758 (á quien llama Duclos un santo): siempre fué de costumbres irrepreensibles, de edificante piedad. El mal humor no se vislumbró nunca en su dulce fisonomía, y derramando lágrimas, era el único modo con que desahogaba su angustiado corazón, cuando llegaban á su noticia las desdichas de la Iglesia y del Estado. Con la emocion mas tierna admiré su celo, su inquietud, su vigilancia, tanto por lo que interesaba á la una como al otro, y mayormente la ejemplar moderacion con que el padre comun de los fieles hablaba de aquello que menos merecia su contemplacion y sus miras, patentizando las calidades de su buen corazón el afable modo de recibir á los extranjeros; así como honraba su talento la manera distinguida con que trataba á los sugetos, cuyo saber y reputacion le eran conocidos. Por su piedad, no solamente fueron desterrados de Roma los abusos, si que tambien los placeres, los festines, las reuniones de baile y demás diversiones que estaban en boga entre la nobleza, lo mismo que las veladas de la plaza de Navona; hasta el carnaval fué suprimido en 1767.

»Tenia tal disposicion á la rarefaccion sanguínea, que se veia con frecuencia forzado su médico á sangrarle, bastando apenas este medio para contener los accidentes. Creyendo muy cercano su fin, el 19 de agosto de 1765, hicieronle la recomendacion del alma durante el tiempo que fluia la sangría, y al volver á la vida se oyó con edificacion que la primera palabra que pronunciaron sus labios fué el nombre de la Virgen Santísima. Aprovechando estos primeros instantes de conocimiento reu-

(1) Como Lalande se proponia tan solo justificar á este Papa, dista mucho de alabarle como su mérito merece; porque Benito XIV, llamado el *Sabio* por la grande Elisabet, poseia á fondo la historia tanto civil como eclesiástica, el derecho civil y canónico, de cuyas materias ha publicado obras clásicas. Católico esta vez Voltaire, aspira al honor de dedicarle su Mahomet impostor. (Nota de Mr. Madrolle.)

nió en torno de su lecho á sus sobrinos, á quienes dirigió una plática estremadamente patética y afectuosa. Mandó asimismo que se le presentasen los cardenales, encargándoles sobremanera que todo su celo en el conclave debía ceñirse á reparar, segun decia, los males que á la Iglesia habia causado. Finalmente disponíase para morir de un modo edificante; pero se recobró, y en breves dias se halló enteramente restablecido.»

El citado Lalande añade en otra parte estas muy notables palabras: «Por varios títulos un hábil Pontífice verá buscada su alianza en la Europa toda, y su autoridad ocupará en ella un lugar preferente; pues siendo esencialmente pacífica, y no pudiendo menos de mostrarse neutral con los príncipes, de quienes es padre comun; su mismo brillo, como á príncipe temporal de un Estado considerable, y que bien *administrado recibiria creces*; la preeminencia que nadie le disputa, y que falla irrevocablemente en las disputas que la preeminencia ó el ceremonial promueven, y que entorpecen á veces y hasta contrarian negocios de cuantia; y en fin, el antiguo acatamiento que las naciones tributan á su nombre, mucho mas libre y espedito hoy dia, por no recelarse que de él abuse; todos estos títulos deberian constituir á la corte Pontificia como verdadero tribunal amfictyónico de Europa, y el centro general de los negociadores, donde con la mediacion de su autoridad quedarian arreglados los intereses de las potencias todas. Siendo hábil é imparcial, ¿quién se opusiera á su fallo? Quizás los mismos príncipes protestantes, que no le odian cual dos siglos atrás, le aceptarían igualmente. ¡Cuan compensado se viera entonces de lo que hubiese perdido; pues cortando las disputas, previniendo las guerras y manteniendo los príncipes en paz estable, creceria su poderío! Si estalla la guerra, pasivo debe mantenerse, ya por su pacífico carácter, como dijimos, y ya por no poder alejar de su pais las calamidades: ni tampoco pueden sobrevenir turbulencias en el centro de Italia sin que, no obstante la neutralidad, se vean vejados sus Estados: así acaeció en 1744. ¿Ha tanteado siquiera de hacer prevalecer mediante la fuerza armada, sus pretensiones sobre el ducado de Parma? No, que todo su conato será siempre mantener en paz á sus súbditos y aliados, esta tendencia no se desmiente nunca, y de este carácter pontificio y habilidad política pudieran reportar á la Europa utilidades sin cuento.»

El *Universo*, periodico religioso, al hablar del soberano Pontífice bajo el punto de vista político, se espresa así: «Ora como potencia temporal, ora como espiritual, no consiste por cierto la fuerza de la Iglesia, del Papa, de Roma, en la injuriosa tutela de los gobiernos humanos que, á pesar de los millares de bayonetas de que disponen, nece-

sitan mucho mas del apoyo de Roma, que esta de los mentados gobiernos : pues el Pontifice, sobreponiéndose á la ciencia diplomática, revestido del poder divino y de la fuerza moral, impera en todos los pueblos, y hallaria donde quiera generosos auxiliares.»

El Papa, dice Mr. Maistre, «es el jefe natural, el promovedor mas poderoso, el grande *demiorgos* de la civilizacion universal : solo ven límites á sus fuerzas, bajo este concepto, la ceguera ó la mala voluntad de los príncipes. ¡ Cuanto no debe la humanidad á los Papas, por haber combatido sin descanso la esclavitud hasta lograr su estincion ; y que, con tal que se los deje obrar libremente, la destruirán siempre, sin trastornos, sin peligro y sin efusion de sangre ! » (*Del Papa.*)

El Papa por sí solo representa al cristianismo... no puede existir este sin aquel, y por inevitable consecuencia el órden social recibiera una mortal herida (Prefacio del mismo libro); ó en otros términos, ya no habria civilizacion. Un publicista conocido dice: No se concibe el sacerdote sin Papa; y sin el sacerdote no se concibe la ciencia, ni la moral, ni la virtud; como no se concibe la sociedad, ni aun la humanidad, y sí únicamente el estado salvaje ó la antropofagia.

Al hablar del soberano Pontifice, dice Belarmino, ¿sabeis de qué se trata? trátase del cristianismo. (*Del sumo Pontifice.*) S. Francisco de Sales dijo posteriormente: El Papa y la Iglesia son una misma cosa. (*Cartas espirituales.*) Conocida es la frase de S. Ambrosio: Donde está Pedro, allí está la Iglesia. *Ubi Petrus, ibi Ecclesia.*

Cuando la Europa estaba sumergida en las tinieblas de la ignorancia; los Papas, dice Bergier, conservaron la luz, convirtiendo al cristianismo, por medio de perennes misiones, las salvajes hordas del Norte, y libertándonos de sus rapiñas: con el influjo de aquellos sacudió la Italia el yugo mahometano; y se refrenó igualmente el inicuo proceder de príncipes brutales y feroces, á quienes solo el miedo podia detener.

Cuando Soliman II amenazó á la cristiandad con una total ruina, enseñoreándose de su último baluarte, ¿quién ignora que la Alemania, la Francia, ni la Inglaterra no enviaron ni un hombre ni un solo escudo para libertarla de tan inminente peligro? Los Papas y los monjes la salvaron: los Papas fueron Pio IV y Pio V; los monges, las órdenes militares de Jerusalem, posteriormente llamadas caballeros de Rodas, y últimamente caballeros de Malta, dirigidos por el fraile Juan Parisot de Lavaletę.

Gibbon dice (*The declined and... Cap. 69*): «El afecto, el derecho, la virtud y los beneficios arraigaron en Roma la autoridad de los Papas: mucho se ha hablado de la donacion de Constantino; pero con una in-

formacion mas juiciosa se hubiera hallado un origen todavia mas noble de su poder, esto es, el reconocimiento de una nacion á la que salvaran de la herejía y de la opresion de los tiranos griegos.»

Pedro Joux en sus Cartas sobre la Italia (pág. 380) dice: «El poder de la Iglesia salvó la Europa de una completa barbarie: fué el punto de reunion de los Estados aislados; y colocándose entre el tirano y la victima y restableciendo en comun y reciproco interés la paz y alianza entre naciones enemigas, constituyóse salvaguardia de los pueblos, de las familias y de los individuos.»

Robertson en una obra que lleva aquel mismo título, afirma que «la monarquia pontificia enseñó á las naciones y á los reyes á mirarse como hermanos, súbditos todos igualmente del divino cetro de la religion; y asegura que por largos siglos este centro de unidad religiosa ha sido un verdadero bien para la humanidad.»

Es tambien muy notable el testimonio de Sismondi cuando dice: «Presentábase el Papa como único defensor de los pueblos, único pacificador de las querellas entre los grandes; y con tal conducta, captábase el respeto y el agradecimiento por tales beneficios.»

Juan de Muller (*Viajes de los Papas*) antes de su abjuracion escribia estas bellas palabras: «Sin los Papas, Roma no existiria. Gregorio, Alejandro, Inocencio opusieron un dique al torrente que amenazaba la tierra toda: sus paternales manos levantaron la jerarquia y con ella la libertad de todos los Estados.»

«El pontificado, escribe Mr. Bonald, es el eje en torno del cual giran los destinos del mundo cristiano, la garantía de la estabilidad de los Estados, y la seguridad de las conciencias á él sometidas.»

Y fijando nuestra atencion en el actual sumo Pontífice, que Dios en su inefable misericordia nos ha enviado, Pio IX, que marchando por una nueva senda, franca y prudentemente libre y constitucional, diríase que la divina Providencia le ha destinado á realizar en gran parte las notables previsiones de Lalande. ¡No veis á ese magnánimo y admirable Pontífice proyectar y plantear luego las sabias reformas que producirán el bienestar material y la libertad política y civil de su pueblo! Reviven ya la agricultura, la industria y el comercio, y estoy por decir que nacen en la bella y frugifera tierra de Italia.

No, no será un problema bajo este pontificado la regeneracion del pueblo romano: será si una certitud, una verdad. Dios por medio de su digno ministro Pio IX derramará sobre dicho pueblo el celestial rocío de sus bendiciones, aquella savia vital que resucita los pueblos postrados y sumidos en completo letargo, que reanima y hace germinar las naciones decrepitas y osificadas. *Ossa vestra quasi herba germinabunt. (Isai. 66-14.)*

Lo mismo que á las demás naciones hále Dios enviado uno de sus ministros, *el fuego, ignem urentem* (Ps. 103), con el mas sorprendente de los flúidos imponderables, que pone en rápido contacto ideas é inteligencias, hombres y cosas; mediante los caminos de hierro, esos vehiculos al vapor, esos telégrafos eléctricos, peregrinas invenciones que condensan á la vez el tiempo y el espacio. ¡Portentoso descubrimiento dado á nuestra época con el visible fin de que se propague aceleradamente la palabra evangélica por todos los puntos del continente habitable! ¡Quizás sea este signo precursor de la consumacion de los tiempos el cual Dios nos envía, y cuya realidad atestiguará la propagacion universal de las verdades católicas por todos los ámbitos del globo! *Dabit vobis signum* (1).

(1) Cosa de seis siglos atrás se predijeron ó presintieron los caminos de hierro. Créese con algun fundamento, que el fraile franciscano Rogerio Bacon inventó la pólvora en Occidente. En su libro (*Opus majus ad Clem. IV, pont. rom.*) habla de cierto fuego inestinguible. Dice que con salitre y otros ingredientes puede formarse un fuego artificial que abrase á larga distancia, pudiendo producir con él los efectos del trueno y del rayo, y aventajando en sus resultados á la misma naturaleza; porque, añade, una porcioncilla del tamaño del dedo pulgar, competentemente preparada, destruirá con espantoso estruendo y vasta iluminacion un ejército, y arrasará ciudades enteras. En otra parte dice positivamente que con salitre, azufre y carbon, debidamente combinados, puede imitarse el trueno y el rayo. (*Cohetes á la Congreve y pólvora fulminante de nuestros dias.*)

En la citada obra y en otros escritos Bacon habla claramente de los espejos cóncavos y convexos; de los telescopios ó anteojos de larga vista, de los microscopios, ó anteojos que aumentan los objetos. Habla igualmente de máquinas, con cuyo auxilio basta un hombre á conducir por rios y mares grandes embarcaciones, arrastrando por el suelo y con acelerado curso muchos carruajes sin necesidad de tiros. Los actuales barcos y locomotivas patentizan la prevision del fraile Bacon. Ofrecía tambien enseñar en tres dias á leer las obras escritas en las lenguas hebrea y griega. (*Historia Univ. de la Igl. por Rhorbächer t. 18, página 442 y 443.*)

Otro autor atribuye estas previsiones á Alberto el Grande, poniendo en boca suya las notables palabras que siguen:

«Puédese preparar una materia, que aunque en cantidad pequeña, produzca una fuerte detonacion, e inflamándose cual rastro de fuego sea capaz de destruir castillos y ejércitos enteros. Pueden cortarse cristales, ó espejos, que segun sean sus formas aproximen ó alejen, aumenten ó disminuyan los objetos; y ora los presenten al revés, ora en su estado natural. Pudiérase hallar medios de viajar por el aire, de descender y pasearse por el seno de los mares. Embarcaciones pueden construirse, dirigidas por un hombre solo, cuya velocidad esceda á las que dirigiesen numerosos remeros. Pueden finalmente construirse carruajes de tal especie que, sin necesidad de caballos, se trasladen á increíble distancia.»

Sea quien fuere el autor de dichas predicciones ó previsiones científicas, nadie dudará de ellas, pues que era posible su realizacion y queda en parte verificada. De todos modos, el magnífico y admirable descubrimiento de los ferrocarriles y de los buques de vapor realizará, no hay que dudarlo, una revolucion social, comercial y estratégica incommensurable, y de tales consecuencias

Si representa la palabra del Papa, como ya dijimos, la fuerza moral y social en su mas lata expresion; la del sacerdote como á eco de la de Dios, no ejerce menor influencia social y civilizadora en la gran masa de los hombres, ó mas bien en el conjunto del linaje humano.

Tan imposible es que se mantenga el hombre físico de sustancias venenosas ó inasimilables, como que el hombre moral y social pueda vivir del error, de la impiedad y del materialismo: es indispensable que se nutra del Pan de verdad, de piedad y de espiritualismo, esto es, de la civilizacion cristiana. Son en efecto las ideas que dan pábulo á la existencia, vivificándolo todo, el pensamiento y el espíritu, que son el principio, la fuerza vital del hombre, *mens agit molem*; la materia es nula. Constituyen, por último, las ideas, la razon, la condicion de la vida moral y social del hombre, y por consiguiente de la sociedad.

Mucho se habla en el dia de fuerza moral; ella es la dominante, la que rige al mundo, la que conduce á los hombres sabiéndolo ó sin saberlo estos; la que vigoriza las leyes, las instituciones, la política, etc. y esta fuerza no está plenamente representada sino en la persona del sacerdote católico. Agobiado por los deleites sensuales y terrestres, el hombre, hundido en el lodazal de la materia que le arrastra irremisiblemente, ¿quién sino el cura le recordará su destino, alejándolo de tan mísero estado para elevar su alma enferma sobre los intereses terrenos? Quitese el sacerdote al pueblo ó á los pueblos, y desterrareis con él la vida moral y social que solo su palabra mantenía. Esta palabra pues es la vida de la sociedad; porque representa la voz de Dios, si ya no es su divina y adorable palabra.

Presentaremos ahora una corta reseña de los agentes que emplea el pontificado para operar la inmensa obra de la civilizacion universal: esos embajadores de la Iglesia, esos ángeles terrestres son los misioneros católicos, verdaderos apóstoles de la verdad y de la civilizacion.

para la sociedad y la civilizacion, que están fuera del alcance de las previsiones humanas.

Tocante á la navegacion por medio del vapor, oigamos á Mr. Beaumont. «Gracias á las mejoras en caminos y navegacion, en veinte y una hora salvamos la distancia de Dublin á Londres. ¡Cosa por cierto admirable! Mediando el espacio de dos mil leguas entre Inglaterra y América, deben estos paises considerarse menos distantes hoy dia, que cuarenta años atrás la Inglaterra y la Irlanda separadas por un estrecho canal.» (*De la Irlanda* t. 2.)

Hacia 1694 Mme. Sevigné empleó cerca de treinta dias para ir de Paris á Marsella, y eso que habia tomado cuantas disposiciones creyó necesarias para llegar lo mas pronto posible al término de su viaje. Recorremos en el dia dicho espacio (doscientas leguas) en diez y siete horas, á razon de doce leguas por hora. Corremos pues en diez y siete horas un terreno que ocupó á Mme. Sevigné treinta dias, es decir, que nuestra marcha es cuarenta y dos veces mas rápida que un siglo y medio atrás.

## § III.

Son los misioneros católicos, en la genuina acepción de la palabra, los mas grandes de entre los hombres; esto es, los mas esforzados, los mas afectuosos, los mas heroicos, y en su mayor parte los mas eruditos y sabios. La sociedad y la civilizacion, los pueblos y los gobiernos, los súbditos y los reyes todo se lo deben, ó al menos al cristianismo, cuyos misioneros católicos son los apóstoles y los ministros.

Recuerda sin cesar la Iglesia á sus sacerdotes, á estos ministros de la caridad y verdaderas luces las palabras de Jesucristo: *Id, enseñad á todas las naciones.* Y fieles, alegres marchan; abandonándolo todo, rompiendo todos los lazos, salvando los obstáculos, ansiosos de llevar á los salvajes, á los bárbaros, las ciencias, las artes, la civilizacion con todas sus bienhechoras instituciones; y lo que vale mucho mas, llevan consigo la virtud y la verdad, esto es, cuantos elementos pueden producir la dicha del hombre, de la familia, de los pueblos, de la sociedad, del linaje humano.

Alejandro que, al decir de Fenelon, le pinta Daniel cual no tocando al suelo en sus rápidas conquistas, ávido de sojuzgar el mundo entero, se quedó muy atrás con respecto á nosotros: porque la caridad va mucho mas léjos que el orgullo. Ni las abrasadoras arenas, ni los desiertos, ni los montes, ni las distancias, ni las tempestades, ni los escollos, ni los peligros en mares y rios, ni las flotas enemigas, ni las bárbaras costas son poderosas á detener el infatigable celo de los misioneros que Dios envía á llevar la luz de su palabra y de la civilizacion mas allá de las islas y de los mares. Podrán las olas de los rios y del Océano sepultar sus cuerpos en la profundidad de sus abismos; no sumergirán, ni extinguirán empero su caridad. *Aquæ multæ non potuerunt extinguere charitatem, nec flumina obruent illam.* (Cant. 8-7.)

Una muchedumbre de escritores, todos conocidos y nada sospechosos, tales son Montesquieu, J. J. Rousseau, Voltaire, Buffon, Muratori, Frezier, Haller, Roberston, de Pages etc. han elogiado las misiones, y en particular las del Paraguay.

Los protestantes, los mismos Ingleses, han celebrado con entusiasmo, lo mismo que Montesquieu, la *república inaudita del Paraguay, obra de los Jesuitas.*

« Me atrevo á pronosticar, dice el protestante Warburton, que jamás producirán las misiones un bien duradero, como no reúnan el doble proyecto de civilizar á los hombres y de salvar sus almas. Los Je-

suitas son los únicos que lo han practicado en el Paraguay, y el exito mas feliz ha coronado su empresa.»

Hállase en la *Relacion de la embajada del lord inglés Macartney* el siguiente pasaje: «Existen cerca de doscientos mil cristianos esparcidos en el imperio Chino, en cuyo pais son vigilados los sacerdotes con el rigor mas grande, espuestos los misioneros en todas partes, escepto en Pekin, á ser perseguidos, llevando una penosa vida, pobre, precaria, y sin esperanza por lo que mira á este mundo. Reciben de Europa para su manutencion la mezquina dotacion de cien duros (525 f.) por año, repartiendo con frecuencia esta módica suma entre su rebaño mas pobre algunas veces que ellos. Estriba su consuelo principal en las pruebas de afecto y veneracion que les tributan sus discípulos. Alguien dirá tal vez, que algunos de estos misioneros, prefieren la vida independiente que gozan en aquel pais, tal cual es, á los rigores del claustro donde estaban encerrados antes. Mas, en general, supone su conducta necesariamente sentimientos y máximas tan poco comunes, que los profanos creen apenas puedan existir.»

Al hablar de los misioneros el sabio Balbi, en su *Geografia* se espresa así: «Casi todos los cristianos que se hallan en la China pertenecen á la religion católica. Han probado algunos protestantes, en estos últimos tiempos esparcir su religion en aquel imperio, mediante la traduccion de la Biblia, pero hasta aqui poco han progresado en el espíritu de los Chinos... ¡Cuan diverso es el proceder de los misioneros católicos, y sobre todo de los Jesuitas! Los misioneros protestantes prohíben en Sandwich, encender lumbre, bañarse, cazar, divertirse en el día de domingo; y segun lord Biron, han arrancado del cultivo de la tierra á los indígenas moradores de lejanas comarcas, haciéndoles vivaquear en la capital, donde se los enseña á leer.»

Trae otra relacion: «Encontramos unos criados llevando del diestro dos caballos cubiertos de humeante sudor, y al mismo tiempo divisamos dos grandes figuras blancas como la nieve. Dijéronme que el incógnito era M. Mac, misionero, quien despues de haber dado con su mujer una corrida á caballo, se paseaba tranquilamente y sin misterio con ella. ¡Y se admiran de no hacer conversiones! ¡Tienen mujer, caballos y criados; habitan casas lujosas, y se llaman misioneros!

»Recorren algunos misioneros católicos los paises á pié y á pié descalzo, para convertir á los infieles, siendo muchos los que han convertido. Siguen la senda trazada por los apóstoles, y cual estos logran á menudo felices resultados. Hablando en general, los misioneros ingleses, los misioneros cristianos protestantes, *aguardan con flemma á que los infieles se presenten en su casa.* El misionero M. Carey, no sale de la suya para catequizar

á los Indios. ¿Qué interés le redundaría de ello? Sin embargo, á pesar de su avanzada edad, va todas las semanas á Calcuta, para dar en fuerte William, una lección de bengalí á las pupilas de la Compañía, que pródigamente se la paga. El misionero asistente M. Mac, predica la palabra de Dios á los miserables que van á su casa á escucharla; no se inmota en lo mas mínimo para predicarles; mas por lo tocante á la química, es otra cosa, corre hácia Calcuta en busca de auditorio; pero hace pagar la entrada.»

«Las misiones, dice Buffon, han sometido mas hombres en las naciones bárbaras que los ejércitos victoriosos de los príncipes que las sojuzgaron. No de otra manera lo fué el Paraguay; pues la dulzura, el buen ejemplo, la caridad y el constante ejercicio de la virtud con que brillaban los misioneros cautivó aquellas hordas, venciendo su desconfianza y su ferocidad: ¡cuantas veces se espontanearon, ansiosas de abrazar una ley que tiende á perfeccionar á los hombres; y reuniéndose en sociedad se sometieron á aquella ley inefable! Nada hace mas honor á la religion que el haber civilizado las naciones, y echado los cimientos de un imperio sin otras armas que las de la virtud.»

Dice la emperatriz Catalina II, que habia á menudo observado con admiracion la influencia de las misiones en la organizacion política de los pueblos. «A medida, dice, que avanza la religion, levántanse como por encanto aldeas, etc.» Tambien la antigua Iglesia obraba estos milagros, en los países ahora cismáticos, conforme lo hace observar el señor conde Maistre, porque entonces era legitima: pertenecia á la soberana filosofia comparar aquella fuerza y fecundidad sobrehumanas con la esterilidad y nulidad de la iglesia cismática separada del grande tronco católico. Ved ahí testimonios numerosos que nadie ciertamente calificará de sospechosos ó de erróneos.

Entre estas gloriosas falanges de héroes de la civilizacion, llaman la atencion en el dia los sacerdotes salidos de la propaganda de Roma, los de las misiones extranjeras de París, los Lazaristas, los Piepucianos, los Maristas, los Eudistas, los sacerdotes de la santa Cruz, los hijos de S. Vicente de Paul, los Franciscanos, los Dominicos, los Jesuitas, etc. Detengámonos un poco en estos últimos.

El juicio que formularemos sobre esta Sociedad célebre, no será otro que la conclusion que el lector mismo deducirá de la reunion de testimonios que vamos á presentar, seguida de algunas reflexiones acerca de la libertad religiosa, civil y política. Veinte Papas han aprobado el instituto de la Compañía de Jesus. Es verdad que la suprimió sin condenar la Clemente XIV (1); pero Pio VII, que, segun predijo M. Guizot, se-

(1) Hablaremos mas tarde de esta supresion que Clemente XIV decretó.

ria un dia canonizado, la restableció, aprobándola de nuevo. Es llamada por el concilio de Trento *piadoso Instituto*, *pium Institutum*. Richelieu, con otros graves y profundos políticos, han visto en las constituciones de S. Ignacio la obra maestra del genio.

Dice el sabio Bergier, que durante los doscientos treinta años que ha subsistido la Sociedad de Jesus, ha prestado los mas eminentes servicios, no solamente á la Iglesia, si que tambien á la humanidad, ya por medio de las misiones, ya con la predicacion, ya con la direccion de las almas, ya con la educacion de la juventud, ya en fin, con las excelentes obras que ha publicado sobre todos los ramos del saber humano. Nadie ignora que los Jesuitas llevaron el cristianismo al Japon, á la China, á Siam, á Tonquin, á la India, á la California, á Méjico, al Perú y al Paraguay.

Ved ahí lo que dice Montesquieu, hablando de la república del Paraguay: « El Paraguay nos suministra otro ejemplo. Acrimínase á dicha Sociedad suponiéndola ansiosa de mando, y que en él cifra el único bien de la vida; pero ¡cuan hermoso será siempre gobernar á los hombres haciéndolos dichosos!

»Nadie le quitará la gloria de haber sido la primera en demostrar en aquellos países la idea de la religion, unida á la de la humanidad. Reparando las devastaciones de los Españoles, empezó á curar una de las mas grandes llagas que afligir pudiera al linaje humano.

»Un esquisito sentimiento que posee esta Sociedad por todo cuanto se comprende en la palabra *honor*, su celo por una religion que mas humilla á los que la escuchan que á los que la predicán, la ha hecho acometer, con feliz éxito, arriesgadas empresas. Sacó de los bosques pueblos dispersos; los alimentó y vistió; y aunque solo hubiesen aumentado así su industria ¿no fuera ya un grande beneficio?» (*Espíritu de las leyes.*)

No podemos menos que añadir á este pasaje de Montesquieu, dos magnificas páginas que al hablar del Paraguay trae Chateaubriand en su *Genio del cristianismo*. «Raro y admirable culto ciertamente es el que reúne, cuando le place, las fuerzas políticas á las morales, creando por superabundancia de medios, gobiernos tan sabios como los de Minos y Licurgo. Cuando Europa poseia tan solo constituciones bárbaras, que el tiempo ó la casualidad formáran, hacia la religion cristiana renacer en el Nuevo Mundo los prodigios de las antiguas legislaciones. Estableciéronse las salvajes hordas errantes del Paraguay, y la palabra de Dios hizo que de lo mas profundo de los desiertos brotase una república evangélica.

» ¿Y quienes fueron los grandes genios que produjeron estas mara-

villas? Simples jesuitas, con frecuencia contrariados en sus designios por la avaricia de sus compatriotas.»

Aconsejamos al lector que observe en las siguientes páginas la inimitable descripción del régimen interior, patriarcal y libre de las *Reducciones*: no tiene ningún poema tanto atractivo, ni causa tal arrobamiento cual esta admirable y verídica historia. Nos limitaremos á transcribir aquí el elocuente cuadro que resume el capítulo quinto del cuarto libro.

«Con un gobierno tan patriarcal y tan análogo al genio simple y ostentoso del salvaje, ¿debe admirarnos que los nuevos cristianos fuesen los mas puros y felices de los hombres? El cambio en sus costumbres fué un milagro operado en presencia del Nuevo Mundo. Aquel espíritu de crueldad y venganza, aquel abandono á los mas groseros vicios que formaba el carácter de las hordas indianas, se trasformaron en un espíritu de suavidad, de paciencia y de castidad. Púedese juzgar de sus virtudes por la candorosa espresion del obispo de Buenos Aires:—Señor, escribia á Felipe V, en estas numerosas colonias, compuestas de Indios inclinados naturalmente á todo género de vicios, reina tanta inocencia, que estoy en la persuasion de que no se comete un solo pecado mortal.

»Entre estos salvajes cristianos eran desconocidos los pleitos y querrelas, no conociéndose tampoco lo *tuyo* y lo *mío*; pues como observa Charlevoix, el medio de no poseer nada, es estar siempre dispuesto á repartir con los menesterosos lo poco que se tiene. Provistos abundantemente de las cosas necesarias á la vida, gobernados por los mismos hombres que los sacaron de la barbarie, á quienes con justo título miraban como divinidades, gozaban con su familia y en su patria de los dulces sentimientos de la naturaleza, conociendo las ventajas de la vida civil sin haber abandonado el desierto, y los encantos sociales sin haber perdido los de la soledad, pudiéndose alabar estos Indios de poseer una felicidad de que el mundo no ofrece otro ejemplo. A la voz de la religion, manaba naturalmente de sus corazones la hospitalidad, la amistad, la justicia y las tiernas virtudes, asi como los olivos dejan caer sus maduros frutos al soplo de la brisa. Nos parece que, leyendo esta historia, un solo deseo se apodera del ánimo, y es el de atravesar los mares, y alejándose de trastornos y revoluciones, ir á buscar una vida oscura en las chozas de aquellos salvajes y una pacífica tumba debajo las palmeras de sus cementerios. Pero para librar al hombre de los males que le persiguen, poco valen los dilatados y espesos bosques, ni es bastante la inmensidad de los mares. Cada vez que se traza el cuadro de la felicidad de un pueblo, es forzoso terminar por la catástrofe;

y en medio de las mas risueñas pinturas, oprime el corazon del escritor esta reflexion, que sin cesar le abruma: *Todo esto ya no existe: las misiones del Paraguay se hallan destruidas; los salvajes, reunidos á costa de tantos sacrificios, andan errantes de nuevo por los bosques, ó abismados en las entrañas de la tierra, y no falta quien haya aplaudido la destruccion de la obra mas admirable que salió de mano de los hombres.*

Tocante á las ciencias y conocimientos de toda clase en que sobresalieron los Jesuitas, ved como se espresa M. Chateaubriand:

«Ponian sumo cuidado los Jesuitas en que alguno de entre ellos sobresaliese siempre en las artes y ciencias. Así pues, tenian hábiles matemáticos, buenos astrónomos, físicos y grandes oradores. Cultivaban la literatura en todos sus ramos con felicísimo resultado, dedicábanse á la erudicion sagrada y profana, al conocimiento de los autores clásicos, á la elocuencia, á la poesía, produciendo en todo género obras maestras. (*Recuerdos y Retratos.*) Naturalistas, quimicos, botánicos, matemáticos, mecánicos, astrónomos, poetas, historiadores, traductores, anticuarios, periodistas, no existe un solo ramo de saber, que no hayan los Jesuitas cultivado con lucimiento. Recordad los reinos enteros por su habilidad, sudores y sangre conquistados en beneficio del comercio; los *milagros de sus misiones* en el Canadá, en el Paraguay, en la China, etc.» (*Genio del cristianismo.*)

«A esos Jesuitas, blanco de la calumnia, ¿no deben el comercio, la industria, la medicina á par que la física y la astronomía utilísimos descubrimientos? La posteridad pronto olvida; pero el cielo, que no obra así, ha dado á esos pobres religiosos la única recompensa que ambicionaban: esto es, tres ó cuatrocientos pueblos diversos por su celo evangelizados, millones de mártires que formaron, mezclando su sangre con la de sus discipulos, muchedumbre innumerable de infieles convertidos en el espacio de dos siglos: he ahí sus obras, para las cuales solo el cielo tiene coronas.» (R. P. de Ravnigan.)

Añadiremos una palabra del gran Bossuet: «O tú, célebre Compañía que no en vano llevas el nombre de Jesus, á quien la gracia ha inspirado el alto designio de conducir los hijos de Dios desde la mas tierna edad hasta la madurez del hombre perfecto en Jêsucristo; tú, á quien ha dado Dios, en el trascurso del tiempo, doctores, apóstoles y evangelistas, á fin de que resplandezca por todo el universo, hasta las tierras desconocidas, la gloria del Evangelio, cultiva, emplea, segun tu santa institucion, todos los recursos del genio, de la elocuencia, de la cortesía y de la literatura.» (*Sermon para la fiesta del santo nombre de Jesus.*)

Es conocido el sentir de Descartes sobre las escuelas de los Jesuitas : «... Siendo la filosofía la llave de todas las ciencias , dice , creo que es muy útil estudiar el curso entero , de la manera que se enseña en las escuelas de los Jesuitas. Debo tributar este honor á mis antiguos maestros , diciendo , que no existe otro lugar en el mundo , segun creo , donde se enseñe mejor que en la Fleche... Porque concurren allí un considerable número de jóvenes de todos los departamentos de la Francia , verificándose cierta mezcla de genios y costumbres , por medio de su reciproca conversacion , con la que aprenden casi lo mismo que si viajasen ; y en fin , la igualdad que establecen los Jesuitas entre ellos , tratando de la misma manera á los mas distinguidos que á los que lo son menos , produce felices resultados.» (Carta 90.)

Escribia M. Bonald en 1796 , que « la destruccion de los Jesuitas fué el primer acto de la revolucion que anonadó la Francia , y que amenaza á la Europa y quizás al universo con la gran revolucion desde el cristianismo al ateismo » (Teoría del poder t. 3.º)

D'Alembert reconoció mas de una vez el mérito de los Jesuitas , hablando de los cuales dice : « Hizo el joven Crebillon sus estudios con los Jesuitas , quienes han sido asimismo los maestros de muchos escritores distinguidos : Bossuet , el gran Corneille que les amó siempre , y Voltaire que largo tiempo los quiso... Houdart de la Motte recibió sus primeros estudios de los Jesuitas , quienes con su talento y escritos dieron muchísimo realce á la literatura (1).» Ya en otra parte dijo: *Fué propiamente la filosofía (la secta volteriana) que , por boca de los magistrados , firmó el decreto contra los Jesuitas.* (De la supresion de los Jesuitas en Francia , p. 192.)

Oigamos lo que el mismo Voltaire dice en favor de los Jesuitas. « Feliz éxito tuvieron en América , enseñando á los salvajes las artes ne-

(1) «Entre las mas bellas glorias de la Francia , se cuentan , segun creo , á Corneille , Racine , Moliere , La Fontaine , Bossuet , Fenelon , Bourdaloue , Condé , Turanne , Descartes y Pascal ; de estos once hombres célebres , siete fueron discípulos de los Jesuitas... Seamos imparciales y hallaremos los caracteres del genio teológico en Suarez y Vasquez , á quienes Benedicto XIV llamó las dos antorchas de la teología , *duo luminaria theologiæ* en Belarmino y de Lugo ; el genio de la elocuencia sagrada en Segneri , en Bourdaloue , del cual decia Bossuet : Este hombre será eternamente nuestro maestro : en fin el genio de la ciencia en Petau , Sirmond , Kircher , Clavius , Gaubil , Grimaldi... El número de los escritores jesuitas pasa de doce mil ; recordamos empero con preferencia los ochocientos mártires , y nuestros ocho mil misioneros , cuyos asiduos y celosos trabajos en pro de los salvajes é infieles estinguieron una vida tan preciosa ante el Señor , y aquellos padres , aquellos hermanos venerados y queridos que ha canonizado la Iglesia , colocándolos solemnemente en los altares.» (R. P. de Ravignan , De la existencia y del Instituto de los Jesuitas.)

cesarias; tuvieron en la China, instruyendo en las mas relevantes artes á una nacion ingeniosa.

»Me atrevo á decirlo: nada hay mas contradictorio, mas inicuo, mas vergonzoso para la humanidad, que el acusar de relajada moral á unos hombres que llevan en Europa la vida mas dura, y que van en busca de la muerte á los confines del Asia y de la América. Durante los siete años que viví en las casas de los Jesuitas, ¿qué he visto en ellas? Una vida en extremo laboriosa, frugal y arreglada; y repartiendo las horas, parte en nuestra instruccion, y el resto en ejercicios peculiares á sus austeras profesiones. Pongo por testigos á millares de hombres, alumnos como yo.

»Teniendo en su favor los Jesuitas á los papas y á los reyes, se les desacreditaba en el ánimo de los pueblos. Recordábanse contra ellos las antiguas historias, el asesinato de Enrique el Grande, el suplicio del P. Guignard, etc. y se tanteaban todos los caminos para hacerlos odiosos. Hizo mas Pascal; trató de ridiculizarlos. Sus *Cartas provinciales* que parecieron entonces, eran un modelo de elocuencia y de chiste. Es verdad que el libro entero estribaba sobre falso cimiento (1). Atribuíanse á propósito á toda la Sociedad las estravagantes opiniones de algunos jesuitas españoles y flamencos. Iguales calumnias hubiéranse levantado contra los casuistas dominicos y franciscanos; pero los tiros se dirigian tan solo contra los Jesuitas. En aquellas cartas intentábase probar que tenian formado proyecto de corromper las costumbres de los hombres, designio que no entró ni puede entrar en la mente de secta ni sociedad alguna. Mas no se trataba de tener razon, lo que interesaba era divertir al público.» (*Siglo de Luis XIV.*)

«Yo declaro, dice la Chalotais en su *Requisitoria*, que léjos de acusar de fanatismo á la orden entera de los Jesuitas, esto es, á todos los miembros, les disculpo casi á todos, particularmente á los jesuitas franceses. No permita Dios que yo acuse á todos los miembros de un cuerpo cristiano y que hace profesion del cristianismo, de haber fraguado una conspiracion á fin de destruir y conculcar la moral evangélica.

»Pareció la Compañía en un siglo en que la Iglesia se hallaba destrozada dentro y fuera por enemigos poderosos é hijos rebeldes, que

(1) Gran crimen cometiste, Pascal, (dice el R. P. Ravignan) estableciendo tal vez indestructible alianza entre la mentira y la lengua del pueblo franco. Tu fijaste el diccionario de la calumnia, que todavía sirve de norma; mas no para mí. — Adquirió la mentira, con la magia del lenguaje, autoridad inmortal; cuyo imperioso reinado aun subsiste despues de dos siglos que un calumniador de talento le dió existencia, valiéndome de una elocuentísima y reparadora frase de Chateaubriand; sin embargo contrariar no pudo mi vivo anhelo de pertenecer á la Compañía de Jesus. (*De la existencia é Instituto de los Jesuitas.*)

la abrumaban con sus errores y con su saber: naciones enteras desertaron de su seno. Esparcida la Compañía de Jesus por todas las naciones, contribuyó á confirmar la fe vacilante en algunas, conduciendo á otras al regazo de la Iglesia, y disminuyó el progreso de las sectas. Sus predicaciones y sus controversistas pugnaron denodadamente contra los herejes. La facilidad y regularidad de costumbres, la habilidad en la direccion de todo negocio, el conocimiento de las ciencias y de las artes liberales, les granjearon el aprecio, así de los grandes como del pueblo. Llevaron sus misiones á América, á la China, Abisinia, Japon y la India: hicieron útiles á los soberanos, mayormente á los de España y Portugal, por la conservacion y aumento de sus conquistas en aquellos continentes lejanos; adquiriendo nuevos súbditos para dichos príncipes, á medida que hacian nuevos cristianos.

»Si era útil el objeto, si necesitaba la Iglesia gente sabia para hacer frente á sus enemigos; misioneros para llevar la fe á apartadas regiones; gente instruida que con facilidad se impusiera en los diferentes géneros de ciencias útiles á la humanidad, como la astronomía, la medicina y las lenguas; hombres prontos á partir á la primera orden del soberano Pontífice, muy difícil hubiera sido hallarlos, mas que en una sociedad dedicada únicamente al estudio, y cuyos miembros no se hallasen distraídos por un considerable número de prácticas y observancias monásticas; y estuviesen unidos á la Santa Sede por las misiones, y por un voto especial de obediencia.

»Dice el abate Fleury en el prólogo de su *Catecismo histórico*, que, sea cual fuere la ignorancia que haya quedado entre los cristianos, de ninguna manera puede compararse con la que reinaba doscientos años ha, antes que S. Ignacio y sus discípulos recordáran la costumbre de catequizar á los niños.»

La misma *asamblea constituyente* defendió á los Jesuitas. «Presentó el marqués Foucault para su aprobacion una enmienda al objeto que se tuviesen á los Jesuitas las mismas consideraciones otorgadas á las demás congregaciones. Apoyó vivamente Montesquieu esta proposicion, terminando así su discurso: «Los Jesuitas tienen derecho á vuestra justicia. No la negareis á una congregacion célebre, en la cual muchos de vosotros han hecho sus estudios, á esos desdichados, cuya faltas son problemáticas, aunque perennemente abrumados por el infortunio.» Pidieron muchos miembros de la izquierda el emplazamiento de la enmienda; pero fué rechazada esta proposicion por Barnave, el cual exclamó: «Debe ser el primer acto de la libertad naciente reparar las injusticias del despotismo. Yo propongo que se redacte la enmienda á favor de los Jesuitas.» Esta redaccion fué adoptada, leyéndose en el artículo 2.º del

decreto de 26 de febrero de 1790 : « Se pagará á cada religioso , etc. » Los Jesuitas que no poseyeren , ya en beneficio ó en pensión del Estado , una suma igual á la que reciben los demás religiosos , cobrarán el complemento de dicha suma. »

« Si alguien duda , dice el autor de la *Historia del comercio de las Indias* , de los felices efectos de la beneficencia y de la humanidad en los pueblos salvajes , que compare los progresos hechos por los Jesuitas en muy poco tiempo en la América meridional , con los que las armas y navios de España y Portugal no lograron en dos siglos. Mientras millares de soldados reducian dos grandes imperios cultos en desiertos de errantes salvajes , algunos misioneros convirtieron pequeñas poblaciones errantes en grandes imperios civilizados. »

No existe autoridad mas notable por cierto , ni que al igual capte nuestra admiracion en pro de los Jesuitas , que la del famoso Lalande , el cual debe ser el menos sospechoso de todos (1). Despues de Lalande , podráse colocar el de Voltaire , referido ya mas arriba , pág. 62. Veamos pues lo que dice Lalande. — « El ciudadano Lalande , al Bien Informado , sobre Sócrates y los Jesuitas .

» En el *Boletín de la Europa* del 20 nivoso , se me tilda de ateo , de ser tan feo como Sócrates , de comer arañas , de llamar mi íntima amiga á la duquesa de Gotha , de decir que Newton sabia medianamente la geometría , de haber predicho un cometa que no ha parecido aun , de haber hecho la corte al Papa , y de haber ayudado la misa de un jesuita . No merece todo esto contestacion ; pero el solo nombre de jesuita interesa mi corazon , mi espíritu y mi reconocimiento . Mucho se habla de su restablecimiento en el Norte ; y aunque sea una quimera , hace que reviva en mí el pesar que me causara la ceguera de los que figuraban en 1762 . Si , la especie humana ha perdido para siempre y no recuperará jamás aquella preciosa y admirable reunion de veinte mil sugetos incesantemente ocupados , sin interés alguno , en la instruccion , en la predicacion , en las misiones , en las conciliaciones , en auxiliar á los moribundos , es decir , en las funciones mas caras y mas útiles á la humanidad . El retiro , la frugalidad , el abandono de los placeres , hacian de aquella Sociedad un admirable conjunto de ciencia y de virtud . Hélos visto de cerca , siendo en efecto un pueblo de héroes para la religion y la humanidad . Dáales la religion recursos que no suministra la filosofia .

(1) Yo me engaño : M. Michelet es el que , como se sabe , ha escrito contra los Jesuitas ; pero el profesor de moral y de historia en el colegio de Francia , es el gran panegirista de los Jesuitas : júzgnese por el elocuente pasaje que al fin citaremos . Será el ramillete de la fiesta .

» Admirábales yo á catorce años, les amaba en términos que solicité me admitiesen, pesándome todavía de no haber persistido en aquella vocacion que la inocencia y la aficion al estudio me habian inspirado. Entre las absurdas calumnias que la rabia de los protestantes y jansenistas profirió contra ellos, reparé que la ignorancia ó ceguera de La Chalotais le llevó al extremo de decir en su *Requisitoria*, que los Jesuitas carecian de matemáticos. Escribia yo entonces mis Tablas astronómicas, y puse un artículo mencionando los jesuitas astrónomos, cuyo número me llenó de asombro. El 20 de octubre de 1773 tuve ocasion de ver á La Chalotais en Saintes; échele en cara su injusticia, y logré convencerle. Fué asesinado el 2 de julio de 1794. Casi nunca quedan impunes los delitos.

*Rarò antecedentem scelestum  
Deseruit pede pœna claudò.*

» Sin embargo estaban los Jesuitas perdidos hacia largo tiempo.

» Dos ministros execrables respecto de esto, Carvalho y Choiseul, destruyeron completamente la mas hermosa obra de los hombres, con la que jamás establecimiento alguno podrá compararse, objeto eterno de mi admiracion, de mi reconocimiento y de mis respetos.» (Extracto de la hoja llamada el *Bien Informado* del 14 pluvioso año 8.)

Los mas célebres protestantes extranjeros, como Bacon, Grotius, Leibnitz, Haller, Roberston, Federico rey de Prusia, y Banke, se manifestaron igualmente afectos á los Jesuitas.

« Cuando reflexiono, dice Bacon, su destreza y habilidad en formar la juventud para las ciencias y las buenas costumbres, me acuerdo de las palabras de Agesilao á Pharnabaso: ¿ Siendo lo que sois, por qué no sois de los nuestros?... Por lo que respecta á la educacion, en pocas palabras estará dicho todo: mirad las escuelas de los Jesuitas, no cabe mejora en cuanto allí se practica.» (*Del progreso de las ciencias.*)

*Grotius*: « En razon a la santidad de su vida, y á la instruccion que dan á la juventud en las ciencias y literatura sin retribucion alguna, gozan los Jesuitas de gran reputacion en el mundo.» (*Anales belgas.*)

*Leibnitz*: « Estoy intimamente persuadido de que muy á menudo se ha calumniado á los Jesuitas, atribuyéndoles opiniones que ni siquiera les han pasado por el pensamiento; tal es Titus Oates, quien les ha imputado no sé cuantas impertinencias, entre otras, que sus generales soberanamente disponian en Inglaterra de todos los empleos, así civiles como militares. Nada digo de las necedades que estampa el libro titulado, *El emperador y el imperio vendidos.*»

*Haller*: « Los enemigos de la Compañia de Jesus desacreditan sus

mejores instituciones, acusándola de desmesurada ambición, porque sin descanso trabaja en fundar una especie de imperio en remotos países. Pero, ¿puede haber proyecto mas delicioso, mas ventajoso á la humanidad, que reunir los hombres dispersos en la profundidad de los bosques de la América, sacarlos de su vida salvaje y miserable, poner fin á sus guerras crueles y destructoras, ilustrar su entendimiento con las verdades de la religion, resucitando entre ellos el feliz tiempo de la edad de oro? ¿No es esto constituirse legislador ocupado exclusivamente en la dicha de los hombres? Laudable pasión por cierto la ambición que tamaños beneficios produce. No alcanzará jamás virtud alguna el grado de pureza que los hombres exigen; pero las pasiones, si fomentan la felicidad general, no rebajarán el brillo de ninguna virtud.» (*Ensayo sobre diferentes objetos interesantes de política y de moral.*)

*Roberston*: «Espuesta ya la peligrosa tendencia de las constituciones y del espíritu de la órden de Jesuitas con la libertad conveniente á un historiador, no obstante, el candor é imparcialidad que tal carácter impone, me fuerzan á que añada una observacion en su favor, y es, que no existe ninguna clase de clero regular en la romana Iglesia, que se haya distinguido tanto por la pureza de costumbres como aquella Sociedad en general...

»En el Nuevo Mundo fué, donde ejercitaron con mas brillo su talento los Jesuitas, y de la manera mas útil á la especie humana. Los conquistadores de aquella parte del globo desgraciada, no tuvieron otro objeto, que despojar, esclavizar y esterminar á sus habitantes; pero los Jesuitas solo se establecieron allí con miras de humanidad. A principios del siglo pasado, lograron la entrada en la provincia del Paraguay, que atraviesa el continente meridional de la América desde el fondo del Potosí hasta el confin de los establecimientos españoles y portugueses á orillas del rio de la Plata. Encontraron á los habitantes de aquellas comarcas casi en el estado en que se hallan los hombres cuando empiezan á vivir juntos; no conocian arte alguna, buscaban una precaria subsistencia en el producto de la caza ó de la pesca, y apenas entendian los principios de subordinación y policia. Encargáronse los Jesuitas de instruir y civilizar á aquellos salvajes; los enseñaron el cultivo de la tierra, la cria de animales domésticos, el arte de edificar casas, induciéndoles á vivir juntos en poblaciones; adiestráronlos en las artes y manufacturas, haciéndoles saborear las delicias sociales, así como las ventajas resultantes de la seguridad y del buen órden. Se hicieron aquellos pueblos súbditos de sus bienhechores, los cuales los gobernaban con la ternura de un padre para con sus hijos. Respetados, queridos, casi adorados, presidian algunos jesuitas á millares de Indios.

»Establecieron una igualdad perfecta entre todos los miembros de aquella comunidad numerosa. Cada cual estaba obligado á trabajar, no en provecho propio, sino para el público; depositando los frutos del campo y los productos industriales en almacenes comunes, de donde se distribuian á cada individuo, segun fuesen sus necesidades. Con esta forma de institucion destruianse radicalmente todas las pasiones que suelen perturbar la paz de la sociedad. Un insignificante número de magistrados escogidos de entre los mismos Indios, velaba por la pública tranquilidad, asegurando la obediencia á las leyes. Los sanguinarios castigos, tan comunes bajo los demás gobiernos, eran desconocidos; bastaba una reprension dada por un jesuita, una leve nota infamante, ó en casos extraordinarios, algunos latigazos para mantener el órden en aquel pueblo inocente y dichoso.» (*Historia de América.*)

Oigamos al célebre Federico, cuya opinion refiere Bourgoing, en sus *Memorias de Pio VI*: «Tengo, decia, entre mis súbditos un millon y medio de católicos, siéndome ventajoso que sean educados sabia y uniformemente en la religion de sus padres. Los Jesuitas han hecho sus ensayos. Por lo que mira á la educacion, no brilla su talento si no viven en comunidad, y solo asi pueden cumplir convenientemente con aquella tarea; vivirán pues así, con tal que se sometan á las leyes eclesiásticas que el Papa juzgue á propósito prescribirles.

...»Fascinado con la destruccion de los Jesuitas en Europa, exclamaba lleno de gozo: «Se necesita un milagro para salvar á la Iglesia; herida está de un terrible ataque apoplético.»... Y en las quejas que Voltaire le dirigia, justificábase en estos términos: «He conservado esta órden, quieras no quieras, hereje como soy y casi incrédulo. No se halla en nuestro suelo ningun católico ilustrado, á no ser entre los Jesuitas. Carecemos de personas capaces para regir las clases, lo mismo que de PP. del Oratorio, y Piaristas. Fué necesario pues, ó conservar los Jesuitas, ó dejar las escuelas abandonadas; é indispensable que subsistiera la órden, para proveer de profesores á medida que faltáran, y la fundacion pudiese sufragar á los gastos, pues no hubiesen sido suficientes los productos para atender á los profesores legos. Estinguida la órden, adios universidad, y los eclesiásticos debian ir á estudiar teología en Bohemia, etc.

...»Ved ahí un nuevo adelanto que hemos alcanzado en España, de cuyo reino han sido espulsados los Jesuitas. Además, las cortes de Versalles, de Viena y de Madrid han pedido la supresion de un considerable número de conventos... Cruel revolucion! ¿Qué no debemos esperar del siglo venidero? La segur está puesta á la raíz del árbol. Minado el edificio va á desplomarse, y las naciones transcribirán en sus

anales, que Voltaire fué el autor de la revolucion que se hizo en el espíritu humano en el siglo XIX.»

El protestante Banke ha confirmado en nuestros dias los testimonios mas arriba presentados cuando dice : El éxito de los Jesuitas, respecto á la enseñanza, fué prodigioso. Háse observado que bajo su direccion aprendian mas los jóvenes en seis meses, que empleando dos años en las demás partes. Los mismos protestantes mandaban volver á sus hijos de los gimnasios lejanos, para confiarlos á la direccion de los Jesuitas.

Ved ahí el célebre pasaje de M. Michelet en favor de los Jesuitas, que ofrecimos para el fin.

«Es en efecto un objeto muy vasto la historia del monaquismo en Occidente, la cual comprende inmensas fases religiosas; pudiendo decirse que casi es la historia de la Iglesia misma. Tres grandes nombres la resumen, dividiéndola naturalmente; S. Benito, S. Francisco y S. Ignacio de Loyola; tres épocas que vamos á recorrer, y que pueden resumirse en tres palabras, á saber, el *trabajo*, el *amor* y la *accion*... Adónde iríamos á parar, si nos ocupáramos de los prodigiosos y hercúleos trabajos de los Jesuitas, quienes han sostenido en los tres últimos siglos, una lucha con incomparables esfuerzos, con una energia sublime... La indisciplina acabó con la orden de S. Francisco. Faltaba una nueva orden; era necesario sobre todo un principio nuevo de vida, de organizacion sólida y duradera. Era necesaria la obediencia. Un soldado, S. Ignacio de Loyola, fué quien la predicó al mundo; sus hábitos guerreros se la hicieron mas fácil. Declaróse soldado de Jesucristo; y fundada esta orden en medio de la guerra, resultó mas completa, mas acabada, que cuantas hasta entonces habian parecido...

»No se podrá jamás bastantemente encarecer la abnegacion de estos nuevos sacerdotes: su heroismo en Europa nos es conocido; pero es conveniente seguirlos al Asia. Nótese con qué facilidad, con qué celo buscan y reciben el martirio. Estos son sus títulos de gloria; y entre nosotros los sacrificios nunca mueren. ¡Cuan bella es su obediencia, cuan grande, cuan sublime!... A la menor insinuacion, un jesuita, no pocas veces de elevada alcurnia, á la mas ligera palabra, á todas horas obedece y parte, aunque sea á los confines del orbe. Así, cuando recibió S. Francisco Javier la orden de S. Ignacio para marchar á la India, otra cosa no hizo que calzarse sus zapatos y partir al punto. Partió al instante; pues para ellos no habia familia, parientes, ni amigos, sino solo Dios... Dios y la obediencia. Desembarca S. Francisco Javier en la India; impenetrable su corazon á las envenenadas saetas, sojuzga los hombres dominándolos con sus miradas; y si no hubiesen destruido su obra, hoy fuera la China un pueblo civilizado. Ya un jesuita llegó á ser ministro.

Mas una palabra de Roma les quitó toda su influencia, y esta palabra (que fué sin duda el breve de destruccion de Clemente XIV) arrebató á la civilizacion europea dos ó tres millones de hombres. Para caracterizar, en una palabra, el espíritu de los Jesuitas, no hay mas que decir, que fué un espíritu monumental...

»Sea cual fuere el mal que haya podido deslizarse entre los Jesuitas, no nos haga olvidar los beneficios inmensos que han prestado. Su desdicha deriva de haberse hallado en la mas delicada posicion: soldados de la Iglesia, les ha sido forzoso correr los azares de la guerra. Rindamos homenaje á su desprendimiento, á su valor; sintamos sus desvíos, sus desgracias; pero acordémonos del bien que han hecho, que en verdad es infinito.» (Lecciones de M. Michelet, copiadas testualmente en 1838 por uno de los colaboradores del *Amigo de la religion*, t. 98, p. 65 y sig. 369 y sig. 481 y sig.)

Compárese este tributo de alabanzas á lo que dice M. Michelet en su *factum* titulado: *El cura, la mujer y la familia*, y en su folleto de los Jesuitas, hecho de acuerdo con M. Quinet, y se esclamará con asombro: *quantum mutatus!* Pero paciencia, que otros veremos en la primera obra.

Aquí va, por último, en favor de los Jesuitas, un testimonio emanado de la mas alta autoridad que existir pueda en la tierra.

... «*Inclytæ Societatis, quæ tot viros vitæ integritate, sanctitatis gloriâ, catholicæ religionis zelo, omnigenâ sapientiâ insignes, ac de christianâ et civili republicâ præclare meritos habuisse lætatur.*»

Regocijase la Iglesia de haber poseido la preclara Compañia de Jesus, que contó en su seno á tantos varones de incorruptible vida, de escelsa santidad, celosos por la religion cristiana, insignes en todos los ramos del saber humano, y que adquirieron inmortal renombre en la republica cristiana y civil. (Palabras de Pio IX, extractadas de un breve del 25 octubre de 1847.)

Examinemos ahora la espulsion oficial y legal de los Jesuitas. Decretó el parlamento de Paris en 6 agosto de 1762, la supresion de la Compañia de Jesus. Es demasiada curiosa la esposicion de los motivos, para pasarla en silencio. Ved ahí su redaccion:

«Se ha reconocido á los Jesuitas por culpables de haber enseñado *en todo tiempo y con perseverancia, con la aprobacion de sus superiores y generales*: la simonia, la blasfemia, el sacrilegio, la magia, el maleficio, la astrologia, todo género de irreligion, la idolatria y la supersticion, la impudicia, el perjurio, el falso testimonio, la prevaricacion de los jueces, el parricidio, el homicidio, el regicidio.»

Refiere el mismo auto muchas denuncias y ochenta censuras, que con -

denan la doctrina y la moral enseñada por los Jesuitas como «favorables al cisma de los Griegos, atentatorias al dogma de la procedencia del Espíritu Santo; favorecedoras del arrianismo, del socianismo, del sabelianismo, del nestorianismo; como que hace dudar de la certeza de algunos dogmas en la jerarquía, en los ritos del sacrificio y del sacramento; conculcando la autoridad de la Iglesia y de la Sede apostólica; protectora de los luteranos, calvinistas y demás innovadores del siglo XVI; reproductora de la herejía de Wicleff, de los errores de Tichonius, de Pelagio, de los semipelagianos, de Casieno, de Fausto, de los Marselleses; añadiendo la blasfemia á la herejía; injuriando á los santos Padres, á los apóstoles, á Abraham, á los profetas, á S. Juan Bautista, á los ángeles; ultrajadora y blasfema contra la bienaventurada Virgen Maria, socavadora de los cimientos de la fe cristiana, destructora de la divinidad de Jesucristo; atacando el misterio de la redención; favoreciendo la impiedad de los deistas; conservando reliquias del epicurismo; embruteciendo á los hombres, y enseñando á los cristianos á vivir como paganos, etc.» (Véase la Coleccion de los autos concernientes á los mas abajo llamados Jesuitas, en 4.º t. 1.º p. 138; París, Simon, 1766.)

«De este modo, dice el R. P. Ravignan, todas las monstruosidades del espíritu humano, todas las herejías, todos los errores, escepto solo el jansenismo, todos los crímenes, todas las impiedades, todas las infamias, fueron enseñadas en todo tiempo y con perseverancia por los Jesuitas. Ved lo que hallé delante de mí en el umbral de la Compañía de Jesus, cuando me inspiró Dios el designio de buscar en ella un abrigo á mi vida. Era magistrado, era hombre; pasé mas allá.»

El célebre predicador jesuita añade: el criterio que d'Alembert y Voltaire han hecho de aquel auto, bastante conocido es, y subsiste todavía. La ley del sentido comun, que siempre prevalece en Francia, ha tambien fallado y sin apelacion. Citaré tan solo la opinion de Lally-Tolendal, notable por su gravedad:

«Creemos poder confesar, desde luego, que en nuestra opinion la destruccion de los Jesuitas fué asunto de partido y no de justicia; un orgulloso y vengador triunfo de la autoridad judiciaria sobre la autoridad eclesiástica, y añadiría tambien sobre la autoridad real, si tuviese tiempo de explicarme; conozco que los motivos fueron fútiles, que fué bárbara la persecucion; que el desterrar de sus casas y de su patria á muchos millares de súbditos por metáforas comunes á todos los institutos monásticos, por librotos envueltos en el polvo y compuestos en un siglo en que todos los casuistas habian propuesto la misma doctrina, fué el acto mas arbitrario y tiránico que ofrecerse pudiera; *resultando el desórden que en general trae en pos de si una grande calamidad, y parti-*

cularmente se dió á la educacion pública una herida que aun no se ha curado. Obligado M. Seguíer á tomar en persona una parte activa en esta encarnizada lucha contra unos religiosos, se portó al menos con la mayor moderacion y suavidad, pues habiendo sido educado por ellos, pudo juzgar cuanto se les calumniaba.» (*Mercurio*, 25 enero de 1808.)

Nadie ignora que Clemente XIV sancionó el auto del parlamento de París, por su breve del año 1773 : afirmase que por largo tiempo rehusó despachar aquel famoso breve y acceder á las reclamaciones de las potencias de la tierra. Pero al fin accedió ; aunque haciendo preceder al breve un preámbulo apologético. Ello fué que suprimió la célebre Compañía, sin no obstante condenarla. El discurso que le obligaron á pronunciar estaba concebido en estos términos : «Yo soy el padre de los fieles, dijo, y mayormente de los religiosos. No puedo destruir una órden célebre, sin tener suficientes razones que me justifiquen ante Dios y la posteridad... Estoy convencido de que fué instituida la órden regular de la Compañía de Jesus por su santo fundador para la salud de las almas, la conversion de herejes y sobre todo de los infieles ; en fin, para la propagacion y aumento de la piedad y de la religion ; y que, para obtener de un modo mas fácil y seguro este tan apetecible objeto, se ha consagrado y estrechamente unido á Dios por el voto de pobreza evangélica, en virtud del cual renuncia á toda propiedad comun y particular, escepto sin embargo los colegios y casas de enseñanza, que pueden poseer las rentas necesarias á su mantenimiento, pero con prohibicion de emplearlas para uso y utilidad de las casas profesas de la órden. Con tales leyes y otras muy santas fué aprobada la Compañía de Jesus en su comienzo por nuestro predecesor de feliz memoria Paulo III, etc.»

Preténdese que Clemente XIV se arrepintió como hombre de la sentencia que habia dado como Papa. Asegúrase que en lo sucesivo vivió triste y grave, á pesar de su alegre carácter y de su amable genio, muriendo en el año mismo que siguió á su fallo. Cuando se le hablaba de las nuevas producciones contra la religion, solia contestar : «Cuan-to mas se multipliquen, mas se convencerán de la necesidad de su existencia ; todos los escritores opuestos al cristianismo son diestros para abrir una hoya ; pero no saben qué hacerse de la tierra que sacan, ni del espacio que dejan vacío. Si Voltaire ataca la religion, es por vengarse de las inquietudes que ella le causa ; y J. J. Rousseau es un mal pintor si se trata de pintar cabezas, y sobresale únicamente en los ropajes.»

Tal ha sido hasta ahora la opinion pública tocante á la causa de los Jesuitas llevada al tribunal del Papa, y juzgada definitivamente por Clemen-

te XIV; ó al menos, si se sabia de un modo vago y general que el fallo de este Pontífice fué el resultado de una grande intriga política, que urdió en particular Choiseul, primer ministro de Luis XV, ignorábanse completamente los pormenores de este gran misterio de oprobio é iniquidad. Mas la reciente obra de M. Cretineau-Joly, publicada á principios de 1847 y titulada *Clemente XIV y los Jesuitas*, revela hechos de la mas alta importancia: documentos inéditos, instrumentos oficiales, pruebas tan irrecusables, que no dejan lugar á la duda. Terribles son estas revelaciones, inexorables, y permanecerán indestructibles é irrefutables en la historia de la Iglesia. Creyó sin duda M. Cretineau-Joly, al publicar su libro, cumplir con un deber de justicia y de conciencia; y siendo consecuente en sus convicciones, no le detuvo consideracion alguna capaz de hacer cejar la severidad de la historia. Nos abstendremos de todo comentario con respecto á la oportunidad ó inoportunidad de tan severa y asombrosa publicacion; el inteligente lector sabrá apreciarla debidamente. Aduciremos los hechos, limitándonos al simple papel de historiadores, y antes de citar el testo del autor, presentaremos algunos pasajes de los filósofos de aquel tiempo, que sirvan de preámbulo al extracto del libro de M. Cretineau-Joly.

El 17 abril de 1767, escribia Manuel de Roda, ministro español, al duque de Choiseul, primer ministro de Luis XV: «Triunfo completo: nada ha dejado que desear la operacion. Hemos muerto al hijo, y ya solo falta hacer lo mismo con la madre, nuestra santa Iglesia romana... Del miércoles al viernes háse ejecutado la operacion cesárea en toda España.» D'Alembert escribia á Voltaire: «No sé lo que será de la religion de Jesus; pero entretanto su Compañía está muy mal parada. En cuanto á mí, todo lo veo ahora de color de rosa: veo al jansenismo espirando dentro de un año, de muerte natural, despues de haber hecho perecer en este de muerte violenta á los Jesuitas; establecerse la tolerancia, llamarse á los protestantes, casados los sacerdotes, abolida la confesion, aniquilado insensiblemente el fanatismo.» He ahí confesado el objeto: la ruina del catolicismo.

Sismondi de Sismondi, historiador protestante, que tampoco podrá tildarse de sospechoso ó de parcial en pro de los Jesuitas, dice: «Ellos (el duque de Choiseul y la marquesa de Pompadour) esperan adquirir popularidad, halagando á la vez á los filósofos y á los jansenistas; se prometen cubrir los gastos de la guerra, confiscando los bienes de una órden tan rica, y no verse reducidos á reformas que afligirian al rey é irritarian á la corte.»

En el mismo sentido se espresa Lacretable: «El duque de Choiseul y la marquesa de Pompadour, dice, fomentan el odio contra los Jesui-

tas. Ansiosa la marquesa de que se la reputara dotada de carácter enérgico, combatió al rey de Prusia; mas no pudiendo lograr su intento, creyó alcanzarlo y probar que sabia dar un golpe de estado, destruyendo a los Jesuitas. No anhelaba menos el duque de Choiseul el mismo honor. Podianse cubrir los gastos de la guerra con los bienes de los religiosos sin tener que echar mano de reformas que pondrian de mal talante al rey é irritarian á la corte. Complacer á un tiempo á dos poderosos partidos, el de los filósofos y el de los jansenistas, era un gran medio de adquirir popularidad.»

Reproduciremos, sin comentario, las primeras páginas de la obra de M. Cretineau-Joly, en las cuales explica el autor su objeto y los medios puestos á su disposición para llegar á la manifestacion de la verdad.

«Desde el día, así se espresa M. Cretineau-Joly, en que los reyes y sus ministros formaron liga con los sofistas del siglo XVIII para destruir la Compañía de Jesus, quizás no existe en Europa escritor alguno que poco ó mucho no haya examinado este grande acontecimiento histórico. Cuando el soberano Pontífice Clemente XIV con su breve *Dominus ac redemptor*, hubo sancionado los decretos de espulsion, presentados por las cortes de Portugal, Francia, España y Nápoles, hallóse consagrado aquel ostracismo en nombre de la Santa Sede; pero la prueba de que la causa se perdió sin ser juzgado el proceso, es, que pende todavía del tribunal de la opinion pública. Los historiadores y los diplomáticos, los filósofos y los utopistas, los católicos y los protestantes, todos, con decepciones ó esperanzas que han disimulado ó proclamado, todos, repito, se esforzaron en buscar lo que hasta ahora no ha podido explicarse.

»En diversas épocas d'Alembert y el abate Proyart, el conde Villegas y Tosetti, de la congregacion de las Escuelas Pias, Stark y el capuchino Norbert, Cristobal de Murr y Coxe, Lacroix y S. Victor. Sismondi y Schœll, Ranke y Gioberti, el conde de S. Priest y M. Colombet, han venido unos en pos de otros, y antes ó despues de numerosos escritores en pro ó en contra, alegando sus inducciones, ya para acusar, ya para justificar á los reyes y al Papa. Los mismos Jesuitas, tan sumamente interesados en buscar, hallar y proclamar la verdad, en caso de serles favorable, no obtuvieron mejor éxito que los demás en la manifestacion de este extraño misterio. Se esforzaron sus enemigos por todos los medios imaginables en levantar un glorioso pedestal á Ganganelli: le atribuyeron virtudes filosóficas, forjándole Carraccioli y M. de la Touche una correspondencia. Los jansenistas y los abogados, los incrédulos y los indiferentes, los revolucionarios y los malos sacerdotes

rodearon su nombre de inmortal auréola. Háseles visto acuñar medallas y pagar el entusiasmo que su imágen les inspiraba. Otros, despues de suponerle víctima del veneno de los Jesuitas, quisieron erigirle altares. La dicha de ver brillar un Papa en el número de sus cómplices ofuscó su entendimiento, dando treguas á los desvarios anticristianos, para ensalzar la memoria de Clemente XIV. Fué el Papa de su eleccion; y, durante esta ovacion incesante, apenas se atrevieron los católicos á manifestar sus dudas, presentándolas bajo fórmulas respetuosas. Ignoraron lo que los demás supieron antes; y si algo decian para la tranquilidad de su conciencia, hacianlo temblando, cual escritores tímidos que recelan suplantar la verdad por las sospechas que concibieran.

»La verdad era hasta hace poco un problema irresoluble en cuanto á la destruccion de los Jesuitas. Sus adversarios se afanaron en hacer la apoteosis del breve *Dominus ac redemptor*, inundando de impostores elogios su narracion. Contenidos los mismos amigos de la Compañía por la veneracion debida á la Santa Sede apostólica, retrocedian asustados ó se escudaban tras inofensivas reticencias, tratándose de juzgar al sucesor de los apóstoles en la tierra. Posicion tan singular, puso á los animos en un desconcierto, que jamás fué favorable á la equidad. Tenian los hijos de S. Ignacio justos motivos de queja contra Ganganelli; pero su deber religioso, su caridad de sacerdote, pusieron un obstáculo á sus pensamientos, á sus investigaciones, á sus declaraciones, que al paso que hubieran dejado satisfecha su conciencia como jesuitas, habria sido en menoscabo del supremo sacerdocio; resignáronse pues al silencio. Los que, incitados por el deseo de traer á la memoria las virtudes é infortunios de sus hermanos, referian los acontecimientos de la supresion, jamás se salieron del plan trazado, ni ilustraron tampoco la cuestion.

»Mas aun: nos consta, que si por casualidad hubiesen llegado á manos de los Jesuitas, pruebas irrefragables de su inocencia, las hubieran destruido, ó al menos ocultado á la vista del mundo. Por un sentimiento de piadosa delicadeza, cuyo secreto jamás penetrarán los hombres, los discípulos de S. Ignacio creyéronse obligados á hacer lo mismo que menos laudables motivos hubieran inspirado á sus adversarios. Así, por no suscitar tristes escándalos, con las manos llenas de las pruebas de su inocencia, habrian unos ocultado á la posteridad aquellos vengadores documentos; mientras que otros, temiendo verse obligados al fin á ser equitativos, los habrian escondido en lo mas profundo del abismo, porque no solo es al Papa á quien aman, á quien honran en Clemente XIV, sino al enemigo de la Compañía de Jesus.

» Ni por mis principios, ni por mi posicion, ni mayormente por mi

carácter pertenezco á ninguna de estas dos categorías : soy escritor y amo la justicia ; pues la justicia es la sola caridad permitida á la historia.

»Durante un viaje que acabo de hacer al norte y mediodía de Europa, — cuyas causas esplanaré en otro libro enteramente político, — la Providencia me ha puesto en estado de juzgar por medio de documentos inéditos las tramas ocultas que acarrearón la supresion de los Jesuitas. Entre una multitud de documentos de todas épocas y paises, documentos que reuní, unos hallados por mí mismo y otros que se me ofrecieron con afán, destinados á otras producciones que tenia en bosquejo, halláronse algunos pertenecientes á la destruccion de la orden de Jesus. Como historiador de la Compañía me interesaba profundizar lo que hubiese de verdadero ó de falso, tanto en su acusacion como en su defensa. Aplacé mis investigaciones sobre otros sucesos casi tan vívidos de la historia pasada y contemporánea, y resolvíme á penetrar hasta el fondo del misterio concerniente á los Jesuitas.

»De investigacion en investigacion, con el sudor de la frente pude rastrear las primeras comunicaciones : lo demás se me presentó á medida del deseo. Correspondencias de cardenales á diplomáticos, instrucciones reales ó ministeriales, pruebas escritas, cartas capaces de hacer abrir los ojos a un ciego de nacimiento, salieron de las chancillerias, de los archivos y de las carteras en donde estaban ocultas hacia medio siglo. El conclave de 1769, del cual salió Papa el fraile Franciscano Lorenzo Ganganelli, se ha ido recorriendo á mi vista con todas sus peripecias : hubiera podido contar sus glorias, pero debo referir sus faltas.

»El cardenal de Bernis, el marqués de Aubeterre, embajador de Francia en Roma, el duque de Choiseul, primer ministro de Luis XV, D. Manuel de Roda, ministro de gracia y justicia en España, el cardenal Orsini, embajador de Nápoles cerca de la Santa Sede, escribianse todos los dias para ponerse al corriente de la intriga que dentro y fuera del conclave dirigian en partida doble. Ninguno de estos documentos ha sufrido extravío ; todos desde el primero hasta el último están en mi poder : en ellos se refieren punto por punto y hora por hora las seducciones, promesas, soborno de cardenales, y por último la secreta transaccion que dió un jefe á la Iglesia, asombrada de tan inauditos escándalos.

»Estando en mi poder la llave de la eleccion de Ganganelli, pronto penetré el secreto de su pontificado. El agente mas activo de la destruccion de los Jesuitas fué el cardenal Malvezzi, arzobispo de Bolonia, y quien sugirió á Clemente XIV lo que convenia hacer para llegar á este

resultado. Sus cartas autógrafas, como todas las demás, ni siquiera dejan en el ánimo mas prevenido la menor incertidumbre. Se agrupaban al rededor de estos grandes culpables, otros que no pudieron hacer mas que secundarlos en su obra. Estos son, por una parte el cardenal Andrés Corsini, por otra Campomanes, confidente del conde de Aranda; apareciendo mas allá Azpuru, Almada, el caballero de Azara, Moñino, conde de Florida Blanca, Joaquin de Osma, confesor de Carlos III de España, Dufour, intrigante francés asalariado por el jansenismo, y Nicolas Pagliarini, aquel librero, que despues de haber sido condenado á galeras en Roma, fué admitido en Portugal en clase de diplomático.

»Examinando con la mas escrupulosa atencion todos los documentos que aquellos hombres se dirigian, he adquirido el conocimiento de los hechos. Tuve, y tengo á la vista sus cartas originales, que han servido de base á mi narracion, ó mejor, la constituyen. Propiamente hablando esta es solo la espresion atenuada de sus correspondencias; porque mas de una vez, lleno de rubor, he debido desentenderme de seguirlos en el desahogo burlesco ó rencoroso, impio ó inmoral de su intriga.

»Sin embargo, concluido ya mi trabajo, horroricéme de mi misma obra; porque superior á tantos nombres como se entrechocan para su recíproca deshonra, descuella uno, cuyo carácter pontificio debiera hacerle inviolable. Algunos príncipes de la Iglesia, á quienes desde mucho tiempo profesó un respetuoso afecto, rogáronme que no recorriese el velo que ocultaba á la vista del mundo semejante pontificado. El general de la Compañia de Jesus, á pesar de tener tantos y tan poderosos motivos para interesarse en el descubrimiento que yo acababa de hacer, unió sus ruegos á los de algunos cardenales. En nombre de la órden y del honor de la Santa Sede me suplicaron casi con lágrimas, que desistiera de publicar esta historia. Hasta hicieron intervenir los deseos y autoridad de Pio IX en los consejos y representaciones motivadas por mi obra.

»De contrario dictámen fueron otras personas eminentes, que considerando la cuestion bajo un aspecto quizá mas atrevido, incitáronme á hacer público aquel misterio de iniquidad. Aseguraban que en medio de las tempestades que ha corrido y puede aun correr la Santa Sede, es necesario arrostrar el peligro; porque en la inercia de los buenos consiste la fuerza de los malos. Decian que no sin designio habia la Providencia salvado aquellos preciosos manuscritos de tantas manos interesadas en destruirlos; y ya que la misma Providencia me habia constituido en depositario, claro estaba no debia ocultarse por mas tiempo la verdad *bajo del celemin*. A fin de animarme para que nada callase, apoyá-

banse en venerables autoridades, é invocaban la libertad con que S. Pedro Damian habló al papa Nicolás II : « En nuestros días, le escribió este doctor, y en circunstancias mucho mas difíciles, la Iglesia romana, conforme á su antigua costumbre, no deja de someter á una discusion seria, toda especie de cuestiones concernientes á la disciplina eclesiástica; pero cuando se trata de la relajacion del clero, recelosos de provocar los insultos de los seglares, les cierra la boca. Esta reserva por parte de los doctores de la Iglesia, mayormente en una materia que escita las quejas de todo el pueblo, es muy reprehensible. Si al menos se tratára de un mal oculto, tal vez sería tolerable el silencio; pero, ¡ó escándalo horrible! esta peste audaz no tiene ya limites... Es posible que se omita, por no sé qué vergüenza, el tratar en sínodo de lo que todo el mundo habla públicamente, á fin de que no solamente los culpables no sean infamados segun merecen, si que tambien para que los mismos que deberían ser los vengadores de la Iglesia sean mirados como cómplices en el desórden. »

» Nuestra situacion por fortuna no era la misma que en tiempos de S. Pedro Damian; y no teniendo sus virtudes ni talento, aconsejaronme supliese estas cualidades por una franqueza que, en este caso excepcional, llegaba á ser una necesidad.

» Estos dos ópuestos dictámenes espresados por hombres de raro talento y de probidad mas rara todavía, engendraron en mi ánimo la duda y la incertidumbre. Vacilante entre el pro y el contra, estuve largo tiempo indeciso entre el deseo y el temor; mas al fin la idea de dar cumplimiento á un grande acto de justicia prevaleció sobre todas las demás consideraciones.

» Un Papa, cardenales, obispos, prelados, religiosos, ministros y embajadores se hallan desgraciadamente envueltos en la cuestion, en la que comprometieron sus nombres y la dignidad de su carácter. Me fué del todo imposible resignarme á una motivada injusticia hácia los inocentes, para amnistiar por mas tiempo á los culpables, presentados todavía por sus cómplices como modelos de probidad y de virtud.

» Vivimos en un tiempo en que el genio, el pensamiento y el espíritu son traidores á su civilizadora mision para rehabilitar el crimen. De todos los partidos se levantan hombres que, ávidos de adquirir una popularidad efimera, improvisanse adoradores de perversas inteligencias, y panegiristas de jornadas sangrientas: luchan tenaces por deificar el vicio, y hacen la apoteosis de aviesas pasiones. No faltan lágrimas para el asesino, para el ladron que, cubriéndose con la capa de patriotismo, es admirado y poetizado; y tan solo se acusa á la victima. Cántanse himnos á la guillotina, y hasta se exalta al verdugo cual dechado de ab-

negacion y de nacionalidad ; el mártir empero , en cambio de su resignacion , recoge únicamente el anatema de la historia. Cuando pronunció Brennus su terrible *væ victis!* se dirigia á enemigos siempre armados y aun temibles. Mas en el dia , el *¡ay de los vencidos!* recae sobre todo sentimiento honrado , sobre toda probidad que no deja romperse para adular á las masas.

» Adulando así á los depravados instintos de las turbas , y obligando al ánimo á saludar el advenimiento del ateismo en la historia , es muy cierto que puede lograrse una triste y peligrosa nombradía ; pero no así la alcanzaban nuestros antepasados , ni tampoco á semejante escuela iré á buscar mis modelos. No escribo la historia sobre desvarios de la imaginacion , sino meditándola en los documentos autógrafos de los que en ella figuraron : la escribo sin temor ni odio , por ser sobre este punto la espresion de una verdad tan luminosa , tan demostrada como una solucion geométrica.

» No es de mi incumbencia prever qué suerte tendrá este libro. Destruirá sin duda muchas preocupaciones , escitará tal vez las pasiones de aquellos que no querrán verse forzados á confesar sus errores , herira susceptibilidades que respeto ; y traerá al corazon ó á los labios de algunos hombres adictos como yo á la Silla apostólica , palabras de reprobacion ó de vituperio. No es la rehabilitacion de los Jesuitas que proclamo ; estos hacen únicamente un papel secundario. Sino que se ha cometido una deplorable iniquidad , y es forzoso hacerla patente sin preocuparse por los resultados. Sobrados escritores hay á quienes conduce el genio del mal , para que no seamos osados en el descubrimiento de la verdad , ya que llegó el momento de pregonarla á la faz del mundo.

» Sensible será por cierto la verdad á la cátedra de S. Pedro , al Sacro Colegio y al universo católico ; no obstante , en el fondo de esos sinsabores que tambien acibaran mi alma , hallaremos lecciones que no quedarán perdidas ; antes bien emanadas del conclave y de las chancillerías , deben conducirnos á una nueva era. Ya , en efecto , no es posible que sea Roma débil ó tímida , cuando se oiga la voz de los diplomáticos señalando sus condescendencias como sintoma de descomposicion , y regocijándose entre ellos de su victoria , porque esta victoria es la aurora del triunfo sobre nuestra madre la santa Iglesia romana.

» Estas confesiones que D. Manuel de Roda deja escapar en la embriaguez del triunfo , se repetirían de nuevo si un Papa seguia la senda que trazó Clemente XIV. Está fuera del caso dictar sus deberes á los Vicarios de Jesucristo ; compréndelos muy bien , y saben desem-

peñarlos con grande dignidad y sabiduría: el recordárselos pues seria una tentativa cuando menos inútil. Por lo mismo no saldré de los límites que me he trazado. Ni he de tratar del dogma, ni de la moral, ni de la doctrina, cosas todas que son de la incumbencia y desvelos de la Iglesia. Limitome al exámen de un hecho histórico. Discuto, refiero, en presencia de documentos originales, sucesos que tuvieron una trascendencia inmensa y que tendian á desviar de su senda á la justicia humana. El cargo que desempeño es propio de todo escritor, ó mejor, es un deber de conciencia impuesto á todo hombre honrado.

»Sin duda es muy cruel para un católico sorprender en flagrante delito de falsedad y venalidad á principes de la Iglesia, y mas cruel aun el ver á un soberano Pontífice resistir con timidez á la misma iniquidad que alentó con su ambicion, amilanándose en el trono despues de haber hecho cuanto pudo para ocuparlo. Pero semejante espectáculo, que por cierto no se repetirá, ¿no inspira un sentimiento de dolor que no puede la historia prescindir de recoger? ¿El crimen del sumo sacerdote no equivale á los de todo el pueblo? ¿No es por ventura mayor á los ojos del supremo Juez? Y siendo esto asi, aun atribuyendo gran parte á la flaqueza humana, á buenas intenciones desconcertadas por la fuerza de los acontecimientos, y hasta á los cálculos de una prudencia sobrado mundana, ¿no es preciso entrar en la realidad de los hechos? Y sin salir de los límites del respeto debido siempre y en todas partes á la dignidad del Padre comun de los fieles, ¿no ha de ser posible jamás vituperar los ataques dirigidos contra los imprescriptibles derechos de la justicia?

»Roma 16 de abril de 1847.»

¡Al fin aparece con toda evidencia la justificacion de los Jesuitas, tan calumniados y perseguidos durante ochenta años! Estos hombres, sin embargo, se ven acogidos con aplauso en los paises verdaderamente libres, como los Estados Unidos, la Inglaterra, la Bélgica, la Cerdeña y la Suiza católica. No se teme en aquellas tierras de libertad, la influencia del poder de los Jesuitas; porque esta influencia es en el dia toda intelectual, toda moral, y es oprobioso para un pueblo el rechazarla. Aquellas naciones extranjeras, mas sabias que nosotros, convencidas de que la fuerza moral es la que da la libertad, no se dejan dominar por injustas y fanáticas preocupaciones, esplotadas entre nosotros por ciertos farsantes, á pesar de no creerlas. Tampoco temen sus universidades, respecto á la enseñanza, la concurrencia de los Jesuitas, pues que se les deja obrar. Si son débiles, inferiores, incapaces, atrasados, la libertad les hará sucumbir; pero si son aptos y superiores, ¿por qué no aceptar sus luces y sus servicios?

En el día se ha inventado el arte de conducir á los pueblos por medio de palabras como con la varita de Circe. Con estas palabras mágicas han falseado todas las ideas, y sembrado el desorden en todas las clases de la sociedad. ¿Quién podrá negar que en nuestros días las expresiones *jesuita*, *partido clerical*, etc., explotadas diestramente por las pasiones irreligiosas, tienen una fuerza mágica y fascinadora para un pueblo imbecil y fanático? Con el auxilio de este fanatismo político y de esta confusión de ideas, producida por palabras vacías de significado, han alterado, destruido, anonadado lo que hay de más sagrado en una nación, á saber, la libertad religiosa y social. Sin libertad la religion es débil, al paso que sin religion la libertad sucumbe; por consiguiente, el bien de la patria y del mundo consiste en la conciliación de la religion y de la libertad.

Sobre la libertad civil y religiosa, véase este célebre pasaje de un publicista cristiano de Italia:

«Puede decirse con más razón de la libertad lo que se ha dicho de la ciencia: que es un disolvente que destruye todos los metales á excepción del oro. Y, en efecto, la libertad disuelve y pulveriza todas las religiones menos la verdadera. A no ser así, si esto no fuera evidente, si la libertad, que es uno de los grandes atributos divinos, no estuviese de acuerdo con la religion de Dios, no hiciera yo su elogio con tanta firmeza en este sagrado pulpito, donde solo debe defenderse lo verdadero, lo santo, lo divino.

»En el día, el estado de las opiniones y de los sentimientos de los pueblos de Europa, es que nada puede hacer la libertad sin la religion, ni la religion sin la libertad, y que los enemigos de la religion son los verdaderos enemigos de la libertad, así como los enemigos de esta lo son también de aquella. Quien dice religion sin libertad habla de una institucion humana, y quien libertad sin religion pronuncia una palabra infernal. Sin libertad, pierde su dignidad la religion; la libertad sin religion pierde todo su atractivo. La religion sin libertad cae en el desprecio; la libertad sin religion se convierte en anarquía. Quita la libertad á la religion lo que puede tener de humillante para la conciencia; mientras que la religion despoja la libertad de lo que tiene de salvaje. La libertad hermosea á la religion, del mismo modo que la hermosura da mayor realce á la virtud; la religion conserva la libertad, como la sal impide la corrupcion.... ¡Ah desgraciados de los gobiernos que creyesen posible el despotismo religioso en el siglo XIX, después de consumada la grande revolucion en las ideas! Los emperadores que, haciéndose cristianos, no quisieron comprender el cristianismo, y pretendieron continuar ejerciendo el despotismo sobre la Iglesia, fueron

por ella abandonados, y cayeron en todas las bajezas, que granjearon á su reinado el título de *Historia del bajo imperio*, desapareciendo luego de la escena del mundo sin herederos ni sucesores. La Iglesia que no rechaza, sino que busca, que no desprecia, sino que acoge y santifica cuanto tiene fuerza y vida, dirigióse entonces hácia los bárbaros cuyas manos habian dado su merecido á las miserias y faltas del imperio romano; lavó su cabeza con un poco de agua, ungió sus frentes con un poco de óleo, é hizo el milagro de convertirlos en una monarquía cristiana. Si un dia, pues, los sucesores de aquellos jefes bárbaros, dejándose penetrar por el elemento pagano, despótico por escelencia, renuncian al elemento católico, esencialmente liberal, por ser todo caridad, y no quieren comprender la doctrina de la libertad religiosa de los pueblos y de la independencia de la Iglesia, que constituyó la seguridad y la gloria de sus antepasados, sabrá tambien la Iglesia pasarse sin ellos: volverá sus ojos hácia la democracia, bautizará á esta heroína salvaje, la hará cristiana como ya lo hizo con la barbarie, é imprimiendo en su frente el sello de su consagracion divina, le dirá: ¡Reina! y reinará. ¡Ciertamente los gobiernos no tienen apoyo, salvacion, defensa ni probabilidad de duracion, sino dando á la Iglesia la libertad que le pertenece, y tratando y respetando á los pueblos como á hijos de Dios!» Extracto de la oracion fúnebre de Daniel O'Connell por el R. P. Ventura, Teatino. (El padre Ventura es el mas célebre predicador de Italia.)

Por lo tocante á la libertad de la Iglesia, así se espresaba hace poco un periódico religioso:

«Para que sea libre la Iglesia, es menester que nadie se mezcle en sus asuntos, ni aun para protegerla; pues no le está bien hacer el papel de protegida, siendo la que á todos protege. Basta dar una ojeada en el mundo para cerciorarse en donde reina con mas gloria: ó sino, compárense los Estados Unidos y el Austria. En la república donde no recibe proteccion es libre, floreciente; mientras en el imperio que la protege se halla sin fuerza, sin influencia, bajo el mando de una burocracia incrédula, y sometida á todos los caprichos, á todas las exigencias de una recelosa tutela.» (*El Universo*, 26 de agosto de 1847.)

Ha habido algunos que al hablar de los Jesuitas creyeron excusarse diciendo: ¡Qué ha de hacerse! ¡es una desgracia! No ignoramos que los Jesuitas son inocentes, pacíficos é inofensivos, que no son mas que un pretexto, pues á la religion se dirigen los tiros, ó al menos es un asunto de universidad, esto es, que se teme para esta una peligrosa concurrencia. Sabemos muy bien que el proscribir congregaciones cuyo solo crimen consista en la práctica de los consejos del Evangelio, y el tra-

bajar sin descanso para establecer en la tierra el reinado de la paz y de la justicia, es contrario á la Carta, á la razon y á la misma justicia. Estamos persuadidos que los Jesuitas no ejercen en el dia otra influencia en la sociedad que de ilustracion y de virtud. (Habrian podido añadir, que es vergonzoso para un pais desechar semejante influencia.) Hemos estudiado cuidadosamente la causa y la conducta de los Jesuitas, y todo nos conduce á confesar que han producido mucho bien, sin haber hecho el menor mal (1). Si hemos consentido en la proscripcion de la Compañia de Jesús, es porque se nos ha obligado á ello.... Habriase comprometido tal vez la seguridad del Estado. Seguid nuestro ejemplo, sed sabios y prudentes como nosotros, compadeceos de los Jesuitas, deplorad lo desgraciado del tiempo y la dificultad de una posicion fatal que los hijos de S. Ignacio se han creado fuera de la sociedad. (Sofisma!) Rogad á Dios que haga aparecer mejores dias. Gemid y rogad en silencio, y lloraremos y rogaremos con vosotros, para que Dios saque el bien del mal.

A todo esto responde Bossuet: «Os pasais al campo enemigo. Asi abrazaron los romanos la acusacion de los apasionados judios.... ¿Cuan-

(1) Volvia de París el general Bugeaud (en 1844) en donde le hicieran una negra pintura de los Jesuitas, de los Trapenses, y de los demás colonizadores de *esta especie*. No se les imputaba el ser sobrios, laboriosos; acusábanlos sí, á todos en globo, de ser Jesuitas. ¿Significaba esto quizás, que *se comian los niños como si fueran sardinas*, y que acuñaban moneda sobre el pecho de sus discípulos; ó bien que eran adictos á sus deberes, viviendo apartados del torbellino del mundo y del tumulto de la política? Hasta entonces el ilustre duque de Isli, habia acallado sus opiniones ante la consideracion de la pública utilidad; y así protegía sin distincion á todos aquellos que se dedicaban á la colonia. El Rdo. P. Brumauld, al frente de algunos de los suyos, prodigaba sus cuidados á los huérfanos, y hacia prosperar su admirable establecimiento de Bir-Kaddem (á 4 kilomet. de Argel) mediante la cooperacion generosa del gobernador de la Argelia, cuyos socorros jamás le faltaron, lo mismo que sus felicitaciones.

Era pues deudor de una visita el superior de los Jesuitas al gobernador á su regreso de Francia. Para un hombre de su clase, no debia ser solo una visita de etiqueta; érale necesario cumplir con un deber de reconocimiento. Retrocede un paso á su vista el duque de Isli...

...¿Tuvo miedo de un ropaje negro el vencedor de Africa? Sois *Jesuita!* esclama horrorizado... ¿Sois *Jesuita*, os digo?... Grave, como puede verse, era la acusacion. Despues de un largo silencio y una tercera interpelacion, apenas osa el P. Brumauld con balbuciente voz pronunciar algunas tímidas palabras... Vamos! sois *Jesuita*, ya lo veo, repuso con afabilidad el gobernador; no he leido por cierto á vuestros apologistas; pero no importa, bástame saber que trabajais para el bien de la humanidad y de la civilizacion africana, y así contad conmigo. He comprendido por vuestras obras que tenéis mucho mas desprendimiento que esos filantropos de gabinete. que os temen y han procurado apartar de vosotros mi corazon y mi mano. Además, por vida mia! que seais *Jesuitas* ó lo que se quiera ¿qué me importa? sois demasiado buenos, desprendidos y amables para que pueda mofarme de vosotros. (Nos ha comunicado esta nota un religioso del monasterio de Staoueli, cerca de Argel, quien supo estos pormenores que acabo de referir, de la misma boca del R. P. Brumauld.)

to no sufrió el divino Salvador por la ambicion y la politica del mundo, y para espiar los pecados que esta hace perpetrar? Por poco que se pare la atencion, se verá que siempre condena la politica á la verdad, debilitando y corrompiendo las mejores intenciones. Claramente nos lo manifiesta Pilatos dejándose cobardemente sorprender por las asechanzas que los judíos tendieron á su vacilante ambicion. Saben aquellos desgraciados tan diestramente juntar á sus pasiones los intereses del Estado, que reconociendo Pilatos la inocencia y pronto siempre en absolverla, no deja sin embargo de condenarla. Siendo algo probo y justiciero Pilatos, con alguna firmeza y valor era capaz de hacer frente á los alaridos de un pueblo amotinado. ¡Cuan admirable se nos presenta la humana virtud, cuando sabe arrostrar impávida tan apuradas circunstancias! Parece que mucho fué el haber Pilatos resistido tamaño concurso y tal obstinacion de toda la nacion judaica, penetrando su oculta envidia, á pesar de sus pretextos; pero el nombre de César, que en hora menguada opusieron á los deberes de su conciencia, dispó todo su amor á la justicia; y obrando su flaqueza el propio efecto que la malicia, hace azotar, condenar y crucificar á la inocencia misma. ¿Podia proceder peor una iniquidad declarada de lo que el miedo obligó á hacer á un hombre al parecer justo? Así son las virtudes del mundo, sostienen con vigor, mientras no se sobrepone un grande interés; pero en este caso, poco temen el relajarse para dar un golpe de importancia.» (Sermon para el viernes santo.)

## CAPITULO II.

### INFLUENCIA DE VIRTUD, DE SACRIFICIO Y DE DESPRENIMIENTO DEL SACERDOTE EN LA SOCIEDAD.

#### § I.

Sacerdotes, religiosos de todas las órdenes, hombres sublimes, admirables y sin par en la tierra, véense con sobrehumano heroismo y una virtud sin igual, romper los fuertes y queridos lazos; correr con inefable alegría á lejanas y salvajes regiones para regarlas y fecundarlas con sus sudores y con su sangre, sin otro deseo, sin otra esperanza que la de civilizar y salvar á unos bárbaros que necesariamente les son desconocidos. ¡Qué espectáculo no ofrece esta vida de sacrificio y de abnegacion absoluta! Si puede llamarse vida la que se halla siempre amenazada, con una muerte cruel siempre en perspectiva y á menudo

realizada! Si no es la verdad la doctrina que predicán tales misioneros, ciertamente no existe verdad en la tierra.

Sé bien que nuestros filósofos incrédulos ó escépticos, nuestros socialistas, nuestros filántropos y nuestros utopistas modernos, nada comprenden de esta estraña doctrina, de esta sublime filosofía del martirio. Pero no importa, las cosas no pierden su ser mientras se hallan en la verdad: y ese celo fervoroso, esa caridad ardiente, ese desprendimiento mas que humano durarán tanto como el catolicismo que los inspira. Para la carne y la sangre, esto es, para el hombre animal, el hombre de barro, es esto enteramente incomprensible. Hace mucho tiempo que S. Pablo dijo: *Animalis homo non percipit ea quæ sunt spiritus Dei.* (Cor. 1-2-14.) Nada mas admirable tiene la Francia que sus soldados, á no ser sus misioneros.

Todos los años, como es sabido, las naves del comercio ó las embarcaciones del Estado, llevan á la otra parte del mar y de las islas un sin número de jóvenes y fervientes misioneros. Estos hombres sencillos porque son humildes y virtuosos, llevan consigo las ciencias y las artes, y lo que es mejor aun, todas las virtudes, ó sea todos los elementos de la verdadera civilizacion. En las misiones estrangeras de París, hállanse hasta antiguos misioneros llegados de los cuatro puntos del globo.

Cuando se envían algunos jóvenes sacerdotes á las grandes, á las lejanas misiones, se dirige á los futuros mártires en el momento de su partida una alocucion concebida á corta diferencia en estos términos: «Amados cofrades, un último deber os queda que cumplir, penoso en verdad; muy penoso para otros, mas no para vosotros; pues que la gloria de esta mision y el poder de esta cruz de que vais armados os da confianza. Como hijos del Evangelio, vamos á besar esos pies que seguirán las huellas de los primeros apóstoles, y demás que han ido á regar con su sudor y sangre la tierra que estais destinados á fecundar; vamos á postrarnos á vuestras plantas, y glorificar al Señor en la persona de sus mas predilectos hijos, dándoos el último adios, hasta vernos en un mundo mejor, pues únicamente allí volveremos á encontrarnos.» Concluido el discurso, los asistentes siguiendo una piadosa costumbre, se acercan y besan los pies á cada misionero (1). Los obispos, cuando los hay, empiezan esta tierna ceremonia: los prelados seguidos de los demás sacerdotes, se postran tambien á los pies de los jóvenes misioneros, tri-

(1) Sí, besad aquellos pies que van á llevar á las naciones la salud y la paz. «Qué hermosos son los pies de aquellos hombres que se ven venir de léjos llevando la paz, evangelizando los bienes eternos, predicando la salud y diciendo: ¡ó pueblos envueltos en las sombras de la muerte, vuestro Dios reinará en vosotros! (Isaias 52-7.)

butando este homenaje á la sublime abnegacion de aquellos hombres admirables que sola la religion puede comprender, y que solo ella puede dignamente recompensar. Ahora partid, *enviados* ó apóstoles de Jesucristo, armados de su palabra y de su cruz que os hará fuertes é invencibles: *in hoc signo vinces*.

«Marchad, llegad hasta aquellas remotas regiones que me aguardan. Enarbolad mi estandarte á la vista de los pueblos..... Yo enviaré, dice el Señor, mis escogidos á las naciones que moran mas allá de los mares. Despedirán los ardientes rayos de su palabra hácia el Africa, la Lidia, la Grecia, la Italia, hácia las islas lejanas, hácia aquellos que ni siquiera han oido mi nombre, ni visto mi gloria, y anunciarán mi ley á las naciones.» (Isai. c. 60 y sig.)

Es sabido que los misioneros destinados á la China, la Cochinchina, Tonquin, Siam etc. se dirigen primero á Macao, y allí reciben la última educacion de apóstol, y su destino preciso y definitivo. Vamos á referir un extracto del viaje de M. Bougainville, uno de los mas célebres navegantes modernos, cuyas instrucciones fueron extractadas por el duque de Clermont-Tonnerre, ministro de marina durante la restauracion. Se verá que entonces habíanse considerado las misiones francesas, no solamente bajo el punto de vista religioso, si que tambien bajo el aspecto político y científico.

«Llegados á Macao, M. Bougainville y su estado mayor, fueron recibidos del modo mas cordial por el obispo español, y por el señor abate Barou, procurador de las misiones francesas. Trasformóse el seminario en casa de refresco de los marinos de la *Thetis*. Gustosos cedieron sus camas los jóvenes seminaristas, y sirvieron la mesa, la que fué frugal, pero agradable á nuestros viajeros por el buen trato del huésped.

»En este establecimiento llegan desde luego los jóvenes sacerdotes de las misiones extranjeras de París, destinados para Siam, China, la Cochinchina y el Tonquin. Durante su permanencia se enteran de las costumbres y hábitos de los pueblos á que se dirigen; y disfrazados, con eminente peligro de la vida, aprenden el idioma de aquellos pueblos. Acuden á Macao cristianos de Tonquin, pais donde la religion ha tenido mas prosélitos, á fin de servirles de guia. Dejó el comandante á los Sres. Voisin y Masson, destinados á la China y á Tonquin, habiendo desembarcado en Malaca al abate Bouchot, que debia pasar al reino de Siam, y no quedándole á bordo mas que el abate Regereaux, cuyo destino era la Cochinchina.

»En la época en que M. Bougainville llegó á aquellos lugares, de los misioneros franceses que tantos servicios prestaran á la China cerca dos siglos habia, solo quedaba el P. Lamiot, que no debe confundirse

con el P. Amyot, que murió al año 1793, á la edad de 80 años. Se fué este misionero de Macao á Pekin en una nave del lord Macartney, en cuya capital residian tres antiguos Jesuitas, y cinco religiosos de S. Lázaro, pintores, relojeros, astrónomos y profesores de lenguas. Se llevó la muerte sucesivamente á todos los compañeros de Lamiot y en 1816 era el único que sobrevivía de su mision.

» Mandado comparecer muchas veces ante los tribunales durante las persecuciones suscitadas contra el cristianismo desde 1805, logró siempre permanecer en Pekin; mas en 1818, gravemente comprometido en la causa del P. Clet, y arrestado en la provincia de Hou-Pe, en donde hacia su mision 28 años habia, por orden del emperador fué condenado y estrangulado. Condujeron á M. Lamiot á aquella provincia para efectuar un careo con su cofrade, el cual nada reveló de cuanto pudiera comprometerle. Entonces dijeron al P. Clet: «Tú has pervertido mucha gente: el emperador quiere tu vida.» A lo que respondió: «De buena gana.» Este venerable misionero fué ahorcado.

» Puesto en prision, suelto despues el P. Lamiot, recibió, sin embargo, la orden de alejarse de China, y fué conducido á Canton para que se embarcára. Desde entonces hizo cuanto pudo para eludir aquella orden, alegando los intereses temporales de la mision en Pekin, pero únicamente teniendo en el ánimo el conservar á la Francia aquel establecimiento central, que puede en lo venidero ser importante. Escusábase otras veces alegando la necesidad de aguardar la decision del rey, sin la cual le era prohibido abandonar su puesto; y lo hacia con tanto mas fundamento, cuanto M. de Chateaubriand, ministro entonces de negocios extranjeros, le anunciaba, por conducto de la *Thetis*, que S. M. mandaba dar una educacion especial á matemáticos jóvenes, con intencion de ofrecerlos al servicio del emperador de China. En vista de esta carta, le negó formal y motivadamente M. Bougainville su recepcion á bordo.

» Cuando M. Bougainville vió al P. Lamiot, habia ya treinta años que este habitaba en la China: habia adoptado el traje, los modales y hábitos de los Chinos, de modo que en nada se diferenciaba por lo tocante al exterior: asi fué que el comandante de la *Thetis* quedó sorprendido al oirle espresarse en francés. Profundamente versado en las lenguas china y tártara, pudo atravesar en diferentes ocasiones el imperio y hacer una abundante provision de documentos. Murió este digno misionero en el año 1830. ¡Qué celo, qué desprendimiento, qué esfuerzo, qué admirable paciencia! ¡Cuanto escede este heroismo sublime de la religion al de los mismos guerreros! La casualidad los saca á estos á menudo del estado oscuro....»

Puede decirse que los trabajos y frutos de salvacion de los misioneros todos se resumen en la sola persona de S. Francisco Javier. Fué dado á este hombre extraordinario, á este prodigioso misionero el poder de resucitar todas las asombrosas maravillas de los primeros tiempos del cristianismo. Convirtió cincuenta y dos reinos, plantó el árbol vital de la cruz en una estension de tres mil leguas; bautizó con su propia mano á cerca de un millon de idólatras ó mahometanos, y todo esto en el corto espacio de diez años! La imaginacion, como lo hace observar el P. Ravignan, se horroriza á la sola enumeracion de tantos obstáculos; y, ¿qué medios empleó para vencerlos? La pobreza, la suavidad, la paciencia, las austeridades, la oracion, en una palabra, el ardiente é invencible poder de la caridad. Plugo á Dios que juntára á todo esto el don de hacer milagros. Escribióse su vida, en tiempos no muy lejanos de los nuestros, con los mas severos testimonios, con los mas auténticos documentos, que no permiten dudar de las maravillas y prodigios que la ilustraron. Los mismos historiadores protestantes se ven obligados á confesarlo. Baldeus en su *Historia de las Indias* dice: «Si la religion de Javier estuviese de acuerdo con la nuestra, deberiamos amarle y honrarle como á otro S. Pablo. No obstante, á pesar de esta diferencia de religion, su celo, su vigilancia y la santidad de sus costumbres deben incitar á todo hombre de bien á no desempeñar friamente la obra de Dios, porque los dones que Javier habia recibido para ejercer el cargo de ministro y de embajador de Cristo fueron tan eminentes, que no es capaz mi talento para espresarlos.»

Rebosando en fervor santo suspiraba S. Francisco Javier por la conquista espiritual del vasto imperio de China, y á los cuarenta y tantos años de edad, cuando alli se dirigia, murió lleno de gloria, de virtud y de méritos, en una cabaña abandonada de la isla de Sancian. No le faltó mas que el sangriento martirio, al que ciertamente él mismo no faltó.

Ved ahí un rasgo que da una justa idea del mérito y del espíritu de pobreza y de humildad que animaba á los primeros discípulos del gran S. Ignacio, que refiere el R. P. Ravignan: En 1545 y 1551 envió el Papa al concilio de Trento en calidad de teólogos á dos de los primeros padres de la Compañía Lainez y Salmeron, ambos españoles. ¿Quién ignora el grado de confianza que en ellos depositaron los padres del concilio? Enfermó Lainez, y se suspendieron las discusiones, prosiguiéndose cuando podia asistir á ellas. Al mismo tiempo, estos dos hombres, sabios consumados, pobres y fieles religiosos, habitaban en el hospital de Trento, barriendo sus salas, sirviendo y curando á los enfermos: catequizaban á los niños, y pedian limosna para vivir. Pres-

cripcion fué de S. Ignacio, quien queria hallar siempre la humildad apostólica hermanada con el celo y la ciencia.

Son conocidos de todo el mundo los misioneros de nuestros dias, y los numerosos mártires que han ofrecido ya á la Iglesia, desde la admirable institucion de la obra de la propagacion de la fe. Demasiado crecido es su número para que puedan tener cabida aqui: citaremos tan solo algunos de los mas conocidos: estos son franceses, compatriotas nuestros, y que han vivido entre nosotros.

M. Francisco Isidoro Gagelin dejó las costas de Francia en 1820, para ir á Cochinchina donde le llamaba su celo apostólico. Durante trece años trabajó con infatigable ardor para introducir la luz de la verdad en el entendimiento de los Cochinchinos, embrutecidos por la servidumbre. Cuando hubo el tirano Ming-Menh publicado su edicto de persecucion, fué la primera víctima el ferviente misionero. El calabozo, el cepo y la tortura, alternativamente sirvieron de prueba á su inestinguible constancia. Conducido por fin al suplicio, admirada la multitud viéndole marchar tan sereno y alegre exclamó: «¿Quién ha visto jamás marchar hombre alguno á la muerte con tan poca emocion?»... Mandaron sentar al generoso confesor, pasáronle una cuerda al cuello, cuyos extremos fueron puestos en manos de algunos soldados, los que tirando en opuestas direcciones, hicieron que el alma del mártir abandonase la materia, subiéndose á la celestial morada á recibir la palma de la inmortalidad. El amigo de Gagelin, Francisco Jacquard, despues de largos y horribles sufrimientos, recibió igual suplicio con la misma recompensa.

Estaba destinado José Marchand para tan horrorosas pruebas, que solo el mentarlas hace estremecer. Verdugos mas feroces que los tigres, armados con tenazas hechas asuca, le arrancaron la carne de los muslos y de las piernas. Repitieron mas tarde el mismo suplicio. Cinco verdugos con tenazas ardientes se acercaron al santo mártir, y pellizcaban con fuerza por mucho tiempo las carnes de sus miembros, no cicatrizados aun. Hállase en un instante cubierta la víctima de un humo espeso y fétido exhalado de su combusta carne. Depositánle, espirante, en una camilla, para transportarle al lugar donde debia consumir el sacrificio. Llegado al nuevo Gólgota, atan al mártir á un poste en forma de cruz, en la que queda colgado por las manos; y en este estado, los verdugos le van cortando, armados de cuchillos, la carne del pecho y de las partes mas carnosas del cuerpo, arrojando los sangrientos destrozos á sus pies. Los ojos fijos en el cielo el santo confesor, con inefable espresion de resignacion y de amor, espira en medio de este suplicio horrible que hielos de espanto y desconcierta la naturaleza.

Contemplad á ese Cárlos Cornay, quien despidiéndose de su patria á la edad de veinte años, alegre partió á llevar á remotas regiones los beneficios de la religion civilizadora, cuyo ministro ferviente era. No pudiendo penetrar en la China, quedóase en Tong-King cuando la persecucion; cae enfermo, y en estado tal, que creyeron sus superiores deber remitirle otra vez á Francia. ¿Pero qué hace el ardiente confesor? Preferir los sufrimientos y la cruz en Tong-King, á las dulzuras y comodidades de la familia. Pasado algun tiempo dábase el parabien de esta resolucion magnánima, cuando preso (en 1837) y cargado de aquella horrible argolla llamada cangue, fué condenado al tormento y cubierto de oprobios. Pronto le quitaron la cangue fatal para meterle en una caja de madera, en la que solo podia estar sentado; y así fué transportado á algunas jornadas de camino; pero siempre tranquilo, sereno y alegre, presentóse como el mas extraño espectáculo para un pueblo cobarde, tímido, cruel y embrutecido por el despotismo. Tres interrogatorios y tres torturas atroces, llenáronle de inefable alegría. Desde su horrible cárcel, y en medio de todas las miserias y angustias, escribió á su madre: «Háse derramado ya mi sangre en los tormentos, y debe correr dos ó tres veces mas antes que tenga los cuatro miembros y la cabeza cortados... Consolaos; dentro de poco terminado estará todo, y me hallaré aguardandoos en el cielo.» Despues de cuatro meses de sufrimientos sacaron de la caja al generoso atleta de Jesucristo, y lo despedazaron en medio de una plaza pública en setiembre de 1837. Mientras duró la atroz ejecucion y hasta al último suspiro, estuvo cantando alabanzas á Dios. Poco antes de su muerte escribió á uno de sus cofrades: «Bien quisiera que pudieseis procurarme la absolucion; pero si esto es imposible, oh Dios mio, esclamo á menudo, contricion por confesion, y mi sangre en lugar de Estremauncion! No me acusa mi conciencia de pecado alguno grave, sin embargo no estoy justificado: pero Maria me logrará la contricion, y la cuchilla me hará la uncion.»

Pedro de Moulin Borie, despues de haber habitado por espacio de siete años en aquella inhospitalaria tierra, falto con frecuencia de las cosas mas necesarias á la vida, alternativamente tostado por un sol abrasador, ó helado por intolerable frio, siempre errante de sierra en sierra tras descarriadas ovejas con infatigable celo, fué por último traidoramente entregado en manos de inicuos jueces en 1838. Durante los cuatro meses de su espantoso cautiverio estuvo siempre alegre y contento, entregando en fin su cabeza á la cuchilla del verdugo, cuya mal segura mano tuvo que repetir siete veces el golpe. En vista de tan atroz espectáculo, el mismo mandarín se estremeció y retrocedió horrorizado. Poco antes de su muerte, habia sido promovido Mr. Borie á

la dignidad de obispo de Achante, con el título de vicario apostólico de Tong-King occidental.

Citaremos otro mártir que, al igual de los precedentes, fué declarado venerable por Gregorio XVI de santa y feliz recordacion. Embarcóse en 1835 para Macao M. Gabriel Perboire, abrasado por el deseo de reemplazar á los varones de corazon magnánimo, inmolados en China por el fanatismo de la idolatría y el temor á la verdad. Y sin embargo, ¿quién hubiera creído tan esforzado á un hombre dotado de angélico porte y de tímida mirada? Transcurridos apenas cuatro años en medio de los trabajos inmensos del ministerio apostólico, es buscado del tirano, vendido por su propio catequista y metido en una fétida cárcel entre infames criminales. Cargado con la cangue, fué durante cuatro meses llevado de prision en prision, y de un tribunal á otro. Convidado á la apostasia, ya por medio de halagos, ya con amenazas, quedó impertrérito, fortificandole los tormentos y consolándole los ultrajes. Presentáronle un día un crucifijo en la sala de la audiencia, con la notificación de que era preciso pisarle para quedar libre. « ¡ Ah! ¿tendria valor para tratar así á la imágen de Dios, exclamó el generoso confesor, cuando él me ha criado, y descendió del cielo para redimirnos? » Y diciendo esto arranca el crucifijo de las manos de los satélites, abraza-le con fervor y le aprieta con trasporte á sus labios. En otra ocasion presentánle un idolo, al cual debía adorar, ó morir. « Lo que es adorar á este idolo, dijo con fuerza y dignidad, jamás; pero sí muy gustoso le cortára la cabeza. » Y como de costumbre, siguieron los tormentos al interrogatorio.

Nada fué capaz, en fin, de hacer vacilar en lo mas mínimo la constancia del generoso confesor, ni de alterar su maravillosa y angélica serenidad. Mas de una vez la muchedumbre infiel, en vista de tan atroces tormentos, se conmovió y enterneció, no pudiéndole negar su admiracion los jueces mismos. Lacerada ya la víctima por anchas cicatrices, con profundos y sangrientos cardenales hechos por el latigo que á cada golpe hacia manar la sangre, pronta está la víctima cubierta de ignominia y de oprobio hasta su último suspiro, confundida entre malhechores, *cum sceleratis reputatus est*; y mientras decapitan á cinco de ellos, fué lentamente estrangulado el santo, el sublime mártir por unos verdugos, que al parecer se gozaban en las largas y dolorosas angustias de su agonía. (Véase la *Noticia de los 70 siervos de Dios condenados á muerte por la fe, en China, en Tong-King, y en Cochinchina, declarados venerables por el papa Gregorio XVI; por el abate Rousseau. Véanse sobre todo los Anales de la propagacion de la fe.*)

Despues de haber dado una idea general del desprendimiento del sa-

cerdote misionero, hablemos ahora del sacerdote de la patria, ó de la grande sociedad europea. Consideremos, pues, en la grande escena de la sociedad la vida de completa abnegacion de desprendimiento y de sacrificio del sacerdote, de este hombre tan eminentemente social, y por lo mismo tan poco apreciado por un considerable número de personas, á las cuales impide reconocer la verdad una prevencion injusta, ó una ciega preocupacion.

## § II.

Es sin contradiccion el sacerdote católico el hombre mas adicto de la sociedad al verdadero bien de sus semejantes y lo es por necesidad, por deber, por conviccion y por conciencia. Su honor, su felicidad, su destino temporal y eterno, hállanse unidos á su estado, es decir, á la santa vocacion del sacerdocio cristiano. El sacerdote es por escelenia el amigo del hombre, el filántropo en su genuina espresion, esto es, en la acepcion católica y no filosófica; el apoyo de la viuda, el padre del huérfano, la guia del ciego, el báculo del cojo y del anciano, *baculus senectutis* (Tobias), el sosten del débil, la providencia del pobre, médico de las almas acongojadas y enfermas, el consolador del afligido y el verdadero y sincero amigo de todos.

\* ¿Sabeis, dice Mr. de Lamennais, lo que es un sacerdote, cuyo solo nombre os irrita ú os provoca la sonrisa del desprecio? Es por deber todo sacerdote, el amigo, la providencia viva de todos los desgraciados, el consolador de los afligidos, el defensor de los desamparados, el apoyo de la viuda, el padre del huérfano, el reparador de todos los desórdenes y de cuantos males vuestras pasiones y funestas doctrinas engendran. Hace completa abnegacion de toda su vida en pro de la comun felicidad. ¿Quién de vosotros consentiria trocar, como él hace, los goces domésticos, los placeres todos, y cuantos bienes con tanta avidez el hombre busca, con trabajos ocultos, penosos deberes, y funciones, cuyo ejercicio desgarran el corazon y exaspera los sentidos, para recoger á menudo por fruto de tantos sacrificios el desden, la ingratitud y el insulto? Todavía estais sumergidos en profundo sueño, cuando antes que asome la aurora, el hombre de caridad ha empezado ya el curso de sus benéficas obras. Ha aliviado al pobre, visitado el enfermo, enjugado el llanto del infeliz ó hecho derramar el del arrepentimiento; ha instruido al ignorante, fortificado al débil, y asegurado en la virtud las almas agitadas por el huracan de las pasiones. Tras un dia todo ocupado en semejantes beneficios, viene la noche, mas no el reposo; en aquella hora en que el placer os convida á los espectáculos, á las fiestas, llaman

á toda prisa al sagrado ministro : hállase un cristiano en sus últimos momentos , va á morir , quizá de enfermedad contagiosa ; pero no importa , no dejará el buen pastor que espire su oveja sin dulcificar sus angustias , sin rodearla con los consuelos de la esperanza y de la fe , sin rogar á su lado al Dios que murió por ellas y que en aquel mismo instante le da , en el sacramento de amor , una prenda segura de inmortalidad .

» Ved ahí al sacerdote , no tal como , juzgándole por algunas escepciones escandalosas , place á vuestra aversion figurárselo , sino tal cual existe en realidad entre nosotros .» (*Indiferencia en materia de religion*, tomo 1.)

Es el sacerdote , como hemos dicho ya , la personificación del principio social , es el hombre social por esceciencia , el hombre perfecto , el hombre elevado al mayor grado de poder moral . « Ha recibido el sacerdocio , dice Benjamin Constant , una autoridad sin límites , en todos los países .» (*De la religion*.) Pero su mayor autoridad , su mayor poder no son en el fondo otra cosa que el mas grande de los deberes , el cual requiere un ilimitado desprendimiento .

Y este desprendimiento heroico en ninguna parte se halla en mas eminente grado que en el clero de Francia , el cual no sobresale tan solo en desinterés , abnegacion y piedad y en ser el mas puro de la Iglesia , si que tambien el mas esclarecido y el mas instruido , segun lo veremos y probaremos en otra parte .

Es el mas desprendido y el mas desinteresado porque , desde su espoliacion , ha pasado á ser el mas pobre ; y la pobreza da el instinto del desprendimiento , y enseña á compadecerse y á socorrer . *Non ignara mali , miseris succurrere disco* . Ha podido siempre notarse , particularmente en nuestra generosa y magnánima Francia , que en todas las públicas calamidades , los sacerdotes son los que muestran mas valor y abnegacion ; como cada cual habrá podido observarlo por sí mismo , ó saberlo por medio de la prensa periódica . En las plagas epidémicas y pestilenciales , en los incendios , inundaciones y demás graves conflictos , estad seguros que no faltarán allí sacerdotes , rivalizando en celo , en esfuerzo y abnegacion con los hombres mas intrépidos y mas osados , y hasta vereis aventajarlos si se trata de despreciar el contagio , el ataque mortal del tifo , de la peste , del cólera , etc .

Citemos algunos ejemplos del mas sublime desprendimiento , suministrados por el terrible azote de Marsella . Refiere el célebre doctor Fournier , de la facultad de Montpellier , en su obra de la peste de Marsella , lo que sigue :... « Los sacerdotes , los confesores y los religiosos de diferentes órdenes , conducidos únicamente por el fervor y ar-

diente celo de su caridad, llegaron de las provincias mas apartadas del reino, sacrificándose con la mas edificante resignacion en peligrosos actos de consuelo y confesion de enfermos y moribundos. ¡Qué mucho! si el magnánimo Belzunce, el incomparable prelado de Marsella, les daba el mas tierno y heróico ejemplo, prodigando en persona á su rebaño herido del mal todos los consuelos de su sagrado ministerio, derramando en su seno no solamente el producto de sus rentas, de la venta de su vajilla y de sus muebles, si que tambien los préstamos que cada dia multiplicaba.»

Pero oigamos de este grande obispo la relacion de aquella lamentable historia.

«Es para mi gran consuelo, monseñor, escribia el 22 de octubre de 1720 al obispo de Tolon, en medio de los horrores que me rodean, ver que teneis la caridad de tomar parte en mis penas. Os doy por ello las mas sinceras gracias: quedo por la infinita misericordia de Dios todavía en pié entre los muertos y moribundos. Todo á mi lado ha sido derribado, no quedándome mas que mi solo limosnero de cuantos ministros del Señor me acompañaban.—En cuatro dias nos ha sido arrebatado el abate Bougerel. Convertida mi casa en hospital de apestados, han salido de ella once muertos, quedando todavía cinco enfermos, aunque fuera de peligro. A pesar de su avanzada edad, se ha librado el padre de la Fare, á fin de que á lo menos un Padre de Sta. Cruz sobreviva á los demás; y lo mismo Mr. Guerin. Dios os libre, monseñor, de semejante azote. Hace ya tres meses que está la peste en Marsella, y no lleva trazas de acabar. ¡Ay de mi! ¿qué no he tenido que sufrir durante este tiempo? He visto por espacio de ocho dias doscientos muertos al rededor de mi casa y debajo mis ventanas. Me he visto obligado á pasar por calles cuajadas de cadáveres medio podridos y ruidos de perros, mezclados con harapos de apestados é inmundicias, de modo que no habia donde poner los pies.—Con una esponja empapada en vinagre aplicada á las narices, doblada bajo del brazo y bien levantada la sotana, érame preciso pasar por encima de esos cadáveres infectos, mezclarme entre ellos, confesar y consolar á los moribundos echados de sus casas y colocados sobre colchones entre los muertos. Montones de perros y gatos muertos y en estado de putrefaccion aumentaban el horror del espectáculo y su insoportable hediondez. ¡Ah, monseñor! ¡qué momentos de amargura y desolacion hemos de sufrir, y cuan sensible es hallarse en tan terrible situacion! Al presente, aunque sea todavía grande el mal, respiramos, porque disminuye, y empieza por último á reinar el orden desde que ha tomado el mando M. de Langon. A lo menos ahora ando sin hallar cadáveres por las calles, y algunos dias hace

que no he confesado á ningun apestado. Verdad es que hay todavía mucho hedor y legiones de pobres; mas nada es esto ciertamente en comparacion de lo pasado. No sé, monseñor, lo que dicen que he hecho en Ntra. Sra. de la Guarda; pues todo se ha reducido á decir allí misa, rogar cada vez á la santa Virgen y confesar al ir y volver á los pobres apestados que encontraba. Hállome casi sin confesores. Las mismas personas acusadas de relajada moral, han hecho sin obligacion alguna, prodigios de celo y de caridad, sacrificando su vida por sus hermanos. A escepcion de tres ó cuatro han muerto todos los Jesuitas, viniendo algunos de muy léjos á entregarse voluntariamente á la muerte. Hallan nuestros rigoristas abominable esta moral. Treinta y tres capuchinos han sucumbido tambien.

»Hay aun como unos doce religiosos enfermos, no impidiendo esto que se presenten otros nuevos, cuya suerte es envidiada por los demás que han pedido venir. Veinte recoletos é igual número de observantes han sacrificado su vida al servicio de los enfermos; muchos carmelitas descalzos, mínimos, y algunos carmelitas calzados. Pasaré en silencio á mis queridos eclesiásticos, que se han sacrificado. Considérome como un general que ha perdido lo mas selecto de sus tropas, y es abandonado por el resto.

»Me pedis, monseñor, ¿qué es lo que han hecho los apelantes ó partidarios de la severa moral? Constantes en sus rigurosas máximas, han buscado su salud en la fuga, sin causarles el mas mínimo escrúpulo el abandonar las obligaciones y el cargo de almas inherente á sus beneficios.

»Ni órdenes, ni mandatos, ni amonestaciones, ni amenazas han bastado para hacer volver siquiera á uno.»

¡Ved ahí lo sumo del heroísmo del desprendimiento, y como dice Bossuet, la sublime majestad de la virtud! Cantando alabanzas Pope al grande obispo de Marsella, preguntaba porque...

¿Un prelado arriesgándose para salvar su rebaño  
Anda sobre muertos sin bajar á la tumba?

No se ha olvidado aun la imponderable abnegacion que mostró el clero durante la epidemia de tifo que devastó en 1812 ó 1813 diversos puntos de la Francia, y viva queda todavía la memoria de los prodigios de desprendimiento y caridad que manifestaron los sacerdotes cuando el cólera de 1832. El parte oficial de las municipalidades de París hace mencion del celo, trabajos y sacrificios del clero de S. Sulpicio. Lo cierto es que, en todas las enfermedades contagiosas y pestilenciales, donde hay peligros que correr, y á los ojos de la fe virtudes que recoger, siempre vereis en primera línea al sacerdote católico esponiéndose á

todo riesgo, despreciar resueltamente el contagio, sin jamás retroceder, ni ante una muerte inevitable y próxima. ¿Cual es pues el móvil de este desprendimiento sublime, sino la alta y santa consideracion del cumplimiento de un sagrado deber y la grave necesidad de procurar la salvacion de las almas (1)? ¿Cual es á los ojos de la fe el fruto de una tal conducta? El martirio de la caridad, que es, en verdad, lo sublime del desprendimiento; la mas elevada perfeccion de la caridad cristiana es dar la vida por la salvacion de sus hermanos. *Majorem charitatem nemo habet*, etc.

No queremos hacer mencion del penoso ejercicio de los eclesiásticos encargados de conducir los criminales al patibulo; porque, para un sacerdote católico, es tan solo un acto de desprendimiento comun y vulgar, que no vale la pena de mentarse.

No hay especie de peligro que sea capaz de detener el celo del sacerdote católico. Citanse millares de casos de sobrehumano esfuerzo con respecto á eclesiásticos, cuya intrepidez arrancó de entre las llamas á personas amenazadas de una horrorosa y segura muerte. Referiremos un solo ejemplo. Al ver á dos niños que iban á ser pábulo de las lla-

(1) Citase una orden del obispo protestante de Dublin, que dice: «Si se halla un protestante atacado de una enfermedad contagiosa, está obligado á no esponer á su pastor al riesgo de contraer aquella dolencia, llamándole á su lado» Encierra esto mucha prudencia; porque, si desgraciadamente fuese el ministro victima de su celo presbiteriano, ¿qué haria su pobre familia, su mujer y sus hijos? Pero tambien, ¿como quedarán los enfermos? ¿quién les dará los consuelos de la religion en su hora suprema? nadie, por estarles prohibido llamar á su ministro. Han de resolverse á morir solos ó como puedan. Con bastante frecuencia acontece en tales casos que el enfermo se ve precisado á pedir socorro al ministerio del sacerdote católico; y este, como pueden figurarse, no se hace de rogar, sino que acude volando. Bonda está la caridad, allí está la verdad. Este gran valor de los protestantes no es nuevo: remóntase al principio de la pretendida reforma, nació con ella.

«En 1543 fué invadida Ginebra por una horrorosa peste que diezmo á sus habitantes; y habiéndose trasportado á Lyon algunos gérmenes del mal, se propagó este con prontitud. En Ginebra los ministros calvinistas se presentaron al consejo municipal, confesando que seria de su deber el ir á dar consuelo á los apestados; pero que ninguno de ellos tenia suficiente esfuerzo para hacerlo, rogando al consejo perdonára su flaqueza, no habiéndoles Dios concedido la gracia del valor para ver y hacer frente al peligro con la necesaria intrepidez. Mas cobarde todavía se mostró Calvino en presencia de la muerte. Obtuvo el maestro Juan Calvino la prohibicion de que le llamasen para auxiliar á los enfermos, en vista de la grande necesidad que la Iglesia y el Estado tenían de él. Consérvase todo esto escrito testualmente en los archivos de la república, como un monumento eterno de vergüenza para la memoria de los predicantes ginebrinos. Muy al contrario acaeció en Lyon: al primer grito de peste, todos los sacerdotes, hasta los convalencientes y enfermos, presentáronse al arzobispo, pidiendo ansiosos socorrer á sus hermanos, y morir con la muerte de los mártires, si Dios se dignase coronar su desprendimiento.» (*Historia universal de la Ig. Cotel.* Rhorbacher, t. 23, p. 440.)

mas, preséntase un hombre, ofreciendo al que lograra sacarlos de aquel apurado trance cien luises, y nadie contesta; ofrece doscientos, no aceptando tampoco ninguno la proposicion; toma entonces él mismo una escalera, entra por la ventana, atraviesa las llamas, coloca sobre sus espaldas las criaturas, y un instante antes de venirse al suelo la casa, dijo á los asistentes: «Creo haber ganado la suma que he prometido; pues bien, dispongo de ella á favor de estos niños.» Este hombre admirable era un obispo.

Véase otro caso no menos sorprendente de un jóven sacerdote. Habrá como doce años que un jóven eclesiástico, cura de una parroquia situada á orillas del Lot, cerca de Villeneuve de Agen, dió á su pais un admirable ejemplo de desprendimiento. Celebrábase la fiesta patronimica del lugar, y habia acudido casi toda la gente de los alrededores para solemnizarla; acrecidas por abundantes lluvias las aguas del Lot rebramaban en su lecho cual impetuoso torrente. Mientras cantaban las visperas, óyense repentinamente gritos siniestros: «¡Una lancha zozobra, se anega gente!!...» Sin perder momento, precipitase el cura hácia la puerta de la iglesia, despojase de sus sacerdotales ornamentos y de la sotana, y sin pararse en el peligro se entrega á merced de las olas para salvar las desgraciadas victimas que todavía sobrenadaban. Penosa fué la lucha; mas sus esfuerzos son coronados de un feliz éxito, y conduce los náufragos uno tras otro, entre las aclamaciones de los numerosos espectadores de esta escena terrible. Terminada tan noble accion, el digno y generoso eclesiástico volvióse tranquilamente á continuar las interrumpidas visperas. No quedó sin recompensa este bello acto de desprendimiento: el gobierno le decoró con una medalla de oro.

Véase otra accion virtuosa de un sacerdote, el cual obró mejor que el judío del Evangelio, porque viendo echado un hombre en el camino público, no pasó adelante sin practicar la caridad. La fria indiferencia del sacerdote judío para con su prójimo parecia natural bajo la ley judaica, siendo á menudo como la regla, y su escepcion la caridad práctica; mientras que, bajo la ley de gracia y de amor, esto es, bajo la ley católica, es todo lo contrario: el asistir á un hombre que sufre, sea cual fuere, es la regla; siendo la rara escepcion la indiferencia. Se ha de tal modo la caridad identificado con la naturaleza humana, bajo la ley evangélica, y de tal manera apegada, que su práctica le es ya instintiva y del todo natural. Lo que en otro tiempo era un acto sublime de heroismo, al presente no es mas que una virtud comun y vulgar, tanto ha regenerado y cambiado el corazon del hombre el espíritu de caridad evangélica.

Saliendo un cura de visperas, halló á su paso, tendido en el suelo, á

un militar beodo á la entrada de la aldea. Le toma entre sus brazos, lo levanta, y como mejor pudo lo acompañó hasta la posada, recomendándole á su dueño. No dejó el posadero de hacer notar al caritativo pastor que aquel hombre no merecía tantos cuidados; que los soldados de todo abusan, y muchas cosas mas. «¡Vamos, vamos! el cura respondió, ¿no es por ventura un hombre? Es mi hermano, mi prójimo, el vuestro: lo demás, ¿qué me importa?» Acto continuo pagó por su protegido, no saliendo hasta haberle visto acomodado en la cama.

El militar entretanto, con mas comodidad y templado del calor, se puso á dormir; pero al despertarse en la mañana siguiente no fué poca su sorpresa viéndose en un buen lecho; busca, pregunta, y oye admirado la generosa accion del cura, que tambien habia pagado anticipadamente el almuerzo, el cual al instante le sirven. Como franco y jovial militar usó abundantemente de la liberalidad de su bienhechor y voló en seguida a la parroquia para darle las gracias. La casa parroquial estaba un poco separada de las demás. Llega, halla cerrada la puerta, oyéndose entre el ruido causado por una desesperada lucha, gritos y lamentos. Enciéndose la sangre del soldado, rompe de un empujon la puerta, precipitase al socorro del eclesiástico atacado, derriba al asesino con quien luchaba aun el cura, y ahuyenta á otro, que despues de haber tapado la boca á la criada, iba al socorro de su compañero.

Veamos ahora otro género de desprendimiento, menos conforme á los hábitos y costumbres del clero; mas no por eso superior á su esfuerzo. *Le Semeur*, periódico protestante, refiere el caso en estos términos: «Ultimamente, el abate Haffreingue, del clero de Bolonia sobre el Mar, subia por la montaña del Portel. Viendo que se le acercaban algunos militares, aljó el paso de intento á fin de que se le uniesen para trabar con ellos conversacion; pero pronto vióles desaparecer: siguió sus pasos, y no tardó en ver á dos militares que, habiéndose quitado la casaca, se daban con furor fuertes sablazos. Arrojáse hácia ellos M. Haffreingue: *Es muy vergonzoso*, les dijo, *ver á los valientes esponerse de este modo* — *Un francés debe saber morir*, contestóle uno de ellos. — *Sí, pero por la patria* (1), replicóle el cura; y pronunciando estas palabras, coge la hoja del sable de uno, declarando que no la dejaría hasta haberle prometido, bajo palabra de honor, que no proseguirían el combate. Conmovidos por tanta bondad é intrepidez los militares abandonaron el duelo. Un sacerdote nos refirió un caso idéntico acaecido cuando todavia se hallaba en el seminario.

Un hermoso cuadro representa á un cura de Belleville cerca de Pa-

(1) En una ocurrencia semejante, Turenne contestó: «Yo me bato por la gloria, y no por el honor.»

rís , el cual se interpone entre dos jóvenes que una disputa habia arrastrado al duelo. El intrépido y firme continente del sacerdote desconcierta á uno de los combatientes; persistiendo empero el otro blandia su espada. Mas desabrochándose el pecho el hombre de la caridad , con voz fuerte le dijo : ¡hiere , hiere!... Entonces fué cuando logró la dicha de poner fin al combate , y de estrechar sobre su corazon paternal á los dos adversarios.

¿ Quién no recuerda la digna conducta de monseñor Dupuch , antiguo obispo de Argel , que con vivas instancias á las autoridades militares , y con súplicas á los adversarios , tuvo la felicidad de estorbar en Blidha un duelo á muerte entre dos generales ?

El valor político , mas difícil con frecuencia que el civil , no es tampoco extraño al clero. Ved ahí lo que Manuel referia algunos años antes de 1789 : « Este preceptor de Enrique el Grande (Hennuyer) quiso librarse de los honores y recompensas que su puesto parecia exigir , ocultándose al mundo y entrando en la orden de Sto. Domingo ; pero teniendo el mundo necesidad de sus virtudes , se lo pidió al claustro , y pronto la corte se lo disputó al mundo. Enrique II le obligó á ser su confesor...

» Nómbrase á Hennuyer obispo. Doce años habia ya que gobernaba con celo apostólico la diócesis de Lisieux , cuando el gobernador de la ciudad comunicóle órdenes del rey , en las cuales se mandaba degollar á todos los protestantes. « No , exclamó el prelado ; en nombre de la religión y de la humanidad , os guardareis de poner en ejecucion vuestras órdenes , á no ser que empecéis por mí , porque jamás lo consentiré. Soy el pastor de la Iglesia , y estos que quereis degollar son mis ovejas. Se hallan , es verdad , descarriadas , pero tengo esperanza de hacerlas entrar en el aprisco de Jesucristo. No he visto en el Evangelio , que deba permitir el pastor que se derrame la sangre de su rebaño : he leído por el contrario que está obligado á verter la suya y perder por él la vida. Volveos con vuestra orden , la que jamás se ejecutará mientras Dios me conserve la vida que de él he recibido para emplearla únicamente en el bien espiritual y temporal de mi rebaño. Decid á la corte que la humanidad tiene derechos inviolables... »

» Admirado y edificado el gobernador de aquella heroica respuesta , pidióle por escrito la recusacion de la orden , para que pudiera servirle de excusa. Escribió el prelado que estaba seguro de la bondad del príncipe , y que le habian sorprendido.

» Enternecido Enrique al ver tan sublimes sentimientos , revocó para su diócesis las órdenes que en todas partes se ejecutaban. La esforzada piedad del deçcano de la universidad , mas eficaz que los sermones y que

los soldados, trocó el corazón de muchos calvinistas, los cuales abjuraron entre sus manos. Fué imitada su conducta en tiempos mas tempestuosos todavía.»

Ved ahí un ejemplo de la mas alta firmeza episcopal, un *non licet* verdaderamente apostólico. ¡Qué fuerza moral, qué poderío reside en la augusta persona de un obispo! Nada se resiste á la energía que inspira la fe y la caridad de un obispo católico. En el orden moral y religioso y en todo lo que con él tiene relacion, son invencibles y poderosos los obispos, desde que quieren con firmeza y energía. No se trata pues mas que de querer y decir: *Vale mas obedecer á Dios que á los hombres.*

Influencia social de beneficencia, ó de los beneficios y de la virtud del sacerdote. En verdad puede decirse, que el número de casos de esta naturaleza es infinito, y afirmamos que no existe clase alguna de la sociedad que pueda rivalizar en ello con la numerosa clase del clero. Citemos algunos ejemplos.

Digamos primero algunas palabras sobre los curas de París. En su *Ensayo del entendimiento humano*, el famoso Hume se espresaba así en el décimo octavo siglo: «No hay clero de mas nombradía por su vida y ejemplares costumbres que el clero secular de Francia, y en particular los párrocos ó curas de París.»

Este es el testimonio de un filósofo protestante inglés. Los filósofos franceses de la época han rendido el mismo homenaje á la verdad, como se desprende del *Cuadro de París* por Dulaure:

«Se cuentan, dice, cincuenta y dos curas en esta capital, ocho en la *Cité*, diez y siete en lo restante de la ciudad, ocho en el cuartel de la Universidad, y trece en los lugares esceptuados del ordinario. Allí sí, que es el cura el ser mas apreciable de la sociedad, la beneficencia y el consuelo personificados.»

Ved ahí algunos pasajes de una noticia sobre la vida de Leger, antiguo cura de París, por Manuel el convencional: «No conozco hombres que mas honren á la humanidad, decía el Dr. Burnel á su vuelta de Londres, que los curas de París... De todas las clases de la sociedad, ninguna ha merecido el afecto de la humanidad tanto como la de los curas. La institucion de este ministerio es uno de los mayores beneficios de nuestra religion, desconocidos en los cultos profanos. Solo ellos en las ciudades tienen el derecho de mover las entrañas de los ricos, de tener un celo superior al bien parecer, de arrancar algo á las inmensas necesidades del lujo, y de hacer subsistir, sin degradarla, la extrema miseria al lado de la grande opulencia... Ellos son los amigos de los desgraciados, y los doctores de la gente sencilla. A menudo un distrito entero les debe á la vez, sus costumbres, sus consuelos, su

prosperidad. En ninguna parte se ve mejor cuan útil puede ser un particular. Todo va bien ó mal en una parroquia, conforme sea el cura que la dirige.

» Este pueblo, tan desdeñado por la aparente grosería de sus costumbres, pero mas estimable que la mayor parte de los ricos con toda su urbanidad, este pueblo por la sencillez de su fe y la franqueza de su virtud, es el primer amigo de los pastores. Al rico, preferencia de miramientos: al pobre, preferencia de sentimientos. Ibales á visitar M. Leger en sus oscuras habitaciones. ¡Con qué paciencia escuchaba la larga enumeracion de sus quebrantos y de sus infortunios! Sencillo como aquella buena gente, pobre lo mismo que ellos, porque hasta lo necesario convertia en patrimonio de los necesitados, conducialos delante de Dios que cuenta sus lágrimas; de este Dios, su patrimonio eterno, que algun dia les vengará de su desheredacion civil: y allí dulcificaba las amarguras de la vida presente con la esperanza de la inmortalidad. La fe no consiente desgraciados.

» Con el amor de Dios que todo lo allana, y del prójimo que lo facilita todo, ocupado siempre en hacer bien, habria vivido con la puerta abierta. Cobijábanle las paredes sin ocultarle, é inspiraba su vista estimacion y confianza. Jamás aguardaba á mañana en lo que podía cumplir hoy mismo. Los beneficios hechos de mala voluntad le parecian el pan duro que recibe un hambriento por necesidad y que come con disgusto. No hay duda que halló muchos ingratos; pero ¿no quedamos consolados cuando hallamos un hombre de bien tras una muchedumbre de malvados? ¿Donde hallaba caudales M. Leger para tantas limosnas? Mas para ser liberal el hombre generoso ¿necesita acaso ser opulento? Su sencillez, su frugalidad, sus privaciones formaban sus tesoros.»

Véase otro ejemplo de un cura de París, muerto pocos años hace, el cual fué admirado por el *Constitucional* mismo: «La muerte, dice, acaba súbitamente de arrebatar uno de aquellos hombres que parece que existen únicamente para consuelo de sus semejantes; el abate Landrieux, cura de S. Valerio y de S. Pedro, en el Gros-Caillou, eclesiástico venerable, indulgente en extremo, y que sacrificaba su vida en dar buenos consejos y mejores ejemplos. En la vispera de su muerte, amonestaba todavía el abate Landrieux á sus feligreses reunidos en torno de su lecho: «Dios no exige largas oraciones, sino buenas obras; queriendo que el hombre se esfuerce en dominar sus malas inclinaciones, y en socorrer á sus semejantes.» Este digno eclesiástico pasaba su vida dando edificantes ejemplos de caridad cristiana: conocia á todos los pobres de su parroquia, sabia lo que les hacia falta, y presentia lo que pronto les seria necesario, distribuyéndoles su haber: agotados ya

sus propios recursos, venciendo su natural timidez, encaminábase el buen abate Landrieux al palacio del rico; imploraba, exigía socorros también cuando se creía con derecho de poderlo hacer, hasta que, cargado de limosnas, podía subir la escalera del pobre, y sembrar por todas partes el bienestar y el consuelo. Pública calamidad fué la muerte de este hombre virtuoso. El abate Landrieux fué el tipo de los buenos eclesiásticos; su conducta no procedía de cálculo, todo en él respiraba caridad. Si predicaba, era para hacer derramar lágrimas.»

Vamos á referir un rasgo de admirable beneficencia, cuya forma de caridad es delicadísima, y la mas ingeniosa que ofrecerse pueda al lector. Mas esta sublime, esta generosa conducta que escita el entusiasmo de la admiracion, es en nuestros tiempos generalmente inimitable, ó á lo menos solo podria practicarse en la medida proporcionada á los débiles recursos del clero actual. Veamos, pues, este tan tierno como curioso hecho copiado de las *Madres rivales*, obra de Mme. Genlis.

«Pasando por Nimes, dice esta mujer célebre, junto con la señora duquesa de Orleans, veinte y cuatro años hace, uno de los vicarios generales de monseñor el obispo de Becdelievre, nos refirió entre otros muchos casos del mismo género el que sigue:

»Las señoritas L... eran dos jóvenes de muy buena familia, cuyo padre se arruinó; no habiendo nadie sospechado el mal estado de sus negocios hasta despues de su muerte, en términos que dejó mas deudas que bienes. Cediéronlo todo sus hijas á los acreedores; y á pesar de quedarles una pequeña heredad por la parte materna, la que podian guardar para sí, no obstanté vendiéronla como también los muebles para solventar las deudas, reservándose tan solo un cuadro viejo de S. Jerónimo, porque su padre tenia predileccion por aquella imágen.

»Como tenian las señoritas demasiada elevacion de alma para pedir ni aceptar socorro alguno, decidiéronse á vivir del trabajo de sus manos: débil recurso insuficiente hasta para proporcionarles los objetos de primera necesidad, durante siete años: asi es que los pasaron en una extrema indigencia.

»Luego de instalado el obispo tomó los mas exactos informes sobre los menesterosos de su diócesis. La oscuridad, ni el silencio, ni la soledad profunda de las señoritas L... pudo ocultarlas al prelado, quien sabiendo que eran tan virtuosas como desdichadas, envióles su vicario general para ofrecerles socorros que no quisieron aceptar. Nada fué capaz de distraer al digno prelado de una laudable accion, resolviendo sacarlas de aquel misero estado sin herir su delicadeza.

»Sabe que el propietario de la casa que aquellas infelices habitaban, negábase á renovarles el arriendo, con el fin de unir su cuarto con otro

para poder así alquilarlo mejor: envia pues el obispo á buscar un amigo, y le dice el papel que debe representar, cuya relacion es como sigue:

» Me presento muy de mañana en la casa donde habitaban las señoritas L..., enterando al dueño de que queria alquilar uno de sus aposentos; y que, siendo pintor, deseaba una estancia bien iluminada y lo mas alto posible. Condujéronme al granero, despues de haberme enseñado dos reducidos gabinetes, diciéndome que á ellos juntaria un cuarto bastante espacioso, ocupado á la sazón por dos señoritas; pero que pronto lo desocuparian. Quise verlo, y héteme introducido. Las dos virtuosas jóvenes estaban ya á la labor. Ví un aposento ahumado; y un ajuar el mas pobre, con el cuadro querido en un marco de madera negra, formaba todo su ornato. Al verme las jóvenes levantáronse confusas; porque ansiando ocultar su pobreza, no permitian que nadie entrara en su casa. En cuanto á mí, saludélas apenas, afectando llamarme el cuadro toda la atención. Mientras que el casero les enteraba del motivo de mi visita, quedéme inmóvil delante del S. Jerónimo. Pasados tres minutos de contemplacion, consideréle bajo otro punto de vista, y exclamé: Sí, es un dominico!—Perdonad, me dijo la hermana mayor, es S. Jerónimo, patron de mi difunto padre.—Este cuadro es obra del *Dominiquino*, uno de los mas célebres pintores de Italia; me permitireis descolgarle para que pueda verlo de mas cerca. Lo descuelgo, y despues de las acciones y gestos propios de mi fingido entusiasmo, añadí:

» Este cuadro es un soberbio original.—Nuestro padre le tenia mucha aficion, y este es el único motivo de haberlo guardado.

» ¿Queréis venderlo?—Lo apreciamos mucho.—¿Sabeis lo que por él podria daros?—No.—En realidad no tiene precio; pero yo ofrezco quinientos luisas al contado.—¡Quinientos luisas! exclamaron las jóvenes y el casero.—Estoy seguro de hacer negocio volviéndolo á vender en París.—Bien veo que, aunque denegrida, es una bella pintura, dijo el casero, y me admiro de que no lo conociéramos antes. Hállase la vida de los pintores llena de estos lances. No hay que dudarle, sé que un pintor compró en un figon por tres pistolas una muestra de cervicería que volvió á vender en París por ocho mil francos. Dícenme las hermanas que consienten en venderlo; prométoles volver presto con el dinero; salgo, sígueme el casero rogándome que tuviese á bien observar con detencion una Sta. Teresa que poseía de parte de su abuela.

« Si por casualidad, añadió, fuese una obra maestra; ¡quién sabe!» Fué preciso examinar el cuadro, y despues de haber respondido que era una copia vieja y mala parti volando al palacio episcopal.

»—Ha comprado vuestra grandeza un cuadro por doce mil francos, que ni siquiera vale un escudo.—Esta es la mejor compra que he hecho:

aquí van los quinientos luises.—Vuélvome á casa de las señoritas, que me confesaron haber creído que me chanceaba.

» Cuando me llevaba el cuadro dijeron suspirando: ¡pobre padre!—La ternura filial os recuerda este don, pero yo os haré una copia perfecta.—A estas palabras deshácense en llanto.

»—¡Ah! ¡rogaremos á Dios por vos todos los días de nuestra vida! ¡Cuanto sufrí viéndome obligado á callar el nombre del bienhechor!

» Miraba su compra el obispo con ojos tan complacidos, como el hombre mas estusiasta por las nobles artes al recibir un cuadro de Rubens.—Lo colocaré en mi oratorio.— Cuando el prelado compone un sermón sobre la caridad es siempre á la presencia de aquel mismo cuadro.»

Los relevantes beneficios prodigados por el alto clero arrancaron al mismo Voltaire las siguientes espresiones: «Han sido la mayor parte de los obispos de Francia respetables por su conducta, captándose con sus limosnas el aprecio de los pueblos. El cuerpo de obispos y curas, en general, ha hecho tanto bien en Inglaterra y Francia, quanto fué el mal que las querellas religiosas en otros tiempos causaron.» (*Misceláneas histor.*)

No hablaremos aquí del hombre prodigioso, del sacerdote de la caridad universal, de la personificación perfecta del amor del prójimo; con esas cuatro palabras, habrá ya el lector pronunciado, en el corazón, y quizá con los labios, el nombre para siempre venerable de Vicente de Paul, la mayor gloria de la Francia; pues la caridad debe seguir las huellas del genio. Serían menester, no uno, sino muchos volúmenes para referir todo lo grande que hizo este hombre extraordinario, y que por otra parte nadie ignora. Bástenos recordar al lector que S. Vicente de Paul fué quien salvó la Lorena espirante bajo el reinado de la peste y del hambre; y él mismo tambien (cosa menos conocida tal vez) quien fué al socorro de los católicos de Irlanda, Escocia é Inglaterra, cuando se veían abandonados, despojados, encarcelados, desterrados, decapitados, desollados, tanto bajo el gobierno de los reyes, como de la república y de Cromwell.

Terminaremos la relacion de los rasgos de beneficencia con un corto pasaje de Rousseau, sobre el cura, como él lo llama. Ved ahí pues lo que dice el filósofo de Ginebra, quien parece envidiar la suerte de los curas. «Nada hallo mas hermoso que el ser cura... ¡Ah! si poseyera en nuestra campiña algun curato de gente sencilla que dirigir, ¡cuan dichoso seria! paréceme que labraria la felicidad de mis feligreses. No los quisiera ricos, pero compartiria su pobreza; quitaria á esta la deshonra y el desprecio, mas insoportable que la indigencia misma, ha-

riales amar la concordia y la igualdad, que alejan á veces la miseria, y á menudo hácenla llevadera. Cuando verian que no era yo mas rico que ellos, y que no obstante vivia contento, aprendieran, cual yo, á vivir satisfechos con su suerte.» ¡Qué bueno, qué edificante apóstol! ¡Bienaventurada la parroquia que tan digno, tan admirable cura gobernára! ¡hubiérala guiado sin duda insiguendo los principios del Vicario saboyardo!

Examinemos ahora el desprendimiento y el sacrificio del sacerdote, llevado, por la causa de la justicia y de la fe, hasta los últimos limites, esto es, hasta el heroismo del martirio.

Ved ahí algunos pasajes sobre el abate Roger, copiados de una relacion sobre la vida de este mártir... «Un sábado, 1.º de setiembre, y vispera del dia que la feroz comuna habia fijado para la matanza de sacerdotes, fué conducido el abate Roger, con una gran parte de sus compañeros de encierro, á la cárcel de la *Abadia*. Felicitóse al verlos todos dispuestos para hacer á Dios el sacrificio de su vida; pasando el resto del dia en recitar con ellos los divinos oficios, rogativas diversas, y en meditaciones sobre la eterna morada. Al otro dia así que despertaron, se apresuró á decirles: «Mis queridos hermanos, este es el dia del Señor. Si estuviéramos libres, todos celebraríamos ú oiríamos misa; pero ya que no tenemos tanta dicha, unámonos al sacrificio que algunos ministros de Jesucristo ofrecen en este momento supremo. Parece que será esta nuestra última misa, y no la celebraremos sino en el cielo: todo nos anuncia que será este nuestro último dia.» Al instante póstranse de rodillas sus compañeros, y el cura Roger empieza el rezo del misal. El fervor y la fe con que cada uno lo repetia, bien persuadido de que era por la última vez, suministrábaseles recíprocamente el mas eficaz ejemplo para sufrir la prueba del martirio... Hácia las tres de la tarde oyeron el ruido de la matanza que empezó en un patio contiguo á la estancia donde estaban encerrados. Levántase instantáneamente de su silla Roger, y les dice: «Queridos hermanos, suena ya la hora de nuestra muerte; que cada cual haga su confesion, pues todo se acabó para nosotros.» Al punto confesáronse mutuamente, rogando todos al digno cura que les diese una absolucion general. En pié en medio de ellos, con patriarcal ademan, dirige los ojos al cielo, y les da la bendicion deseada. Hallábanse aun de rodillas, y con las manos levantadas al cielo, ofreciendo unánimes su vida al Señor cuando entraron furiosos los asesinos. El venerable cura es el primero que arrastran al patio, é interpelado por aquellos monstruos sobre que prestára el juramento civico si queria evitar la muerte, se negó á ello con tanta calma como heroismo. Tenian ya los sables levantados para cortarle la cabeza, cuando con tierna voz les dijo:

«¿De qué, hijos míos, queréis castigarme? ¿Qué os he hecho? ¿Qué mal hice á la patria, cuyos vengadores os creéis? El juramento que no puedo prestar nada costaría á mi conciencia, y en este mismo momento lo prestaría, si, como creéis, fuese puramente civil. Lo mismo que vosotros, me someto á las leyes, cuyos ministros os creéis. Déjese esceptuar del juramento que me proponéis cuanto concierne á la religion, y lo prestaré de buena voluntad, y nadie le guardará mas fielmente.» El mas feroz de la cuadrilla coge entonces por los cabellos al sacerdote, lo derriba sobre una piedra, descárgale un sablazo y otro separa del tronco la sagrada cabeza.»

Léese en el *Calendario de hombres probos*, en 1793, el hecho siguiente: «José Maria Gros, cura párroco de S. Nicolas del Chardonet, diputado que fué de la Asamblea constituyente, párroco cuya ternura hácia sus feligreses era del todo paternal, vió á uno de ellos entre sus verdugos y le dijo: «Yo te conozco, amigo mio.—Si, le contesta el antropófago; yo tambien, y sé que en varias ocasiones me habeis favorecido.—¡Y así me pagas!—No lo puedo remediar, replica el verdugo, la culpa no es mia; la nacion lo quiere, y ella me paga.» Dichas estas palabras, el canibal hizo seña á sus camaradas; y cogiendo juntos al venerable sacerdote, échanlo por la ventana, quedando las piedras salpicadas con el cerebro del desgraciado, y palpitantes sus miembros por algunos minutos. Despues de muerto abrieron su testamento, en el cual legaba todos sus bienes á los pobres de su parroquia.»

Hállase en otra relacion el sublime fin del abate Pacquot, cura párroco de la diócesis de Reims, apellidado por la santidad de su vida el santo sacerdote.

«Pedia al Todopoderoso que le concediese morir vertiendo su sangre por la fe, y Dios le oyó. De repente entraron en su oratorio los foragidos, y le hallaron de rodillas, terminando las oraciones de los agonizantes. Entregóse á ellos como un discípulo de Jesucristo á sus verdugos; atravesó bajo su custodia las calles de la ciudad, rodeado de sus sanguinarias aclamaciones, mientras él recitaba sosegadamente los salmos de David. Llegado al umbral de la casa de la ciudad, iba á recibir el mortal golpe, cuando el prefecto creyó haber hallado un medio de evitarlo, y se adelantó hácia los malvados gritando:

«¿Qué intentais? este viejo no es digno de vuestra cólera. Es un hombre loco que ha perdido el seso, y tiene trastornada la razon por el fanatismo.—No, señor, dijo el venerable decano al oír estas palabras; ni soy loco, ni fanático. Hacedme el favor de creer que jamás tuve la cabeza tan despejada como ahora. Estos señores me exigen un juramento decretado por la Asamblea nacional. Conozco este juramento, que es

impío y subversivo de la religion : tambien me proponen que escoja entre el juramento y la muerte. Detesto el juramento , y escojo la muerte. Paréceme, señor, que mis palabras demuestran que tengo claro el juicio, y que sé lo que me hago.» Anonadado el prefecto con esta sublime respuesta , se vió obligado á abandonarlo á los asesinos. Pacquot hace seña con la mano y se detienen. «¿Cuál de vosotros, les dice, me dará el mortal golpe?—Yo, respondió uno de aquellos hombres que el nombre de ciudadano debía distinguir de los bandidos. —¡Ah! » repuso Pacquot , permitid que os abrace, y os dé pruebas de mi reconocimiento por la dicha que vais á proporcionarme.»

Abrazale en efecto como al mas querido de sus bienhechores, y añade: « Permittedme ahora que me ponga en la conveniente actitud para ofrecer á Dios el sacrificio de mi persona.» Levanta el asesino su hacha, mientras Mr. Pacquot de rodillas pide perdon á Dios para él y para sus verdugos. El infame á quien habia abrazado le asesta el primer golpe : el santo sacerdote cae, y los demás verdugos, á competencia, hieren y destrozan el cadáver con sus sables y bayonetas, patentizando con su barbarie cuanto puede la rabia de la impiedad; así como Mr. Pacquot, con su firmeza y mansedumbre habia demostrado lo que puede el heroismo de la virtud, sostenido por la religion.»

Se dice que habiendo el populacho de Autun arrestado al cura del pequeño seminario de Clermont, el prefecto queria salvarle, aconsejándole, no que pronunciara el juramento, sino que al menos le permitiese decir que lo habia ya prestado.

« Os desmentiré delante de este pueblo, replicó el sacerdote; pues no es licito salvar mi vida por medio de una mentira. El Dios que me prohíbe prestar tal juramento, no me permite simular que lo he hecho.» Calló el alcalde, y el sacerdote padeció el martirio.

En la primera de nuestras asambleas politicas, dice Mr. Frayssinous, interpelaron á un obispo proponiéndole un juramento que su fe rechazaba y por lo mismo negóse á ello: otros son llamados despues de él, quienes siguen su ejemplo. Entonces sus enemigos dejan un llamamiento que los cubre de confusion: persuadidos de que se los podia perseguir, mas no vencer. ¡ Inmortal dios! tú vivirás eternamente en los fastos de nuestra Iglesia para gloria de la religion y baldon de la impiedad. Es ciertamente un espectáculo interesante ver ciento y treinta obispos que la fe hace superiores á todos los peligros, que sacrifican el reposo á su conciencia, y prefieren el destierro á la apostasia, muriendo víctimas de su deber, ó presentándose á las naciones extranjeras con la integridad de una fe que nada ha podido manchar. Desde el origen del cristianismo, pocas iglesias han ofrecido al mundo tan sublime espec-

táculo. Las columnas de la religion, pues, han quedado en medio de la tormenta; no cesando nunca este episcopado francés encargado de su defensa; y por lo tanto debia levantarse de nuevo y triunfar. (Véanse las *Conferencias sobre la religion.*)

Espantosa carnicería de sacerdotes en los Carmelitas, segun M. Conny.—Una turba de asesinos se dirige á las cárceles de *Carmelitas*, en cuyos alrededores vigilaban otros bandidos hacia algunos dias, prorumpiendo en sanguinarios aullidos; afectando á veces el respeto burlesco de los judios para con Jesucristo: oyóse á uno de ellos decir á un venerable arzobispo: *mañana, monseñor, mataremos á vuestra grandeza.* La oracion era la única oposicion que á tantos ultrajes oponian los sacerdotes, rogando á Dios por los mismos que estaban preparándose á darles una muerte atroz. Los sacerdotes, á quienes el martirio iba á dar una gloria inmortal, tenian á su cabeza tres prelados que recordaban el tiempo de la primitiva Iglesia. Era el principal Juan Francisco María Dulau, arzobispo de Arles, diputado que fué en los Estados Generales, cuya piedad igualaba á su saber, y escedia su modestia á su mérito; era el Ambrosio de la Iglesia moderna. El profundo respeto con que lo miraban sus compañeros de infortunio, constituyóle su director ó mejor su patriarca. A pesar de sus años y de sus achaques, rehusó todo alivio de que no participasen los demás presos, ni tampoco quiso aceptar un catre, hasta que todos sus compañeros de desgracia tuvieron el suyo. Durante muchos dias un sillón de madera le sirvió de lecho y de trono pontifical, haciendo desde allí cundir en las almas los sentimientos de amor de que estaba penetrado; y cuando apagada su voz cesaba de oirse, todavía respiraba la palabra de Dios en sus labios, y su presencia imponia una santa resignacion.

Otros dos obispos llamados Larochefoucault, y los dos hermanos, Francisco José obispo de Beauvais, y Pedro Luis obispo de Saintes, compartian los trabajos apostólicos del venerable prelado. Este último no habia sido preso por la municipalidad, sino que al saber la prision de su hermano, quiso reunirsele, siendo inútiles todos los ruegos, de modo que en la misma noche constituyóse prisionero en la casa de los Carmelitas. Hallábanse allí todos los grados de la jerarquia eclesiástica: Francisco Luis Hebert, general de Eudistas, confesor que fué del rey, á quien escribió á principios de agosto aquel desgraciado principe: *Nada espero de los hombres, enviadme consuelos celestiales.* D. Ambrosio Chevreuse, general de Benedictinos, cuya caridad era infinita, y sus elevadas luces le habian adquirido una poderosa influencia entre el clero: el abate Lubersac, antiguo vicario general de Narbona. En su ferviente celo este santo sacerdote, elevándose á las mas altas

meditaciones, compuso desde el 20 de junio una obra, cuyo solo título debía conducirle á la muerte. *Analogía y parangon entre los padecimientos de Jesucristo durante su mision en la tierra, y los de Luis XVI en su real cárcel.* Notábanse muchos vicarios generales, y diversos curas párrocos de Paris. Allí estaba el cura de S. Nicolas, cuya caridad habia sido tan generosa y activa, que los escritores filósofos le llamaron otro S. Vicente de Paul. Veíanse tambien vicarios, simples sacerdotes, procedentes de varios lugares para ser conducidos al martirio.

Dos dias hacia, que todos aquellos eclesiásticos empleaban las horas del dia y de la noche en exhortarse, cuando al 2 de setiembre no les cupo la menor duda de que habia llegado su postrer momento, oyendo el ruido de picas y sables, y aquellos gritos de *Ea clerizontes! ha llegado vuestro último instante, vais á bailar la carmañola*, que herian sin cesar sus oidos. Así que amaneció, llenaron la iglesia los sacerdotes; se confesaron mutuamente y diéronse la bendicion. Acercáronse á la sagrada mesa entonando religiosos cánticos cuando resonaron gritos de muerte, sucediendo entonces las preces de los agonizantes á los cánticos sagrados. Entran de golpe los carceleros, pasan lista por cuarta vez durante el dia. Hacen salir apresuradamente de la iglesia á los sacerdotes, y entran en ella los asesinos con sus armas, haciendo retumbar las bóvedas con sus vociferaciones y blasfemias (1). Ciento ochenta y cinco era el número de los sacerdotes que estaban en el huerto: dividiéronse en dos grupos; treinta, entre los cuales se hallaban los santos obispos, se postran de rodillas en el estremo del huerto, y encomendándose á Dios abrázanse por la última vez.

Entonces, la santidad del cuadro que se ofrecia á la vista de los sicarios parecia atajar sus pasos: un sacerdote se adelanta hácia ellos; y así que va á dirigirles la palabra, recibe un balazo en la frente que le deja sin vida: esta fué la primera sangre derramada en aquella execrable noche, sangre que reanima el furor de los asesinos inmóviles un momento. ¿Donde está el arzobispo de Arles? gritan todos á la vez. Dirigiase la pregunta al abad de Pannonia, el cual pensando evitar con su muerte la de su arzobispo, no hizo mas que bajar los ojos sin responder; pero quedó burlada su esperanza. Reconocen al anciano junto á la cruz ofreciendo la vida á su divino Maestro. Entonces exclamó un marsellés: *¿Eres tú el arzobispo de Arles?*—Sí, señores, yo soy.—¡Ah! desdichado, ¡tú hiciste verter la sangre de los patriotas de Arles!—Nunca, señores, hice derramar la sangre de nadie, ni he hecho mal á nadie en toda mi vida.—Pues bien! yo te lo haré. Arrodiase el

(1) La puerta principal de la iglesia que da á la calle de Vaugirard estuvo cerrada durante la ejecucion, en la cual el pueblo no tomó parte alguna.

arzobispo, y ruega al sacerdote mas anciano le dé la absolucion; despues se levanta, ábrese paso, se adelanta lentamente cruzados los brazos sobre el pecho, y levantando al cielo los ojos, dijo á los asesinos: *Yo soy el que buscais: soy el arzobispo de Arles.*

Ostentaba su persona tanta dignidad y calma, que durante algunos minutos quedaron sobrecogidos los asesinos, no atreviéndose á tocarle: adelántanse, retroceden despues, échanse en cara unos á otros su debilidad; hasta que en fin uno de aquellos miserables le repite: «¿Con que tú hiciste asesinar á los patriotas de Arles?» Y al punto le descarga un sablazo en la frente; el arzobispo queda inmóvil, sin proferir queja ni murmullo; descárganle otro sablazo en el rostro; y al tercero, cae apoyándose en su mano izquierda: derribado de esta manera al pié de la cruz, uno de aquellos malvados le hunde su pica en el pecho con violencia tal, que el hierro quedó dentro; sube sobre su cuerpo palpitante, le pisotea, y le arrebató el reloj, presentándolo á sus compañeros como trofeo de la victoria.

Así pereció aquel venerable arzobispo, en la entrada de la capilla, sobre las gradas del altar, al pié de la cruz del Salvador, bajo cuyo estandarte habia combatido, y bajo el cual debia morir con sus compañeros. Llegado habia la hora del martirio, y Cristo fué su modelo; y á su ejemplo rogaban á Dios muriendo, y sus ruegos junto con su sangre subieron al trono del Eterno.

Los otros dos obispos permanecen arrodillados en las gradas del altar con una gran parte de los sacerdotes. Solo una reja los separaba de los asesinos, que les dirigen varias descargas á quema ropa, resultando algunos muertos. El obispo de Beauvais quedó ileso; pero rompieron una pierna á su hermano.

Dispérsase luego por el huerto la turba de los asesinos, y habiendo conducido allí á los sacerdotes, se cometió el crimen mas atroz que jamás viera el mundo: perseguidos como jabalíes en el bosque son fusilados á boca de jarro los ministros del altar. Es una cacería de hombres contra sus semejantes; persiguenles, cual si fuesen fieras, en los árboles, en las tapias, detrás de las matas, y así caen asesinados mas de cuarenta. Lograron algunos escalar el muro y tirarse á los patios de las casas de la calle de Cassette; pero casi todos volvieron luego á la cárcel, creyendo que tal vez su ausencia podria hacer todavía mas cruel el martirio de sus compañeros; y así se presentaron para morir con ellos.

Por un momento parece que aljoja la matanza, pues uno de los jefes dice que de aquel modo peligraban ellos tambien; así manda que vuelvan á la iglesia los sacerdotes y son arrastrados á sablazos los que

estaban ya heridos y hasta los que apenas tenían un soplo de vida : al paso les aguardan otros asesinos que matan á unos tras otros , con espantosa carnicería.

Llegando el turno al obispo de Beauvais, deja el altar que tenía abrazado, y tranquilo se dirige á la muerte. Su hermano quiere seguirle; pero se lo impide el tener quebrada una pierna, y ruega que le ayuden para ir al suplicio. Dos bandidos le sostienen entonces por debajo del brazo en presencia de dos gendarmes, hasta llegar al sitio destinado para recibir el complemento de su martirio.

El cansancio de los verdugos por último, y las sombras de la noche pusieron fin á la matanza. Eran las ocho cuando dejó de correr la sangre en los Carmelitas. Habíase un sacerdote escondido debajo de un colchon; pero fué descubierto mientras los asesinos celebraban su crimen con una orgia, y murió el último este desgraciado sacerdote, siendo el único que mataron dentro de la iglesia.

Algunos hombres esforzados, cuyos nombres nos han transmitido las memorias, á saber, Grapin y Bachelard, salvaron del degüello á mas de setenta prisioneros; siendo uno de ellos el abate de Pannonia, el primero que se había ofrecido á la muerte.

Consumado casi el degüello, mandaron abrir las puertas de la iglesia, para que entrara el pueblo, y dar así una especie de sancion popular á esta catástrofe horrible.

Fué tal la resignacion heroica de aquellos sacerdotes, que, proponiendo al principio á muchos, con la pica delante del pecho, que presatasen el juramento cismático, por única respuesta pronunciaban estas palabras : *no juraré*, y al instante eran degollados. (*Historia de la revolucion de Francia*, t. 5. pág. 168, por el vizconde de Conny.)

No podemos menos de hablar de un caso extraordinariamente notable, sobre la edificante muerte de uno de aquellos asesinos de los Carmelitas que refiere el Dr. Descuret.

« Fui llamado á mediados del año 1826 para auxiliar á un fondista sexagenario, dueño de la pequeña posada de Dijon n.º 211, en la calle de S. Jaime. Hallábase atacado de una afeccion escirrosa del higado, por la que se habia dirigido, aunque sin fruto, á las primeras notabilidades del arte de curar : el mal habia aumentado de un modo espantoso con los años, y bajo la influencia de los accesos de cólera á que todos los dias se entregaba. Creyendo desde mi primera visita que se hallaba en visperas de morir, limitéme á prescribirle el suero laudanizado, una pocion calmante y un emplasto de opio en el hipocondrio derecho. Con el auxilio de estos narcóticos logré calmar los atroces dolores que padecia y le procuré una de las mas apacibles noches que de mu-

cho tiempo hubiese pasado. A la mañana siguiente, en la embriaguez de su alegría, me apretó afectuosamente la mano; llaméme su salvador, y me prometió seguir puntualmente mis menores consejos: sin embargo, no dejé de advertir á la familia el riesgo inminente que corría; y añadí que no debían hacer caso de la momentánea mejoría del enfermo, sino aprovechar la ocasión para que arreglára sus cosas. Hacia las seis de la tarde volvieron á llamarme á toda prisa, pero no para el viejo, sino para su esposa, herida en el pecho con una taza de porcelana que aquel le había arrojado en un acceso de cólera.

»Después de haber detenido la hemorragia y curado á la pobre mujer, me disponía á marchar, cuando el marido, á quien no había dirigido una palabra, me detuvo por la levita, diciéndome en tono muy sumiso: «¿Por qué, señor doctor, os marcháis sin tomaros siquiera la molestia de mirarme?—¿Acaso debe ocuparme un enfermo que, después de haberle procurado alivio, hace cuanto puede para inutilizar mis cuidados? Por otra parte, señor mío, añadí con tono severo, he sabido que injuriasteis groseramente á dos médicos que os visitaron antes que yo, y que nuestro venerable decano M. Portal solo os ha abandonado por haber tenido la osadía de amenazarle. Añadid á todos estos actos de violencia, el brutal proceder que acabais de usar con vuestra esposa, y juzgad si debo titubear en negaros mis servicios.—¡Vuestras reprensiones son muy justas, repuso el enfermo con penetrante acento, y soy muy culpable en haber maltratado á mi mujer! pero también, señor doctor, ¡si supieseis lo que de mí exigía! quería que llamase á un sacerdote, yo, que siempre les he tenido horror!—Laudable era la intención de vuestra esposa; y proponiéndoo tranquilizar vuestra conciencia, os daba una nueva prueba de su afecto. Si esto era contrario á vuestras ideas debiais limitaros á una simple negativa, y de ningún modo herirla.—En fin, señor doctor, vos que habeis estudiado, ¿qué hariais si estuviérais en mi situación y os propusieran tal cosa?—No dudaría un solo instante en calmar mi conciencia, ya por convicción, ya porque la tranquilidad del espíritu contribuye poderosamente á aliviar nuestros sufrimientos, y hasta á disipar la enfermedad.—Habiendo estudiado, es muy extraño que penseis así.—Al contrario, mis convicciones religiosas son en gran parte el fruto de mis estudios.—Pues bien! contestó entonces el enfermo; que hagan venir un sacerdote, pues muy cargada tengo la conciencia desde largo tiempo!»

»Alegre la pobre mujer con esta inesperada determinación envía al punto á buscar á un vicario de la parroquia de S. Jaime. Apenas llegado el eclesiástico al lado del viejo, este le dijo con voz trémula: «Levantad, señor, la almohada, y sacad ese cuchillo que tengo debajo.—

»Sois muy imprudente, amigo, porque podiais heriros.—¡Ah! señor cura, lo tenia preparado para hundirlo en vuestro corazon, si hubieseis venido sin mi consentimiento. Si, añadió delante de todos los asistentes, en setiembre de 93 pasé á degüello á diez y siete eclesiásticos, y poco ha faltado para que con vos fuesen diez y ocho! pero tranquilizaos: Dios ha tenido misericordia de mí; y ha bastado un rayo de su gracia para iluminarme.» Apodérase entonces el vicario del enorme cuchillo, y enciérrese con el enfermo, cuyo arrepentimiento le proporciona la mas dulce satisfaccion que hubiese gozado jamás en el ejercicio de su ministerio.

»Retirábase ya, y anunciaba á la familia que iba á llevar al enfermo los últimos sacramentos de la Iglesia, cuando este esclama con voz entrecortada por los sollozos: «¡Volved, señor cura, volved pronto á mi lado; necesito de vuestros consuelos; mas os suplico que no acerqueis á mis labios el divino Redentor, de cuyo nombre hasta ahora he blasfemado: soy indigno de tal honor!—Dios es misericordioso, díjole el vicario profundamente enternecido, y perdona al que llora amargamente sus culpas: vuestro arrepentimiento me parece bastante sincero, para que dude en administraros los sacramentos que reclama vuestra triste posicion.—Los recibiré pues, señor cura, y ya que me lo mandais, replicó el enfermo; pero solamente cuando haya hecho una solemne retractacion delante de aquellos que en otro tiempo escandalicé con mis maldades.»

»Manda al punto que hagan venir á sus vecinos, á sus antiguos compañeros, y les pide perdon del horroroso ejemplo que en el Carmen y en la Abadía les habia dado, abraza llorando á su mujer, y recibe arrodillado el santo viático con el mas edificante fervor. El confesor queria que se acostase; pero el enfermo resolvió permanecer orando apoyado en una almohada. Instado de nuevo para que tomara la posicion que exigia su estado de debilidad: «Conozco, dijo, cuan pocos son los instantes que me quedan de vida; solo puedo ofrecer á Dios mis ruegos y mis lágrimas; dejadme el consuelo de morir arrodillado, pues es aun muy poco para espiar todos mis crímenes!»

»Hacia media noche, arrojó un profundo suspiro, y se durmió en el Señor, siempre arrodillado, y con los labios aplicados á un crucifijo, cuya imágen bañaron las lágrimas.»

## § III.

*Celibato del sacerdote.*

Quique sacerdotes casti, dum vita manebat. (Virg. En.)

En el orden social, es decir, en el estado normal de la civilizacion, no parece que se oponga esencialmente la virginidad á las leyes de la naturaleza. Deponen en favor de esta proposicion los documentos históricos de todos los pueblos. Las naciones civilizadas todas han considerado como una idea de perfeccion moral ó de santidad al estado de continencia guardado por un motivo ó un principio de religion. Esta sublime condicion se halla confirmada por todos los pueblos, y en todos tiempos y lugares, tanto en el paganismo como en el cristianismo; entre los antiguos filósofos, entre los ministros de la falsa como de la verdadera religion; entre las Vestales, las Musas, las Sibilas, los sacerdotes de Minerva, de Cibeles, de Ceres, de Athis, etc.; en la India, en China, en el Perú, en Méjico, etc. Siguiendo pues la máxima de Ciceron y del buen sentido, lo que ha existido siempre, en todas partes y en todos los pueblos debe considerarse como una ley de la naturaleza.

En ninguna parte nos muestra la historia hombres mas célebres y cosas mas grandes, que allá donde el celibato es un honor, un sacrificio, un deber ó una virtud. Y no puede dejar de ser así; pues la castidad, esto es, el celibato por virtud, es el móvil del mas completo desprendimiento y de los mas grandes sacrificios, mientras que el celibato por libertinaje, tan frecuente por desgracia en nuestros dias, es la fuente del egoismo, de la dureza de corazon y de una infinidad de desórdenes. Es la castidad, como dice el Dr. Simon, quizás la condicion mas esencial de todo desprendimiento; es la enérgica disciplina de un alma que quiere estar siempre pronta á la hora del sacrificio. Opinion comun es, dice M. Maistre, entre los hombres de todos los tiempos y lugares y de todas religiones, *que hay en la continencia algo celestial que eleva al hombre, haciéndole agradable á la divinidad; y que por necesaria consecuencia, toda funcion sacerdotal, todo acto religioso, toda ceremonia santa, poco ó nada concuerda con el estado de matrimonio.*

Por ventura no ha dicho el mismo Mahoma que: « Los discípulos de Jesus guardaron virginidad sin que se les hubiese mandado y tan solo

por el deseo que tenían de hacerse agradables á Dios. La hija de Josafat se conservó virgen : Dios le infundió su espíritu : creyó ella las palabras del Señor y á las Escrituras. ¿ No fué colocada en el número de las que obedecen ? » (Alcoran , cap. 56 y 57.)

Refiérese en la *Vida de S. Francisco Javier* , que los Japoneses reputaban á Jaca , á quien adoraban como á su Dios supremo , por hijo de una reina que no habia conocido varon.

Habla Muratori de ciertos pueblos del Paraguay , quienes referian á los misioneros , que en otro tiempo una mujer de la mas rara belleza dió á luz , sin haberse rozado con ningun hombre , un hermoso niño el cual siendo adulto hizo prodigios estupendos , hasta que un dia en presencia de un crecidísimo número de sus discípulos , se elevó en los aires , transformándose en ese sol que nos alumbra.

« Los sabios de todos los tiempos , dice el Dr. Reveille-Parise , los filósofos antiguos y modernos , los fundadores de sectas y de religiones diferentes , han disentido en una infinidad de puntos ; pero jamás en el de la continencia. » (*Higiene de los hombres dedicados á los trabajos del espíritu* , t. 11.)

Formariase un volúmen si quisiéramos citar todos los pasajes de autores paganos á favor de la castidad que todos los ritos prescriben. Contentarémonos con referir uno , copiado de Demóstenes : *En cuanto á mí* , dice , *estoy persuadido de que cualquiera que haya de acercarse á los altares , ó deba poner las manos en las cosas sagradas , no tan solo ha de ser casto por cierto número de dias , sino durante toda su vida , y sin haberse entregado jamás á prácticas viles.* (*Contra Timocratem.*) Todos los pueblos de la tierra han tenido pues en grande estima á la castidad.

La religion católica , pues , imponiendo al sacerdote la sabia ley del celibato , no ha hecho mas que seguir una idea natural y un dictámen eminentemente moral y social. Es esta una ley de la mas elevada disciplina , y que ha pasado al estado de dogma moral inmutable.

« El sacerdote , dice M. Maistre , que pertenece á una mujer é hijos , no pertenece ya á su rebaño , ó no le pertenece lo bastante. Constantemente se halla privado del poder esencial de hacer limosnas , y algunas veces hasta sin consultar con sus propios recursos. Cuidando á sus hijos el sacerdote casado no puede entregarse á los impulsos de su corazon ; ciérrase su bolsa á vista de la indigencia , la cual tan solo se promete recibir frias exhortaciones. » (*Del Papa.*) Y en otra parte espresase así el mismo autor : « Existen en el cristianismo cosas tan elevadas , tan sublimes ; hay entre el sacerdote y sus ovejas relaciones tan santas y delicadas , que no pueden pertenecer mas que á hombres ab-

solamente superiores á los demás. Por sí sola la confesion exige ya el celibato. Jamás las mujeres, y esto debe llamar toda vuestra atencion, otorgarán entera confesion al sacerdote casado »

Antes que el conde Maistre, habia dicho Bergier: «Es el pastor padre de los pobres, de las viudas, de los huérfanos, de los espósitos; tiene á su rebaño por familia; y es el distribuidor de las limosnas, el administrador de los establecimientos de caridad y el recurso de todo desgraciado. Son incompatibles esa multitud de penosas y dificiles funciones con los cuidados, los apuros y desazones del matrimonio. Un sacerdote con tales trabas no logrará jamás el grado de respeto y confianza necesario al buen resultado de su ministerio, como podemos convencernos por la conducta de los Griegos para con sus *papas* casados, y de los protestantes hácia sus ministros.»

De lo que acabamos de decir, resulta claramente que el celibato sacerdotal es del todo conforme á la vida y destino del sacerdote católico; que el estado del matrimonio infundiria al sacerdote sentimientos y afectos de paternidad carnal, que usurparia el lugar de la paternidad moral y espiritual, esto es, que el matrimonio le inspiraria sentimientos y afectos contrarios á su elevada y divina vocacion, y asemejaria su santo estado al destino deplorable y mercenario de los ministros protestantes. Ved ahí un pasaje del Dr. King, ministro protestante, bastante oportuno para nuestro objeto. «No fué poca desdicha para la causa del cristianismo en Inglaterra el permiso concedido á nuestro clero para contraer matrimonio, cuando la reforma nos emancipó del Papa, pues ha sucedido lo que necesariamente debia suceder, y lo que debiera haberse previsto. Desde entonces nuestros ministros no han atendido mas que á sus mujeres y á sus hijos. Los miembros del alto clero han podido satisfacer á estos en razon á sus cuantiosas rentas; pero los eclesiásticos de segundo órden, con insuficientes retribuciones para establecer á sus hijos, pronto esparcieron por todos los puntos del reino familias de mendigos. En cuanto á mí, no quiero examinar si la continencia es una virtud necesaria al que sirve al altar (á lo menos le valdria mucho mas favor y dignidad); pero lo que no puedo pasar en silencio, es que nuestro gobierno no hace diferencia alguna entre la esposa de un obispo y su concubina. (*Our government makes no difference between a bishop's wife and his concubine.*) No tiene la primera asiento ni preeminencia en la sociedad, ni participa en manera alguna del rango y dignidad de su esposo, mientras que un simple caballero, cuya dignidad sea vitalicia, como la del obispo, da sin embargo un rango y un título á su esposa. En mi calidad de simple miembro de la república literaria con frecuencia he deseado el restablecimiento de los cá-

nes que prohíben el matrimonio á los sacerdotes. Al celibato de los obispos son debidas casi todas las fundaciones que honran á nuestras dos universidades; mientras que desde la época de la reforma esos dos grandes centros de la ciencia cuentan pocos bienhechores en el órden episcopal. Si los ricos donativos de Laud y de Sheldon tienen derecho á nuestro reconocimiento eterno, debemos recordar tambien que estos prelados fueron célibes. Desde el principio de este siglo no veo entre nuestros reverendísimos ni un solo protector distinguido de las ciencias ó de los sabios; pero á nadie causará admiracion, si atiende al espíritu que anima á todos esos prelados de *real fábrica*: no es ciertamente el Espíritu Santo, por mas que en su consagracion se dan á sí mismos el testimonio de que son llamados al episcopado por dicho Espíritu Santo.»

¡Cuan profunda es la degradacion del ministerio evangélico en Inglaterra! Pero lo mismo sucede en todo pais donde reina como soberana la herejía de Lutero ó de Calvino. No hablaré aquí de toda esa prodigiosa multitud de sectas, ó diré mejor locuras religiosas, que se ven pulular todos los años entre los protestantes de Alemania, de América, de Inglaterra, etc.; solo citaré de paso el hecho de que se cuentan actualmente solo en Londres y su distrito ciento y nueve religiones! ¡Oh qué nacion tan religiosa!...

La luz interior, inestinguible, ese íntimo sentimiento de lo verdadero y de lo justo, ese juez seguro, infalible é incorruptible, la conciencia humana, á quien no seducen la fuerza de las preocupaciones, las sutilezas del espíritu ó los desvarios de la imaginacion, restablece á menudo el órden y subsana las faltas de la mísera humanidad. El hombre que, segun refiere M. de Maistre, se presenta para entrar en una casa inglesa, á título de médico, cirujano ó preceptor etc., no pasa el umbral si es célibe..... Tan solo el sacerdote católico se liberta de tan delicada suspicacia. Ha entrado en las casas inglesas en razon de este mismo título que habia escluido á otros. Cae el fanatismo de la preocupacion y de la opinion ante el sentimiento íntimo de lo verdadero, y deja libre paso á la santidad del celibato religioso. Un viajero eclesiástico católico, juez competente en la materia que nos ocupa, tratando del celibato de los sacerdotes habla en estos términos: «Una diferencia esencial distingue al sacerdocio armenio: y esta es la facultad concedida, ó bien el deber impuesto al simple sacerdote de contraer matrimonio. Todos los *Dorders*, que forman la clase correspondiente á la que entre nosotros forman los vicarios ó párrocos, tienen su *Erectoquin*; tal es el nombre que lleva la esposa del sacerdote. Comparando, aunque solo sea bajo el aspecto temporal, esta porcion del clero con la del nuestro,

he pensado mil veces que la mejor respuesta que pudiera darse á los contradictores ó enemigos del celibato de los sacerdotes seria trazarles en pocos rasgos la condicion del sacerdote casado, en el Oriente. Nuestros habladores abundan de argumentos especiosos contra el mas laudable arreglo de la disciplina católica; y es que juzgan las cosas bajo el punto de vista de la Francia, y están acostumbrados á ver el ejemplo de un clero instruido, celoso y de conducta regular. Imprudentemente se imaginan que seria el matrimonio como el complemento de estas cualidades, añadiendo al carácter sacerdotal el mérito de una *utilidad social*, segun el comun lenguaje de los economistas. Pero ignoran que entonces el sacerdote se convertiria con su mujer, sus hijos y demás necesidades de la familia, en una pesada carga para la sociedad, en vez de aliviarla y servirla con el sacrificio continuo y entero de su persona, libre de todo terrestre estorbo y de todo carnal lazo. Detuviéranle continuamente consideraciones de interés privado; y, si no pensaba en sí mismo, no podria olvidar á lo menos á aquellos que la Providencia ó la naturaleza habrian puesto á su cargo.

»No se nos objete con el ejemplo de las comuniones protestantes; pues ninguna paridad existe. Como lo han probado hábiles controversistas, el protestantismo no puede tener culto, y necesariamente se reduce siempre al deísmo. El ministro es un hombre cuyas funciones se limitan todas á ir una vez cada semana al lugar de predicacion, hacer una lectura que cada cual puede igualmente hacer en su casa, y dar esplicaciones sobre el sentido espiritual y literal, las cuales cada uno es libre de aceptar ó rechazar. Luego aquí no hay ministerio; y el sacerdocio es un mero cargo de lector, de mas fácil desempeño y mas ventajoso que el de prefecto.

»En Oriente las comuniones cristianas son cismáticas, ó por decir mejor heréticas; subsiste empero, aunque alterada, la práctica de los deberes que, con respecto al sacerdote, constituyen la parte activa del ministerio. Puede afirmarse que el matrimonio es la causa de dicha alteracion; pues la conservacion de la familia obliga al pobre Derder al rudo trabajo de sus manos. Y efectivamente, cuando asoma el alba, despues de rezar los matines, coge el arado ó apacienta su rebaño, si ocupaciones domésticas no se lo impiden; y al llegar el sol á su ocaso canta visperas, que componen la segunda parte obligatoria de su breviario: faltanle pues tiempo y recursos para estudiar. ¿Qué instruccion dará á sus ovejas? Por lo mismo se resigna al parecer á la humillante necesidad de su ignorancia, abandonando la lectura y la instruccion á los doctores y á los *vertabeds*, que viven célibes cual los demás superiores eclesiásticos.

»Esta es otra prueba de la bondad y utilidad de nuestros reglamentos; pues que la misma Iglesia, que autoriza el matrimonio, reconoce igualmente que el ministro superior, inteligente y modelo debe vivir en la continencia. Es preciso confesar que los Derders no son mas que los primeros criados de los ministros superiores, quienes los tratan con tanta altanería, que en su presencia no les permiten tomar asiento. Advirtiéndome en cierta ocasión á uno de esos párrocos su ignorancia de la lengua y de la liturgia, me contestó: «¿Podiera yo acaso leer ó estudiar? Esto no se acostumbra, y pondría celosos á los verdaderos, que lo tratarían de usurpación.» ¡Cuántas veces he deplorado en secreto la degradación de esa clase sacerdotal, que solo por sus harapos se distingue de los demás, y cuyos individuos se afanan por hacer al viajero los mas humillantes servicios, solo para tener el derecho de alargar la mano á la partida, reclamando su Bakchiche! (Eugenio Boré. *Corresp. y Mem. de un viajero en Oriente*, tom. II, pág. 1002.)

Nuestros incrédulos utopistas y socialistas, al compadecer la suerte de los sacerdotes católicos condenados á un perpétuo celibato ¿no cobijan algun oculto designio hostil á la religion? Lo cierto es que debemos siempre estar prevenidos y desconfiar de la filantropía de esos falsos amigos. Desconfiad de los pérfidos Griegos, y rechazad sus venenosos presentes. *Timeo Danaos et dona ferentes*. A ver casados á los curas, á eso aspiran los enemigos de la religion (1); porque conocen bien que

(1) Exceptúanse los que gobiernan, quienes en tal caso tendrían que aumentar considerablemente la dotación del clero: afirmamos no obstante con el abate Rhorbacher que el mayor enemigo del celibato del sacerdocio es el despotismo. Constituirse el hombre de Dios y del pueblo; vivir y morir por entrambos, siendo uno solo árbitro de sí, hay en ello algo de libre, de independiente, y superior á la misma fuerza, algo, en fin, que no puede doblarse bajo mano de los que gobiernan. Del pueblo sale el clero, cuyo ejemplo esparce semilla de la libertad é independencia del sacerdote: no se doblegará ya el pueblo á los caprichos de los que ejercen el poder. ¡Cuán condescendiente es el sacerdote casado! teme por sí, por su mujer y por sus hijos! Se le tiene sujeto con mil lazos y se le obliga á obrar al igual de una máquina ó autómeta; no es ya el hombre de Dios ó del pueblo; será si el hombre del poder ó de la policía, y bajo el nombre de religion predicará la servidumbre. Natural y necesariamente se le parecerán sus hijos: y he ahí una raza bendita de dóciles empleados, de los que no pocos nos recuerda la historia. Ved á Enrique VIII, el corruptor de la Inglaterra; reacios y obstinados halla á sus sacerdotes y obispos; pero les obliga á tomar esposa, y consagran luego, en nombre del cielo, los mas repugnantes excesos de la tiranía.

«En nuestros dias, cual en el siglo XI, dice el autor de la *Historia universal de la Iglesia católica*, no faltan sacerdotes alemanes que á la ley del celibato eclesiástico la denominan ley violenta. ¡Impostores! ¿Quién os hizo violencia para que abrazaseis el sacerdocio? Se os dijo por boca del Pontífice: libres sois todavía, *adhuc liberi estis*. Dice el Apóstol: quien se casa, obra bien; quien se mantiene célibe, obra mejor. Pues bien: llama la Iglesia tan solo á los que se sientan con fuerzas para desempeñar del modo mejor su ministerio, perte-

fuera el medio mas pronto y eficaz de acabar con la religion católica. ¿Pero como lo lograrían? Embarazándoles con mil domésticos cuidados, con previsiones é inquietudes terrenas; sustituyendo la paternidad carnal á la espiritual; en una palabra, materializándolos y embruteciéndolos en cierto modo. Con tan artificioso y satánico manejo despojarían al pobre ministro de toda consideracion, dignidad y respeto, esto es, de toda la fuerza moral que necesita para el desempeño de sus santas y sublimes funciones. Careciendo del poderosísimo influjo moral, fuera el sacerdote necesaria y completamente nulo, corriendo parejas con el ministro protestante.

¿Quereis ver al sacerdote revestido de pureza y abnegacion admirable, y con absoluto poder sobre las almas cual lo vemos en el dia? Dejadle vivir en el celibato y la pobreza, perennes y puros manantiales de los mayores sacrificios y de las mas heroicas virtudes. Mas adelante volveremos á tratar de la pobreza.

No hace mucho tiempo que el ministro de lo interior de Inglaterra, hablando en la tribuna pública de la Irlanda, decia: «Célibes se man-  
«tienen los sacerdotes de la religion católica, y consagran su tiempo,  
«sus recursos, y cuanto les pertenece á los enfermos y á los pobres, lo  
«que es un grande beneficio para la Irlanda. Debemos tener presente  
«tambien que por su particular creencia atribuyen inmenso valor á la  
«limosna; y estoy convencido de que el predominio de esta religion es  
«una gran ventaja social para los pobres.»

Si fijamos ahora nuestra consideracion en el celibato, bajo el punto de vista político, veremos que esta institucion religiosa y eclesiástica es igualmente una de las mas sabias leyes de la economía política.

Malthus, en su sabia y profunda obra sobre el *Principio de la poblacion*, demuestra claramente que «no solo no nacieron los hombres para casarse todos y reproducirse, sino que en los Estados bien regidos, debe existir una ley, principio, ó una fuerza cualquiera que se oponga á la multiplicacion de los matrimonios.» Observa tambien, que

neciendo del todo á Dios y al pueblo; y no á los que compartan sus afectos entre Dios y una mujer. Replican ellos: ¿y el aumento de poblacion? ¡Ignorantes! En Francia, reinando Francisco I, existian diez solteros á lo mas por cada cien individuos adultos; veinte bajo Enrique IV, treinta reinando Luis XIV, y actualmente llegan á cuarenta. (Rubichon, *De la accion del clero*) Fuera en verdad bello recurso para la religion, la sociedad y los pobres ver que pululáran los miseros é indigentes hijos de, *Ite missa est.*—Pero privilegiados talentos se alejan del sacerdocio.—Enhorabuena! La Iglesia tiene mayor necesidad de grandes virtudes. Abundaban en Jerusalem los esclarecidos talentos; pero el Salvador no los busca, sino que escoge doce hombres del pueblo para salvar á los pueblos todos. ¡Y nótese luego los brillantes ingenios que el casamiento conduce entre los papas rusos y los papas griegos! Ved los Atanasios, los Crisóstomos, los Bossuet, los Fenelones!

siendo, bajo la suposición mas favorable, inferior el acrecentamiento de los medios de subsistencia al aumento de la población en la enorme proporción respectiva de dos progresiones, aritmética la una, y la otra geométrica, resulta que en virtud de esta desproporción, el Estado se halla en continuo peligro, si la población se deja abandonada á sí misma, pues entonces es necesaria la fuerza de represión que menciona, esto es, la restricción moral, como él la denomina.

Brillante homenaje tributado á los principios de Malthus, la Revista de Edimburgo de 1810, la cual dice así: «Ejemplos innumerables presentan las historias antigua y moderna de la miseria que engendra el olvido de tan sabia abstinencia (el celibato); al contrario, su influjo, por estenso que fuera, no hay ejemplo de que haya producido en el Estado el menor inconveniente.»

Pero únicamente tres medios existen para disminuir el número de matrimonios, y son: el vicio, la violencia ó la moral: y siendo inadmisibles los dos primeros, queda tan solo el tercero, esto es, la restricción moral. ¿Y qué mejor restricción moral puede encontrarse en un buen sistema de economía política que el doble celibato eclesiástico y monacal?

En la 1.<sup>a</sup> edición de su libro el economista inglés Malthus lleva su sistema hasta á una absurda crueldad: pues se atreve á reclamar la supresión de los hospitales y de cuantos socorros distribuye la caridad pública ó privada; pues cree ver en ellos un aliciente para uniones intempestivas é imprevisoras. Estas son sus palabras: «El que nace en un mundo, ocupado ya, no poseyendo su familia medios de alimentarle, ó no necesitando de su trabajo la sociedad, carece del derecho de exigir alimento alguno, y en realidad se halla de sobras en la tierra: para él no hay cubierto en el gran banquete de la naturaleza, la cual le manda que se vaya, y no tarda ella misma en ejecutar esta orden.»

¡Bello sistema por cierto, hermano de la caridad de los Chinos, que manda el abandono de los infantuelos á los animales inmundos en las carreteras, ó que se los arroje á las cloacas de la ciudad! ¡Ved el término fatal á donde llega quien abandona la línea de la verdad, cual es la caridad cristiana!

M. Duchatel, economista distinguido, emite una opinión mas sabia y moral, que bien pudiera aceptarse, á no contrariarla la disposición general de los ánimos y el actual estado de nuestras costumbres. Dice así: «Los principios, cuya esposición se contiene en los precedentes capítulos, conducen á una consecuencia del mayor interés, y nos enseñan que las clases laboriosas tienen la suerte en sus propias manos: su bienestar depende de sus salarios, y estos están en relacion de los capitales

empleados con el número de los trabajadores ; y si las clases laboriosas no pueden aumentar los capitales, según sus necesidades, pueden no obstante limitar la población por su prudencia en los matrimonios. No es el hombre cual los brutos, á quienes las propensiones físicas arrastran, y que no pueden resistir á los apetitos sensuales. El hombre, siendo libre, inteligente y dueño de sí mismo (y esto á menudo es pura teoría), puede subordinar sus pasiones á los consejos de la razón ; noble atributo que le constituye árbitro de su fortuna. Tal es el orden admirable de las cosas, que la prudencia puede combatir la causa principal de la miseria. El valor de los salarios que constituye la renta de la población laboriosa, bajo un punto de vista más elevado, es también la expresión de la prudencia.» (*De la caridad en sus relaciones con el estado moral y el bienestar de las clases inferiores de la sociedad.*)

Opinamos nosotros que todos estos medios, puramente humanos, serán impotentes para contener el mal que señalan nuestros célebres economistas y socialistas. Y ante todo, una numerosa población ¿es por ventura un mal en un país como la Francia, donde quedan todavía ocho millones de hectáreas de tierra virgen? Concédanse desde luego premios á los progresos agrícolas (negáronlos últimamente las cámaras), ábrase á la juventud nuevo sendero, cual es la agricultura ; réalcese y ennobléscase tan útil profesión, la más sublime, y sin disputa la más necesaria. Humano es todavía este recurso, lo confesamos ; con todo tiene la ventaja de ser esencialmente moralizador y poderosamente higiénico ; mientras que la desmedida extensión de la industria, madre del desenfadado lujo que presenciarnos, es á la vez la ruina de las costumbres y de la salud de las clases trabajadoras.

El medio empero más eficaz de poner coto á una sobreabundante población, ó mejor de aceptarla con todas sus consecuencias, consiste sin contradicción en regenerar á las clases trabajadoras por medio de la religión, dándoles nueva vida, mediante el elemento cristiano, la fe católica, la instrucción y las prácticas religiosas ; y así se rehabilitarían los casamientos, y de paganos que son en su mayor parte se harían cristianos. Estos nuevos sentimientos cambiarán poco á poco las voluntades, los afectos, los gustos, inspirarán la templanza, la sobriedad, con otras virtudes morales, y harán nacer en las familias el espíritu de previsión, de orden y de prudente economía. Desaparecerán entonces, y solo entonces, los vicios vergonzosos y destructores de toda familia, la crápula, las orgías, la embriaguez, las disputas domésticas, y la deplorable holgazanería de los nefastos lunes que absorben el producto de la semana, abandonando inevitablemente la mujer y los hijos á las lágrimas, á la desesperación y al hambre.

«Queda demostrado, dice Mr. Rubichon, que lejos de disminuir la poblacion en los paises donde se hace sentir el influjo de la religion católica y de la ley del celibato, aumenta, presentándose mas hermosa y mas floreciente.» (*De la accion del clero en las sociedades modernas* cap. 10, *Del celibato en sus relaciones con la poblacion.*)

Resulta pues que con el poder regenerador propio de la religion, esto es, con la incesante accion del catolicismo práctico podrán las familias laboriosas alimentar y educar á los hijos que Dios les conceda, con tal que padres é hijos no traspasen los limites de su modesta condicion. ¿Quién podrá enumerar los desórdenes sociales que una loca ambicion engendra, abriendo las puertas á insensato y ruinoso lujo y á un desbordamiento de condiciones entre las clases medias é inferiores?

«Con la ley del celibato eclesiástico la Iglesia, dice Mr. de Maistre, resolvió el problema con toda la perfeccion de que son susceptibles las cosas humanas; pues la restriccion católica no solo es moral, sino divina, apoyándola la Iglesia en tan sublimes motivos, con tan eficaces medios y con tan terribles amenazas que no puede el espíritu humano imaginar nada que se le iguale ó se le asemeje.»

El autor añade, en una nota, que la consecuencia del principio sentado por Mr. Malthus es tan evidente, que debemos admirar que la pasara por alto el citado economista, y que su sabio traductor Mr. Prevot, de Ginebra, no la haya tampoco manifestado.

Al reflexionar, dice, sobre esta restriccion protestante, creí al principio que se esplicaba esto perfectamente, atribuyéndola á la fuerza de las preocupaciones... (contra el catolicismo.) «Pero no tardé en concebir otra idea mucho mas satisfactoria, y es que dos esclarecidos talentos, conociendo que era evidente é inevitable la consecuencia, contentáronse con sentar el principio, para evitar toda disputa con las preocupaciones de que se veian rodeados.»

Nada es mas fecundo que la castidad, nada mas estéril que el libertinaje; y es evidente que la castidad virginal y la conyugal son los manantiales mas puros y abundantes de numerosa, sana y robusta poblacion. Continencia pues en el celibato, castidad en los matrimonios, ved ahí, bajo todos respectos, el secreto de la mejor poblacion posible. El amor enlaza, dice perfectamente el conde de Maistre; pero la virtud es la que puebla. Ya antes dijo Platon: «Procuremos que los casamientos proporcionen al Estado cuantas ventajas sean posibles, fijando en nuestra mente que los mas santos y mas castos son siempre los mas ventajosos.» (*De rep.*) ¿Por qué, decidme, no criticais al celibato militar? Porque nadie encuentra en él, ni social, ni moral inconveniente, y porque en general, el matrimonio en la profesion militar

fuera materialmente imposible. «El general Drouot, dice el R. P. Lacordaire en el elogio fúnebre de aquel esclarecido varón, sometiéndose voluntariamente á la importante ley del celibato religioso y militar, que es una de las primeras necesidades humanas, y sin la cual poquisimo remontaria su vuelo el espíritu de sacrificio. Sintióse con fuerzas para sobrellevar esta carga, no como cobarde abdicacion de los deberes de familia, que se compensa en el desenfreno; mas sí como santa condicion de su noble carrera, cuyo fruto y honor le habia revelado la experiencia, y así no quiso arrancar de su frente la brillante corona del celibato.»

Hasta M. Michelet, á quien debiéramos haber citado ya, habla elocuentemente en pro del celibato sacerdotal, sin embargo de que en otra obra dice todo lo contrario, como veremos luego.

«No seré yo por cierto, dice este autor, quien escriba contra el matrimonio, cuyo estado tiene tambien su santidad. No obstante, el virginal enlace del sacerdote con la Iglesia ¿no se ve algun tanto contrariado por otro menos puro? ¿Acordarase del pueblo que adoptó segun el espíritu, aquel á quien la naturaleza dió hijos segun la carne? ¿La paternidad mística podrá resistir á la otra? El sacerdote podrá privarse de lo necesario para darlo al pobre; pero nada cercenará á sus hijos: y aunque luchára interiormente, venciendo el sacerdote al padre, y desempeñando con regularidad su ministerio sacerdotal, todavia fuera de temer que careciera de su espíritu. Porque aun en el mas santo matrimonio, en la esposa y en la familia existe cierta blandura y enervacion que rompe el hierro y dobla el acero. Algo pierde siempre en el hasta el corazon mas esforzado: y si fué antes mas que hombre, luego será simplemente hombre.

» En cuanto á esa poesía de la soledad, á esas varoniles fruiciones de la abstinencia, á esa plenitud de caridad y de vida que hace que el alma abraza á Dios y al mundo, no se crea que subsista íntegra en el lecho conyugal. Piadosas emociones se gozan, lo confesamos, cuando al despertar se ve á un lado la cuna de los hijos, y cabe sí, la respetuosa é idolatrada cabeza de la madre durmiendo. ¿Pero qué se hicieron las meditaciones solitarias, los ensueños misteriosos, las sublimes tempestades en que luchaban dentro de nosotros Dios y el hombre? *El que no pasó noche alguna en el llanto, y el que jamás regó con lágrimas su lecho, ¡eterno Dios! aquel no os conoce.*» (Goethe, *Wilhelmmeister*.)

Acabamos de oír á M. Michelet afirmando; oigámosle ahora negando, y eso tratando del mismo punto: del propio modo se portó al hablar de los Jesuitas.

«¿Quién no se compadece de esta victima (el sacerdote) de la contra-

dicción social? Impónenle las leyes cosas contradictorias, cual haciéndole su juguete: quieren y no quieren que obedezca á la naturaleza. La ley canónica dice, no: — la civil dice, sí. Tomando esta á lo serio, el hombre de ley civil, el juez, cuya proteccion se prometia, cógele por el vestido, remitiéndole degradado bajo el yugo de la ley canónica... Sed pues, ó leyes, consecuentes, (vos tambien debeis serlo, M. Michelet) y podremos encontrar en alguna parte la autoridad. Si ambas son leyes, aunque contrarias, ¿qué hará quien á una y otra mira como sagradas?

» ¡Ah! mi corazon sufre inmensamente por esos desventurados! ¡Cuántos votos he hecho para que salgan de un estado tan duramente contrario á la naturaleza y al progreso del mundo!... ¡Que no me sea dable reedificar, encender con mis manos el hogar del misero sacerdote, devolverle el primer derecho del hombre, y reponerle en la verdad y la vida, diciéndole: «Ven, siéntate con nosotros, sal de esa mortal sombra, y toma, oh hermano, tu lugar al sol que Dios á todos concede!» Añade dicho autor en una nota: «El clero *muy católico* de algunas comarcas de Alemania ha espresado formalmente el voto de que tal desórden cesára, asociándose la Iglesia á los actuales progresos, que hacen del matrimonio el verdadero estado moderno, así como fué el celibato (por lo menos idealmente) el de la edad media.» (*Del sacerdote, de la mujer y de la familia*, 4.<sup>a</sup> edic. pág. 366.)

Ya que involuntariamente se nos vino á las manos la citada obra de M. Michelet, no será fuera del caso formular ó reproducir algunos juicios graves, auténticos y oficiales sobre este estraño *factum* del profesor de moral é historia en el colegio de Francia.

Preguntaráse acaso: ¿qué bien ha de producir el refutar tan tristes producciones como las de algunos profesores del colegio de Francia ó de la universidad, por ejemplo las de los Sres. Michelet, Quinet, Genin, etc., que han escrito contra los Jesuitas, es decir, contra respetabilísimos sacerdotes? Preferible fuera instruirlos y compadecerlos; pues el carácter mas visible y palpable de esos escritores escéncricos es su profunda ignorancia en materias religiosas y eclesiásticas. Colocados en terreno nuevo, errantes á la ventura por un país estraño, marchan al acaso; y, semejantes á los ebrios, vacilan, tropiezan y dan ciertas caídas de que jamás se levantan: despeñáronse por lo mismo sus ridículos libelos en las profundidades del abismo, es decir, del desprecio, *quasi plumbum in profundum*. Rehusémosles, por tanto, los honores de una refutación que no merecen, y dejemos que el olvido haga de ellos debida justicia. Sin embargo, conforme en cierta parte escribió el Rdo. P. Lacordaire, *que es necesario responder siempre aun á los mas claros*

absurdos, y á las mas fastidiosas extravagancias, en pocas palabras espondremos nuestro sentir, respecto á tales libros, reproduciendo algunas fórmulas de reprobacion y severos juicios que han resonado en la alta tribuna nacional.

Ante todo digamos como comprendemos la critica de esta clase de obras. La mejor refutacion, en concepto nuestro, es en particular citar algun pasaje de las mismas, pues monstruosidades hay, que por su misma exageracion se destruyen. De esta manera ha victoriosamente refutado el *Universo* el libro de M. Genin contra los Jesuitas. Véase como se espresa: «Reproducimos dos ó tres páginas dirigidas contra la admirable obra de la propagacion de la fe. Todo el dinero que recoge, real por real, y cuya distribucion se hace á la faz del cielo á más de cien misiones esparcidas por todo el globo, todo ese dinero, digo, es un tributo impuesto por los Jesuitas, por medio de la intriga y del terror que inspiran, y luego lo amontonan en sus tenebrosos conciliábulos, para tramar y hacer que estalle á su tiempo otra conspiracion de la pólvora.

»Tamañas brutalidades nos recuerdan á los políticos de taberna, que, despues de bebidos, esclaman: ¡que el pueblo se halla esquilnado y que todo su dinero pasa al bolsillo del rey y de los ministros! Y ¿habrá quien se tome la pena de refutar á tales hombres?» (Núm. de 26 de junio de 1844.)

Respecto al libro de M. Michelet, titulado: *El sacerdote, la mujer y la familia*, nadie ha olvidado que el señor conde Tascher, informante de una comision nombrada para examinar la peticion que los honrados habitantes de Marsella, casi todos electores elegibles, habian dirigido á la cámara de los Pares, contra los cursos del colegio de Francia, y contra los libros publicados por ciertos profesores del mismo, particularmente contra la obra de M. Michelet; nadie ha olvidado, decimos, que el señor conde de Tascher, el menos exagerado católico del mundo, segun la espresion del periódico el *Universo*, pronunció, en nombre de la comision, sobre el libro de M. Michelet una palabra sangrienta, una espresion aterradora: Hemos leído este libro, dice, hémosle leído á pesar del asco que inspira. Se levanta de todos los bancos una enérgica muestra de adhesion.

El señor marqués de Barthelemy, hablando del libro de M. Michelet, se espresa así:

«Recelára ser tenido por sospechoso, haciendo yo mismo el análisis de este libro, el cual ha valido al autor verse renegado por uno de sus antiguos discípulos en la *Revista de ambos mundos*, mereciéndole de parte de otro crítico, en un periódico nada sospechoso, *La Patria*, que

os pide la debida justicia de la peticion que os ocupa , dando el consejo que voy á leer á la cámara :

«..... El sempiterno tema de los Jesuitas envejecia ya , y anheloso M. Michelet de explotarle de nuevo , se vió en la necesidad de ampliar la materia y vivificar el objeto. Para ello ha sentado este teorema : El clero en masa es jesuita. Admitido este punto y probado por medio de una anécdota , ha querido demostrar M. Michelet , que el sacerdote es el enemigo de la sociedad , el perturbador de la familia , el corruptor de la juventud , la serpiente fascinadora ; que el culto es teatral y funesto ; que las iglesias son lugares sospechosos ; que es perversa la confesion , cuyo secreto venden los sacerdotes , abusando de él para gobernar á las familias , etc.

» Atribuir á la secreta influencia de los sacerdotes las calumnias que perturban la armonía de las familias , representar á los maridos como humildes víctimas de una conspiracion de mantillas y de sotanas , insinuar que traidoramente arranca el confesor secretos que despues delata á los familiares de imaginaria inquisicion , hacer de cada tonsurado un Ambrosio , un Claudio Frollo , un Maingrat ó un Escobar , esto es caer en una serie de anticuados cuentos de viejas.

»..... Pasa el autor de los confesores á los directores espirituales , y representalos como una plaga social. Envuelve en esta categoria á san Francisco de Sales , á Fenelon y hasta á Bossuet , cuyas doctrinas y documentos trastorna de un modo estraño. Del propio modo Fenelon no es mas que un embaucador de monjas asatariado por Mme. de Maintenon ; Francisco de Sales representa una insípida pastoril escolar con Mme. de Chantal , reducida á flacas proporciones ; Pascal no se atreve á atacar la direccion jesuitica , recelando perjudicar á la direccion en general , á la confesion ; por último Bossuet , el grande y severo Bossuet , es... un quietista. Esto y mucho mas que nos vemos obligados á pasar en silencio , constituyen la parte histórica , á la que siguen consideraciones acerca de la familia de un órden íntimo en demasía , y llenas de ilusiones demasiado estrañas para ocuparnos en ellas.» (Sesion del 14 abril de 1843.)

En el mismo libro , pág. 321 , M. Michelet añade :

«Seiscientas mil niñas son educadas por religiosas , bajo la direccion de sacerdotes.—Estas serán luego mujeres , madres , que en cuanto puedan harán entrega de sus hijos é hijas á los sacerdotes.» A esto responde el señor marqués de Barthelemy :

«Esto que el profesor teme , yo lo deseo con vivísimo anhelo , del que creo participarán todos los hombres honrados. Con este lenguaje , entregarán á los sacerdotes , es preciso entender preparar á los niños

por medio de la religion al ejercicio de todas las virtudes, y mayormente á la caridad admirable, que hace de todos los hombres un pueblo de hermanos.» (*Ibid.*)

Terminaremos este capítulo con algunos pasajes sobre el libro de M. Michelet, copiados de *El Universo*, n.º del 21 de mayo de 1845.

«..... No es solamente malo bajo el punto de vista moral é histórico el libro compuesto por el profesor de moral y de historia, si que tambien lo es bajo todos los demás aspectos y bajo todas las acepciones de la palabra: en él abundan el error material, la frivolidad, la mala fe, el falso raciocinio, los barbarismos, y sobre todo la extravagancia. Hállase predominando la extravagancia en esa Babel de imposturas, cuyos materiales torpe y locamente acopió y hacinó..... Despues de tantos ejemplos, populares ya, de la audaz ligereza de M. Michelet, se maravillará el mundo todavia de tantos hechos calumniosos, de tantas falsas citas, de tantas autoridades imaginarias, de tantas frases grotescas, de tan sorprendentes extravíos de lógica..... ¡Qué! por el placer de difamar á S. Francisco de Sales, á Sta. Chantal, á la bienaventurada María Alacoque, á Bossuet, á Fenelon, al P. La Colombiere, á la buena señora Cornuau, á la amable señora de Maisonfort; para derramar sobre los católicos todos, y en especial sobre las mujeres cristianas, un poco del fango que vertió á manos llenas en aquellas cabezas augustas, venerables ó bellas, con solo este fin hacer violencia á las fechas, á los textos, al buen sentido, á la teología y al pudor! Inventar imposibles semejanzas, combinar licenciosas novelas, ultrajar en sus buenas obras á los santos, á las religiosas debajo su velo, y al obispo bajo de sus sagrados ornamentos; llenar por largo tiempo el entendimiento de aquellas indignas preocupaciones, y apoyada en las manos la cabeza, meditar durante las graves horas del trabajo y de la noche, encender luz, cortar la pluma, raspar el papel, volver á tomarlo por dos y tres veces para manchar con la mas odiosa interpretacion un acto inocente ó digno quizás de admiracion; buscar una palabra mas ponzoñosa que las que el espíritu suministra, una alusion mas páfida que la producida por la mayor tergiversacion de los hechos, y por decirlo todo, la mas obscena; disfrazar en carnal pasion lo que de sí se presenta casto, an-gélico y sagrado, ¡es por cierto una mision envidiable! ¿Qué ha debido pensar M. Michelet al observar en la historia de S. Francisco de Sales, la que tan bien ha leído, el rasgo de aquel gentil hombre que, queriendo vengarse del piadoso pontífice, meditó sus libros, estudió su estilo, aprendió á imitar su letra, y servirse de todo esto para forjar, con los documentos a la vista, una correspondencia entre el arzobispo de Ginebra y no sé qué cortesana de Anuecy? Si no me engaño, de es-

ta accion al libro de M. Michelet corta es la diferencia. ¿No es por ventura la misma intencion, tanto con respecto al santo obispo como a los demás santos personajes de quienes M. Michelet se ocupa? ¿No se trata de presentarlos como á hipócritas corruptores, que trastornan el juicio de sus Cidalisas enclaustradas? El falsario gentil-hombre de Anne-cy (el cual confesó despues su crimen) se limitaba á disfamar á un hombre, mientras el profesor de moral y de historia disfama á la Iglesia toda, á todo el catolicismo, a esta religion de castidad cuya filosofia tiene tanto que vengar! Quiere probar que las relaciones del sacerdote, ya santo, ya muerto, con la mujer, aunque sea santa y encorvada bajo el peso de los años, necesaria y fatalmente encienden adulterios y sacrilégas pasiones. Tales pensamientos inspira su libro... y constituyen todo su espíritu.»

### CAPITULO III.

#### INFLUENCIA DE ILUSTRACION Y SABIDURIA DEL SACERDOTE EN LA SOCIEDAD.

##### § I.

Conforme mas arriba hemos dicho, la civilizacion europea nos ha venido de los sacerdotes y mayormente de los Papas, en razon de que era el clero el depositario nato de todas las luces y de todas las ciencias. El nombre *clérigo*, como lo hace observar Bergier, que en la baja edad daban á todo hombre literato, y el de *clerecía*, por el cual designaban toda especie de ciencia, son un permanente é irrecusable testimonio de los servicios que los eclesiásticos prestaron á la Europa entera, despues de la invasion de los bárbaros. Si no los hubiera la religion ó la Iglesia obligado al estudio, las letras, las ciencias, en una palabra, todos los humanos conocimientos infaliblemente habrian sido anonadados. Luego pues nos viene todo del sacerdote, letras, ciencias, civilizacion, como y tambien la forma gubernativa, segun mas abajo veremos. Los obispos, dice Gibbon, formaron el reino de Francia.

«¿Por qué, dice M. Maistre, la mas noble, la mas fuerte y la mas poderosa de las monarquías, ha sido, al pié de la letra, constituida por los obispos (es esta una confesion de Gibbon), *asi como una colmena es fabricada por las abejas?*» (*Veladas de San Petersburgo.*) Afirma M. Roselly de Lorgues, que el sacerdote es la mas alta potencia manifestada al mundo. Con su talento, su ciencia y su virtud, se ha esfor-

zado durante diez y ocho siglos para vivificar la tierra entera, y en tanto ha permanecido siendo el promovedor ó el consejero de preciosísimos descubrimientos y de los mas admirables progresos de la humanidad. A mas el representante de las mas sublimes concepciones y de los mas nobles sentimientos.

«No por otra causa pertenece el cetro de la ciencia á la Europa, añade además el conde de Maistre, sino por ser cristiana. Si ha llegado á este alto punto de civilizacion y de conocimientos, es porque empezó por la teología, no siendo por otra parte las universidades mas que escuelas teológicas, y porque las ciencias todas ingertas en este divino objeto, han manifestado la divina savia por medio de una vegetacion inmensa.» (*Veladas de S. Petersburgo*, tomo 2.) Es pues al cristianismo, representado por el sacerdocio católico, á quien es deudora la Europa de su civilizacion, de sus ciencias, de sus luces, y podemos añadir de sus artes; porque la primera y la mas útil de ellas, la agricultura, se debe á los sacerdotes, y en particular á los monges.

Así el cristianismo, la agricultura, las ciencias y las bien entendidas artes, son los medios de una verdadera civilizacion, siendo la cruz, el arado y la pluma sus verdaderos instrumentos. La cruz de Jesucristo, conquistó y civilizó la Europa; la desmontó (1) el arado de los monges, que la regaron y fecundaron con sus sudores; y su pluma, en fin, es la que ha esplotado y trabajado el campo de las letras y de las ciencias. ¿Quién ignora que los discípulos de S. Benito, patriarca de los monges de Occidente, desmontaron la Europa, y que á ellos deben las letras y las ciencias la conservacion de sus tesoros? Salvaron pues á la sociedad francesa de la barbarie los sacerdotes y los monges; y sin embargo cierta gente afecta contra ellos tan injusto como estúpido desprecio. Los clérigos y los monges, dice el sabio Bergier, verdaderamente han salvado del naufragio general las letras y las ciencias. Viéronse precisados los clérigos á estudiar el derecho romano y la medicina, hallándose los solos capaces de enseñar dichas facultades; porque los nobles, entregados á la profesion de las armas, llevaban su estupidez hasta el estremo de mirar al estudio como una nota de plebeyo, y los esclavos no tenian libertad para aplicarse á él... En aquellos tiempos tenebrosos, pasó á ser el clero la antorcha de las inteligencias todas, la universal luz, es decir, la luz del mundo, *lux mundi*, cual lo fué desde el principio.

Y en efecto, la historia nos enseña que, desde el origen del cristia-

(1) «La mayor parte de los establecimientos monásticos, tan ricos hoy dia (1790), eran desiertos en otro tiempo; y debemos nosotros á los primeros cenobitas el desmonte de mas de la mitad de nuestras tierras.» (*Mirabeau*.)

nismo hasta los últimos siglos, ha poseído siempre el clero el cetro de la ciencia, y reinado gloriosamente en el mundo social. Se ha dicho: El clero es poderoso, (entiéndese su poderío moral). «¿Y como no serlo? ha contestado M. Emilio de Girardin en la *Presse*: es la corporación mas instruida, la mas regular, la mas llena de probidad, y por consiguiente es la mas amada y venerada.» Si fué poderoso en otro tiempo el clero por la riqueza ó posesion de bienes raíces, fué porque cuando se le concedieron dichas tierras eran de escasisimo valor, puesto que la mayor parte de la Francia era un desierto (1); fué pues necesario entregarla al cultivo. Hace notar Le Gendre, en las *Costumbres y hábitos de los franceses*, que poco costaron las fundaciones de las grandes abadías; concedian terrenos estériles ó ingratos á monges que con todas sus fuerzas se dedicaban á desaguar, descuajar, plantar, trillar, menos con el fin de gustar de las dulzuras de la vida, porque vivian frugalmente, que por socorrer á los pobres. Si un trabajo conducido con tino é inteligencia, si una activa y perseverante industria supo convertir las playas estériles en campos, en prados y en lomas fértiles; si esos dichosos cambios han contribuido al progreso de la primera y la mas útil de las artes, la agricultura, parece que tan hermosas posesiones habrian debido inspirar mas bien el reconocimiento que la envidia. En aquel tiempo de bárbara ignorancia se confiaron tambien al clero la administración de justicia y la instruccion, en razon de que los laicos no se hallaban con aptitud para ello. Háse querido decir que fué efecto de la ambicion y rapacidad de los sacerdotes, pero esta asercion es hija de la ignorancia y del odio; y estas pasiones nada prueban sino la sinrazon y la ceguedad del que es su esclavo: por otra parte desmiente la historia una impostura tan injusta. Esta revolucion fué puro efecto de la fuerza de las cosas y de la necesidad de las circunstancias.

En el séptimo siglo, dice el historiador Reiffenberg, el cristianismo (esto es, los sacerdotes y los monges, ó los religiosos, pues jamás debemos distinguirlos cuando se trata de obras científicas, ó civilizadas) suavizó las costumbres de los pueblos feroces, reparó los grandes desastres, reedificó arruinados edificios, fertilizó los arenales y las selvas, pobló las soledades; y las Actas de los Santos suministran palpables pruebas de tales progresos. Asi, aunque la vida monástica parezca una usurpacion en cuanto al desarrollo natural de la poblacion, desde el principio apresuró notablemente su natural progreso, favoreciendo la agricultura, las ciencias y las artes mas necesarias á la vida social.

(1) Hoy dia existen aun, en Francia, ocho millones de hectareas de tierra inculta.

Oigamos ahora á Warnkœnig : « Aquellos monasterios, dice, que mas tarde se transformaron en opulentas abadías pobladas de monges de S. Benito, fueron el centro de la cultura del país y de la civilizacion de sus habitantes, cuyos siervos y súbditos (*mancipia et hospites*) descuartaron los bosques, secaron los pantanos, fertilizaron las arenosas tierras y conquistaron en el mar sus primeros *polders*. . . Centenares de pergaminos patentizan cuan inmensa estension de pantanos (*mæren*) y de arenales ó malezas (*wæstynen*) se hicieron productivas por los esfuerzos de los benedictinos y demás religiosos, que obtuvieron su donacion, y atestiguan cuan útiles fueron aquellos piadosos establecimientos á la agricultura del país. »— Véase, segun el señor abate Rhorbacher, la relacion de la prodigiosa y gigantesca obra de un simple monge.

« Estaba obstruido el país que atraviesan el Vistula y el Nogat antes de entrar en el mar, por pantanos y barrancos que le hacian estéril y mal sano; y las impetuosas avenidas de ambos rios mantenian perennemente estas profundas lagunas. Empeñó Fr. Meinhard remediarlo. Para conseguirlo era menester encajonar los dos rios por medio de diques indestructibles y eternos, en una longitud de algunas leguas, y á menudo á través de pantanos sin fondo: empezó esta colosal obra fray Meinhard en 1288. Seis años consecutivos trabajaron sin descanso todos los dias, millares de hombres y millares de carros, hasta que por fin en 1294 se vió felizmente concluida aquella empresa inmensa. Y subsisten aun los diques de Fr. Meinhard. Al objeto de poblar y cultivar aquella tierra conquistada en el agua, prometió completa exencion de todo servicio y de todo censo, por espacio de cinco años, á cuantos allí se estableciesen. Presentáronse en tropel los alemanes, y con su industria transformaron aquellos pantanos en un nuevo paraíso terrenal; ¿y no debe aun en el dia la Prusia la mas bella, la mas fértil de sus comarcas al monge católico del siglo XIII Fr. Meinhard del hospital de Santa Maria, quien era al mismo tiempo un intrépido guerrero? » (Caso copiado de Voigt, *Historia de Prusia*, t. 4, p. 33.)

Lo practicado en los inmensos pantanos de Prusia, hánlo asimismo efectuado en casi todos los demás de Europa, cuyo cultivo era reputado como del todo imposible. Los señores de aquel tiempo, (edad media) haciendo donacion á los monges de tierras malísimas, mal sanas y desiertas, atraíanles llamándoles allí por medio de la construccion de monasterios, al rededor de los cuales poco á poco se formaron pueblos, y tambien ciudades de bastante consideracion. Labradas desde luego aquellas tierras, y fertilizadas por el trabajo incesante y tenaz de los religiosos, escitaban la codicia de los herederos de los donadores, ó de algun vecino rapaz, y de esta manera se veian ordinariamente despojados

de sus mejores haciendas : este era el *sic vos non vobis* de aquel tiempo. Erigianse en baronías ó en condados aquellas tierras , procurando ocultar el origen monástico de esos frutos de la rapiña y de la usurpacion. Dichosos aun , cuando por indemnizacion recibian algun otro desierto ó pantano para cultivarle ! Luego pues el estado monástico no es una institucion inútil y anti-social. « Jamás ha ocurrido tan feliz idea , dice, M. de Maistre , cual la de reunir pacíficos ciudadanos que trabajan , oran , estudian , escriben , hacen limosna , y nada piden á la autoidad.»

Lo cierto es que una de las principales causas del pauperismo , ha sido la supresion de las órdenes monásticas , mayormente las trabajadoras y cultivadoras , como los benedictinos , los cistercienses , los trapenses , etc. Estas comunidades además de alimentar á los pobres , fecundaban las tierras incultas y abandonadas. En el dia , quedan áridas las tierras , y los pobres se mueren de hambre en tiempo de carestía.

« Despues que Enrique VIII hubo cerrado los conventos , y repartiendose los despojos con su nobleza , preguntóse ¿ qué debia hacer de los pobres , faltos así de su patrimonio ? y creyó desembarazar de ellos á la Inglaterra , decretando que serian ahorcados. Pusieron mano á la obra los verdugos , y habian ejecutado 70,000 mendigos , cuando se apercibieron que esto era aplastar una cabeza á la hidra ; pues el número de pobres iba siempre en aumento. » (El *Universo*, 20 mayo 1847.)

Segun el mismo periódico , 245,000 irlandeses murieron de hambre en el espacio de sesenta dias.

A lo que dice M. Maistre en la página 207 , añade un pasaje que , aunque se remonta á una época lejana , no deja de ofrecer en el dia una pasmosa oportunidad. Oigamos pues á este sabio y grave escritor : « Se hace particularmente sensible esta verdad en un tiempo en que , de todos lados caen los hombres de tropel en brazos del gobierno , el cual no sabe que hacerse de ellos.

» Una juventud impetuosa , innumerable , por su desgracia libre , sedienta de distracciones y de riquezas , precipitase á enjambres á la carrera de los empleos. No hay profesion cuyo número de aspirantes no sea cuatro ó cinco veces mayor del necesario. No hallareis en Europa oficina cuyos empleados no se hayan triplicado ó cuadruplicado en el transcurso de cincuenta años. Dícese que han aumentado los negocios ; pero son los hombres los que crean los negocios , y es excesivo el número de los manipulantes. Abalánzanse todos á la vez hácia el poder y los empleos ; fuerzan todas las puertas , y necesitan la creacion de nuevos destinos : hay demasiada libertad , demasiado movimiento , demasiadas voluntades desencadenadas en la so-

ciudad. ¿ De qué sirven los religiosos? tantos y tantos imbéciles han dicho. ¿ Como pues? ¿ no puede servirse al Estado sin desempeñar un empleo? ¿ no es nada tampoco el beneficio de encadenar las pasiones y de neutralizar los vicios? Si hubiese sido capuchino Robespierre, en lugar de abogado, habrían dicho también al verle pasar: ¡ Buen Dios! ¿ para qué sirve ese hombre? Centenares de escritores han patentizado á la faz del mundo los numerosos servicios que el estado religioso prestara á la sociedad; pero creo mas útil hacerlo considerar bajo el aspecto menos visible, y ciertamente no es de poca importancia, como dueño y regulador de una multitud de voluntades, y como suplente inapreciable del gobierno, cuyo vital interés consiste en moderar el movimiento intestino del Estado, y aumentar el número de los hombres que nada piden.

» En el dia, gracias al sistema de independencia universal y al orgullo inmenso que se ha apoderado de todas las clases, no hay hombre que no quiera batirse, juzgar, administrar, gobernar. Uno se pierde en el torbellino de los negocios; gime bajo el insoportable peso de escritos; la mitad de los hombres se emplea en gobernar á la otra sin poder llevarlo á cabo.» (*Del Papa.*)

Véase un juicio exacto de la utilidad temporal y política de las comunidades religiosas hecha por el célebre protestante Deluc.

« Ejecútanse siempre mejor los trabajos que piden tiempo y molestia por hombres que obran en comun, que por los que trabajan separadamente. Hay mayor intencion, mas constancia en seguir el mismo plan, mayor fuerza para vencer los obstáculos, y mas economía. Empresas hay que solo puede ejecutarlas una corporacion que viva bajo la misma regla... Por esto apenas puedo creer que una colonia pueda llegar jamás al grado de prosperidad que un convento... Sin ser esclavos de una regla, son ineficaces los mas grandes recursos; esparámanse, por decirlo así, sus efectos, y no se dirigen ya á un fin comun.....

» Si nos remontáramos al origen de la mayor parte de los monasterios rústicos, hallariamos probablemente que sus primeros habitantes fueron desmontadores de terrenos; que á ellos y á la buena conducta de sus sucesores deben los conventos los bienes de que disfrutan. ¿ Y por qué no han de disfrutarlos? Imitémosles sin ser envidiosos. Si sus posesiones pertenecieran á un titular no escitarian la murmuracion, ni darian lugar á ninguna especie de sátira. ¿ Por qué no sucede lo mismo con respecto á los conventos? Tocante á mí, miro con tanto mas placer estos establecimientos, en cuanto no labran la dicha de un solo hombre, sino de muchos; y, bajo este punto de vista,

nunca podré desearles bastante felicidad... No sé yo hallar en que usurpan los religiosos la dicha de los demás hombres; veo sí que poseen en su estado muchísimo de aquel tranquilo bienestar, por el cual infinitos hombres suspiran...

» Sin los saludables lazos de la religion, en vano se trataria de formar semejantes sociedades; y las que se formasen por simple convenio, poco tiempo durarian. El hombre es demasiado inconstante para sujetarse á una regla, cuando impunemente puede traspasarla: luego es necesario que en el recinto donde debe observarse, todos estén á ella sumisos. Sola la religion, ya por su natural fuerza, ya por la importancia de la pública opinion, debe producir estos dichosos resultados. En el claustro, quien quiera violar la regla, se verá contenido por la sociedad entera, pues necesita de la pública consideracion, para levantar la mediania de su estado. Siento un vivo placer al ver que los protestantes han conservado los claustros en Alemania, y deseára verlos establecidos en todas partes.» (*Cartas sobre la hist. de la tierra y del hombre*, por Deluc, t. 4, página 72.) (1)

(1) Aquel ilustre y sabio Deluc de Ginebra, era un protestante moderado y pacífico, cuya vida al parecer absorbían las investigaciones sobre los medios de proporcionar la dicha á sus semejantes. Presintió los errores de su secta, y acaso no le faltó mas que el auxilio de una mano caritativa ó de una palabra amiga para atraerle á la inmutable verdad. ¡ Oh vosotros pues, sacerdotes del Señor! Tened el celo de Dios, haced bien á todos; sed sabios con los sabios para merecer su confianza y aprecio; sed sus ángeles tutelares, á fin de volver á Jesucristo las almas extraviadas. La ciencia, bien entendida, conduce al Señor que es el Dios de las ciencias. *Deus scientiarum Dominus est* (Reg. 2. Cent. An.)

Nadie como Deluc levantó tan enérgicamente la voz contra los filósofos fautores de la revolucion francesa. Los errores que esparcian para combatir la religion de los pueblos, irritaban su grande alma. Fué el primero que levantó la voz de la ciencia contra las mentiras de la impiedad. Sus *Cartas sobre la historia física de los pueblos* (Ginebra 1798) no tenían otro fin que el de confundir la ignorancia geológica de los volterrianos: su contemporáneo, De Saussure, estaba en relaciones con él. (*Viaje de los Alpes*.) Los escritores católicos y los verdaderos sabios han hecho notables progresos en la interesante senda que abrió á sus investigaciones. Desde 1803, Gervasio de la Bise publicó su *Conformidad del Génesis con la geología*. Desde aquella época se han sucedido sin interrupcion las obras de geología, de geognosía y de cosmogonía en Alemania, en Inglaterra y en Francia. Los recientes escritos de Buckland (*De la mineralogia en sus relaciones con la teología natural*), de Waterkeyn (*De la geología y de sus relaciones con las verdades reveladas*); pero especialmente de Marcel de Serres (*De la cosmogonía de Moisés comparada con los hechos geológicos*) y muchos otros, son dignos bajo todos conceptos de que los lean los eclesiásticos, que no deben ignorarlos cuando se trata de la antigüedad del globo, del diluvio, de los grandes fenómenos terrestres y de las revoluciones de la superficie de la tierra; porque, aun despues del inmortal Cuvier, que falleció hace poco tiempo, hánse descubierto y escrito cosas á menudo vislumbradas y hasta clasificadas de antemano por su talento. Los nuevos descubrimientos aumentan todos los dias la imponente masa

La fuerza de la verdad, que con tanta obstinacion combatia Voltai-  
re, le obliga á hacer muy á menudo notables confesiones. Hállanse es-  
pecialmente en su *Ensayo sobre la historia general*, y en sus artículos  
enciclopédicos. Citemos algunos pasajes propios del asunto que nos  
ocupa: «Los pocos conocimientos que quedaron entre los bárbaros per-  
petuáronse en los claustros. Los benedictinos sacaron copias de algu-  
nos libros; y poco á poco salieron de los monasterios útiles inventos:  
de otra parte los religiosos cultivaban la tierra, entonaban alabanzas á  
Dios, vivian sobriamente, eran hospitalarios, y con su ejemplo sua-  
vizaron la ferocidad de aquel tiempo de barbarie.»

Estiéndese todavía mas; y, tomando la defensa de los religiosos con-  
tra sus enemigos, habla de esta manera: «Es menester confesar, que  
los benedictinos han producido muchas obras escelentes; que los jesui-  
tas han hecho grandes servicios á las bellas letras, y á mas son dignos  
de alabanza los hermanos de la Caridad y los de la Redencion de cau-  
tivos. Ser justo, es el primer deber... Los institutos consagrados al  
alivio de los pobres y al servicio de los enfermos, aunque han sido los  
menos brillantes, no son por esto menos respetables. Nada hay acaso  
mas grande en la tierra, que el sacrificio que un sexo delicado hace  
de la hermosura, de la juventud, y á menudo de una noble alcurnia,  
para aliviar en los hospitales aquel conjunto de todas las miserias hu-  
manas, cuya sola vista es tan humillante para el orgullo, y tan re-  
pugnante á nuestra delicadeza. Los pueblos separados de la comunión  
romana no han imitado sino imperfectamente tan generosa caridad.  
Otra congregacion mas heroica existe, pues tal nombre conviene á los  
trinitarios de la redencion de cautivos. Cinco siglos hace que se con-  
sagran aquellos religiosos á romper las cadenas con que los moros tie-  
nen atados á los cristianos. Emplean sus rentas y las limosnas que  
recogen para pagar el rescate de los esclavos, llevándolo ellos mismos  
al Africa. Nadie puede quejarse de tales institutos.»

Elogia asimismo á los cartujos diciendo que «incesantemente se  
consagran al ayuno, al silencio, á la plegaria, á la soledad; tranqui-  
los sobre la tierra, en medio de tantas agitaciones cuyo eco llega ape-  
nas hasta ellos, solo conocen á sus soberanos por los nombres inscri-  
tos en sus oraciones.»

Véase en fin otro pasaje del patriarca de los incrédulos: «No puede  
negarse que ha habido en los claustros grandes virtudes. Pocos monas-  
terios hay todavía, que no encierren admirables almas que honran á  
la naturaleza. Demasiados escritores se han ocupado en rebuscar los

de hechos y los profundos conocimientos de una ciencia moderna que es de una  
utilidad inmensa para los intereses de la religion.

desórdenes y los vicios que mancharon alguna vez esos asilos de piedad. Lo cierto es, que la vida secular ha sido siempre mas viciosa; que los grandes crímenes no se han cometido en los monasterios; fueron mas notables por su contraste con la regla, pero nunca ha sido tan puro otro estado alguno.»

Se declama contra la obediencia pasiva de los religiosos, porque no se la comprende. El religioso, como elocuentemente ha dicho el R. padre Ravignan, conforme con mil autores, no es esclavo; está libre del mal humor, del capricho, de los sentidos, del orgullo y de todas las demás pasiones, porque ha hollado sin escepcion tales tiranos. Es libre y camina por vías seguras; la verdad y la prudencia regulan sus pasos: libre es, porque obedece á la sabiduría de Dios; y obedece para dedicarse á toda obra útil, á todo sacrificio y á todo trabajo que tenga por objeto el bien eterno y temporal de sus hermanos y de la humanidad.

Esclámase contra la obediencia pasiva de los religiosos, y nada se dice contra la obediencia militar, cien veces mas pasiva, pues que ni siquiera permite observacion alguna. «Soldado, te situarás en el extremo de aquel puente, permanecerás allí, morirás, y nosotros pasaremos.—Muy bien, mi general.» Tal es la obediencia guerrera; y por esto la patria no tiene bastantes coronas, ni suficiente voz para celebrar su heroismo y su grandeza.

«Mañana, dice tambien el R. P. Ravignan, partireis para China; allí os aguarda la persecucion, tal vez el martirio.—Muy bien, padre mio; tal es la obediencia religiosa. Ella hace al apóstol, al mártir; envia á morir á sus nobles víctimas al extremo del mundo por la salud de desconocidos hermanos. Véase porque la Iglesia les erige altares, les concede su culto, su pompa y sus gloriosos cánticos.»

Citaremos un extracto de la Encíclica de nuestro Santo Padre el papa Pio IX, dirigida á todos los generales, abades, provinciales, y demás superiores de las órdenes religiosas.

«... Instituidas (las familias religiosas) bajo la inspiracion del Espiritu Santo, por hombres de eminente santidad, para procurar la mayor gloria de Dios y la salud de las almas, y confirmadas por la Silla apostólica, componen, por su múltiple forma, esta magnífica variedad que rodea á la Iglesia de un tan grande resplandor, y constituyen esas tropas auxiliares, batallones escogidos, soldados de Cristo, los cuales han sido siempre el mas bello adorno y el mas firme apoyo de la religion de los Estados.

»Nadie ignora, ó no puede ignorar que las órdenes religiosas, ya

desde su primitiva institucion, se hayan engrandecido por una casi innumerable serie de varones eminentes por su saber universal, por su estensa erudicion, por el resplandor de todas las virtudes, la gloria de la más brillante santidad, la ilustracion de las mas altas dignidades; de hombres que, rehosando en ardiente y acendrado amor de Dios y de sus semejantes, ofreciéndose en espectáculo al mundo, á los ángeles y á los hombres, constituian sus delicias todas pasando las noches y los dias en la meditacion y en un profundo estudio de las cosas divinas; en imponer á su cuerpo la mortificacion de Jesucristo; en propagar desde la aurora al ocaso la fe y la doctrina católica; en combatir firmemente, y sufriendo por ella con alegría todo género de crueldades, de tormentos, de suplicios y la muerte; en convertir los pueblos salvajes y bárbaros de las tinieblas de todos los errores á la luz del Evangelio, de la ferocidad de costumbres y del fango de todos los vicios á las prácticas de la virtud y de la sociedad civil; en cultivar, defender y arrancar de su ruina las letras, las ciencias y las artes; en predisponer con minucioso cuidado y desde la edad mas tierna, el espíritu y el corazon de los jóvenes á la piedad y á las buenas costumbres; en alimentarlos con las mas sanas doctrinas; en volver por último á la senda de la salvacion á los que tuvieron la desgracia de abandonarla.»

En otra circunstancia pronunció Pío IX, sobre el estado monástico, las siguientes palabras: «Son las órdenes religiosas falanges escogidas, columnas auxiliares, soldados de Jesucristo, las que fueron siempre, tanto para la sociedad civil como para la cristiana, un poderoso socorro, un ornamento y un antemural.»

## § II.

Fueran necesarios muchos volúmenes para recordar, aunque sumariamente, todos los trabajos literarios y científicos del clero y de los frailes. Los servicios que han prestado á las ciencias y á las artes son inmensos, incalculables, bien que hayan sido con frecuencia mal apreciados y peor juzgados. Nada diríamos de aquellos que se han atribuido no pocas veces sus pensamientos y descubrimientos, si, en este siglo de progreso, no nos dieran por invencion moderna cosas que fueron perfectamente conocidas en la edad media, en aquellos tiempos que se nos pintan como de crasa ignorancia, y en que, segun suponen, las letras y las ciencias estaban sumidas entre tinieblas.

Estasianse muchos en la actualidad ante el *maravilloso descubrimiento* de la monarquía constitucional, y nuestros sabios políticos son tan eruditos, que sin disimulo se atribuyen la gloria de semejante in-

vencion. Pues bien, tan feliz hallazgo no se debe á los profanos: preciso es acudir á la Iglesia católica, y remontarse hasta Sto. Tomás de Aquino. Esta especie de gobierno, dice el Santo, es el mejor, como se halle bien combinado y atemperado por medio de la monarquía, en que presida uno solo; de la aristocracia, en que gobiernen varios teniendo por guía la virtud; y de la democracia, esto es, del poder del pueblo. ¿Y no fué esta la forma de gobierno de los Hebreos, de aquel pueblo modelo? Cuando se cansó de sus jueces, Dios, que le concedió reyes, hizolo con cierta indignacion, y advirtióle del peligro de la tiranía y del despotismo. (*Reg. lib. 1, c. 8.*)

Este sabio y uniforme equilibrio de los tres poderes, de los cuales habla Sto. Tomás de Aquino, es la esencia y perfeccion de todo gobierno constitucional ó representativo. Véase el notable testo del santo doctor: *Talis enim est optima politia benè commixta ex regno, inquantum unus præest: et aristocratia, inquantum multi principantur secundùm virtutem: et ex democratia, id est, potestate populi, inquantum ex popularibus possunt elegi principes: et ad populum pertinet electio principum: et hoc fuit institutum secundùm legem divinam..... Dicendum, quod regnum est optimum regimen populi, si non corrumpatur: sed propter magnam potestatem quæ regi conceditur, de facili regimen degenerat in tyrannidem, nisi sit perfecta virtus ejus, cui talis potestas conceditur: quia non est nisi virtuosi benè ferre bonas fortunas..... Et idè Dominus à principio eis (Judæis), regem non instituit cum plena potestate: sed judicem et gubernatorem in eorum custodiam: sed postea regem ad petitionem populi indignatus concessit.* (*Summa. Prima secundæ: quæst. CV. concl.*)

Muy admirada es la espresion de Pascal al hablar, segun Rhorbacher, de la naturaleza: «Es esta una esfera sin término, cuyo centro está en todas partes, y la circunferencia en ninguna.» Todavía, repito, estas palabras fueron proclamadas muchos siglos antes de Pascal, por un monge, un doctor de la Iglesia, por S. Buenaventura. Ved ahí como se espresa en su *Itinerarium mentis ad Deum* (cap. 5): «*Quia simplicissimum et maximum, idè totum intra omnia, et totum extra omnia; ac per hoc est sphaera intelligibilis, CUJUS CENTRUM EST UBIQUE, ET CIRCUMFERENTIA NUSQUAM.*» Pero con la diferencia que, si Pascal habla de la naturaleza, es inexacto; mas san Buenaventura, que habla de Dios, queda en la verdad, y se eleva á lo sublime del pensamiento humano.

Precedentemente hemos visto, que en el siglo XIII, el monge franciscano Rogerio Bacon, manifiesta claramente la composicion de la pólvora, de las pólvoras fulminantes, de los telescopios, de los buques

de vapor y de los caminos de hierro. En el mismo siglo, el dominico Vicente de Beauvais probó que la tierra es redonda, y que es un absurdo creer lo contrario. Es sabido que tres mil años hace, dijo Job: *Appendit terram super nihilum* (26-7), suspendió Dios la tierra en el espacio. ¡Aquí están pues las leyes del mundo físico, la atracción, etc. evidentemente señaladas!

Hasta el sistema penal ó penitenciario nos ha venido de la Iglesia ó de los religiosos.

Dice M. Guizot en su *Historia de la civilizacion*:

«Existe un hecho muy poco observado en las instituciones de la Iglesia; y es un sistema penitenciario, sistema cuyo estudio es tanto mas curioso, cuanto que en los principios y aplicaciones del derecho penal, está casi completamente acorde con la filosofía moderna. Si se estudia la naturaleza de los castigos de la Iglesia, de las públicas penitencias que eran su principal modo de castigar, se notará que su objeto culminante era escitar el arrepentimiento en el alma del culpable, y en la de los asistentes el terror moral del ejemplo. Mezclábase tambien una idea de espacion. No sé, en tesis general, si es posible separar la idea de espacion del castigo impuesto, independientemente de la necesidad de escitar el arrepentimiento del culpable, y de oponerse á los que en el porvenir pudiesen caer en la tentacion.

»Mas, dejando á parte esta cuestion, es evidente que el arrepentimiento y el ejemplo son el fin que la Iglesia se ha propuesto en su sistema penitenciario. ¿No es este tambien el objeto de una legislacion penal europea? Abrid libros, los de M. Bentham, por ejemplo, y quedareis admirados de la semejanza entre los medios penales que proponen y los empleados por la Iglesia.»

Para hacer resaltar mas y mas la verdad de las aserciones de M. Guizot, citaremos á Moreau, inspector general de las cárceles de Paris, quien descendiendo á los detalles, fué inspirado por Mabillon, de quien, entre otras cosas, dice estas notables palabras:

«De paso diremos que se debe al P. Mabillon la primera idea del sistema penitenciario americano, idea completamente monástica y francesa (1).»

(1) Al trazar estas líneas hemos sabido que el Congreso belga, donde se sentaron representantes de todas las naciones para la redaccion de un programa europeo sobre el sistema penitenciario, acaba de terminarse á satisfaccion de las diversas creencias religiosas de los que le componian: el catolicismo es el que ha inspirado sus bases y los mas generosos conceptos. Todos los miembros, á escepcion de dos, han proclamado la necesidad de las comunidades religiosas para el cuidado de los presos.

Por su parte M. Morsau-Cristobal pronunció las espresiones mas nobles y consoladoras. El retrato que ha hecho del humilde fraile, ocultando su juventud

Preferimos sin embargo la admirable práctica de los bellos sistemas penitenciarios de muchos sacerdotes, contemporáneos nuestros, cuyo celo ha previsto las necesidades de la época, y las ha satisfecho en muchos puntos á la vez. Nos parece que el abate Fissiaux ha alcanzado un éxito completo en Marsella: hemos examinado su colonia de *jóvenes detenidos*. El establecimiento de S. Pedro, situado en la parte mas superior del cuartel de la Madalena, reúne á la mayor salubridad, todas las comodidades deseables. ¡Honor á las autoridades y á la ciudad que han comprendido y favorecido el generoso desprendimiento de M. Fissiaux! De tal modo ha calculado los efectos morales é higiénicos de los medios que emplea, que así el tedio como el vicio se han hecho imposibles para los moradores de S. Pedro. Se hallan tan bien distribuidos los trabajos de toda clase de oficios, segun la disposicion de cada uno, que cuando los penados vuelven á la sociedad, se hallan aptos para compartir los trabajos de su familia. Aplícase una seccion á los trabajos del cortijo; las otras, bajo la direccion de maestros escogidos, se ocupan en los talleres. Sirve el precio de sus trabajos, en parte para pagar á los maestros, y en parte para formarles un pequeño capital, cuyo fondo aumentan sucesivamente los intereses, y el cual reciben á su salida, con precauciones que los precisan á continuar su oficio, ya solos, ya bajo la direccion de un amo. Pero no está aqui todo. M. Fissiaux ha sabido hallar el medio de darles una educacion conforme al género de vida que han de guardar despues, y enseñarles tambien las artes de recreo. Nadie ha ido á visitarles sin derramar lágrimas de ternura oyendo su coro de música, al pensar en el abismo de donde esos jóvenes han sido arrancados por una mano caritativa. Tambien hace asomar alguna de esas dulces lágrimas el ver los tiernos y solícitos cuidados de las piadosas señoras, bajo cuya direccion ese Vicente de Marsella ha puesto a sus amadas huerfanitas.

M. Fissiaux ha comprendido que únicamente los religiosos son capaces del desprendimiento necesario al buen éxito de su obra, y así ha organizado el plan de una congregacion dedicada al servicio de los prisioneros. Ved ahí una nueva carrera abierta á la piadosa y santa actividad de la juventud actual, carrera que progresa visiblemente, pues de

en el fondo de las casas de detencion, con la esperanza de mejorar algunas almas, llevaba el sello de una conviccion profunda. No pide solamente M. Moreau que se confiera á los religiosos la direccion moral de los detenidos, pide tambien que estén exentos del reemplazo para el ejército cuantos jóvenes se preparan á tan áspero noviciado. Ha producido su discurso la mas favorable impresion, y, proclamando la necesidad del patronato religioso, tanto dentro como fuera de las cárceles, el Congreso ha hecho un servicio á la sociedad, por el cual le quedarán agradecidos todos los hombres de bien.

todas partes se reclama el beneficio de los establecimientos de M. Fissiaux. De Suecia le han pedido notas sobre su sistema penitenciario, y en el momento en que esto escribimos, M. Fissiaux hállase en Turin, donde ha sido llamado para fundar un nuevo establecimiento.

Así se expresaba el periódico *El Universo* en su número del 3 de noviembre de 1847, sobre la necesidad de confiar el cuidado de los presos á la caridad de congregaciones monásticas: «El régimen celular ó el régimen en comun, el aislamiento parcial ó el absoluto, no son posibles sino con el auxilio de congregaciones monásticas. Necesitanse prisioneros voluntarios para simpatizar con los forzados; solo cautivos de Jesucristo podrán levantar las cadenas, remover la paja, y sujetar la desesperacion de los cautivos de las leyes humanas. Es del caso un corazon de apóstol y de religioso para elevar el alma abatida, para regenerar el corazon agostado y la envilecida inteligencia del penado. Se necesita el triple freno de la caridad, de la piedad y de la esperanza divina para sujetar aquellos seres depravados que corren tras el suicidio, la locura ó el embrutecimiento de la relajacion!

«Un general sentimiento ha comprendido esta verdad; reconócenla ya los hombres mas preocupados, y se honra la administracion poniéndola en práctica. «Cuando vemos, dice M. Moreau Cristobal, el admirable órden que reina en las casas de Montpellier, de Clairvaux, de Yannes, y en los cuarteles de mujeres de Fontevrault, Beaulieu y Limoges, cuya vigilancia está confiada á las hermanas de Maria-José; «cuando se visitan aquellos silenciosos talleres, aquellos mudos refectorios, aquellos patios tranquilos, donde todas en hilera, se pasean paso á paso aquellas resignadas mujeres, dóciles, obedientes, bajo el ojo vigilante de las hermanas, prisioneras y silenciosas como ellas, uno se pregunta ¿hay cosa mas imponente, mas represiva, mas penitenciaria?»

### § III.

Hállase entre los eclesiásticos mas que en clase alguna de la sociedad, la dignidad, la firmeza, la grandeza de carácter, la independencia de pensamiento y de opinion, juntas á menudo á una perspicaz inteligencia y á una alta razon filosófica, y si necesario es tambien politica. En todo tiempo se han hecho notar estas preciosas calidades en un gran número de prelados y de sacerdotes. Citaremos uno solamente muy conocido: el abad Emery, quien por su prudencia rara, por su libertad santa, y su varonil energía dejó admirado al mismo Napoleon, á aquel

hombre que de nada ni de nadie se admiraba. El último historiador de Pio VII habla del abate Emery de esta manera :

«Continuaba la persecucion; habian sido presos trece cardenales, y desterrados á varios lugares donde eran vigilados; el mismo Papa, preso en Savona, era objeto de las medidas mas odiosas, retirándole uno tras otro sus adictos servidores, y apoderándose de sus papeles y hasta de sus breviarios. Reclamaron la institucion treinta obispos franceses; pero interrumpidas las comunicaciones por la bula de excomunion, no pudo acceder el Papa. Convocó Napoleon una junta eclesiástica en que figuraban el cardenal Fesch y Maury, y el arzobispo de Malinas, M. de Pradt. Un hombre recomendable por su ciencia y elevada virtud, un simple sacerdote, el abate Emery, con admirable sencillez confundió el orgullo del vencedor de los reyes de la tierra. Dirigiéndole Napoleon una mirada con que parecia querer imponerle sumision, le dijo: ¿Qué pensais, señor, de la autoridad del Papa? Emery entonces dirigiendo la vista con deferencia hácia los obispos, como pidiéndoles permiso de responder, contestó con calma y suavidad: No puedo tener, señor, en este punto, otros sentimientos, que los que contiene el Catecismo que se enseña en todas las iglesias por orden vuestra. Así, á la pregunta: ¿quién es el Papa? se responde: es el Jefe de la Iglesia, el Vicario de Jesucristo, á quien deben obedecer todos los cristianos. Sorprendido Napoleon con esta respuesta, tartamudeó la palabra *Catecismo*, y pasó á otra cuestion.

»No disputo el poderío espiritual del Papa, pues que le ha recibido de Jesucristo, dijo; mas Jesucristo no le ha dado el poder temporal, que recibió de Carlo-Magno; y yo, *sucesor de Carlo-Magno*, quiero quitárselo, porque no sabe aprovecharse de él, y á mas no le deja ejercer sus funciones espirituales. Opúsole Emery el notable pasaje de Bossuet en la *Defensa de la declaracion del clero*, donde se dice: «Concedióse á la Silla apostólica la soberania de la ciudad de Roma y de más posesiones, á fin de que mas libre y mas asegurada ejerciera su poder en todo el universo. No solamente felicitamos á la Silla apostólica, sí que tambien á la Iglesia universal, rogando con todos nuestros votos que este *sagrado principado* quede de todos modos sano y salvo.»

»Recogióse Napoleon, y replicó con bastante suavidad: «Todo esto era cierto en tiempo de Bossuet, en que la Europa reconociendo á muchos amos, no convenia que estuviese el Papa sujeto á un soberano particular. ¿Mas qué inconveniente hay que se sujete á mí el Papa, ya que la Europa no reconoce otro dueño?»

»Existe en los esclarecidos talentos una especie de don profético, y

así Emery contestó como inspirado con estas sencillas y bellas palabras : «Señor, conoceis tan bien como yo la historia de las revoluciones : *lo que existe ahora, puede dejar de existir*. A su vez, los inconvenientes previstos por Bossuet pudieran reaparecer. No conviene pues cambiar un orden tan sabiamente establecido.»

» Al día siguiente, queriendo el cardenal Fesch hablar de negocios eclesiásticos al emperador, le dijo este : Callad, sois un ignorante ; de ello deseo tratar con Emery que sabe de teología. Un hombre como él me haría hacer cuanto se le antojase, mas acaso de lo que yo debiera.»

Veamos otro ejemplo de magnanimidad en otro sacerdote de la misma época. Agustín LeStrange, general de los Trapenses, acababa de salvar en el año 92 del universal naufragio de las órdenes religiosas á su comunidad. Fué este hombre extraordinario á visitar á M. Emery en la cárcel para tributarle homenaje, como á un confesor de la fe, y para dar al mismo tiempo un testimonio de su profunda adhesión á Pio VII á quien tuvo asimismo la dicha de visitar en su cautiverio. Súpolo Napoleon, y sospechó de Agustín, quien no dejó por ello de continuar dando abiertamente testimonio de la verdad, aunque estaba convencido de que se esponía al furor del déspota, de quien en mejores tiempos habia aceptado algunos beneficios, y que con sola una palabra podia perderle con todos sus conventos. Al fin fué preso, y del fondo de su calabozo, no temió escribir al superior de la *Cervara* (en Piamonte) para obligarle á que hiciera pública retractacion del juramento que imprudentemente habia prestado. Citaremos tan solo las primeras líneas de su sublime carta, precioso monumento de la fidelidad trapense á la Santa Sede. Ella demuestra lo mismo que todos los pasos de Agustín y la retractacion solemne de la *Cervara*, así como los sufrimientos y duro cautiverio de sus generosos habitantes, que no vaciló la Trapa en romper la primera el general silencio de aquella época de temor universal. Lo que no osaron los reyes, ni los obispos, un pobre y humilde monge se atrevió á hacerlo. El principio de la carta pues, es como sigue :

«La santa voluntad de Dios. Querido amigo : desde el fondo de mi prision, y en medio del ruido, no de cadenas aun, pero sí de pesadas llaves y gruesos candados, os dirijo esta carta. Entre el espanto que á mi vista causan las rejas y barras de hierro, ó la perspectiva de multitud de hombres hacinados en la cúspide de altísima torre, de la cual sin cesar temo no se precipiten, ya por inadvertencia, ya voluntariamente ; entre el horror que á mi oído causan los gritos, los alaridos, las blasfemias ó cantos desenfrenados de una multitud de individuos, quizá mejores que yo á los ojos de Dios, pero cuyo aspecto hace es-

tremecer ; despues de verse despertado cada noche , no por la suave campana de maitines, sino por la visita de un carcelero que á media noche viene á turbar vuestro reposo con el ruido de los cerrojos que abre y vuelve á cerrar ; y sobre todo, por último , en la incertidumbre de lo que me acaecerá , os escribo mi postrera resolucíon... Me decís : *¿Qué será de nuestros hermanos , y como lo harán para vivir ?* Razones puramente humanas , groseramente sórdidas , y que por consiguiente no deben un momento deteneros. *¿ Titubearemos por ventura un instante en hacer entrega de los bienes , cuando debemos estar dispuestos á dar el cuerpo y la vida ?* Me ha sonrojado vuestra observacion. » *Los Trapenses ó la órden de Cister , en el siglo diez y nueve , por M. Gaillardin.* )

Debia entretanto Agustin proseguir su peligrosa carrera. Dispuso Dios su libertad por medio de una simple ambigüedad de palabras del prefecto general de policia ; y no obstante de verse obligado á huir á Inglaterra , llevóse las bulas de escomunion del emperador , que tenia escondidas su policia , y este importante documento le hizo conocer las intenciones del soberano Pontífice , y le dió nuevo esfuerzo para el cumplimiento de sus nobles deberes.

¿ Hablaremos del talento oratorio del púlpito , de la sagrada elocuencia ? Parece no exigirlo absolutamente nuestro objeto. Con todo , como la ciencia de la predicacion es un ministerio eminentemente práctico , siendo el poder de la palabra evangélica el que ha regenerado al mundo , *Prædicate Evangelium omni creaturæ , docete omnes gentes* , incúmbenos decir algo sobre la influencia inmensa que el púlpito católico puede ejercer en el espíritu y en el corazon de los hombres , y hasta en los mas elevados entendimientos.

¿ Quién podrá explicar el secreto y poderoso encanto que da Dios á la palabra del misionero apostólico ? Puede afirmarse que la irresistible palabra de S. Francisco Javier convirtió mas naciones que personas convirtieron los vigorosos escritos de Bossuet. No tememos afirmar que lleva mas almas al cielo la humilde palabra del pobre cura de la mas infima parroquia de aldea que las elocuentes obras de nuestros preclaros talentos , las que deben ser fecundadas y vivificadas pasando por la boca del sacerdote , del pastor del rebaño , que prepara á sus hijos aquel duro alimento , seco y muerto , que antes fué para ellos absolutamente inasimilable.

Imposible nos es citar los nombres y las obras preciosas de todos los oradores de la cátedra cristiana ; tales pormenores serian infinitos. Permítasenos recordar sumariamente de entre ellos algunos pasajes en que brille su grande elocuencia.

Cuando Massillon predicó en Versalles su discurso del limitado número de escogidos, al pronunciar estas palabras, cuyo eco retumbará para siempre en los siglos: «¡Oh Dios! ¿dónde están los elegidos? ¿Y qué os resta para vos?» Refirieron todos los periódicos de aquel tiempo que «el auditorio en masa se levantó por un espontáneo movimiento, con un sordo y lúgubre gemido de terror y de fe, como si de improviso hubiese caído un rayo en medio del templo.»—Recordamos la sublime espresion del propio Massillon, al pronunciar en presencia de un auditorio tan numeroso como brillante el fúnebre elogio de Luis el Grande: permanece un momento en grave y solemne silencio el elocuente orador; y despues de haber recorrido con la vista los fúnebres objetos que le rodeaban, olvidando el exordio que tenia preparado, iluminado repentinamente, sustituyole diciendo: «¡Solo Dios es grande, mis queridos hermanos! etc.»—«Para encomiar cual se merece la grandilocuencia de Massillon, permitasenos que mencionemos, dice d'Alambert, que Voltaire, el mas célebre de nuestros escritores contemporáneos, se ocupa en la asidua lectura de los panegíricos del gran Massillon, considerándolos como un modelo de prosa, y que tiene siempre encima de la mesa la *Pequeña Cuaresma* al lado de *Athalia*.»

El célebre predicador Bridaine lanzó desde el púlpito de S. Sulpicio, en 1751, aquellas formidables palabras, que transcurridos cincuenta años, todavía hacian estremecer al cardenal Maury: «He publicado hasta el presente la justicia del Todopoderoso en templos cubiertos de rastrojo! He predicado los rigores de la penitencia á desdichados, cuya mayor parte carecia de pan! He anunciado á los sencillos aldeanos las terribles verdades de mi religion! ¿Qué es lo que he hecho, desgraciado? He entristecido al pobre, al mejor amigo de mi Dios! He sembrado el espanto y el dolor en aquellas almas sencillas y fieles que hubiera debido compadecer y consolar! ¡Ah! aquí solamente donde caen mis miradas sobre los grandes, los ricos, los opresores de la humanidad doliente, sobre pecadores audaces y endurecidos, aquí en medio de tantos escándalos, es necesario que retumbe la santa palabra con toda la fuerza del trueno, y que ponga conmigo en este púlpito, á un lado la muerte que os amenaza y al otro á mi Dios que debe juzgaros... Dentro breves instantes va Dios á remover el fondo de vuestras conciencias. Instantáneamente heridos de terror, querreis echaros entre los brazos de mi caridad, derramando lágrimas de compuncion y de arrepentimiento; y á fuerza de remordimientos me hallareis mas elocuente. ¡Ah! ¿en qué os fundais pues, hermanos míos, para creer lejano vuestro postrer dia? ¿Es acaso en vuestra juventud? Si, respondereis; tengo solos veinte, treinta años. ¡Ah! ¡cuán torpemente os

engañais! no sois vosotros que teneis veinte ó treinta años, es la muerte que os ha cercenado ya veinte, treinta años... ¿Sabeis por ventura lo que es la eternidad? Es una péndola cuyas oscilaciones dicen y repiten sin cesar solo estas dos palabras en el silencio de los sepulcros: ¡siempre, jamás! ¡jamás, siempre! Y sin cesar, durante esas horrosas revoluciones un réprobo esclama: ¿Qué hora es? Y la voz de otro réprobo le responde: La eternidad!»

Refiere el abate Carron en la historia que ha escrito de Boursoul, el siguiente pasaje: «Despues de haber permanecido mucho tiempo orando en su cuarto, hizose transportar á las dos de la tarde á la iglesia de Todos los Santos, y á las tres subió al púlpito á predicar sobre la gloria de los bienaventurados. Empezó el exordio con el vigor y la impetuosidad de la juventud; tenia su voz un estraordinario brillo; eran tan rápidos sus movimientos, tan vehemente su gesto, que designaba lo que iba á decir antes de pronunciarlo. Hácia el fin de la primera parte despues de la mas viva y tierna descripción de los encantos del paraíso y de la alegría de los elegidos en el cielo, hizo un nuevo esfuerzo y exclamó: «No, hermanos míos, no llegarán jamás los débiles ojos del hombre á sostener aquí bajo el brillo de la Majestad divina; (y bajando en seguida la voz) tan solo en el cielo le veremos cara á cara y sin velo.» Pronunció estas palabras con sonora voz y penetrante tono: repitiólas en latin, *videbimus eum sicuti est*; y al pronunciar estas últimas palabras, reclinado en el borde del púlpito, espiró. Fijos sus ojos en el cielo, permaneció constantemente en aquella posicion. Un concurso numeroso llenaba la iglesia, y se apoderó del auditorio instantánea y general consternacion: unos gritaban, otros derramaban lágrimas, esos desfallecian, aquellos en alta voz esclamaban: *Es un santo; ha muerto hablando de la dicha del cielo.* Oyóse la voz de un niño que profirió estas palabras: *Hablaba del paraíso, y se va á él.*»

El abate Carron añade: «Que Boursoul, cuya elocuencia era tan vehemente cuando levantaba la voz contra los vicios, ó haciendo el retrato de la final impenitencia, si hubiese muerto describiendo los rigores de la divina justicia ó los tormentos del infierno, no hubiera sido tan sorprendente este fin; pues se habria podido atribuir á la impetuosidad de su carácter, á la fuerza de sus movimientos y al fuego de su discurso: pero murió tranquilamente, hablando de la felicidad celestial, y precisamente en el punto de su discurso donde repetia: *veremos á Dios*; muere en el último sermón de su cuaresma, y del modo que mil veces habia pedido al Señor la gracia de morir! Compárese su vida con su muerte, y se habrá de confesar que esta es tan estraordinaria en su principio, cuanto edificante y sorprendente la otra por su santidad.»

Citanse tambien dos célebres predicadores italianos muertos en el púlpito, á saber : Torielli, y Vitelleschi ; S. Francisco de Sales al bajar de la cátedra evangélica en Lyon. Se cuenta que Gregorio de S. Vincent y Montgodin espiraron en el confesonario. S. Andres Avelino murió al *Introibo*, y el cardenal Berulle en la consagracion de la misa. Santo Tomás de Canterbury, como es sabido, S. Estanislao, S. Pretestato, obispos todos, fueron martirizados en sus iglesias mismas, orando, ú ofreciendo el sacrificio de Jesucristo y el suyo.

No queremos hacer mencion de los célebres predicadores de nuestros dias, glorias vivientes del púlpito cristiano de Francia. ¿Quién no conoce los Combalot, los Ravignan, los Lacordaire, etc.? La Francia toda, por no decir la Europa, admira esa elocuencia prodigiosa, esa elocuencia de fuego del R. P. Lacordaire, que prodigiosamente sojuzga y electriza su auditorio, hasta físicamente, si se permite esta expresion (1).

Lo que mas particularmente distingue todavia el raro talento del P. Lacordaire, es el haberse creado un género oratorio enteramente nuevo y original y perfectamente adaptado á las necesidades actuales del siglo; es en fin su inimitable modo, ó mejor la rara fecundidad de genio que os presenta siempre nuevos reparos, ideas nuevas, para satisfacer el hambre intelectual de su auditorio, y en especial de la juventud, tan ávida de oír ardientes palabras de libertad. Hase dicho que este orador habla de la libertad como Mirabeau, y de Dios como Bossuet.

#### § IV.

Examinemos ahora la ciencia del sacerdote concretándonos á la actual época, al siglo XIX.

Si puede afirmarse que el clero francés, á pesar de la decadencia de los estudios, es todavia el cuerpo eclesiástico mas instruido de toda la cristiandad, ingenuamente confesamos tambien que no se halla por lo general á la altura científica y literaria propia de la nacion mas sabia, mas civilizada y mas ática de Europa.

Muy cierto es que si por espacio de medio siglo hubiera podido el clero empuñar con robusta mano, cual en otro tiempo, el cetro de las ciencias, y no dejara palidecer ese radiante faro que iluminaba el mun-

(1) Háse dicho que remueve su auditorio como el agua en un vaso; que aquel mar de cabezas que inundan la nave, los lados y las galerías undulan bajo su palabra cual las olas al soplo del viento; que todo este grande cuerpo inmóvil, conmuevese, murmura, estalla...

do, no se hubiera visto en nuestros días á las ciencias humanas, y en particular las naturales y físicas, tan deplorablemente desviarse de la línea católica. Porque en fin, es menester decirlo: desde que los custodios de la ciencia se durmieron en el santuario y que se extinguieron sus lámparas, se ha visto á las ciencias volverse en general ateas lo mismo que nuestras leyes. Dios, de quien derivan las ciencias y las leyes, es desterrado de las unas y de las otras. Ahí teneis la obra impia del humano orgullo. Sobrado número de sabios del siglo, en el delirio de su soberbia y vanidosa razon, hánse dicho, por lo tocante á su conducta científica al menos: Celebraremos, exaltaremos la magnificencia de nuestra palabra; de nuestros labios y de nuestras plumas se derramarán las ciencias y las verdades, como de su fuente y de su principio. ¿Quién nos aventajará? *Lingua nostra magnificabimus, labia nostra à nobis sunt. Quis Dominus noster est?* (Ps. 11.)

En la actualidad se ha hecho mas necesario que nunca que el clero se apodere de la poderosa palanca de la ciencia, para remover y levantar la sociedad francesa. Siempre y en todas partes ejerce la ciencia un irresistible imperio: y este medio, en nuestro siglo sabio y escudriñador, debe auxiliar al sacerdote, contribuyendo á sostenerle en el grado de consideracion y de influencia social necesarias al ejercicio de su santo ministerio. Es preciso que el sacerdote vuelva á ser el ministro de la ciencia y de los progresos. Tal es la necesidad del siglo. ¿Créese por ventura, que si poseyeran los sacerdotes el tesoro de las ciencias humanas, como en otro tiempo, se les negaria el respeto y la consideracion? Nadie lo intentára; porque fuera inasequible. Levántese pues en masa el clero, como un solo hombre, contra la laica ciencia racionalista, contra la ciencia de la Universidad, cada vez que esta se separe de la línea católica; dirijase esforzada y noblemente á la conquista de la libertad religiosa y de la libertad de enseñanza. Sin embargo esta grande obra, esta noble y sublime conquista no debe operarse y cumplirse sino de un modo pacífico, y con medios que no salgan jamás de los límites de la moderacion, de la caridad y del orden legal; pues estas armas son invencibles.

Sí, esos medios legales, esas invencibles armas, esa gran fuerza moral, ese poder irresistible de ideas, que constituyen la opinion y la razon públicas, necesariamente las conseguirá el clero por el fuerte y constante cultivo, por el *improbis labor* de las elevadas ciencias divinas y humanas.

No pudiendo el clero vencer, en el estado presente, á la Universidad en la enseñanza oral, pública, oficial; no obstante tarde ó temprano la aventajará y la vencerá, si quiere, ó sostendrá al menos dignamente

la concurrencia científica (porque de su parte está la fuerza moral) con el poder de la prensa y de las obras científicas y literarias. ¿Donde están los poderosos escritos, dónde las elevadas producciones científicas de la Universidad? Búscanse en vano en ese diluvio de escritos que todos los años hace florecer al sol de la publicidad.

Si algunos se encuentran desviados, en la sombra, ¿hállanse puros de todo germen de perversa doctrina? ¿son católicos, ortodoxos? Y, si no lo son, serán vanos y estériles para el bien público, por no decir poderosos y fecundos para el mal, por estar desprovistos de toda fuerza moral, que es el alma, el principio vital de toda producción científica y literaria.

Si el alto clero, esto es, el episcopado francés, hubiese puesto en ejecución lo que seis años hace le propusimos, hallaríase de seguro hoy en estado de aprovecharse de la libertad de enseñanza, en la hipótesis de concedérnosla el cielo. ¿Háanse acaso preparado lo bastante por una constante aplicación científica y literaria, para recibirla con todas las ventajas que lleva consigo y que proporciona á cuantos se hacen dignos? Lo dudamos.

No nos cansaremos de repetir que si se hubiese puesto en práctica, en todo ó en parte, el proyecto que acabamos de mencionar, hallaríase en el día el alto clero científicamente representado por una sociedad literaria compuesta de ochenta sacerdotes, decorados con todos los grados universitarios, y perfectamente iniciados en las más elevadas ciencias; ó por decir mejor, poseerían en eminente grado la imponente é irresistible unión de todas las ciencias y conocimientos divinos y humanos.

Además, aquella falange invencible y terrible para la Universidad, á modo de ejército ordenado en batalla, *terribilis est castrorum acies ordinata*, estaría al presente en posesión de un periódico órgano oficial, que sería el campo de batalla, el gran palenque de la discusión y de la polémica universal (1).

El abate R. A... escribió, hace dos años, el siguiente pasaje sobre la urgente necesidad que tiene el clero de crearse un periódico oficial capaz de representarle y de ser el órgano auténtico de los actos emanados de la corte de Roma y de todo el episcopado francés.

Como el plan que el autor desarrolla á nuestro modo de ver presen-

(1) Gemía un magnánimo pueblo católico siglos hacia bajo la más dura opresión, privado de todas sus libertades, de la libertad religiosa, de la libertad de enseñanza y de todo derecho político y civil. Un hombre solo, por medio del irresistible ascendiente de la fuerza moral y de un invencible esfuerzo, conquistó para esta generosa nación su libertad religiosa con todos sus derechos civiles y políticos. Lo que ha hecho un hombre solo, un simple seglar, O'Connell, ¿no lo consiguieran ochenta obispos?

ta útiles demostraciones, vamos á reproducirle testualmente, dejando, no obstante, al cuidado del juicioso lector el hacer del mismo la justa apreciacion práctica. La forma de este periódico religioso oficial, debiera ser la siguiente.

« Comprenderá este periódico seis distintas partes, sometidas por lo tocante á materias teológicas y filosóficas, á una censura especial.

» 1.º Actos oficiales emanados de la corte de Roma y de los obispos, declaraciones, avisos, juicios doctrinales, órdenes administrativas, etc...

» 2.º Los actos del poder civil relativos á los cultos, y en particular al culto católico, acompañados de las discusiones y comentarios que dependieran del objeto.

» 3.º Una revista exacta de los escritos que tratan de materias religiosas ó filosóficas en sentido hostil, heterodoxo ó simplemente erróneo, con las necesarias refutaciones, indicacion de las obras que los combaten, etc. Entiendo por el movimiento del siglo esa sublevacion de las pasiones y de la inteligencia contra la verdadera fe, ese prodigioso trabajo que se opera en todos los espíritus y en toda la superficie de Europa. ¿No importa soberanamente á los sacerdotes católicos el estudiar y seguir este movimiento? Y sin embargo, ¿será verdad que la mayor parte lo conozcan, lo comprendan, y lo aprecien en su justo valor? Débese no solo observar el cuadro en su conjunto, sino penetrar tambien en los pormenores, distinguiendo los matices y profundizando los objetos; es precisa una polémica incesante, pero grave, concienzuda, sólida, elevada cual conviene á la doctrina católica; y llena del espíritu actual y de hechos nuevos ofreciera poderosísimo interés, al mismo tiempo que esparciera una admirable luz en el mismo clero. ¡Cuántas y cuántas cosas hay, cuya existencia ni siquiera sospecha el sacerdote desde el fondo de su triste soledad!

» 4.º Noticias religiosas en el mayor número posible, y sacadas de buen origen. Una circunstanciada relacion de los sucesos que interesen á la historia eclesiástica, cuyos preciosos materiales debiera ofrecer un día el periódico en cuestion. Abriríase una vasta correspondencia que le instruiria circunstanciadamente en todos los hechos; y podria desmentir ó rectificar los que la prensa periódica se complace en romper.

» 5.º Una revista literaria, con el doble objeto de dar cuenta imparcial é ilustrada de las obras que llaman la atencion del público, y, en fin, de defender los principios de la sana literatura. El arte de escribir, sin duda no es tan esencial á la dicha del hombre y al cum-

plimiento de sus eternos destinos, como la pura doctrina; pero honra á la sociedad, realza el espíritu, favorece el desarrollo de la fe, sirve para levantar en el mundo aquellos monumentos mas duraderos y sólidos que el bronce: y basta esto para que el sacerdote católico vele por su conservacion. El día que señala su decadencia es un día nefasto, un día de siniestro presagio. ¡Ah! ¿no hemos llegado á él por desdicha? ¡Cuánta necesidad tiene el jóven clero de estar alerta contra esa falsa y peligrosa literatura, contra sus indecorosos modales, su impudente descaro, y ese tono tabernario, que ha puesto en boga la escuela moderna y la mayor parte de la prensa periódica! Necesario me parece recordar que el cargo de escritor es santo y respetable; que es menester sentirse verdaderamente llamado por Dios, y no prestar oído al vanidoso deseo de producir algo más que pensamientos sin elevacion y sin interés, en un estilo sin fuerza, sin correccion, sin mérito y sin gracia. *Non datur omnibus*. El ansia de imitar á tantos á quienes cuesta poquisimo escribir, es por parte del sacerdote, no solamente ofender las reglas del buen gusto, si que tambien esponer temerariamente el honor de su sagrado ministerio.

» 6.º La política: esta en el día es imprescindible: y, tan mezclada se encuentra con todos los acontecimientos, que explicarlos sin ella fuera imposible. Creo que debiera tratarse esta parte en forma de resúmen, á grandes rasgos; jamás empero como esclusiva defensa de tal ó cual opinion. En política no hay dogmas; y el clero no debe pertenecer á ningun partido, para abrazarlos todos en su caridad y haciéndose *todo para todos*.

» Así concebido este periódico, ó redactado bajo mas perfecto plan, en una forma que permitiera encuadernar cierto número de ellos, con una tabla analítica y general de las materias en cada tomo, formaria una coleccion curiosa en extremo para el clero de las aldeas y de provincia, como tambien para los pueblos sujetos á su direccion.

» 1.º Mantendria entre el clero ese espíritu de corporacion, ese movimiento unánime, esa unidad de miras y de medios, cuya falta paraliza todos sus esfuerzos. Seria como un permanente concilio.

» 2.º Por lo tocante á los juicios doctrinales, reemplazaria, aunque imperfectamente, con bastante utilidad á aquella ilustre corporacion de la Sorbona que tantos servicios prestó á la ortodoxia.

» 3.º Suministraria á los periódicos religiosos y políticos materias preparadas ya para la defensa de la Iglesia y de sus principios fundamentales, sin que peligraran desviarse del recto camino, y sin comprometer los verdaderos intereses de la religion con mal dirigidas apologías, con juicios incompetentes, y sin equidad algunas veces.

»La omisión, repito, de una empresa tan eminentemente útil pesa de un modo gravísimo sobre el clero, y no se sabe como explicarlo. Ella solo caracteriza del modo más enérgico este aislamiento, que á tan lamentables resultados nos ha conducido. Porque ¿como se justificará el episcopado, ante el soberano Dueño, del silencio que guarda relativamente á los escritos que emanan de la prensa? ¿No ejercen acaso las producciones irreligiosas de la prensa periódica una influencia inmensa en los ánimos, causando estragos terribles en medio de la cristiana sociedad?

»San Pablo, que mandaba á sus fieles huir del cristiano escandaloso, cuyo ejemplo le parecia funesto, ¿nada habria dicho de esos peligrosos escritos que se comunican con tal rapidez en la sociedad, introduciendo en millares de almas un sutil veneno, que destruye los principios de la fe y de las costumbres? ¿Los habria dejado circular en su Iglesia, sin exámen, sin censura, sin advertencia, sin condenarlos? ¡Ah! desconcertado se hubiera su grande alma, estallado habria su voz al presenciar tal espectáculo! Solo nuestro siglo es capaz de contemplarlo á sangre fria! (*Cuest. import. de la Igl. y del cler. catol. en Francia*; por M. el abate R. A., p. 216. 1848.)

En otra parte, tratando el autor de la indispensable necesidad de la prensa eclesiástica, ó de un periódico oficial para el clero, se espresa así:

«No solamente nada ha emprendido el clero para el establecimiento y prosperidad de la prensa católica, la que subsiste con el mismo título y con las condiciones mismas que la sociedad católica; pero ni aun ha sabido crear un diario, ó una simple hoja oficial. ¿Es posible que no haya comprendido el alto clero que este era el primer uso que debia hacer de la libertad de imprenta? Treinta años hace que se nos concedió esta libertad, y nadie ha pensado siquiera en una obra tan indispensable. Obligados se ven treinta mil sacerdotes á buscar las noticias religiosas en las hojas seculares. En los grandes problemas que se ventilan desde tan largo tiempo en la prensa periódica, no toma parte alguna el clero: seculares son los que defienden nuestra causa. ¡Y nosotros quietos, silenciosos, ignorados, aislados! Cuando los obispos necesitan hacer al público comunicaciones oficiales, las insertan en periódicos profanos, en periódicos, cuyo color político, *velis, nolis*, se refleja en el artículo religioso mismo. ¿Y acaso no perjudica este modo de publicidad á la alta conveniencia, á la respetable gravedad, á aquel tono de autoridad apostólica que deben tener siempre los actos de los príncipes de la Iglesia? ¡Ah! largo tiempo buscará la historia la esplicacion de semejante estado de cosas! Preguntará ella, ¿cómo un clero nume-

roso y esclarecido ha podido vivir extraño al movimiento del siglo? ¿por qué, teniendo todos los sistemas cátedra pública, no ha de tener el clero la suya? Y qué! ¿ochenta obispos no pueden entenderse lo bastante para suministrar quince ó veinte eclesiásticos inteligentes y laboriosos, veinte escritores capaces de redactar, con todo el esmero y madurez apetecibles, un periódico consagrado únicamente á la defensa de las verdades cristianas tan repetidas veces desfiguradas por la prensa? Todo individuo del clero que tenga ardiente voluntad y deseo de instruirse recibiría esta obra con reconocimiento (1).

(1) «No conocia la Francia, á la caída del imperio, dice el abate Gaume, ni un solo periódico impío, ni obsceno; pero en el día, cuéntanse mas de quinientos, donde la mas escandalosa impiedad y obscenidad se dan las manos, y marchan con erguida frente. En ese desarrollo espantoso del mal, existe una circunstancia conocida de muy pocos, y por lo tanto dice ella sola mil veces mas que todas las palabras. De todos los periódicos de Europa y del mundo conocido, el mas decidida y constantemente impío, apareció á la vuelta de los Borbones. Emitió sus acciones á *quinientos francos*; en quince años, han subido al enorme guarismo de *cincuenta mil (a)!* Y habria permanecido tal suma, á no haberse presentado muchos centenares de hojas periódicas de todas formas, especulando tambien con la pública desmoralizacion, y haciéndole concurrencia sobre la impiedad é inmoralidad. Como contraprueba del progreso que manifestamos, nótese que mientras la prensa anticristiana realiza tan escandalosos beneficios, los periódicos religiosos solo vegetan, ó mueren de hambre.

»A la caída del imperio, no tenia la Francia que deplorar mas que dos ediciones de Voltaire, hechas antes de la revolucion; ni una siquiera apareció bajo el régimen imperial. Cuéntanse en el día mas *de veinte y cinco*, tanto en Francia como en Bélgica. Esta es una pequeñísima parte del mal. Durante treinta años, las obras mas impías, las mas inmorales de la antigua literatura, desenterradas del olvido, y hechas mas peligrosas por el sacrilego lujo de la tipografía y de los grabados, han vuelto á ver la luz bajo todas las formas. Hase juntado á las antiguas producciones un verdadero diluvio de producciones nuevas. Descuellan estas en cinismo sobre cuanto se haya visto jamás, y sobre cuanto puede inventar de perverso la mas desvergonzada imaginacion, el corazon mas corrompido y la mas pervertida inteligencia. Y para que este espantoso torrente de corrupcion, que circula por la Francia, se infiltrase prontamente hasta en sus entrañas y envenenase la última raiz de la mas íntima planta, un arte infernal todas las mañanas publica, ya en capítulos, ya en folletines aquellas inmundas producciones; y es tal la avidez para el mal, que los especuladores de inmoralidad consideran este medio como un infalible cebo que ha de atraerles considerable número de suscritores. ¿Conviene decirlo? ¡gran Dios! no es vana su esperanza. (*¿Donde vamos á parar?* por M. el abate Gaume, vic. gen. de Nevers, etc. pág. 87.)

En el día todos los hombres honrados deploran esta grande plaga moral y social (el folletinismo). Nadie desconoce esas tristes producciones literarias, ese inmundo pasto que cotidianamente se presenta á las inteligencias sedientas de cinismo y de escándalo, y en donde, como hace poco dijo un sabio obispo, tienen su cuadro vivo todos los vicios, y su apología todas las desvergüenzas. Esas deplorables ficciones de talentos delirantes, despreciando todo sentimiento de honestidad y de pudor, no despiden otras luces que las que sacan de la corrup-

(a) A pesar de su decadencia, acaba de ser comprado este periódico por medio *million!*

Debemos reproducir aquí, al objeto que nos ocupa, lo que escribimos en 1842, esto es, cuatro años antes de la publicación de la obra del abate R. A.

*Nota de la necesidad de la entera emancipacion científica del clero.*

Opinamos que la emancipacion científica del clero, cuya necesidad hicimos observar en otra obra (*Pensamientos de un creyente católico*), no podrá recibir su completa realizacion hasta que se organice la sociedad eclesiástica, cuyo proyecto y plan general es el siguiente :

*Proyecto de una nueva institucion eclesiástica.*

1.º Proponemos á nuestros ilustrísimos señores obispos de Francia, la creacion de una sociedad científica con el doble objeto de asegurar la perpetua defensa de la religion ó de la fe católica, y de hacer que el clero reconquiste la alta influencia intelectual y científica que tan felizmente ejerció en la sociedad en los pasados tiempos.

2.º A este efecto, escogerá cada prelado en su diócesis el sugeto que mas capaz le parezca, ó bien aquel que en su opinion ofrezca mayor porvenir científico.

3.º Serán eclesiásticos todos los miembros de esta sociedad, y habitualmente residirán en París.

4.º Esta congregacion piadosa y sabia, manteniéndose en estado de independencia perfecta, y estraña á toda política, á escepcion de la sagrada, tendrá por especial mision el velar activamente para la conservacion de la fe ó de la ortodoxia católica, trabajando al mismo tiempo á purificar las costumbres de los pueblos.

5.º Para estos fines, crearáse la sociedad un periódico cotidiano, ó una especie de enciclopedia católica, que se publicará bajo los auspicios y el patronato de todos los obispos de Francia.

6.º Todos los miembros de la sociedad (cada cual en su especialidad y en su esfera intelectual) poco á poco irán familiarizándose con todas las ciencias divinas y humanas, particularmente en las ciencias teológicas y morales, de la santa Escritura, la esplicacion de la Biblia (en el sentido católico por supuesto y no racionalista), el derecho canónico, el estudio de los Padres y de la tradicion de la Iglesia, la historia sagrada, la eclesiástica, etc.; las ciencias filosóficas, cronológicas, arqueológicas, etnográficas, filológicas; el estudio de las lenguas

cion misma, como los pálidos fulgores que se escapan, en noche oscura, de la putrefaccion de los cadáveres: luces son estas del sepulcro. Puòese decir, con un poeta alemán, que la luz de la impiedad carece de fuego, como la de madera podrida; y que su fuego no despide luz, como el de la fiebre: es pues una luz de muerte y un fuego de trastorno y de destruccion.

orientales y en particular la hebrea, siríaca, caldea, y el de algunos idiomas vivos, como el inglés, el alemán, el italiano, etc.; la historia profana, la filosofía de la historia, etc.; y además las ciencias físicas y naturales, la física general, algunos conocimientos astronómicos, cosmogónicos, geológicos, geográficos, matemáticos, químicos, de historia natural, y mayormente las ciencias fisiológicas (con las principales aberraciones patológicas, intelectuales, afectivas y morales), en sus relaciones con la ética únicamente, la psicología y la teología moral.

7.º Tendrá la sociedad socios corresponsales en la mayor parte de las capitales de Europa, particularmente en Roma; en las universidades católicas de Alemania, en el colegio de Oxford, y hasta en la sociedad asiática de Calcuta, por todas las cuestiones que conciernen á las lenguas orientales y á las investigaciones arqueológicas ó geológicas; en una palabra, deberá abrazar todo lo que pueda ser objeto del orientalismo.

8.º Establecida esta sociedad, ó si se quiere, esta especie de corte en el centro de todas las ciencias, sería el tribunal de la opinion pública. Abarcaría pues naturalmente todas las cuestiones doctrinales, morales, litúrgicas; de disciplina, de los asuntos contenciosos, de los eclesiásticos, del derecho canónico, del derecho civil, de política sagrada, de derecho de las naciones y de gentes; y por decirlo de una vez, todas las cuestiones filosóficas, científicas, literarias y artísticas de la época actual. Con ello recobraría esta sabia corporacion la grave é importante mision de dar á conocer los buenos libros, y de señalar con su reprobacion á los perversos y peligrosos; designaría los extravíos y los errores de la enseñanza universitaria, incluso el eclecticismo panteístico del colegio de Francia y la nueva academia de ciencias llamadas políticas y morales; censuraria, en caso de necesidad, las producciones dramáticas y románticas (el teatro y las novelas); atacaría vigorosamente la prensa periódica ó el periodismo, si se mostrara hostil á la religion ó peligrosa á las costumbres; en una palabra reprimiría todo abuso ó desliz cualquiera, y refutaría por fin todos los malos sistemas religiosos y filosóficos que, en estos tiempos de desorganizacion y de corrupcion moral, el espíritu de vértigo y humanas locuras engendran casi todos los dias: tales son todas las impías ó absurdas concepciones de la irreligion moderna, el ateismo, el deísmo, el materialismo, el protestantismo, el racionalismo, el eclecticismo, el fourrierismo, el panteísmo moderno, etc.; es decir, todas las extravagancias filosóficas pasadas, presentes y futuras.

9.º Sería este periódico el órgano oficial del episcopado francés, y por consiguiente cada obispo insertaría en él cuanto juzgara digno de

publicidad, como edictos, cartas pastorales y demás documentos importantes para la estirpacion de los errores y de los vicios, ó para la instruccion y edificacion de los fieles.

10. Podrá la sociedad agregarse, con el tiempo, nuevos miembros, ya para asegurar la perpetuidad de su existencia, ya para formar profesores para los grandes y pequeños seminarios, si el establecimiento que, segun se dice, va á inaugurarse en Paris, destinándole á los estudios superiores eclesiásticos, no proporcionára el número competente.

11. Somos de parecer por último que dicha institucion ha llegado á ser en cierta manera necesaria en nuestro siglo de positivismo, en este siglo, digo, de ciencias, de luces y de progreso, en un tiempo en que los obispos no pueden reunirse, á fin de hacer frente á las invasiones sacrilegas y á los sarcasmos de la impiedad. La soberbia é impía ciencia de los materialistas, de los deístas y de los modernos panteístas no deja de cuando en cuando, como es sabido, de arrojar sobre el clero un amargo desden, por no decir un insultante menosprecio. Conceptúanle sin defensa, porque le creen ignorante, atrasado, estacionario y enemigo del progreso. Es preciso confesarlo. ¿Cuántos periódicos eclesiásticos se han visto nacer y morir en el espacio de doce años? ¿Qué savia vital faltaba pues para que prosperasen y diesen ópimos frutos? Faltábales el apoyo de las ciencias humanas; carecían de varonil vigor, de nervio, de critica; marchitáronse en la sombra. Apodérese otra vez el clero de la poderosa palanca de la ciencia, pero en adelante con mano mas firme, mas atrevida y mas hábil; y colocado en el sólido terreno de la verdad, armado de toda su influencia moral y de la trascendental filosofía cristiana, esforzada y constantemente se opondrá á las tendencias anticatólicas de la Universidad.

Persuadidos estamos de que dentro de algunos años esta sociedad compacta y robustecida en doctrina, en saber universal, y no menos esforzada por su union, virtud y piedad formaria una falange verdaderamente inespugnable, una potencia científica á la cual nada resistiera, y que por lo mismo se haria formidable á todos los enemigos de la religion, y ejerceria en la sociedad una poderosa y saludable influencia..... ¿Quién desconoce por otra parte los importantes servicios que semejante creacion prestaria á la Iglesia, y cuanto contribuiria á cimentar mas y mas la union entre todos los obispos de Francia?

12. Se nos opondrán tal vez algunas dificultades materiales á la realizacion de este proyecto, á saber, el tener que privarse la diócesis de un sugeto distinguido, y cierto sacrificio pecuniario. Mas, la ausencia

de un individuo ¿qué vacío puede dejar en la diócesis? ¿Y qué son dos ó tres mil francos ó mas para una diócesis y esto por algunos años tan solamente? En efecto, con el auxilio de su periódico universal y de sus escritos particulares, lograria fácilmente la sociedad una material independencia. Por lo tocante al primer sacrificio pecuniario, bastaria un llamamiento á la piedad del clero y de algunas personas piadosas del estado seglar, que accederian gustosas, y nadie se negaría á contribuir en una obra tan eminentemente útil, por no decir evidentemente necesaria.

13. Tal vez se nos objetará tambien que jamás se unirán todos los obispos para la realizacion de semejante proyecto. Esto es en efecto muy posible. Pero, aunque faltára la unanimidad para la adopcion y ejecucion de este proyecto, lo que es muy probable; bastára para no comprometer su buen éxito, que la mayoría de los prelados, ó únicamente treinta ó cuarenta estuvieran acordes sobre la oportunidad de esta nueva institucion. Además, no se debiera desconfiar enteramente, aunque no se contára para la empresa mas que con una débil minoría. Muy á menudo las vastas empresas solo logran lentamente un éxito completo; y por lo regular llegan tarde á su perfecto desarrollo. Despues de lo dicho, aun cuando no se hallára uno siquiera que quisiese apoyar este pensamiento, no fuera razon suficiente para que dejáramos de producirlo. Con frecuencia una idea da márgen á otra mejor, mas profundamente concebida y mas fecunda en aplicaciones y en resultados prácticos...

Finalmente, para tranquilizar á las personas á quienes podria detener alguna preocupacion politica, abiertamente afirmamos que dicha sociedad por su naturaleza jamás podria inspirar al poder ningun temor; al contrario, estamos persuadidos, que conservando y protegiendo las buenas doctrinas (religiosas, morales y sociales) que constituyen el nervio de los Estados, seria constantemente su principal y mas sólido apoyo. Unicamente, fuerza es confesarlo, podria parecer opuesta á las miras de la Universidad, en el supuesto de que examinaria sus doctrinas, señalaria sus extravíos, y en una palabra obligaria á este cuerpo de enseñanza á no apartarse jamás de la línea católica, y á dar, como condicion de su propia existencia moral, mas lata enseñanza que la de los colegios eclesiásticos, bajo pena de verse en una radical esterilidad. Que cumpla pues la Universidad con aquellas dos condiciones, y nada tendrá que temer de la concurrencia, ni de las pretendidas usurpaciones del clero. (*Estracto de nuestro Ensayo sobre la teologia moral.*)

Esto escribimos en 1842, á lo que añadimos en 1848: Es muy de

sentir, mayormente desde que se agitan las cuestiones de la libertad religiosa, de la libertad de enseñanza, de la libertad de asociacion, etc. es muy sensible, decimos, que no haya sabido el clero ó el episcopado crearse un periódico oficial, cuya divisa fuera esta del profeta Isaias: *Clama, ne cesses, quasi tubam, exalta vocem tuam.* (58-1.)

Los obispos habrian confiado á este órgano oficial de la prensa religiosa sus escritos, sus pensamientos, sus miras, sus observaciones, sus medios de defensa, y de ataque en caso necesario. Esa perseverante unanimidad, esos esfuerzos generales cimentados en la union que constituye la fuerza, esa mancomunidad de ideas, de objeto y de accion, establecerian en fin legalmente una especie de concilio nacional permanente. Y la invencible perseverancia de reproducir unánime y legalmente las mismas ideas en las mismas cuestiones, acabaria por elevar ese poderío de ideas al estado de opinion general ó de razon pública: y desde entonces la causa de la Iglesia ó de la justicia estuviera, si no ganada, en visperas al menos de un admirable é infalible resultado. ¿No puede efectuarse todavía lo que, en concepto nuestro, debia haberse ejecutado muchos años ha? Si una prensa mala corrompe y pierde á la sociedad, es preciso que una buena prensa la salve y regenerere.

Es muy difícil de explicar la posicion escéntrica, ó mejor negativa que se ha labrado el clero relativamente á la libertad de la prensa, cuyo poderoso instrumento del bien y del mal el clero y el episcopado han abandonado á sus enemigos, y esto sabiendo con cuan deplorable resultado explotan este formidable poder contra la Iglesia de Dios. En cuanto al clero, cúbrese el rostro, lo deplora y aquí está todo. Si, no hay que ocultarlo, únicamente el clero no ha sabido aprovecharse de la libertad de la prensa periódica, por la negligencia de no crear un periódico católico, un órgano oficial; no ha conocido que con el auxilio de esta poderosa palanca proporcionára al mundo intelectual, moral y social el mas alto y mas saludable impulso. Y si no se halla mas adelantada la cuestion de la libertad de enseñanza y de la libertad religiosa, ¿no tiene la culpa el clero mismo? El proyecto que tenemos á la vista, como hemos dicho ya, estaria al presente realizado, si se hubiera seguido el programa que seis años hace publicamos. ¿Mas no pudiera aun remediarse su falta? Opinamos que se podria, y que se cumpliria un deber con ejecutarlo.

Este periódico católico, por otra parte, como nadie desconocerá, debiera necesariamente ser solo y único en su género, esto es, sin coadjutor ni auxiliar, al objeto de poseer en sí mismo la mas alta fuerza moral é intelectual, y de ser el representante y el conservador del

principio de unidad universal. Sería además la pública señal y el irrefragable carácter de la union episcopal y diera un formal y oficial desengaño á cuantos pretenden que no existe union entre los obispos de Francia. Sería del caso pues que se publicára este periódico bajo la proteccion del episcopado francés, en grandes proporciones y en una escala enciclopédica, es decir, que no debiera ser solamente eclesiástico, religioso, moral, filosófico, literario y político, sino tambien científico en toda la estension de la palabra. Es inútil hacer notar que bajo este último punto de vista, aquella especie de monitor universal, independientemente de su principal fin, debiera además examinar y sindicar las ciencias humanas ó profanas, siempre que se desviasen de la línea católica, y enfrenar todas las producciones de la prensa irreligiosa (1).

Preguntamos ahora, ¿una publicacion diaria, tan fuerte moral é intelectualmente, no fuera capaz de producir una dichosa revolucion en el periodismo de la época, y contrabalancear con ventaja la influencia de la prensa dañina?... Este, segun creemos, seria el medio mejor que pudiera emplear el clero, para reconquistar su antigua influencia científica y literaria, y aun para aumentar su alta influencia moral.

Ya nos parece oír la aterradora objecion que de cierto van á oponernos, y aun debemos confesar que en lo material es muy seria. No creais sin embargo que se trate de la cuestion financiera; es un obstáculo mucho mayor é infinitamente mas difícil de vencer el que nos preocupa: trátase de la imposibilidad aparente, ó tal vez real, de hallar un personal competente en la actualidad.

Véase no obstante el medio que mas propio nos parece, sino para conducir la obra á su última perfeccion, al menos para empezarla con probabilidad de buen éxito: y este seria el formar una sociedad compuesta de treinta miembros elegidos, uno por diócesis, de entre los profesores de seminarios, ó de otra parte, con tal que fueran sacerdotes, tuvieran talento, y poseyeran conocimientos especiales, ya literarios, ya científicos. Ningun seglar podria ser admitido en la sociedad. Cada año pudiera renovarse la décima parte, de modo que cada diez años se veria completamente renovada. Se ceñiria cada uno de sus miembros en la esfera de su especialidad, obligándose á hacer un constante estudio re-

(1) Será principalmente destinado el folletin para los artículos de teología moral prácticos, á la administracion de la parroquia, á la conservacion del edificio bajo el punto de vista legal y administrativo, en una palabra, á todas las dificultades que tan á menudo surgen en el dia en el ejercicio del santo ministerio. Una recopilacion de esas materias prácticas seria de inmensa utilidad al clero inferior, en un tiempo tan poco á propósito para procurarse un suficiente surtido de libros.

lativo á esta especialidad misma. (Por lo tocante á las materias, véase el programa de los dos proyectos espuestos arriba.)

Para la conservacion de la sociedad, y sufragar á los gastos del periódico, se contaria con las suscripciones y los donativos de los católicos; y no faltarian por cierto unas ni otros (1). Por otra parte, independientemente de los miembros del clero, abundarian los suscritores á un periódico de carácter tan relevante. ¿Hay en Francia un solo católico verdadero que, segun su posibilidad, se negase á contribuir al buen éxito de una obra útil por excelencia, y tan poderosamente regeneradora? Y á este efecto, ¿no podria organizarse una especie de sociedad católica, tomando por modelo la asociacion para la propagacion de la fe, mayormente en este tiempo en que todo se verifica por via de asociacion, única condicion de todas las empresas así en el orden material como en el orden intelectual?

Si es bueno en sí mismo el pensamiento que acabamos de espresar, y en esto creemos que nadie pondrá duda, ¿por qué razon no habrá de realizarse? Ni dificultades materiales, ni algunos inconvenientes posibles ó eventuales que sobrevengan, deben detenernos. Lo principal es empezar con fuerte resolucion y una firme confianza en Dios; lo demás lo hará la Providencia. Nada grande se hiciera jamás en pro de la religion, si de antemano dominase un sentimiento de pusilánime temor y la consideracion de las dificultades y de los obstáculos materiales. Las árduas empresas para la gloria de Dios casi siempre empiezan, como se sabe, con débiles instrumentos y con escesivas dificultades. Es el grano de mostaza que produce, con la bendicion del Señor, un verdadero árbol. Solo recordaremos un hecho conocido del mundo entero. Considérese la admirable obra de la propagacion de la fe; y sépase que la principió una simple mujer. ¿Qué dificultades no podian oponerse á este gigantesco proyecto? ¡Qué debilidad en los medios! ¡qué grandeza, qué poderío en el resultado! Si hubiese alguno predicho que esta naciente asociacion, con medios tan desproporcionados al fin á que ha alcanzado, realizara una renta de muchos millones al cabo de un corto número de años, ¿quién no hubiera mirado como irrealizable ó casi imposible lo que es en el dia una dichosa é inmensa realidad?

Por lo que precede conocerán nuestros lectores que en cierto modo disentimos de la opinion del señor obispo de Langres: este sabio ecle-

(1) Si se ven figurar siempre los católicos en la lista de los suscritores en toda especie de buenas obras, como por el Papa, por los Irlandeses, por los Sui-zos, por las víctimas de calamidades públicas, de inundaciones, etc., ¿no lo tomarian con mayor ahinco interesándose la religion, esto es, por los intereses directos de su propia causa?

siástico, por lo tocante á los periódicos religiosos se espresa de este modo :

« Seria, sin duda alguna, lo mas acertado, que los periodistas religiosos fuesen llamados á esta santa obra por los obispos... Pero entonces recayera sobre los obispos toda la responsabilidad del periódico : fueran los obispos los directores y casi los principales redactores, lo que es, á lo menos al presente, del todo imposible. » (*Caso de conciencia.*)

Despréndese de lo dicho, que se quisiera conservar la pluralidad de los periódicos religiosos, lo que es directamente opuesto á nuestro principio de unidad en la prensa religiosa oficial. Luego, este principio de unidad se veria infaliblemente destruido por la adopcion del sistema de pluralidad ; y todas esas publicaciones aisladas, careciendo de unidad, por la division perdieran su fuerza ; esto aun suponiendo que por sí mismas no se destruyeran con la polémica, con sus luchas intestinas ó con escandalosas disensiones que tarde ó temprano disuelven toda sociedad, por mas fuertemente constituida que esté. Y por otra parte, no podrian tener esta especie de periódicos ningun carácter oficial general, en el sentido de que no representarian todo el clero, sino solamente una fraccion del mismo.

Desapareceria del todo en nuestro proyecto el temido inconveniente de Mgr. Parisis. Los obispos ni serian redactores, ni directores de ningun periódico, sino que de la misma sociedad se elegiria el presidente, el editor responsable, el secretario, el tesorero y los redactores generales. No pesaria pues sobre los obispos otra responsabilidad que la del patronato, esto es, una responsabilidad puramente moral.

Declaramos por último, al terminar este párrafo, que no es nuestra intencion constituirnos en consejeros de nuestros ilustrísimos señores obispos, careciendo para ello de carácter y mision especial. Hemos querido tan solo espresar con sencillez nuestras mas íntimas y firmes convicciones.

## § V.

Solo el principio conservador de la unidad podrá dar vida y fecundidad á estos proyectos ú otros semejantes, aunque se concibieran ó se planteáran mil veces mejor. Luego, esta sancion de la unidad de pensamientos, de miras, de objeto y de accion, que es el alma, el principio vital de toda asociacion, no puede venir sino de la grande y majestuosa autoridad del cuerpo episcopal, es decir, que no puede tener otra procedencia que de la estrecha y efectiva union de todos los miembros del episcopado. Mas, ¿ existe realmente esta union fuerte y com-

pacta? Lo dudamos, y hasta nos atrevemos á afirmar que por lo tocante al *estado actual de cosas* es radicalmente imposible. La razon es esta: toda asociacion, cualquiera que sea su naturaleza, no puede mantenerse ni perpetuarse sino por medio de la union *real y efectiva* de todos sus miembros; condicion esencial que se encierra implicitamente en los términos de su constitucion (1). Toda sociedad pues que quiera prescindir de estas condiciones, que viole esta ley esencial de su existencia, prepara (sin saberlo y sin quererlo acaso) su disolucion y su ruina. Por esto la Iglesia con su divina sabiduría para prevenir ese suicidio moral, estableció en otro tiempo leyes para asegurar la efectiva reunion de sus principales miembros, bajo la forma de asambleas deliberantes, mas conocidas con el nombre de concilios ó de sínodos. Esas leyes positivas y siempre obligatorias, si no materialmente al menos moralmente, es decir, por un órgano oficial que constituya una especie de concilio permanente, son los sagrados cánones que están todavía en vi-

(1) ¿Puede darse mas singular, mas increíble anomalía? Permítense las asambleas deliberantes con respecto á todas las instituciones que solo se proponen fomentar los intereses materiales, como son la agricultura, el comercio, las artes, las ciencias, los congresos científicos, por ejemplo el congreso nacional para la medicina, etc. Pero tratándose de las cosas de que el mundo tiene mas necesidad, que constituyen y aseguran la dicha de la sociedad, y la estabilidad del trono ó del poder temporal, entonces se oponen diques á las asociaciones regulares y completamente pacíficas de los obispos, que con ello, no solo cumplen con los sagrados cánones que prescriben la celebracion de concilios, si que tambien se conforman con los términos del Concordato de 1801 que dicen: Libre será en Francia el ejercicio de la religion católica, apostólica, romana; y hasta la Carta de 1830 proclama la libertad de cultos, y reconoce que la religion católica es la de la gran mayoría de los franceses.

La primera necesidad de la religion católica, apostólica y romana, ó lo que es lo mismo, la de la Iglesia, consiste en la conservacion de la vida y de la libertad que recibió de Dios, como que esta vida no puede subsistir sin la libre y perfecta comunicacion de la cabeza con los miembros, y de todos los miembros entre sí.

Los concilios pertenecen esencialmente á la organizacion de la Iglesia: el derecho de convocar tan santas asambleas, enlázase no solo con el libre ejercicio de la religion, sino tambien con la íntima necesidad de su conservacion, derecho que si se coartára fuera sujetarla á un estado violento y contrario á su naturaleza. De la libertad vive la Iglesia, ella es su elemento, su fuerza vital: y como por necesidad debe vivir, no puede dejar de ser libre.

En 6 abril de 1844 decia en su defensa M. Combalot: «Triunfó la Iglesia de la tiranía de la cuehilla; triunfo de los favores de coronados protectores; en adelante conseguirá su mas bello triunfo por medio de la libertad.

«La libertad de cultos matará solo al error»

«La Sagrada Escritura, dice el sabio obispo de Langres, Mgr. Parisis, nos enseña que la Iglesia es un cuerpo; ¿pero puede considerarse libre un cuerpo, cuando la cabeza no dirige el movimiento, ó cuando sus principales miembros no pueden comunicarse segun su natural destino? El libre ejercicio de la religion comprende pues necesariamente la libertad de relacionarse el papa con los obispos, estos entre si y con los fieles de su diócesis ¿Se verifica esto?»

gor y fielmente observados en casi toda la cristiandad, excepto en Francia. Y véase precisamente porque no existe ya en Francia union episcopal *real y efectiva*.

No ignoramos que en virtud de los *artículos orgánicos* (n.º 4) (1) están privados los obispos de celebrar concilios ó sínodos sin permiso de la autoridad temporal. ¿Por qué no se cumple con esta formalidad preliminar? ¿Por qué no piden la legal autorizacion? Si el gobierno entiende sus intereses, no se negará á ello: no hay ni puede haber razon alguna para oponerse, á menos que quisiese tambien labrar su

(1) En estos términos está concebido dicho artículo, ó sea el n.º 4.º: «No se podrá reunir ningun concilio nacional ó metropolitano, ningun sínodo diocesano, ninguna asamblea deliberante sin espreso permiso del gobierno.»

El obispo de Langres observa que si los reyes Pepin y Carlo-Magno espontáneamente convocaron asambleas del clero, ó sea concilios y sínodos, fué por tratarse en ellos asuntos de Estado: si en adelante se pidió para ello la autorizacion del príncipe, fué que los prelados que componian las asambleas, independientemente del poder episcopal, estaban revestidos de considerable poderío secular, como que formaban el primer cuerpo del Estado. Véase pues porque los príncipes intervenian en la convocacion de aquellas asambleas deliberantes.

En la ley de 18 germinal, año X, existen *artículos orgánicos*, que ningun papa aprobó jamás, donde hay puntos bastante curiosos, de que nunca se ha hecho mencion; el n.º 12 por ejemplo dice: «Los arzobispos y obispos pueden añadir á su nombre el título de ciudadano, ó el de señor; pero se les prohibe cualesquiera otras calificaciones.» El n.º 20 dice: «No podrán los obispos salir de sus diócesis sin permiso del primer consul;» esto es, del gobierno ó del ministro de los cultos. Léese en el n.º 43: «Vestirán de negro todos los eclesiásticos y á la francesa. Los obispos podrán añadir á su traje la cruz pectoral, y medias de color violado.»

No habiéndose anulado espresamente esos tres números de los *artículos orgánicos*, ni tampoco el n.º 4.º ¿como es que no estan en vigor? Si el ridículo los ha muerto ¿qué razon hay para que subsista el citado número? ¿Es posible que no puedan reunirse algunos obispos para tratar de materias puramente espirituales y eclesiásticas, cuyo objeto se limita á la salvacion de las almas, ó á la administracion de su diócesis? Hasta se les prohibirá su simple correspondencia epistolar: porque los ministros así lo mandan (a). ¡Ciertamente esto es incomprendible! ¡En que tiempo estamos! ¡La Carta que para todos tantas libertades proclama: libertad de culto, de religion, de la palabra, de la prensa, libertad de enseñanza, etc., las negará casi todas á la Iglesia!!! Muy violento es ese estado de cosas para que dure: *Omne violentum non durat*.

Parece que M. Guizot entiende mejor la libertad cuando dice: «Solo la libertad general de cuantos derechos é intereses existen, la libre manifestacion de todas estas fuerzas, su legal coexistencia puede restringir cada fuerza, cada poder, en sus límites legítimos.» (*Historia de la civilizacion*.)

(a) El guarda sellos, Martin (del norte), ha formalmente decidido que no solamente existe concilio ó sínodo siempre que algunos obispos se reúnen, sino tambien por el solo hecho de una simple correspondencia epistolar. La correspondencia por escrito permitida sin restriccion á todo ciudadano francés, estará pues prohibida á los obispos, precisamente porque quieren entenderse sobre los intereses de la religion, la que segun el Concordato y la Carta debe ser *libremente ejercida*! Y todo con nombre de la libertad constitucional. Actos escéntricos son estos que no queremos ni podemos calificar.

propia ruina, y suicidarse (1). Si pusiera un serio estorbo á la ejecucion de las leyes canónicas de la Iglesia, que no es mas, ante todo, que una legal estension de la libertad del culto católico proclamado por la Carta, entonces la palabra apostólica, *obedire oportet Deo*, etc..., que no se halla sin duda en la Escritura para quedar sin efecto, ¿no podrian invocarla y aplicarla los obispos á la par que sus predecesores los apóstoles? No puede, por otra parte, ignorar el gobierno que los concilios de la Iglesia no tienen otro fin, ni otro efecto que el órden general de la sociedad, por la observancia y práctica fiel de la moral cristiana, que es la garantía mas segura de la observancia de las leyes y de la debida obediencia á las autoridades temporales. Hemos dicho ya en otra parte que sin religion, no hay moral; sin moral, no hay leyes, las cuales no pueden tener otro fundamento que la moral; sin leyes, no hay sociedad estable, y por consiguiente desaparece el poder, y el gobierno, ó establécese el de 1793, esto es, la anarquía revolucionaria, ó el estado salvaje (2).

Y en efecto, ¿qué no hemos visto desde la cesacion de los concilios regulares? Demasiado lo sabemos: trastornos revolucionarios, enormes conmociones sociales, alborotos sin cuento, conspiraciones sin cesar renacientes, regicidios, ó frecuentes tentativas de regicidio; dilapida-

(1) Muéstrase el gobierno grande, generoso, magnánimo, y no tema los impotentes clamores de la impiedad y de las malas pasiones; con esto aumentará á la vez su fuerza moral y la eficacia de las leyes del Estado. Fuertes y estables se hacen los gobiernos constitucionales cuando conceden francamente á sus pueblos cuantas libertades prometen y aseguran sus instituciones. No deben olvidar nunca que prometer siempre sin realizar jamás es sembrar viento por recoger tempestades: *qui ventum seminabunt, et turbinem metent* (Ose. 8-7); es decir, si los gobiernos constitucionales no cumplen las condiciones vitales de sus constituciones, se los considerará como faltos de vitalidad, caerán en marasmo, y tarde ó temprano morirán entre las convulsivas crisis de las revoluciones políticas. En cuanto al gobierno francés opinamos que le sobran ilustracion, sabiduria y prudencia para no esponerse nunca á los azares de tales eventualidades.

En uno de sus números del finido octubre decia el *Correo francés*: «Cuando reclama el clero la libertad de enseñanza y la facultad de reunirse en sínodos y en concilios nacionales está ciertamente en su derecho, y consecuentes con nuestros principios no les negaremos por cierto lo que para nosotros mismos deseamos.»

(2) Interpretando el consejo de Estado el 6.º de los artículos orgánicos del 17 germinal, año X, que dice: «En todos los casos de abuso por parte de los superiores ú otras personas eclesiásticas, se acudirá al consejo de Estado;» este con decreto de 10 julio de 1824 decidió que no están facultados los obispos para proponer al gobierno, mediante cartas pastorales, las innovaciones ó cambios que crean útiles á la religion. Nadie ignora que se compone de seglares dicho consejo, entre los cuales no faltan protestantes, y tal vez judíos. ¿A quién se devolverá el derecho de tratar las cuestiones religiosas, morales y eclesiásticas, aunque sea por pastorales, sino al cuerpo episcopal?

ciones, nuevas corrupciones, insólitas, incalificables. No hablamos ahora de ese espantoso aumento de todos los crímenes, cuyo inexorable número publica cada año una estadística fria é inflexible; corramos un velo sobre ese cuadro de tales enormidades, y concluyamos afirmando que, sin la celebracion regular de los concilios ordenados por la Iglesia, gastarás todo bajo el imperio de las pasiones; desorganizarse las instituciones sociales todas bajo la incesante y corrosiva accion de una prensa impía, atea y revolucionaria; la religion, la fe, la moral, las sociedades desaparecerán, y los reyes con ellas.

«La religion, dijo un ilustre orador, el abate de Montesquiou, es la vida del cuerpo político; á este pertenece la eleccion; ó de conservarse con ella, ó sin ella desolverse.»

Todo gobierno pues que se priva del apoyo moral que le proporciona la religion, y del cual siempre necesita, entra en una senda difícil y peligrosa, que le conducirá tarde ó temprano á su inevitable ruina. Porque sin Dios no puede reinarse: *Per me reges regnant.* (Prov. 8-15.) Inexorable será Dios para con los monarcas de la tierra que querrán prescindir de su divina asistencia: les quitará el espíritu de sabiduría y de gobierno, es decir su espíritu, abandonándolos al suyo propio. *Terribilis apud reges terræ... aufert spiritum principum.* (Ps. 75.) Y entonces, ¿en qué vendrán á parar los reyes y los gobiernos? en lo que eran antes del cristianismo, esto es, quedarán espuestos á los asesinatos y á los salteamientos.

## § VI.

Fijemos por un instante la atencion en los concilios, considerándolos bajo el punto de vista mas elevado, es decir, bajo el punto de vista religioso y moral, ó si se quiere eclesiástico.

Es inútil advertir que no se trata ahora de los concilios generales ó ecuménicos, sino solamente de los concilios nacionales, provinciales y sinodales, cuya convocacion regular recomendó vivamente el concilio de Trento. «¡ Dichosos los obispos, dice el *Memorial católico* (marzo de 1847), que así se reunen para atender á las necesidades de sus hijos! ¡ Qué nuevo brillo no recibirán en estos sínodos la unidad, la buena administracion y el celo! ¿ Por qué razon se han abandonado en Francia esas tradiciones preciosas, por qué no se celebran esos concilios y esos sínodos, que nuestras frecuentes revoluciones han hecho de absoluta necesidad? No obstante los soberanos pontífices y los concilios generales hasta el de Trento prescribieron formalmente la convocacion de esas asambleas, tan útiles para mejorar las costumbres, mantener la

disciplina eclesiástica, fijar los puntos dudosos, y poner un término á las disputas. Independientemente de esas prescripciones nadie en Francia podría oponerse de un modo legal, á que los prelados convocasen esas santas asambleas, como varias veces lo hemos demostrado. ¿Qué los detiene aun?...»

¿Cuales son pues las ventajas y los efectos que esencialmente producen esas graves é imponentes asambleas deliberantes? Las principales son:

La union real de todos los miembros del cuerpo episcopal; el mantenimiento de la unidad dogmática ó doctrinal; la unidad de pensamientos, de miras, de objeto y de accion; la unidad de disciplina, de liturgia, de administracion, á lo menos en cuanto lo permitan las circunstancias actuales; la reforma de las costumbres en los pueblos y en el clero; la direccion de la policia eclesiástica; la prescripcion de los estudios ó de las conferencias del clero, con el fin de resolver todas las dificultades y toda especie de complicacion, que resultan cada dia en la práctica del santo ministerio, etc., etc.

Los reyes de Francia miraron siempre como un deber la convocacion exacta de los concilios, con la intencion de renovar la pureza de la disciplina, y de reformar sobre todo las costumbres de los pueblos, y aun del clero algunas veces. Por una declaracion del 16 abril de 1646: «Amonesta y exhorta el rey á los arzobispos y metropolitanos que convoquen concilios provinciales de tres en tres años á lo menos, en el lugar de la provincia que juzguen mas á propósito, á fin de dar las oportunas providencias para la disciplina y correccion de las costumbres, y para la direccion de la disciplina eclesiástica, institucion de seminarios y escuelas, segun la forma de los sagrados cánones, con prohibicion á todos los jueces de impedir directa ó indirectamente esta celebracion, antes bien mandando que cumplan y hagan cumplir los decretos y órdenes prescritas por los mismos sin que las apelaciones sobre abuso de lo que será mandado tengan efecto alguno suspensivo.»

Cierto que nunca como en la época presente ha tenido la Iglesia de Francia mayor necesidad de un concilio nacional; en estos tiempos de transformacion de nuestra sociedad, de cambio de costumbres, de leyes, de usos, de hábitos, de comercio, de industria, etc., en que el movimiento progresivo de los tiempos modernos, el cambio de ideas, de opiniones, y las revoluciones politicas y sociales han producido una nueva organizacion en la nacion francesa. Si se halla al presente la Iglesia de Francia en un estado pesaroso y de sufrimiento, dése únicamente la culpa á la supresion de los concilios contra lo que espresamente prescriben los cánones. Añádase á esto la abolicion de las curias ó de los tribunales eclesiásticos, y habreis hallado la fuente de muchos males.

Un autor que hemos citado ya esclama: ¿por qué singular anomalía se quiere ahora regir esta sociedad enteramente nueva con leyes y reglamentos que cuentan dos siglos de fecha? ¡Qué! ¿Deben emplearse hoy los mismos medios que cien años atrás? ¿Lo que convenia á las costumbres, á los usos, al estado religioso de aquel tiempo, puede ser aplicable á las costumbres, á los usos, á los hábitos, á un estado religioso, moral y social, enteramente distintos? ¿Es esto posible, es racional?

Lo repetimos, nunca fué tan necesaria como al presente la reunion del cuerpo episcopal; en este tiempo, único en la historia de la Iglesia de Francia, en esta época tan tristemente notable (aunque poco notada) por sus tendencias anti-católicas, por no decir cismáticas. «Todo gobierno, dice el profundo escritor monseñor Parisis, que directa y formalmente tienda por el conjunto de sus leyes, de su enseñanza, de su administracion, á introducir la Iglesia en el Estado, por esto mismo tiende tambien á arrojar la nacion fuera del catolicismo, y desde el instante en que logre generalizar la creencia de esta supremacia total del Estado sobre la Iglesia y de la ley civil sobre la ley de Dios, quedará consumado el cisma.» (*Libertad de la Iglesia*, 2.<sup>o</sup> exámen. *De las tendencias*, 2.<sup>a</sup> edic., pág. 39.)

En Francia, dice en otra parte este sabio prelado, el Estado ha usurpado constantemente el sagrado dominio de la Iglesia, y esas usurpaciones son otras tantas tendencias al cisma.

«Es muy fácil observar, añade el autor, que los males irrogados á la Iglesia, irreparables la mayor parte en nuestros dias, se han efectuado durante el silencio de los obispos, ó, como dice el Evangelio, mientras los hombres dormian ó aparentaban dormir.» (*Del silencio y de la publicidad*, 3.<sup>a</sup> edic. p. 28.) Algunas páginas mas arriba habia ya dicho: «Lo que admira, lo que espanta, lo que humilla mas que todo en la lamentable historia del cisma de Enrique VIII, es la inaccion y la impotencia del clero ante aquella horrorosa catástrofe.» (*Lib. cit.* p. 24.)

Un deber pues le queda que cumplir al episcopado, ó sea á la Iglesia de Francia, y es el de reponerse por medio del principal espíritu de sus antiguos dias; de reconstituirse sobre sus bases primitivas, de restablecer el reino de Dios mediante el imperio de la ciencia, la luz de la verdad, la influencia de los beneficios, y el ejemplo de los sacrificios, de la abnegacion y del desprendimiento, en una palabra, mediante la fuerza moral elevada á su mayor grado (1). Sépanlo pues

(1) «Si la Iglesia, dice Parisis, no se constituye en Francia como en todas partes lo está, sobre el derecho canónico, ¿en qué vendrá á parar? Sucederá co-

todos, sociedades, pueblos y reyes, la fuerza moral del episcopado *reunido y unido* es inmensa, incommensurable y capaz de hacer temblar los poderes mas fuertemente establecidos y formidables. La fuerza oculta y virtual que reside en el episcopado es una palanca, con la cual, si lo quiere, puede remover el mundo: *Movebo omnes gentes.* (Agg. 2-8.) No necesita ciertamente cual Arquimedes buscar un punto de apoyo; pues este hace diez y ocho siglos que se encontró; y es la roca inmóvil, la piedra fundamental sobre la cual está cimentada la Iglesia, ó el cristianismo. Nada, ningun poder terrestre prevalecerá jamás contra este divino é indestructible cimiento: *Tu es Petrus, et super hanc petram œdificabo Ecclesiam meam, etc.* (Matth. 16-18.)

Reunidos los obispos en asamblea deliberante ó en concilio, como en América, en Inglaterra, en Irlanda, en Bélgica, etc., si enérgica y apostólicamente lo quieren, dominarán, con la sola fuerza moral que les es propia, todas las cuestiones religiosas y morales de la época, y todas las que directa ó indirectamente tienen con ella relacion, como la libertad de enseñanza, de educacion, de la palabra evangélica, de la prensa religiosa, etc. Porque en fin, fuerza es decirlo en alta voz; en nuestros dias y en la actual época del progreso continuo *liberal*, nada podrá resistir al torrente de las ideas; pero de esas ideas vivas, inmortales, es decir, de las ideas de libertad universal, que contiene la Escritura. Y estas son las que, en la actualidad, invaden el

mo ya sucede desgraciadamente bajo muchos puntos, que permanecerá sin organizacion interior ó se verá violentamente organizada por una potencia extraña, hostil á menudo, y siempre rival. Necesita pues la Iglesia de Francia con urgencia una reconstitucion puramente canónica.» (*Caso de conciencia en lo concerniente á las libertades que ejercen ó reclaman los católicos.*) Y nosotros afirmamos que no hay posibilidad de esta reconstitucion meramente canónica sin la convocacion regular de los concilios.

En una nota de la página siguiente el obispo de Langres se espresa en estos términos:

«Oponiéndose el gobierno á las reuniones de los obispos, ataca la Iglesia en una condicion esencial de su existencia; pues que le impide establecer reglas canónicas duraderas y superiores á las voluntades individuales que presiden sucesivamente al gobierno de cada diocesis.

»Esos altaneros amantes de las libertades galicanas que han repetido hasta la saciedad que el Papa debe gobernar, no arbitrariamente, sino insiguiendo los cánones; ¿por qué anomalía se oponen á que los obispos, precisamente ansiosos de ponerse al abrigo de toda sospecha de arbitrariedad, conformándose con los cánones de la Iglesia, establezcan reglas canónicas, siquiera provinciales?

»Por lo demás opinamos que solo tiene fuerza esta prohibicion en el caso de que se quiera dar algun valor legal á las decisiones tomadas en concilio. De otro modo, nos parece que nadie puede oponerse á la reunion de diez ó doce obispos, por ser licito á todos los ciudadanos, en virtud de la libertad individual, y de la facultad de visitarse.» ¿Como es pues que no se verifica?

mundo, para conquistarlo y salvarlo ; pero jamás debe olvidarse , que esas ideas son la espresion de la verdad ; y la verdad es la que debe libertar á todos los pueblos. *Veritas liberabit vos.* (Jom. 8-32.) *Vos enim in libertatem vocati estis fratres,* dice S. Pablo. (Gal. 5-13.) Será este por fin el triunfo legitimo y necesario del espiritu sobre la materia , ó sea de la fuerza moral sobre la fuerza material.

Obsérvese lo que recientemente ha sucedido en Italia. ¿ Quién ha verificado esa dichosa revolucion en aquellas poblaciones , cuyas libertades todas estaban encadenadas bajo un régimen inconstitucional? ¿ Han sido las bayonetas austriacas? De ningun modo. La fuerza moral , el poder de las ideas ha hecho retroceder la fuerza bruta de las bayonetas y de las legiones austriacas.

Véase un pasaje escrito con el fin de hacer evidentes todas las ventajas de un concilio ordinario , pasaje que tambien puede invocarse para probar la fuerza moral de una prensa católica ó religiosa.

«Un obispo considerado aisladamente , sea cual fuere la eminencia de su carácter , la estension de su talento , de su valor , habla y obra tan solo como hombre , y no puede prometerse sino medianos resultados. Cae su voz en el vacío sin hallar eco alguno ; hieren al aire sus golpes sin tocar á nadie ó á lo menos sin producir efecto. ¿ Qué vale la fuerza de un gigante contra compactas y numerosas huestes? Pero hablando y obrando colectivamente los obispos forman un poder invencible ; escudados tras el inespugnable muro de la union , tratan de poder á poder. ¿ Quiérense pruebas de hecho en apoyo de estas proposiciones? Buscaré la primera en los actos del poder mismo , despues del concordato al que se acusaba de haber dejado una parte demasiado grande á la Iglesia. Altanero y celoso aquel poder , deslumbrado con la mas mínima apariencia de rivalidad , confiscó desde el primer dia la libertad de que habian gozado los pastores de reunirse en concilios. El aislamiento y la servidumbre , el silencio y la muerte le parecieron inseparables , y tenia razon. En tanto lo sabia , que quiso mas tarde recurrir al poder de un concilio , y sabido es lo que sucedió. Pase-mos á sucesos recientes. ¿ Por qué tanta emocion , tanta amargura , tantos gritos y violentas recriminaciones á la aparicion de los primeros actos que manifestaban cierta apariencia de concierto entre algunos obispos en la cuestion de enseñanza , sino porque temian este poderío con el cual debian tardé ó temprano reconciliarse? Mientras permanece el clero en el aislamiento , no le faltan melosas palabras ; tiénenle el pié sobre la garganta , y están ciertos de su impotencia ; pero , á la menor señal de reunion , conmueven el aire mil y mil gritos , hay inculpaciones y amenazas porque se le tiene miedo. Y en efecto , ¿ no ha

producido una profunda impresion el espontáneo movimiento del clero, esta sombra de union, ó de accion colectiva? Todo corazon católico sintió renovarse su fe, latir con nuevo ardor su corazon, y recobró nueva vida este cuerpo amortiguado. Pero ¡ah! fué una luz fugitiva, una llama que desapareció cual relámpago. Silencioso ha vuelto á entrar el clero bajo el yugo de la antigua opresion, y duerme en la esterilidad.» (*Cuest. import. sobre la Ig. y el clero catol. en Francia*, por M. el abate R. A. Paris. Sirou y Desquers, 1846.)

«Doscientos años hace que formaban los obispos en Francia el primer cuerpo del Estado, el que, sin quitarles en apariencia nada de su autoridad espiritual, los invistió de una parte de su poder. Resplandecian por sus riquezas y dignidades, y en su seno, entre muchos talentos superiores, sobresalia el mayor genio que ha tenido la Iglesia de Francia. No obstante tras prolongados debates entre el sacerdocio y la corona, cuando se reunieron aquellos ilustres defensores de la Iglesia para protegerla contra las pretensiones de un príncipe idólatra de sí mismo, todos sus esfuerzos pararon en oprimirla bajo la mano del Estado por la famosa declaracion de los cuatro artículos. Parece que cubiertos de doradas cadenas aquellos príncipes de la Iglesia, hechos tambien príncipes en el mundo, no podian ya manejar la espada espiritual.

»Nótese al contrario, en el dia, cuando no tienen influencia alguna los obispos en el Estado, y carecen de la mas ligera parte del poder público, y cuando se les ha negado la porcion de libertad concedida á todos los demás; sin embargo, algunas palabras de uno de esos obispos á favor de la independenciam de la Iglesia, de repente prevalecen sobre todas las demás, y esto precisamente porque las ha pronunciado como obispo; constitúyense al instante, ya en las discusiones de la prensa, ya en los discursos de la tribuna, ya en los salones de los ministros, ya en los consejos de la corona, en el acontecimiento mas importante de la actualidad; y por mas que las reprueben los poderes temporales, aquellas palabras, del todo inermes, cobran mayor vigor y prepotencia. ¡Qué leccion! ¡Qué objeto de meditacion y de estímulo!» (*De las tendencias*, por Mgr. Parisis, obispo de Langres.)

En otro pasaje de sus notables escritos, queriendo el autor evidenciar la existencia de la Iglesia cual sociedad visible y como potencia distinta é independiente, se espresa en estos términos:

«Supongamos que en lugar de hacerlo decidir todo por la asamblea seglar llamada consejo de Estado, los obispos, conforme á las espresas prescripciones del derecho canónico, hubiesen arreglado por sí mismos en sínodos diocesanos y en concilios provinciales, todos los puntos que son de la incumbencia eclesiástica; y supongamos que esos actos del

gobierno de la sociedad cristiana se hubieran efectuado con la solemnidad, la unión y eficacia que tuvieron en Baltimore, por ejemplo, donde las decisiones de los sínodos y concilios, habidos desde fines del pasado siglo hasta nuestros días, fueron proclamados, publicados y puestos en ejecución sin auxilio alguno del brazo secular; supongamos, repito, que del propio modo se hubieran verificado en Francia durante cincuenta años: en este caso, ¿hubiera sido posible que los pueblos olvidáran y desconocieran la existencia de la Iglesia como sociedad visible, arreglada por sus propias leyes, y como poder distinto é independiente del Estado?» (*Del silencio y de la publicidad.*)

Hay eclesiásticos que pretenden que los mismos obispos no quieren la celebracion de concilios y de sínodos, por razones que, á ser ciertas, de ninguna manera nos incumbe el calificarlas,

Véase la respuesta que da el P. Ventura, célebre predicador de Roma, á los que deseáran que los obispos guardáran continuo silencio:

« ¡O vosotros! que por una funesta preocupacion hija de la ignorancia y de vuestra poca fe, siguiendo esclusivamente la politica mundana en los asuntos de la religion, exigiés de los centinelas de Israel se conviertan en perros mudos que no avisen la llegada del lobo; vosotros que imponéis á los nobles atletas de la fe un silencio muy cómodo para una politica usurpadora y funesta á la Iglesia, cuando deberiais reprobárla; que calificais de imprudencias á las reclamaciones, de audaz exageracion á las protestas, y de fanatismo el celo de los defensores de la Iglesia, cuando al contrario deberiais alentar, sostener y recompensar, y todo con el único objeto de obtener en favor de la Iglesia alguna ventaja temporal, algun apoyo humano del que puede ciertamente pasarse: ¡ah! no olvideis que Dios no puede dejar de burlar vuestros judaicos cálculos! Se dirá de vosotros lo que se dijo de los Judios: que prefiriendo lo temporal á las cosas eternas, perdieron á un tiempo unas y otras: *Temporalia amittere timuerunt, et vitam æternam non cogitaverunt: et sic utramque amiserunt.* (S. Agustin.)» (Orac. funeb. de O'Connell.)

En una *Memoria sobre los medios de refrenar en Francia la incredulidad, presentada al clero reunido*, en 1785, por el ilustre M. Du-lau, arzobispo de Arlés y mártir en el Cármen, léense estas notabilísimas palabras, que son muy del caso aunque tengan la atrasada fecha de 63 años:

« Vemos aumentarse de día en día la muchedumbre de los impíos; véense poquisimos cristianos, á no ser entre las mas oscuras clases de la sociedad, entre los habitantes del campo, y entre los ministros del santuario; algunos de estos últimos tienen tambien la osadía de po-

nerse de parte de nuestros enemigos. Si fuera menos vasto el imperio del error, si fueran sus conquistas de escasa importancia y menos rápidas, no aconsejara yo tanto estrépito, pudiendo llegar á nuestro objeto por sendas mas cubiertas y mas largas. Pero urge el peligro, el incendio se propaga por todas partes, es preciso correr á su estincion. En tan urgente necesidad, ¿será conveniente seguir los caminos mas largos y tortuosos? ¿Limitarémonos á procurar para el altar ministros mas dignos, y á corregir los escandalosos abusos de la educacion? Mas interin que estos medios lentos agotarán nuestros recursos, mientras tendrán nuestros espíritus suspensos ó nuestros brazos atados, tal vez cundirá hasta al pueblo la incredulidad, consumará quizás el cisma que medita, y pondrá acaso sus manos dilapidadoras en vuestros bienes. Temed, ilustrísimos señores, por la religion; temed por vuestros propios bienes. O vosotros, obispos, ciudadanos, franceses, conjurad, si es posible, la tempestad que la filosofia acumula sobre nuestras cabezas.

»Témese el ruido; ¡gran Dios! ¿qué fruto hemos sacado hasta ahora de nuestra prudencia? Háse contemporizado con los incrédulos; nada ha hecho el clero para oponerles escritores dignos de combatirlos; y léjos de escitar la emulacion, quién sabe si se ha dejado aniquilar en la indignancia á muchos de aquellos que osaron levantar el broquel contra nuestros enemigos. ¿Do están las pensiones acordadas á nuestros apologistas?...

» ¡Todo calla, todo se aletarga, todo está profundamente dormido! Muchos años trascurren... Y repito, ¿qué hemos ganado con esta criminal y cobarde tolerancia? Abrid, señores, los ojos; mirad al rededor, y juzgad. ¡Tememos el escándalo! ¡Ah! si hay un tiempo en que callar, acordémonos de que hay otro para hablar; y este último ha llegado. En todos los siglos, cuando la Iglesia ha querido contrarestar los progresos del error, ha multiplicado los escritos y los discursos.»

Ministros del Altísimo, sacerdotes de Jesucristo, ya sabeis que todos vuestros esfuerzos son por sí mismos impotentes para luchar contra las astucias de la mentira y del error, contra las sutilezas de la vana y tenebrosa filosofia de este siglo perverso y racionalista, cuyo evidente fin es el de extinguir, ó de oscurecer al menos, la vivificante luz de la fe católica.

No ignorais que todo el poder de vuestra ciencia y de vuestros trabajos, por mas necesarios que de otra parte sean, son medios puramente humanos, y como á tales demasiado débiles y frágiles para vencer las poderosas huestes de las tinieblas que gobiernan el mundo: *Potestates mundi rectores tenebrarum harum.* (Eph. 6-12.) Indispensa-

ble es pues que recurrais á la oracion para alcanzar del Dios de la ciencia y del padre de las luces, *Deus scientiarum et pater luminum*, la medida de proteccion y ciencia divinas que necesitais para triunfar del error y de la mentira.

Así pues el poder de la oracion debe ser vuestra invencible arma, vuestro impenetrable escudo, el escudo de la fe contra el cual se estrellarán todos los inflamados tiros de vuestros enemigos, *scutum fidei, in quo possitis omnia tela nequissimi ignea extinguere*. (Eph. 6-16.)

Por último, sacerdotes del Señor, dirigios á María, á aquella admirable Virgen, radiante de pureza y de luz; y estad seguros que infaliblemente os obtendrá, por medio de su muy poderosa intercesion, la fuerza y la ciencia necesarias para vencer á los enemigos de la gloria de su divino Hijo, alcanzándoos además la luz necesaria para ilustrar á los pueblos y á las naciones envueltas aun en las sombras de la muerte: *Lumen ad revelationem gentium... Illuminare his qui in tenebris et in umbra mortis sedent*.

La sublime tarea de la Virgen sin mancha, es de destruir los errores y de estirpar las herejías; y por esto la Iglesia le dirige estas bellas palabras: *Tu sola omnes hæreses interemisti*. Es Maria el terror del infierno, la enemiga de todos los errores, y la que jamás permitirá que prevalezcan las doctrinas del filosofismo y de la herejía sobre la verdad católica y la insondable filosofía de Dios: *Tu sola omnes hæreses interemisti*.

Invoquen pues en especial á María los que tienen á su cargo evangelizar los pueblos y defender el sagrado depósito de las inmutables verdades del catolicismo. Preséntese Maria, y háganos sentir su todopoderosa asistencia; levántese, y sus enemigos quedarán disipados y confundidos: *Exurgat Maria, et dissipentur inimici ejus*.

## CAPÍTULO IV.

### INFLUENCIA DIRECTA DEL SACERDOTE Ó DEL PÁRROCO EN LA PARROQUIA. — SUS RELACIONES CON LA AUTORIDAD CIVIL, ETC.

#### § I.

#### *Confesion católica. — Desprendimiento pastoral.*

Consideremos ahora al sacerdote bajo el punto de vista de la influencia de sus actos en las poblaciones confiadas á su caridad y á su

solicitud. No hay duda, bajo este aspecto es el hombre mas necesario de la sociedad: él la forma, la conserva y la conduce á la perfeccion. Sin la accion eminentemente civilizadora y moralizadora del ministro católico, no hay verdadera sociedad, ni verdadera civilizacion; verdad sobradamente probada por la esperiencia de diez y ocho siglos, y que hemos evidenciado en los precedentes capitulos. Tan solo recordaremos aquí un hecho: la conversion al catolicismo de los salvajes del archipiélago Gambier, en la Oceania oriental, conversion debida esclusiva y evidentemente á la saludable influencia y á la sobrehumana accion del sacerdocio católico, único que posee la llave del corazon humano.

«Es el catolicismo, dice M. Guizot, la autoridad sistemáticamente concebida y organizada: la sienta en principio, y la pone en práctica con una rara firmeza de doctrina y una rara inteligencia de la naturaleza humana.» (*Revista francesa.*)

¿Cuál es pues esta sobrehumana accion, esta secreta influencia, poderosa, irresistible, de un pobre sacerdote, con frecuencia falto de todo apoyo, de todo humano socorro?

El poder de este pobre sacerdote, que ha cambiado y civilizado el mundo, reside en la confesion católica. Aquí está el verdadero, el único remedio capaz de curar todos los males de nuestra sociedad tan profundamente enferma... Amargo parece, sin duda, este remedio al orgullo humano; pero es una amargura que da la vida con secreta é inefable dulzura y con inmensos consuelos. Existe en esta confesion un desconocido encanto, un poder oculto que escede á todo humano poder. Es la palabra del confesor la mas sublime de la humanidad, ó mejor, es una palabra sobrehumana, una palabra divina, á la cual no puede resistirse quien conserva la menor vislumbre de razon.

Es la confesion la salvaguardia del honor de las familias, el mas fuerte muro contra los asaltos de las pasiones, el sosten del hombre en las desdichas que de continuo pesan sobre su triste existencia. Imposible fuera encarecer todos los bienes y las ventajas que ha procurado y procura aun á la sociedad. La confesion católica es una palanca moral de una fuerza infinita. Repetámoslo; no bastaria un volúmen para recordar todos los males que ha impedido este tribunal de misericordia, y los bienes sin cuento que ha conseguido. Penetrad en los secretos de las familias, y os convencereis de lo que son deudores los hombres á esta admirable institucion. ¡Cuántos odios sofocados, y enemistades apaciguadas; cuántos deudos y ciudadanos reconciliados; cuántas iniquidades evitadas, restitutiones verificadas, daños reparados; cuántas víctimas arrancadas al vicio, penas consoladas, desesperaciones calmadas! En fin, ¡qué deliciosa, qué celeste dulzura difunde en las almas la confesion!

Mas de una vez se han arrepentido los protestantes de haber abolido la práctica de esta santa institucion. El motivo que les ha obligado á desear su restablecimiento, ha sido el desarreglo de las costumbres y el desenfreno de todos los vicios que se han seguido á la abolicion de esta saludable práctica. Es una prueba evidente de que la confesion por su naturaleza reprime todo vicio, que cuantos se entregan al desorden empiezan por abandonar la confesion, y vuelven á ella cuando quieren convertirse.

Tissot, que era protestante, esclamaba con admiracion: *¡Cuál es pues el poder de la confesion entre los católicos!*

«La confesion católica ha sido siempre el blanco de los ataques y del desprecio de los hombres, pero siempre ha sido invencible; contraría en cuanto cabe á la independencía y al orgullo de las pasiones; no vale con ella la resistencia, y hállase esparcida con la fe en todos los pueblos, de modo tal que solo la voluntad de Dios puede explicar su duracion y su fuerza, lo mismo que su origen... ¡Estraña y dulce maravilla! estas tres cosas, la confesion, el arrepentimiento, el perdon, consagradas en la institucion católica, garantidas por el sacerdote, han traído al mundo mas paz, mas alegría, mas dichosos cambios, mas generosas determinaciones, mas heróicos sacrificios, mas obras útiles ó sublimes, que las inspiraciones del genio y el entusiasmo de la gloria.» (Palabras del R. P. Ravignan.)

Ved ahí citados por este célebre orador cristiano, en favor de la confesion católica, algunos pasajes muy notables de un manuscrito todo de mano de Leibnitz, impreso algunos años ha por primera vez. Ya se sabe que Leibnitz era protestante.

«Seguramente fué un gran beneficio de Dios, dice Leibnitz, el dar poder á su Iglesia de perdonar y retener los pecados. La Iglesia ejerce este poder por medio de sus sacerdotes, cuyo ministerio, bajo este aspecto, no puede ser menospreciado sin crimen. Por este medio confirma Dios la jurisdiccion de la Iglesia, le da armas contra los cristianos rebeldes, y promete asegurar él mismo la ejecucion de las sentencias que ella falláre. Una condenacion terrible pesa pues sobre los disidentes (y es un disidente que habla así), imponiéndoles crueles privaciones, cuando, rechazando la autoridad de la Iglesia, forzosamente carecen de los bienes que solo ella les dispensa.

»Aquí, continua Leibnitz, á diferencia de la remision de los pecados que se opera en el bautismo, donde no se prescribe mas que un rito de ablucion; en el sacramento de la penitencia se manda á cuantos quieren purificarse que se presenten al sacerdote, que confiesen sus pecados, y reciban en seguida, á juicio del ministro, algun castigo que, para el

porvenir, les sirva de advertencia y de saludable recomendacion. Porque, habiendo Dios constituido á los sacerdotes en médicos de las almas, ha querido tambien que se les descubriesen los males que las aquejan y el estado de la conciencia... No puede negarse que esta institucion es del todo digna de la sabiduría divina, y, si alguna cosa laudable, grande y gloriosa existe en la religion, es ciertamente el sacramento de la reconciliacion, que los mismos Chinos y Japoneses tanto han admirado. Esta necesidad de la confesion es para muchos un freno saludable; ella proporciona á los que han caido un imponderable consuelo, de modo que considero yo á un piadoso, grave y prudente confesor, como uno de los mas poderosos instrumentos de Dios para la salud de las almas.»

« Los hombres todos, los mismos filósofos, cualesquiera que sean por otra parte sus opiniones, dice M. de Chateaubriand, han mirado el sacramento de la penitencia como una de las mas fuertes barreras contra el vicio, y cual la obra maestra de la sabiduría. Sin esta saludable institucion infaliblemente cayera el culpable en la desesperacion. ¿En qué seno depondria el peso de su corazon? ¿En el de un amigo tal vez? ¡Ah! ¿quién puede confiar en la amistad de los hombres? ¿Tomará por consejero el desierto? Retumban siempre los desiertos, para el crimen, con el agudo estrépito de aquellas trompetas que el parricida Neron creia oír al rededor de la tumba de su madre. Cuando son inexorables la naturaleza y los hombres, ¡cuán dulce es hallar un Dios pronto á perdonar! A la religion tan solo pertenece el haber formado dos hermanas de la inocencia y del arrepentimiento.»

Lord Fitz-William, protestante inglés, demuestra *que es imposible establecer la virtud, la justicia, la moral, ni aun sobre débiles bases, sin el tribunal de la penitencia*. Luego, sin la confesion, no existe virtud, ni justicia, ni moral: luego, sin la confesion, acabóse la sociedad, ó habrá únicamente la sociedad de los salvajes con el gobierno del látigo y la moral de la antropofagia.

Ha recibido tambien la confesion su elevada sancion de la mas remota antigüedad.

El que oculta sus crímenes, dice el Espíritu Santo, perecerá; pero aquel que los confiese y los deje, obtendrá misericordia. *Qui abscondit scelera sua, non dirigetur: qui autem confessus fuerit, et reliquerit ea, misericordiam consequetur.* (Prov. 28-13.) ¿Por qué, dice Séneca, nadie confiesa sus vicios? Porque se está sumergido en ellos. Así que se confiesen, se quedará libre. *Quare sua vitia nemo confitetur? Quia in illis etiamnum est: vitia sua confiteri sanitatis indicium est.* (Ep. mor. 53.)

Ha dicho la antigua sabiduría de los Indios: «Cuanto mas el hombre

que ha cometido un pecado lo confiesa verdadera y voluntariamente, otro tanto se desembaraza del mismo; así como una serpiente de su vieja piel. Mas si quiere el pecador alcanzar plena remision de su pecado, que evite sobre todo la recaída.» (*Leyes de Menu, hijo de Brahma*, por el cab. W. Jones.)

«No hay dogma en la Iglesia, dice M. Maistre, como ni tampoco uso general perteneciente á la alta disciplina, que no tenga sus raices en las últimas profundidades de la naturaleza humana, y por consiguiente mas ó menos alterada allá ó acullá en alguna opinion universal, pero comun en su principio á todos los pueblos de todos los tiempos... Cuando pasamos á la confesion, y que esta se ha hecho á la autoridad, la conciencia universal reconoce en dicha confesion espontánea una fuerza espiatoria y un mérito de gracia: solo un sentimiento hay en este punto desde la madre que pregunta á su hijo sobre una porcelana rota, ó sobre los dulces comidos contra su voluntad, hasta al juez que interroga de lo alto de su tribunal al ladron y al asesino.» (*Del Papa.*)

«No se puede menos que reconocer en la simple confesion de nuestras faltas, independientemente de toda idea natural, algo que sirve muchísimo á establecer en el hombre la rectitud de corazón y la sencillez de su conducta.» (Berthier, *sobre los Salmos.*)

Todos conocen la bella espresion de Bossuet: «Este movimiento de un corazón que se inclina á otro corazón para depositar un secreto.»

Cita el abate Carron un caso de la vida de Boursoul, que es otro de los mil ejemplos que la ingeniosa caridad del sacerdote sabe poner en juego para convertir los mas obstinados pecadores: «Supo un día que un moribundo se obstinaba en despreciar los auxilios de la Iglesia: despues de haber el santo varon invocado, segun acostumbraba, los socorros del cielo, osó presentarse en casa del enfermo para exhortarle. Rechazóle este sin miramiento, declarando que de ninguna manera se confesaría. Calló Boursoul; se levanta y pásese largo rato por el aposento, escudriñando á cada vuelta que hacia á aquel endurecido pecador con una atencion sombría. Cansado ya de la constancia del sacerdote, y ofendido de verle estudiar toda su persona, dijole con desprecio que se retirára. Con mi permanencia, señor mio, ningun mal os hago, respondió el eclesiástico friamente, y continuó paseándose por el cuarto. Esta tenacidad irrita mas y mas al enfermo, el cual levantando la voz dijo con viveza: Una vez por todas, marchaos. Permitid, replicó con dignidad el hombre de Dios, permitid que me quede; he sido testigo muchísimas veces de la muerte de justos, y jamás lo he sido

de la muerte de un réprobo; quiero serlo hoy, porque puede ser de mucha utilidad á un predicador. Hecha esta respuesta con la gravedad de un hombre conmovido, llegó hasta el corazón del moribundo: horrorízase y muéstrase en su rostro el terror. Cogió Boursoul este favorable momento; acércase á la cama, habla al que va á morir con la espresion del mas ardiente y afectuoso celo, le confiesa, le convierte; y tanto se arrepintió aquel hombre de su criminal vida, que quiso hacer una confesion y una reparacion públicas, y hasta su último suspiro dió señales de la mas viva y sincera contricion.»

Véase otro caso de distinta especie. Es muy sensible, decia doce años atrás un periódico católico, que muchos jóvenes y hombres adultos alimenten contra esa santa institucion (la confesion) un alejamiento y tales prevenciones que nada tienen de razonable. Considerándola solamente en sus formas exteriores, dejando á parte las consideraciones de sacrificio y de humildad, realiza lo que los moralistas atribuyen al sentimiento de la amistad acompañada de la íntima confianza. Poco tiempo hace que hallandose uno de nuestros célebres predicadores en una ciudad del mediodía, fué visitado por un militar, quien conmovido y convencido por la predicacion, deseaba entrar en el seno de la Iglesia. Ninguna objecion ni duda le quedaba ya, escepto tocante á la confesion, que le parecia un acto contrario á la dignidad del hombre, y que á su modo de ver arrastraba una idea de repugnante humillacion. Combatió esta opinion el predicador, y entablóse una especie de conferencia. Tomando poco á poco otro rumbo la conversacion vino á parar en un tono de dulce familiaridad: púsose á referir el militar los sucesos de su vida, sus campañas, los incidentes principales de su carrera, espuso en seguida sus sentimientos, sus dudas, sus errores, y hasta sus faltas. Así que concluyó la narracion, dijole su interlocutor: «¿Sabeis acaso lo que acabais de hacer? Os habeis confesado sin pensarlo siquiera; y sin otra cosa que arrepentiros del mal, y formar resolucion de entrar en la línea del bien, obtendreis la absolucion.» ¡Cuán sorprendido quedó nuestro hombre, que se imaginára una cosa diversa, y habiase fabricado en su mente dificultades insuperables, de lo que ejecutó naturalmente y sin esfuerzo bajo otro título!

Veamos por último algunas palabras sobre las disposiciones en que se hallaba Napoleon despues de haber recibido todos los sacramentos de la Iglesia.

«Dichoso soy (dijo Napoleon al general Montholon, luego de recibida la Estremauncion) dichoso soy en haber llenado mis deberes! La misma dicha os deseo, general, á la hora de vuestra muerte. Tenia necesidad de ello, porque soy italiano, ya lo veis, hijo de la Córcega.

Sobre el trono ninguna práctica hice, porque el poder aturde á los hombres; pero siempre tuve fe: me gusta el tañido de las campanas, y la vista de un sacerdote me conmueve. Quería yo formar de ello un misterio, mas confieso que es debilidad. Quiero tributar honores y gloria á Dios; general, mandad que se erija un altar en el aposento vecino, y espóngase el Santísimo Sacramento. Dudo que sea del agrado de Dios el volverme la salud; pero quiero implorarla. Hareis rezar las rogativas de las cuarenta horas. Pero ¿qué? (dijo el emperador como si volviera en sí) no: diríase que es cosa vuestra, y que como noble y gentil hombre, lo habeis mandado de propia voluntad; quiero dar yo mismo las órdenes.»

Sabido es que el rey de Roma, hijo único de Napoleon, murió algunos años despues. Ved ahí lo que dice su historiador ocular: «La archiduquesa Maria Luisa se postrade rodillas al lado de su hijo moribundo. No podia hablar ya el duque de Reichstadt: fijó en su madre sus lánguidos ojos, buscando espresar los sentimientos que su boca no podia articular. Muéstrale el cielo entonces el sacerdote que le asistia; y él levantó los ojos como para contestar al pensamiento del ministro. A las cinco y ocho minutos murió sin convulsion alguna, en aquel cuarto que habia ocupado Napoleon triunfante, y donde por la vez postrera dictando la paz como conquistador, meciáse envuelto en todas las ilusiones de la victoria y de sus triunfos, prometiéndose un glorioso himeneo y la perpetuidad de su dinastía... Era el 22 de julio, aniversario del acta que dió al duque de Reichstadt su último nombre y su último título; aniversario del dia en que el jóven principe supo en Schœnbrunn la muerte de Napoleon!»

Remitimos al lector al sermon sublime sobre la confesion, por el P. Lacordaire. Nada podemos ni debemos reproducir aqui de este magnifico monumento de elocuencia del púlpito, supuesto que las obras del Crisóstomo (1) francés están en las manos de todos.

## § II.

Vamos ahora á presentar el animado cuadro, el vivo espectáculo de un sacerdote de aldea, entregado enteramente al cuidado de su grey. Este retrato está trazado por la hábil mano de M. Cormenin.

«No creo engañarme, atiende Francisco, cuando digo que el gobierno moral de las poblaciones hállase casi del todo concentrado en el cura; porque el maestro de escuela, que de otra parte tiene poca asignacion, solo se aplica á la instruccion, y no impone respeto á los

(1) Boca de oro.

aldeanos por su carácter, ni por sus hábitos, ni por su rango. El prefecto y su adjunto, ocupados comunmente en sus tareas campestres, entienden con poquísima frecuencia algunos actos civiles ó administrativos; beben en la taberna y se confunden allí indistintamente con el resto de los habitantes. Solo el cura es el profesor de moral; tiene entre sus manos sus ovejas con una santa libertad, con increíble autoridad. Ni un solo instante las abandona, desde la cuna al sepulcro, ni en la misa, ni en la cátedra del Espíritu Santo, ni en la confesion, ni en el lecho de muerte, ni en la ceremonia de la purificacion, ni en el matrimonio. Es el dueño, el director, el poseor de sus secretos, de sus placeres, de sus tristezas, de sus incredulidades, de sus suspiros, de sus terrores. El dogma, la penitencia, la absolucion, la conducta, los buenos ó los malos deseos, los malos hábitos, las enemistades, las venganzas, las caidas y los arrepentimientos, nada se le oculta, todo lo sabe. Asusta las conciencias y las calma; hiere y consuela. No existe choza por pequeña que sea, ni hombre misero, ni úlcera bastante infecta, ni enfermedad demasiado contagiosa, ni distancia remota, ni temperatura en extremo caliente ó fria, ni hora irregular, ni casa cerrada; ni corazon que no se abra; ni sexo, edad ó estado, con los cuales, á cada instante, no pueda comunicar el cura, y que en efecto no comunique. Nacido casi siempre en medio del pueblo, criado, educado á la par que él, conoce mucho mejor que los grandes de la sociedad, las necesidades del mismo pueblo, sus intereses, sus flaquezas, sus inclinaciones, sus costumbres, sus preocupaciones, sus defectos, sus cualidades, sus vicios, sus virtudes. Mejor que nadie sabe los remedios que le convienen, las palabras que debe dirigirle, el lado sensible por donde es menester tomarle, las heridas del alma y del cuerpo por donde es preciso sondearle. Muchos pobres han espirado de hambre á la puerta del rico; pero ninguno á la del sacerdote, mientras les quedára fuerza para tirar el cordon de la campanilla!

«Si algun desórden hay entre padres é hijos, entre hermanos, entre esposos, entre vecinos, se dirigen al cura, no al juez de paz. Obra ninguna caritativa puede fundarse en el pueblo, aunque sea con las manos llenas de oro, sin consultar al cura, sin que sea partícipe, sin que la vigile, sin que la imprima un carácter de sencillez, de desinterés y de duracion. Si amenaza agua ó fuego el firmamento, sube al púlpito; invoca en comun á Dios para ahuyentar el azote y para la prosperidad de los bienes de la tierra. Ruega en comun por los difuntos. Abre en comun, á todos los fieles reunidos en el templo de Dios, el celeste rocío, los tesoros de la gracia y la infinita esperanza de la inmortalidad.

»Si predica al pueblo el respeto á los gobiernos establecidos, predi-

ca á los gobiernos el respeto que deben á la justicia. Si recomienda al pobre la resignacion en la desgracia, recomienda al rico la caridad en la fortuna. Si no quiere que se rompa con violencia la diferencia de clases, establece la igualdad de condiciones en el cielo ante la igualdad de las obras, y es mas bien el consolador espiritual de los miserables y de los enfermos, que el sacerdote de los felices y poderosos.

»En caso de necesidad, podrian pasar las aldeas sin alcalde y sin preceptor, ¿pero podrian prescindir tambien del cura?

»En cualquier paraje desierto y retirado en que esté situada una poblacion, el extraviado viajero puede estar seguro de hallar un hombre mas ó menos instruido, que le entenderá y le responderá; ¿y no es una maravilla el ver treinta y seis mil faros luminosos alumbrando en todo tiempo, tanto de noche como de dia, las márgenes de los rios, las llanuras y los montes en las treinta y seis mil municipalidades de Francia?

»Custodiansen así, en el hogar de cada presbítero, el culto de Dios, los deberes de la moral y las letras humanas.

»Mas no está aquí todo el reconocimiento que la civilizacion debe á la religion.

»Supongamos que se aboliese el culto, los sacerdotes y las iglesias; cesa al instante el dia consagrado al reposo. No existe ya aldea sino en el nombre, y los habitantes apenas se conocen: es el pueblo un desierto: faltan las campanas para anunciar la oracion de la noche y la de la mañana, lo mismo que para recordar á los difuntos: no reposan estos en el cementerio bajo el cuidado de Dios. Desaparecen los servicios del consejo municipal, y no se sabe ya dónde ni cuándo hallar al prefecto. Permanece cada habitante en su casa; y los negocios, los mercados, las alianzas, no hallando un centro comun donde derivarse, se paralizan. Las madres y las hijas descuidan las tareas domésticas y hasta el aseo, no sabiendo ya en qué lugar, ni cómo presentarse; compran poco, y consumen menos. Entonces, por decirlo de una vez, los hombres y las mujeres, no teniendo ya otro recato que el del pudor, desgraciadamente muy débil barrera para oponerse al desborde de las pasiones, caerian en escesos vergonzosos, confundiéndose con los irracionales. Sin freno igualmente las almas, mas no sin terror, precipitaríanse en la supersticion; reemplazaria el egoismo á la caridad; el orgullo á la humildad; el interés á la conciencia; lo material de los deseos á los placeres de la inteligencia; los hurraños á los santos; los hechiceros al sacerdote; las tabernas al templo; el lupanar á la iglesia; el infierno al cielo, y el diablo á Dios.» (Timon. Entrad. del pueblo. 1846. Dial. 8.)

Otro cuadro del desprendimiento y del deber pastoral.

«Preséntanse unos pecadores al tribunal del arrepentimiento y de la misericordia : entonces es preciso que el sacerdote acuda allí presuroso ; y si es preciso debe permanecer noche y día , constituirse en padre ó en madre ; pues se trata de almas que es fuerza regenerar. Como ignoran lo que debieran saber , hay que instruir las allí mismo , pero con suavidad y caridad sin que ellas mismas lo noten. Aun no están dispuestas á todo aquello que exige la gracia , por lo mismo el ministro debe disponerlas completamente , comunicarles su sobreabundancia de fe , de esperanza y de caridad , penetrarlas de lo que él está penetrado , y encender de nuevo con el fuego de su celo aquellas mechas aun humeantes... En el pueblo en que habita hay unos que padecen hambre , otros sed , estos se ven desnudos , aquellos carecen de asilo , y algunos desfallecen encima de un jergon ó en la cárcel ; al ministro como hombre de Dios y del pueblo toca suministrarles comida , bebida , vestidos y alojamiento , y le es preciso consolarlos y visitarlos ; pero como está dispuesto á darse él propio , les da con placer cuanto posee. Su pueblo , sus desgraciados , sus pobres constituyen su familia , su esposa , sus hijos , su padre , su madre , sus hermanos y hermanas. ¡Qué! ¿nada posee? irá como rey de los pobres , á hacer conquistas de caridad ; para él será el trabajo y los chascos ; para ellos el pan. Acuérdesse del que dijo : Lo que hicieses al mas pequeño de los míos , á mí lo hicisteis.

» Para restablecerse de las fatigas del sagrado ministerio , va á cenar , ó á conciliar el sueño ; pero llaman á su puerta , y le llaman para asistir á un enfermo : es de noche , llueve , truena , la distancia es mucha y son impracticables los caminos : es verdad ; mas peligra el enfermo , y es fuerza abandonar la cena y el sueño ; el ministro no es dueño de sus acciones , pertenece á Dios y á cualquiera que tenga necesidad de él. Hállase apestado el enfermo ; ya buyeron los ricos y los que ansian los placeres , y no queda mas que el pueblo con el contagio y el hambre. El hombre de Dios y del pueblo , pronto á morir por uno y otro , patentizará sin embargo lo que es un sacerdote , un pastor ; fiel imitador del Pastor supremo , va á multiplicarse , para socorrer á todas las necesidades espirituales y temporales de sus hijos ; entonces con mas ardor que nunca implorará la misericordia del Padre de los pobres ; entonces sentirá mas vivamente las miserias de los que sufren : ¡ dichoso al morir todos los días por su Dios y para su pueblo ! Ved ahí lo que la Iglesia recomienda al sacerdote , al ministro católico ; ved ahí lo que el mundo de él aguarda. » (*Hist. univers. de la Igl. catol. por el abate Rhorbacher* , tom. 14 , p. 258.)

## § III.

*Denegacion de sepultura.*

Esta cuestion práctica ha dado un paso en la via de la libertad, desde que el señor ministro de lo interior dirigió una circular á todos los prefectos, con motivo de la denegacion de sepultura eclesiástica.

No se ignora que muy á menudo con tal ocasion han resultado tristes conflictos entre la autoridad espiritual y la civil, promoviendo siempre grandes escándalos, como se vió el año pasado en Perigueux. Diremos sobre esto algunas palabras en otra parte.

Desde aquella época de escándalo, intervino la circular ministerial, cuya copia presentamos.

París 16 junio de 1847.

Sr. Prefecto :

Han llamado muchas veces la atencion del gobierno los conflictos promovidos entre la autoridad civil y el clero, en los casos de denegacion de sepultura eclesiástica. Habiéndose suscitado algunas dudas sobre el sentido que debe darse á las disposiciones del artículo 19 del decreto de 23 pradial, año XII, he creido conveniente dirigiros con este objeto instrucciones, de acuerdo con el señor guardasellos, las cuales tienen por objeto trazaros la regla de conducta que en adelante debeis seguir.

Puede considerarse la sepultura dada á los muertos bajo dos puntos de vista :

1.º El acto puro y simple de la inhumacion que la ley civil dispone, determinando las condiciones, y estableciendo reglas fundadas en lo conveniente al orden público y á la salubridad; y este punto compete tan solo á la autoridad administrativa, no debiendo para su ejecucion tomar de nadie consejo.

2.º La ceremonia religiosa que, por naturaleza, pertenece al gran principio de la libertad de cultos, y á la cual preside el ministro de cada culto en el recinto del templo.

Es importante evitar toda confusion entre estos dos actos, regido uno por la autoridad civil, mientras que el otro pertenece á un orden de ideas que son exclusivamente del dominio religioso.

Nótese que el artículo 19 del decreto del 23 pradial, año XII, está concebido en estos términos :

•Cuando el ministro de un culto, bajo cualquier pretesto, rehusare

su ministerio para la inhumacion de un cuerpo, la autoridad civil, ya de oficio, ya por requerimiento de la familia, nombrará otro ministro del mismo culto para desempeñar sus funciones: en todo caso está encargada la autoridad civil de hacer conducir, presentar, depositar y enterrar los cadáveres (1).»

Estas disposiciones del decreto de pradial han recibido en varias ocasiones una interpretacion que, es menester reconocerlo, no puede conciliarse con nuestras instituciones, las cuales prometen proteccion y libertad á los cultos, y especialmente con el artículo 5.º de la Carta de 1830.

Por otra parte, el artículo 1.º del Concordato declara que la religion católica, apostólica (2), «será libremente observada en Francia.»

El artículo 12.º «repone á disposicion de los obispos todas las iglesias metropolitanas, catedrales, parroquiales y otras necesarias al culto.»

El artículo 9.º de la ley del 18 germinal, año X, dice así: «Será ejercido el culto católico bajo la direccion de los arzobispos y de los obispos en sus diócesis, y bajo la de los curas en sus parroquias.»

De los espresos términos de esas leyes siempre invocadas, necesariamente resulta que toda medida cuyo objeto sea atacar la libertad del culto católico, contrariarle en el legitimo ejercicio de sus derechos, quitar á sus ministros la vigilancia que solo ellos pueden ejercer en los

(1) M. Dupin, procurador general en el tribunal de casacion, en un pedimento hecho con motivo de un decreto del 23 junio de 1831 declaró «que se podia hacer abrir las puertas de la iglesia, por permitirlo la ley, y presentar en ella el cadáver por ser un hecho material.» Esta interpretacion no solo nos parece poco exacta, sino contraria á la libertad del culto católico y á la policia interior de la iglesia, que pertenece esclusivamente al sacerdote. Un individuo que se ha escumulgado á sí mismo voluntariamente antes de morir, no puede entrar en ninguna especie de comunion con la Iglesia, ni puede ser mezclado, por consiguiente, entre la reunion de los fieles, mayormente si tiene lugar tal reunion en el templo católico. Empeñarse pues en introducir en la iglesia un cadáver á pesar del sacerdote ó de la autoridad eclesiástica, es á las claras violentar al culto católico, y deshonorar la iglesia con una sacrilega profanacion. Este fué por último el sentir del señor ministro de cultos, Martin (del Norte), y de M. Duchatel, ministro del interior.

(2) Hase omitido, en esta circular ministerial, la palabra *romana*, que no obstante se halla en el Concordato. Compréndese toda la capciosidad que puede encerrar la omision de una palabra de esta naturaleza. Esto nos recuerda el rasgo siguiente: acababa de organizarse la enseñanza publica; se trataba de fijar su base. Despues de veinte y tres ensayos, el consejero Fourcroy presentó un proyecto de decreto, cuyo artículo 38 decia: «Todas las escuelas de la Universidad tomarán por base de su enseñanza los preceptos de la religion *crisiana*...» Conoció Napoleon que no era bastante explicita la palabra; borró *crisiana* y puso *católica*. Sin esta palabra *católica* de Napoleon, tal vez la Francia seria en el dia protestante.

templos, en materia de dogma, de disciplina, ó de oraciones, constituyera por este solo hecho una violacion de los derechos que las leyes fundamentales y la del 18 germinal del año X garantizan; siguiéndose de aquí que el artículo 19 del decreto del 23 pradiel año XII (1) no puede válidamente señalar á la autoridad civil el derecho de hacer abrir las puertas de la iglesia con el fin de introducir el cuerpo de un hombre á quien el clero negó la sepultura eclesiástica. Con tal proceder, despojaría al sacerdote de la libertad de accion que debe gozar en el ejercicio de sus funciones espirituales. Esto mismo conoció el señor guardasellos, ministro de cultos, cuando, consultado sobre esta cuestion, dió á conocer, por una decision datada del 28 junio de 1838, que el artículo 19 del decreto de pradiel «no puede tener interpretacion ni ejecucion contrarias á las leyes fundamentales, á la distincion é independencia recíproca de los dos poderes que aquellas leyes han establecido.»

Hállanse por otra parte consagrados estos principios de una manera general por una deliberacion del consejo de Estado del 29 abril de 1831 con ocasion de un niño que murió sin bautizar. Fundándose el consejo de Estado en el artículo 5.º de la Carta constitucional, y *considerando que la libertad de cultos es otro de los principios fundamentales de nuestro derecho público, ha sido de parecer que la policia local no debe intervenir en las observancias particulares de cada culto.*

Si se ofreciere pues el caso de denegacion de sepultura eclesiástica previsto por el decreto de pradiel, la autoridad civil, ya por respeto al principio de la libertad religiosa, ya por la legítima independencia del culto, debiera formalmente abstenerse de toda diligencia que tienda á atacarla, como de introducir á viva fuerza el cuerpo del difunto en el templo, y obligar á ciertas ceremonias que, desviadas de su fin, no serian mas que un escándalo y un acto de violencia ejercido contra la conciencia del sacerdote.

Podria suceder que las preocupaciones populares, robustecidas por la costumbre, fuesen el pretexto ó la causa de demostraciones malévolas ó contrarias á los principios que acabo de esponer: en tal caso, deber es de la autoridad llamar los ánimos á la razon y mantener la ley;

(1) No hablemos aquí, dice M. de Cormenin, de aquel decreto insensato del 23 pradiel año XII, el cual ordena que la autoridad civil comisione de oficio á otro ministro del culto, pero sin obligarle contra su voluntad. ¿Qué es en efecto ese sacerdote autómatá que llega al primer silbido de la autoridad civil, y que ruega por comision? ¡Contradiccion estraña! Vivos rehusamos entrar en el templo de Dios; y muertos, es preciso que nuestro cadáver eche abajo las puertas de la iglesia, solicitando las bendiciones de sus ministros. (*Derech. adm.*, t. 1, p. 339.)

ella velará en seguida, para que, en el caso bien y debidamente comprobado de denegacion de sepultura eclesiástica, el cuerpo del difunto sea conducido al lugar de entierro con toda la conveniente decencia y con todos los miramientos debidos á las familias. Debo añadir que si la negacion de sepultura fuese inspirada por otros sentimientos que los del deber, hallarán las familias en las disposiciones de los artículos 6.º y siguientes de la ley del 18 germinal año X, los medios de obtener la represion de tales abusos.

Estos son, señor prefecto, los principios que me ha parecido conveniente recordaros: invitándoos á que vigileis para que no se desconozcan ni eludan en ningun punto del departamento que os ha sido confiado; para lo que cuento con vuestra firmeza y con vuestra prudencia.

Recibid, etc.

El ministro secretario de Estado del interior — *T. Duchatel*. — Por espedicion: — El subsecretario de Estado, — *A. Passy*.

Fué publicado este despacho ministerial en virtud de una memoria redactada por M. Henri de Riancey, y corroborada con la aprobacion de los Sres. Pardessus, Gossin, Bechard, Fontaine, Mandaroux-Vertamy, Luras, Bonnel de S. Malo, etc., donde se espone claramente la doctrina constitucional en materia de sepultura eclesiástica. Esta memoria además fué hecha á peticion del señor arzobispo de París, quien con su superior autoridad dejó sancionadas las conclusiones de la misma.

El señor ministro de justicia y de cultos publicó tambien, sobre este asunto, una circular para su departamento con fecha 2 de agosto de 1847.

Es muy cierto que se habrian prevenido muchos escándalos, si se hubiese tomado esta medida legal en tiempo conveniente y oportuno, esto es, inmediatamente despues del primer conflicto, ó del primer escándalo.

¿Puede haber cosa mas absurda, mas estravagante, que ver á los parientes ó amigos de un hombre que, mientras vivía, no se cuidaba de cumplir ninguna de las leyes de la Iglesia católica, presentándose despues de muerto este impío, á reclamar imperiosamente, á exigir ilegalmente las oraciones de una religion que constantemente fué el objeto de los sacrilegos desprecios del difunto? ¿Puede concebirse conducta mas insensata, mas irracional, mas descabellada?

Proclámase la libertad de cultos por la Carta constitucional: todos pueden gozar plenamente de esta libertad garantizada por un artículo fundamental de la Constitucion del Estado. ¿Cómo comprender en-

tonces que un hombre, sea cual fuere, que rehusa en su postrer instante la asistencia de un sacerdote católico y las preces de la Iglesia, pueda exigir, despues de muerto, el ministerio y los socorros espirituales de aquel mismo que dura y voluntariamente rechazó? Un testamento, como juiciosamente lo hace observar un periódico de provincia, la *Estrella del pueblo* de Pont-le-Voy, un testamento debe ser sagrado siempre: y es así que el testamento no es otra cosa que la espresion de la *última voluntad* del testador. Por consiguiente, quien se niega á cumplir con los preceptos de la religion católica, á la hora de su muerte, afirma con esto que él no cree en el catolicismo; protesta contra el poder de la Iglesia, y rehusa sus oraciones y sus sacramentos. Y entonces, ¿por qué escandalizar para obtener un acto, una manifestacion del todo contraria á la *última voluntad* del moribundo? «¡Esto es una impiedad, un sacrilegio! si pudiera el muerto volver por un instante á la vida, echaria su maldicion sobre los infieles ejecutores de su postrera voluntad!»

Ved ahí algunas reflexiones muy oportunas y justas sobre la materia que nos ocupa, copiadas del escelente periódico que acabamos de citar.

.....«Ha vivido ateo, impío, pagano, indiferente, importa poco, pero al fin no ha muerto católico; y perseguís al sacerdote porque no quiere reconocer públicamente por hijo de la Iglesia, cuando difunto, al que durante su vida, y en especial al fin de ella, se ha formalmente mostrado enemigo de la religion! ¡Locura inexplicable es esta! No hay medio: uno es ó no *católico*. El que sinceramente es adicto á la religion *católica*, *apostólica* y *romana* está obligado á demostrarlo en sus acciones, en todo y por todo; el que no es *católico* debe dirigirse á los ministros protestantes, á los rabinos, ó á los morabitas. Para el que solo es cristiano *de nombre* no hay ninguna necesidad de violentar á un sacerdote; y ya que han sido desconocidos los cuidados del alma, ya que tambien á menudo se ha negado su inmortalidad, no queda ya otra diligencia que entregar el cuerpo al cuidado mercenario del embalsamador ó del sepulturero del comun. ¡Cosa lastimosa! levántase clamoreo sobre el *fanatismo* y la *intolerancia* de los *sacerdotes*, en el momento mismo de su mayor condescendencia y de su mas profundo amor á la humanidad. Ninguna consideracion guia al sacerdote; es el apóstol de la *caridad* y de la *igualdad*. Sabe que el barro de que se formó el cuerpo del primer hombre no era de dos especies, y que solo el alma es el soplo inmortal de Dios! La igualdad del primitivo origen debe volver á ballarse en el fin comun á todos, ricos ó pobres, pueblo ó rey. ¡Solo Dios es inmutable!»

»Es de notar todavía, que en los casos de *negacion de sepultura*, desgraciadamente procede siempre el escándalo de parte de las clases mas distinguidas de la sociedad. Quéjense de la irreligion del pueblo, y todos los días se ve inundado este pobre pueblo de inmoralidades é impiedades de todo género. ¡Calumniase al pueblo para adular á los magnates! Mirad aquel hombre rico: no frecuenta los sacramentos, no santifica el domingo, se mofa de las leyes de la abstinencia, desprecia las oraciones y las augustas y santas ceremonias del culto católico; pero, en cambio, ese hombre rico, alábase de ilustrado, amigo de la libertad, del progreso y de la civilizacion! Este hombre rico prueba su ilustracion no hallando cosa buena, sino su sentimiento personal; consiste, para él, la libertad, en despreciar y en decir mal de los sacerdotes por cualquier motivo y con el mas mínimo pretesto; llama progreso al exceso de la impiedad, y la inmoralidad forma la base de su *civilizacion!*

»Las jóvenes virtuosas saben á qué atenerse acerca de la civilizacion de ese ciudadano. La vida pública del tal rico tiene escandalizada una parroquia entera: con todo tiene la ridícula audacia de llamarse *católico*. Consiste el catolicismo, segun opina, en recibir el bautismo, en comulgar la primera vez por mera fórmula, y no ser enterrado como un perro! En cuanto á lo demás, no hay que hablarle. Cae enfermo ese supuesto *católico*, y su vida peligra.... cuidado con llamar al cura; empieza la agonía... es demasiado pronto todavía! Oyese ya el estertor... aguardad aun, porque este hombre no quiere al sacerdote sino para obligarle en cierto modo á acompañar su cadáver al cementerio; cubre el sudor de la muerte con heladas gotas su desencajado rostro... pronto, llámese al sacerdote! Digasele que administre el sacramento de la *Estremauncion* á este cuerpo envuelto en las sombras de la muerte! y al pobre sacerdote, que ruega de lo íntimo de su corazón contristado por el alma del moribundo, le falta tiempo para concluir la oracion empezada, porque el santo óleo no debe esparcirse sobre..... un cadáver. Concluido está su triste ministerio! ahora deberá proceder al entierro religioso. ¡Y se atreven á hablar de intolerancia! ¡Qué comedia!—En verdad, cuando hechos de semejante naturaleza con tanta frecuencia pasan á vista del pueblo, ¿aun debemos admirarnos que ande mas pujante la impiedad? En cuanto á mí, creo que tiene el clero demasiada tolerancia en casos de denegacion de sepultura. ¿Se le obligará á un sacerdote á que vaya á *mentir* públicamente delante de un sepulcro?

»Lo repetimos: puesto que la *libertad de cultos* es uno de los derechos imprescriptibles de nuestra constitucion, obre cada uno con toda *libertad de conciencia*; y que el ministro de un culto, legalmente auto-

rizado, jamás sea violentado en el ejercicio de sus funciones y en su conciencia de juez. *Independencia y libertad para todos*: así debe entenderse la *tolerancia*, el *progreso* y la *civilización*! Si amamos la *libertad* para nosotros, no debemos negarla á los demás; pues el egoísmo ni es cristiano, ni liberal!»

Murió en el año último en Perigueux un anciano sacerdote juramentado y casado sin haberse reconciliado con la Iglesia; y creyó el obispo que debía negarle las preces de la Iglesia.

En ausencia de los hijos del sacerdote difunto, encargáronse los amigos de hacerle el entierro. Llegan delante de la iglesia. Cruzan dos centinelas sus bayonetas ante el pecho del vicario que, por orden de su obispo, queria cerrar las puertas. Entran confusamente con un destacamento de cien soldados enviados por el prefecto, con el alcalde llevando su uniforme, los abogados con sus togas, el comisario de policía, y la multitud de ociosos y curiosos siempre prontos á constituirse los agentes ó los fautores de los escándalos. No habia en la iglesia sacerdote alguno, ni paño mortuorio, ni cirios; vacios están los tabernáculos, desierto el santuario; llevan el ataúd hasta al pié del altar desprovisto de sus ornamentos. Un hombre del pueblo, un panadero, segun dicen, entonó el *miserere*, y el piadoso y edificante séquito se retiró...

Véase en qué términos habla de este asunto el *Diario de los Debates*:

«Habiendo sido la constitucion civil del clero calificada de cisma por las bulas del papa Pio VI, monseñor Jorge, obispo de Perigueux, y su cabildo, han conceptuado al sacerdote juramentado de que se trata, incurso bajo todos conceptos en las censuras y exclusiones de la Iglesia católica, y especialmente bajo la sentencia de suspension y de irregularidad, como cismático notorio y permanente por sus antecedentes y por sus posteriores actos. Tales son los motivos alegados por el obispo de Perigueux y su clero, para rehusar las ceremonias de la Iglesia en esta circunstancia. Creemos que todos los hombres imparciales y partidarios de la libertad de conciencia tratándose de culto, juzgarán como nosotros que el obispo y el clero *incontestablemente* estaban en su *derecho*. Sin embargo, las autoridades han creído que debian *forzar* las puertas de la iglesia para presentar el cuerpo del difunto.»

Son todavía mas explícitos en condenar semejantes actos inconstitucionales los periódicos protestantes.

Estracto de la *Voz nueva* (periódico protestante).

«Paris 24 de enero.

»Razon ha tenido el obispo de Perigueux de respetar las leyes de su

Iglesia y la voluntad del difunto. Toda la sinrazon está de parte de esa mala escuela del liberalismo de la restauracion, que quiere á toda costa que el ataud de un volteriano reciba mentirosos honores católicos. Es extraño necesiten esas gentes dos opiniones; la una, aunque puede pasar para vivir, nada vale no obstante para morir. En nombre de esta misma razon, á la que hacen traicion al tiempo que pretenden exaltarla, vivid, les diremos, del modo que quereis morir, ó morid del modo que vivisteis. Si permitís que la fuerza armada hunda hoy las puertas de la iglesia, para presentar á las honras fúnebres los restos de quien las ha rechazado hasta su último suspiro, yo no sé porque no se adelantan las autoridades hasta colocar un gendarme frente del confesonario, á fin de obligar al sacerdote á dar la absolucion.

»Exorbitantes son en esto realmente nuestros liberales. En nombre de la libertad de conciencias quisieran obligar á un sacerdote á no tener conciencia. Necesario es que un sacerdote sea sacerdote. Del mismo modo que él debe ser atacado, si sale de su santuario con el carácter sacerdotal; debeis serlo vosotros, cuando, con el carácter de incrédulos, intentais penetrar en el santuario de la religion.

»Desgraciadamente existen supuestos liberales que, pródigos de libertad en todo y para todos, son de ella muy avaros para la religion y la conciencia. Halláran absurdo y tiránico que se quisiera sujetar una logia de francmasones á tolerar un falso hermano; pero hallan escandaloso que una iglesia cristiana reivindique los mismos derechos. No comprendemos que haya quien tenga dos pesos y dos medidas: á la par que para nosotros deseamos la libertad para los demás.

»Su indiferencia exige una piedad acomodaticia y un clero complaciente. Es necesaria una religion, segun ellos dicen en confianza, para el pueblo: un juguete para los niños adultos.

»Los ministros de la religion, sean cuales fueren, *obispos* ó *párrocos*, tienen sobradísima razon de rechazar esas indignas truhanerías. La mas odiosa de todas las incredulidades es la que concede la fe como una mordaza!»

Estracto del *Sembrador* (periódico filosófico y protestante).

«Somos fieles á nuestro pasado, á todos nuestros principios, reprobando severamente el acto de *violencia* cometido en Perigueux. Estaba el obispo en su *derecho*; hallábase plenamente autorizado para negar su asentimiento á las exequias.

»El órden moral superior es al material, y cuando aquel es impunemente violado, vacila sobre sus cimientos la sociedad.»

*Carta del señor ministro de lo interior al obispo de Perigueux.*

«He reconocido como vos que la autoridad civil se ha escedido en esa circunstancia. Por esto me he apresurado a negarle mi aprobacion sobre la conducta que ha seguido, y á conducirla á una mas sana interpretacion de la ley.»

Por lo que mira á los suicidas, solamente reproduciremos en este lugar el punto práctico, remitiendo por lo demás á nuestro *Ensayo sobre la teología moral*, 4.<sup>a</sup> edicion. Véase allí pues *la nueva teoría de la monomanía homicida y suicida*.

Somos de parecer que en general debe negarse sepultura eclesiástica á aquellos hombres que se matan por consecuencia de una fuerte conmocion moral, por la pérdida de los bienes, del honor, ó por alguna violenta pasion; porque debemos presumir que no existe monomanía, ni locura, ni delirio repentino en el momento del acto; pero si una pasion ó una desesperacion súbita, á cualquiera otra pasion vehemente, no invencible ó irresistible.

Diráse tal vez: si al anuncio de una nueva funesta, de un trágico suceso, mátase un hombre al instante mismo, ¿no se deberá atribuir este suicidio inmediato é instantáneo á una perturbacion, á un súbito desvío de la razon, ó al menos á un primer movimiento como maquinal (*motus primò primus* en términos escolásticos)? Creemos que en algunos casos raros es esto posible; y en semejante ocurrencia examinense los antecedentes del sugeto: si son honrados, cristianos y morales, establézcase sobre el primer movimiento, que puede llamarse maquinal ó indeliberado, una presuncion capaz de autorizar la sepultura eclesiástica.

Estamos convencidos de que una fuerte conmocion moral, repentina é inesperada, un pesar violento y súbito, la pérdida del honor, de la fortuna, etc., son causas perturbadoras poderosísimas, capaces de trastornar toda la sensibilidad humana, y de privar al hombre de toda reflexion; no se nos oculta tampoco que el delirio de las pasiones poco permite reflexionar, y que todas las leyes absuelven á un hombre que ha cometido, en el primer ímpetu de una pasion vehemente, una accion que sin esta circunstancia hubiera sido criminal. Haremos observar, sin embargo, que esta especie de súbitas esplosiones y esos suicidios agudos no se observan generalmente sino en los hombres sin religion, sin creencia, y sobre todo sin prácticas religiosas.

Hiere á un mismo tiempo una catástrofe á dos hombres colocados en iguales disposiciones físicas; pero ferviente cristiano el uno, é incrédulo é impío el otro: resígnase cristianamente el primero como Job, má-

tase el otro como Saul. Citemos un notable pasaje de un médico sinceramente cristiano, cuya autoridad además es de suma importancia, por lo concerniente á las enfermedades mentales: «Si el hombre por la educacion no ha fortificado su alma con las creencias religiosas, con los preceptos de la moral, con los hábitos de orden y conducta regulares; si no ha aprendido á respetar las leyes, á llenar los deberes de la sociedad, á soportar las vicisitudes de la vida; si al contrario aprendió á despreciar á sus semejantes, á desdeñar los autores de sus dias, á ser imperioso en sus deseos y caprichos: aunque en circunstancias iguales á los demás, estará mas dispuesto á terminar su existencia desde que experimente algun disgusto ó alguna desgracia. Necesita el hombre de una autoridad que dirija sus pasiones y gobierne sus acciones; entregado á su propia flaqueza, cae en la indiferencia y luego en la duda; nada sostiene su ánimo, hállase desarmado contra los sinsabores de la vida, contra las angustias de su corazon, etc.» (Esquirol, *Enfermedades mentales*, t. 1, p. 587. 1839.)

Por otra parte conceptuamos que esas esplosiones súbitas y esos suicidios agudos, de los cuales acabamos de hablar, son mas raros de lo que comunmente se piensa. Todavía no hemos visto ninguno, aunque los creamos muy posibles. Estamos convencidos de que las grandes penas morales mas bien producen la verdadera locura, de mayor ó menor duracion. Jamás hemos visto que nadie se matára en un acceso súbito ó en un primer acceso de manía. Cuando se dan los locos la muerte, es casi siempre en el estado crónico, haciéndolo con mas ó menos reflexion y raciocinio, ó á consecuencia de alguna falsa combinacion ó de un falso cálculo.

Si no es súbito é instantáneo el suicidio, esto es, si tiene lugar en un tiempo mas ó menos lejano de la causa determinante, el caso es fácil entonces, porque se tiene suficiente motivo para reconocer, justificar y juzgar el estado mental del sugeto.

Para ilustrarse sobre la naturaleza de los motivos pueden examinarse las cartas ó los papeles del suicidado, recoger los testimonios de los que le han conocido, informarse de si ha existido ó existe algun elemento entre sus cercanos parientes, si era epiléptico, nervioso, susceptible, impresionable, melancólico, hipocondríaco, alucinado, visionario; si se distinguia por sus ideas extraordinarias, por su carácter sombrío y extravagante, por su talento débil y limitado, etc. Todas estas circunstancias pueden apoyar sin duda las presunciones de locura; pero no la probarán de un modo absoluto. Puede, con todo eso, establecer la locura sin síntoma alguno precursor.—Si se halla el cuerpo suspendido ó sumergido, entonces débense dirigir á la medicina legal para

asegurarse de si el individuo fué colgado ó anegado antes ó despues de muerto.

Opinamos, por último, que se podrá conceder sepultura eclesiástica á todo sugeto honrado que se suicide, aunque en su casa no se haya podido descubrir interés alguno, ó motivo *plausible* y *razonable*, para valernos un instante del lenguaje admitido; porque, en la especie, con monomanía ó sin ella, debe creerse que, en el acto mismo, estaba des-cariada la razon y perdido el libre albedrio.

#### § IV.

#### *Algunas palabras acerca de las relaciones del sacerdote con el órden legal y administrativo.*

El cura y el prefecto son las dos principales autoridades en una poblacion.

Sentamos como principio general que los eclesiásticos no deben ser investidos de funciones ejecutivas, administrativas y judiciales (1); pueden con todo aceptar la participacion en los cargos públicos que solo exigen calidades parlamentarias, deliberantes y consultivas. ¿Quién puede ofrecer mas garantías de aptitud tocante á la prudencia y madurez en las deliberaciones y consejos que los sacerdotes?

Así es que un sacerdote puede ser diputado á Cortes. Nadie ignora que se sienta en ellas actualmente el abate Genoude; puede igualmente el sacerdote ser miembro de un consejo municipal, de un consejo de distrito ó de un consejo de departamento, cuyas atribuciones son legislativas, semilegislativas, deliberantes ó consultivas.

Pero es necesario advertir, que si un sacerdote puede llegar á ser par de Francia como miembro de un poder legislativo, le está prohibido tomar parte en las sesiones de la cámara siempre que esta se constituya en tribunal de justicia. El tomar parte en tales discusiones seria contrario al espíritu de la legislacion y mucho mas aun á los cánones de la Iglesia.

Puede un sacerdote ser miembro del consejo de Estado, porque este ejerce tan solo funciones deliberativas y consultivas, sin dar jamás decision ejecutoria. Sea cual fuere la deliberacion que tome, nunca pasa de un simple aviso dado al poder para ilustrarle, sin atarle las manos.

(1) *Diximus non oportere episcopum vel presbyterum seipsum ad publicas administrationes demittere, sed in ecclesiasticis negotiis versari, vel ergo ita non facere persuadeatur, vel deponatur.* » 80 Can. apost. tribut. (Ex collect. Labbec.)

Puede el sacerdote, por escepcion, ser miembro de un comité de vigilancia de las escuelas primarias, y tambien del consejo real de instruccion pública. Por escepcion hemos dicho, porque tienen esos consejos una jurisdiccion disciplinaria, á saber, el primero sobre los institutores primarios, y el segundo sobre los miembros de la Universidad.

Finalmente es sabido que un sacerdote puede llegar á ser ministro de Estado y plenipotenciario.

Por lo tocante á la profesion de médico, segun un dictámen del consejo de Estado del 30 de setiembre de 1805, los sacerdotes, curas ó vicarios, pueden auxiliar y aconsejar á sus parroquianos enfermos, «mientras no se trate de ningun accidente que interese á la salud pública, que no firmen ni prescripciones, ni consultas, y que sean gratuitas sus visitas. Nada tienen que temer de los que ejercen el arte de curar, ó del ministerio público encargado del cumplimiento de los reglamentos, pues limitándose á prestar auxilios y consejos gratuitos, no hacen mas que lo que la beneficencia y la caridad permiten á todos los ciudadanos; pues no solo ley alguna lo prohíbe, sino que la moral lo aconseja, la administracion lo promueve, y no hay necesidad, para asegurar la tranquilidad de los curas y de los vicarios, de ninguna medida particular.»

Encerrándose en estos límites, el sacerdote nada debe temer del ministerio público ó de la corporacion médica; con todo, como en la práctica es algo difícil fijar dichos límites y á menudo pueden traspasarse, en todo caso, actualmente y con particularidad en Francia, el sacerdote podrá verse espuesto con frecuencia á disgustos contenciosos, prescindiendo de los inconvenientes que lleva consigo la complicacion de cargos graves y difíciles. Lo mejor seria, en el estado actual de la legislacion médica, que se espidiera un diploma que pusiese al eclesiástico al abrigo de toda gestion, suponiendo sin embargo que no hubiese prohibicion ni impedimento alguno canónico.

Para que un sacerdote pueda abrir una escuela de educacion primaria, segun las leyes de la Universidad, debe estar provisto de un *diploma de capacidad*. (Decision del consejo real de la instruccion pública del 20 mayo de 1834, en conformidad al artículo 4.º de la ley de 28 junio de 1833.—*Item*, el tribunal de casacion, por dos decretos, uno del 1.º junio, y el otro del 2 noviembre de 1827.)

Sin embargo, como nadie en el dia ignora, puede un cura ó vicario en las aldeas encargarse de dos ó tres jóvenes, á fin de prepararles para entrar en los pequeños seminarios, mientras lo declare antes al rector de la Academia. (Orden del 27 febrero de 1821, art. 28.)

## § V.

*Libertad é independencia del sacerdote.*

Ya anteriormente hemos patentizado la alta y poderosa influencia que ejerce el clero por medio de sus virtudes, por su desprendimiento y sus sacrificios. Mas desgraciadamente en nuestro siglo de egoismo y de racionalismo materialista, el desprendimiento, á los ojos de la mayor parte de los hombres no es mas que tontería, hipocresía la virtud, y por consiguiente el sacrificio, la abnegacion y la virtud del sacerdote, no siendo ya del aprecio y del gusto del siglo, dejan de ser medios de influencia y de consideracion para el clero.

En este siglo de positivismo y de progreso material, industrial y tambien científico, porque en fin es menester reconocerlo; en una palabra, en este siglo de luces, siguiendo el estilo que está en boga, es indispensable herir los ánimos con el brillo deslumbrador de las ciencias humanas y con la fuerza invencible de la lógica. Por este medio, el clero, humillando el orgullo de los sabios supuestos, se hará respetable á los sabios verdaderos, formidable á los falsos y á los semi-sabios, que forman la gran mayoría de los hombres, y se granjeará la consideracion y aprecio de todos. Hémoslo dicho ya en el artículo precedente: es preciso que reconquiste el clero su consideracion y su influencia primitivas por el ascendiente de las luces y el irresistible poderío de la ciencia, mayormente en un tiempo en que se le escapan toda libertad y toda independencia.

No tiene, en efecto, el clero ahora el apoyo de la propiedad territorial ni el poder de la riqueza de otro tiempo. Gozaba la Iglesia católica en Francia, antes de 1789, ciento cincuenta millones de renta. Habiéndosele quitado todos estos bienes, no es ya á los ojos de la multitud mas que un gran cuerpo administrativo compuesto de treinta mil funcionarios subvenidos por el Estado. No debemos desear ciertamente para el clero una grande y suntuosa opulencia; pero á lo menos concédasele lo necesario para una existencia decente, pues aun esto le falta. Un cura-párroco, ha dicho en la cámara de diputados M. Pages de la Ariege, vale mucho mas para mantener el buen orden que una compañía de granaderos. ¿Y para un hombre tan importante al país, qué hace este?—Mientras puede trabajar, responde M. Roselly de Lorgues, se le asignan 800 francos (el salario de un cocinero); pero gastadas sus fuerzas por la edad, ó cuando excesivos desvelos, un accidente, la parálisis, la ceguera, etc., detienen el curso de su san-

to ministerio, se le desconoce enteramente, y se desentienden de todo miramiento para con él, no asignándole jubilacion alguna. Si se le concede algun dinero, es á título de *socorro*, no pasando esta limosna del término medio de 350 francos; de manera que cobra 400 francos menos que un gendarme, el cual recibe, además de su sueldo, el alojamiento de su familia, cuadra para el caballo, y una crecida paga, que se aumenta con los años de servicio. «Así, añade M. Roselly de Lorgues, el hombre de la ciencia y de la virtud se ve inhumanamente entregado á la miseria, cuando la edad, multiplicando sus dolencias, duplica sus necesidades. Reconocido con cualquier que le dedique algunas horas cada semana, le asegura el gobierno una apacible vejez, y prepara á sus últimos años dichoso descanso, pensando que despues de este trabajo es justamente merecido el reposo. Pero que se aniquile el sacerdote durante treinta ó cincuenta años, ni en el último dia de sus trabajos podrá reclamar legalmente un pedazo de pan. Existe sin embargo una edad en favor de la cual la compasion levanta su voz hasta en los presidios. Envejece el presidario, y eximido de sus tareas, aligerado de sus cadenas, aguarda tranquilamente, gracias á la misericordia de los hombres, el instante en que tal vez experimente la de Dios. Y, por un vergonzoso olvido de toda justicia, en esta misma época de la vida nuestra indolencia hácia el sacerdote le asimila al esclavo romano, desamparado cuando los hielos hinchando sus miembros le inutilizaban para el trabajo, dejándole en completo abandono espuesto sobre los sepuleros de los caminos, ó retirado en la isla de Esculapio, bajo la única proteccion de aquel dios de metal.—¿Nos está bien, despues de esto, reprender tan ásperamente la crueldad del paganismo?—El bondadoso público está creído de que los sacerdotes enfermos gozan una pension de retiro, y en efecto, es tan legítima esta retribucion, tan natural, que esto conduce á crearla restablecida. ¡Ah! nada empero es mas inexacto. Los obispos se encargan de su clero, dicen, estableciendo casas de retiro ó pensiones. ¿Mas qué fondos reciben para este objeto? ¿De donde han de sacar la renta para tales gastos? El medio único de disponer una caja de socorros es una retencion por trimestres en la paga, ya tan escasa, de los sacerdotes hábiles: lo que equivale á socorrer á los ancianos pobres á costa de los *pobres* que pueden trabajar, y esto nos irrita como una nueva injusticia. ¿Tendriase por equitativo que, en el ejército, los oficiales en activo servicio debiesen, á espensas de su sueldo, mantener á los oficiales retirados?

«Para que se avergüencen, sépanlo por último: en Francia las cámaras legislativas condenan á la indignencia á los ministros de Jesucristo

así que se hallan en avanzada edad ó enfermos.» (*El libro de las comunas.*)

¿Podrá acaso bastar la asignacion de 800 francos á las necesidades físicas y á las exigencias morales de un cura de aldea (1)? Apenas esta mezquina retribucion es suficiente para el pan material, ¿quién le proporcionará el pan de la inteligencia? ¿Cómo formarse una biblioteca (que debe ser la principal alhaja del sacerdote despues de la imágen de Jesucristo y de su divina Madre) para el cotidiano alimento del espíritu, mucho mas necesario á un sacerdote que los alimentos materiales y groseros del cuerpo? Escrito está, como se sabe, que el hombre no vive solo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.. Si no se halla ya el pobre cura en estado de socorrer á los desdichados que el hambre acosa, á los que están desnudos y tiritando de frio, puede al menos recomendarlos á la caridad pública; pero á las pobres almas que tienen hambre y se hallan espuestas al frio de la impiedad, ¿qué hará de ellas? ¿á quién las recomendará? ¿quién mitigará su hambre? ¿quién cubrirá su desnudez? ¿quién disipará las tinieblas de los entendimientos, no brillando la luz en el candelabro para iluminar el mundo? *Lux mundi.*

Debemos sin embargo decir, para ser en todo justos, que el presupuesto de este año de 1848 trae un aumento de cien francos para añadir á las asignaciones de los sacerdotes vicarios que pasen de cincuenta años, conforme puede verse en el siguiente estado:

«Existen en Francia 29,052 iglesias sufragáneas servidas por párrocos; entre estos 975 pasan de 70 años de edad, y reciben la asignacion de 1,000 francos. Aplicanse 900 francos á 1,100 curas de 60 á 70 años de edad. En las demás 26,977 sufragáneas, con derecho á la retribucion de 800 francos, se cuentan 6,634 servidas por sacerdotes que pasan de 50 años. El informe de M. Bignon sobre el presupuesto de 1848 comprende una suma de 800,000 francos, destinados á aumentar de cien francos las asignaciones de los sacerdotes que pasan de 50 años, sintiendo vivamente que nuestro estado financiero no permita recompensar cual se merece á esos varones tan útiles como modestos.»

¿No es una prueba de la mala organizacion de nuestro sistema de hacienda, el verse obligados á confesar que con 1,500.000,000 francos de ingresos no es posible dar mas que lo estrictamente necesario á los

(1) Los curas de aldea, esto es, los hombres mas necesarios de la sociedad, reciben 800 francos; mientras que una actriz, cual hace observar el señor abate Gaume, cobra al igual de cuatro obispos, y un cómico percibe tanto como siete arzobispos.

ministros de nuestra religion, los cuales son los únicos y verdaderos representantes de la sociedad, en medio de las pobres é ignorantes poblaciones del campo, es decir, de las tres cuartas partes de los habitantes de la Francia?

Ved ahí el sueldo comparativo de los pastores católicos y de los ministros protestantes:

	Ministros católicos.	Ministros protestantes.
1. <sup>a</sup> clase. . . .	1,500 fr. . . . .	2,000 fr.
2. <sup>a</sup> clase. . . .	1,200 fr. . . . .	1,800 fr.
3. <sup>a</sup> clase. . . .	800 fr. . . . .	1,500 fr.

Vése segun este estado, que, para el culto protestante, ó sea de la minoría, la pension de la tercera clase es igual á la de la primera del culto católico, ó de la gran mayoría de los franceses. ¿De qué proviene pues esta diferencia de asignacion ó esta preferencia concedida á los cultos disidentes, á pesar de que la Carta previene que obtengan igual proteccion todos los cultos? Se contestará sin duda: porque los ministros protestantes tienen mujer é hijos, etc. En este caso, si se originan mas necesidades de su sistema religioso, á sus correligionarios toca cubrir este exceso de gastos, pero no á los fondos públicos. Satisfágase sobre ese cómputo á los curas católicos, y se tendrá que aumentar los gastos en mas de veinte millones. Y tras esto, oiremos á los economistas y á los socialistas filántropos apiadarse del celibato de los sacerdotes católicos, deseando que tuvieran, como los protestantes, mujer é hijos, etc. ¡Rara inconsecuencia de los hombres!...

Sería muy de desear que algun dia pudiese el clero francés bastarse á sí mismo, vivir independiente, y no recibir ninguna retribucion, salario alguno del Estado. Entonces y solamente entonces fuera verdaderamente libre, y se gobernára absolutamente conforme á las leyes y á los cánones de la Iglesia. No necesita la Iglesia del apoyo y mucho menos del favor de los gobiernos; bástale la comun libertad: así no reclama el clero de Francia mas que la libertad legal, la libertad que le concede la Carta. Por lo que respecta á la asignacion que el gobierno le otorga, no es, como todo el mundo sabe, sino una débil restitucion que el Estado tiene obligacion de hacer á la Iglesia de Francia, en virtud del artículo 14 del Concordato del 26 mesidor año IX (1801).

Pero dirán sin duda: lo que proponeis es moralmente imposible é irrealizable. En nuestro siglo de indiferencia los pueblos en general han perdido casi toda religion; fáltales ese espíritu de fe, capaz de grandes sacrificios y de gran fuerza de accion; absorbidos por el material interés de este mundo, cúidanse poco del de la vida futura ó de su

eterna salvacion ; por lo que les importa muy poco la suerte del clero, y le abandonarán á su fatal y desgraciado destino.

A todas estas razones , mas ó menos especiosas , nosotros responderemos: Decís que los pueblos carecen del espiritu de fe. Pues bien! regeneradlos por medio de la educacion é instruccion religiosa ; y para que sea mas seguro el éxito, echad mano de la generacion naciente , alimentadla con la leche abundante de la doctrina cristiana y con el pan sustancial de la fe católica y de la filosofia religiosa ; tomad la parte de libertad que la Carta os concede ; enseñad libre y altamente los pueblos en virtud de la mas sublime de todas las Cartas: *Docete omnes gentes* ; elevadlos á la altura de su carácter católico por medio de la enseñanza religiosa , filosófica y científica ; defendeos , si es necesario, con la fuerza de vuestros escritos , y por medio de un órgano oficial de la prensa católica ; y sobre todo en el terreno del derecho , á la luz del sol de la ciencia y en el campo abierto de la libertad ; pero con las solas armas de la legalidad , de la justicia y de la caridad.

Hallareis sin duda en vuestra marcha obstáculos insuperables, dificultades inmensas ; tendreis que lamentar injusticias, ingraticudes, infidelidades y males sin cuento para la Iglesia , etc. ¿ Cómo vencer esas dificultades , superar esos obstáculos , cicatrizar esas llagas , reparar esos males , reprimir esos desórdenes? Hémoslo dicho ya en otra parte: para los indicados males no hay mas que un remedio , pero seguro, eficaz, específico ; y es el mismo que desde sus primeros y antiguos dias ha empleado la Iglesia para curarlos , con soberana eficacia y maravilloso resultado ; este remedio que Dios ha dado á la Iglesia á fin de curarla de todos sus males , y mantenerla pura y sin mancha , es la celebracion regular de concilios y sínodos. Ahí está toda la cuestion , que al mismo tiempo es la mas importante de todas, es una cuestion vital para la Iglesia de Francia.

Obsérvese, segun el R. P. Ventura , la espresion de los sentimientos del clero irlandés. No vaciló ese noble clero en contestar á los que con la perspectiva de una rica dotacion , que les evitaria el mendigar el sustento, trataban de vencer su constancia : « Las cadenas, siquiera sean de oro, son siempre cadenas ; preferimos una libertad pobre á una esclavitud opulenta. El honor se hermana muy bien con la pobreza ; al paso que la infamia es inseparable de una voluntaria esclavitud. Siendo sacerdotes pobres, se nos tributa mayor respeto que á los ricos prebendados de la herejía. La Iglesia no necesita que se la ayude á bien vivir, solo si que se la deje bien obrar ; no le hacen falta riquezas, sino libertad. »

Véase otro pasaje copiado , no de un escritor extranjero , sino de un

autor francés, y además sacerdote, á quien hemos tenido ocasion de citar muchas veces.

¿Por ventura no tenemos á nuestras mismas puertas un sublime ejemplo en la Irlanda y en la Inglaterra? Habla el ministerio inglés de un subsidio á favor del clero católico: ¿quién no se sonriera, entre nosotros, al ver tal muestra de benevolencia? Sin embargo esta sola palabra hizo estremecer el buen pueblo irlandés. Dirigió una mirada llena de inquietud á su clero, como interrogándole lleno de angustia. No vacila empero aquel en declarar solemnemente que no aceptará salario alguno, y el pueblo grita ¡hourrah! Ha reconocido sus verdaderos pastores, y continuará agotando hasta su sangre para pagarles su noble desinterés y su fidelidad á la causa nacional. ¡Y este clero vive y prospera, conservando por un milagro permanente su rebaño en la pureza de la fe, á despecho de todas las seducciones del error y del poder! ¡Cuán grande es ese episcopado irlandés en su pobreza! ¡cuán poderoso en su libertad y cuán admirable por su unidad!

Los fieros déspotas que con furor sin igual le han atormentado, hállanse obligados á contar con él. Las leyes que interesan á la religion, discútense en sus juntas; y las aprueba, modifica ó rechaza. Su decision quita todos los obstáculos, y establece un muro de bronce entre la ley y la conciencia de su pueblo. Dudo si el mundo ha ofrecido jamás un espectáculo tan sublime!...

Terminaremos por último la primera parte de esta obra con una cita relativa á las cualidades que deben tener los sacerdotes y los religiosos, y al fin que deben proponerse.

«Quéjense algunas veces los sacerdotes y los religiosos de que el mundo, incluso los cristianos, es injusto con respecto á ellos. Esto puede ser verdadero en ciertos tiempos y en casos particulares; pero en general, y á la larga, el mundo es mas justo de lo que se cree. Si sois lo que debeis ser, sacerdotes y religiosos de todos los siglos y de todos los paises; si sois santos, sabios, caritativos, celosos de la salud del mundo, este os tolera, os admira, os ama y se entrega á vosotros, y mediante vosotros á Dios. Al contrario, si dejais de ser lo que debeis; si no sois ni santos, ni sabios, ni caritativos, ni celosos; si en vez de ser luz del mundo y sal de la tierra, os estinguís vosotros mismos y os desabris, ¿no será justo que seais echados fuera y hollados, como os le predice el Evangelio? Tal es en el fondo el providencial secreto de esos grandes trastornos en las naciones cristianas que llaman revoluciones.

»Todo el bien y todo el mal existente en la sociedad, viene en general de los sacerdotes. Jesucristo, que con su muerte de cruz salvó al

mundo, es el sacerdote por excelencia. Los apóstoles y sus imitadores, que con grandes trabajos convierten las naciones á Jesucristo y las civilizan, son sacerdotes; pero tambien Judas, que por avaricia vende á Jesus, es un sacerdote: los pontífices de Jerusalem, que poseidos de envidia le compran y le crucifican, son sacerdotes. Un sacerdote fué y un cura de Alejandría los que atacaron su divinidad; un sacerdote de Antioquia, constituido obispo de Constantinopla, quien combate la distincion de sus dos naturalezas: estas tres herejias, aislada cada una, aunque reasumidas en la de Mahoma, seducen y corrompen, durante muchos siglos, á pueblos enteros en Europa, Asia y Africa. Un fraile aleman, un cura francés, revolucionarán los pueblos de Alemania, de Francia y de Inglaterra, y encenderán el volcan de la impiedad y de la anarquía, el cual no se extinguirá hasta que nada encuentre ya que consumir. Está visto: en la mano de Dios el buen sacerdote es un instrumento de todo bien, mientras el sacerdote malo es bajo la mano del infierno un instrumento de todo mal. No hay cosa peor que la corrupcion de lo mejor. Lo que mas comunmente espone el sacerdote y el religioso á pervertirse, es el apego á los bienes terrenos. Este hizo que Judas vendiese traídoramente al Hijo de Dios; por este mismo los sacerdotes de los Judios le compran y le crucifican. Esta es la causa porque mas de una orden religiosa, así como mas de un sacerdote secular, habiendo sido antes fervientes y ejemplares, acabaron en la nulidad y hasta en el escándalo.» (*Histor. univ. de la Igl. catol.* por M. Rhorbacher, t. 18, p. 557.)

## SEGUNDA PARTE.

### EL MÉDICO ANTE LA SOCIEDAD.

---

#### REFLEXIONES PRELIMINARES.

¿Qué es el médico ante la sociedad? Es evidentemente aquel que le ofrece la mayor y mas segura garantía de moralidad, de desprendimiento y de ciencia. Estas tres cualidades, pues, las encierra esta sola palabra: *médico cristiano. Ante omnia medicus sit christianus.* Pensamiento del grande Hoffmann.

Y en efecto, el médico católico cristiano, que *practica* su religion, comprenderá siempre bastante su estado y la alta mision social que le está confiada; es decir, que no teniendo otro móvil de su conducta que su fe religiosa y su conciencia, será á la vez bastante moral, desprendido é instruido. Si advertido por su fe y su conciencia conoce que se halla falto de estas indispensables cualidades, se retirará de la carrera médica, y renunciará por principio de religion una vocacion á la cual no es llamado.

De manera, que la sociedad exige del médico la moralidad, la abnegacion y la ciencia, esto es, la mas sublime expresion de la caridad cristiana aplicada al ejercicio de la medicina.

No forméis errado juicio acerca del valor intrinseco de la expresion *caridad cristiana*: pues ha de saberse que esta divina caridad difiere completamente de la rastrera filantropía filosófica, que consiste en el amor del hombre por solo miras humanas, mientras que la caridad es el amor al hombre por causa de Dios.

## CAPITULO PRIMERO.

## INFLUENCIA DE MORALIDAD DEL MÉDICO PARA CON LA SOCIEDAD.

## —RELIGION DEL MÉDICO.

## § I.

¿Qué viene á ser la moralidad del médico? es la aplicacion que debe hacer en si mismo de las reglas de la moral, esto es, la práctica de la moral cristiana, ó la vida moral en medio de la sociedad.

Pero la moral es inseparable del dogma, del cual se desprende necesariamente; el dogma y la fe en el mismo constituyen la religion, fundamento de la moral, por lo que sin ella no puede haber moral obligatoria, porque ningun hombre tiene derecho de imponer deberes á sus semejantes: solo la religion, que viene de Dios y que es la espresion de las relaciones de Dios con el hombre, es la razon del deber y la sublime sancion de la moral: luego pues, sin religion práctica, ó no hay moralidad ó queda solo la moralidad pagana, á lo menos puramente humana, y por lo mismo débil y caduca.

Siguese de lo dicho esta consecuencia práctica: toda moralidad no arraigada en una conciencia formada é ilustrada por la fe religiosa, con frecuencia sucumbirá delante de un interés poderoso, no habiendo testigos; y sucumbirá siempre que la certidumbre de la impunidad venga á escudar y á proteger el misterio de iniquidad (1).

Nada puede suplir por la conciencia, al paso que esta suple por todo: es la brújula segura del deber, luz inestinguible concedida al hombre para conducir sus pasos por la difícil senda de la vida y del tiempo. Invóquese cuanto se quiera el apoyo de la razon, del honor, de la probidad del hombre honrado, esto es, de la mundana virtud; esta es un auxilio impotente, que no puede dar lo que no tiene; solo encierra el elemento humano y natural, incapaz de elevar al hombre á la altura de la virtud.

No se diga pues que la moral es suficiente. Querer una moral sin religion es querer un edificio sin cimientos, una legislacion sin legislador, etc.

(1) Esto motivó aquellas palabras de M. de Maistre: «Sin dificultad comprendemos la opinion de los que buscan como calidad indispensable del médico la piedad. En cuanto á mí declaro, que prefiero el público asesino al médico impío; pues contra aquel tenemos libre la defensa, y á menudo se le ahorca.» (Veladas de S. Petersburgo, t. 4.)

Si es cierto que los médicos ejercen en la sociedad un grande influjo con sus luces, su ciencia, su abnegacion y sus servicios, es tambien positivo que duplicarian y aun triplicarian esa elevada y saludable influencia, siendo mas religiosos, esto es, si practicáran algo mas la religion católica. No hay duda que debemos hoy despreciar y rechazar indignados el odioso adagio: *Ubi tres medici duo athæi*.

En el actual estado de nuestras costumbres y civilizacion existen pocos de esos hombres abominables, como dice Bossuet; por otra parte opónese á ello el honor francés. Los médicos que en nuestros tiempos han sido mas decididamente materialistas, tales como Cabanis, Georget y Broussais, no eran sistemáticamente ateos, aunque el materialismo conduce directamente al ateismo, tanto práctico como sistemático. Raros son ahora los Lamettrie, porque no encontrarian por patrono y apoyo á un Federico.

Mas si en nuestras costumbres no puede aceptarse en toda la brutalidad de su acepcion aquel abominable axioma, acógele sin embargo la pública opinion bajo otro significado, y por desgracia no sin algun fundamento. ¿No puede efectivamente decirse: donde hay tres médicos hay dos incrédulos, ó por lo menos del todo indiferentes en punto á las prácticas religiosas? Confesemos francamente que no es posible negar ni rechazar los hechos, pues su lógica es inexorable, invencible. La comun opinion atribuye á los médicos el que no observan las prácticas esenciales de la religion católica, que, como nadie ignora, es la de la gran mayoría de la nacion. Verdadera ó falsa, dicha opinion existe incontestablemente; y es de vital importancia desarraigarla del espíritu de los pueblos. Solo los médicos pueden llenar tan elevada y santa mision, que tanto les interesa moral y aun materialmente, en cuanto aumentaria por necesidad y hasta el infinito su influencia social, conciliándoles el universal aprecio, y como consecuencia la confianza universal; pues la confianza solo procede del aprecio. Un hecho hay cierto y que todo el mundo confiesa, y es que el médico por sus prácticas religiosas se capta siempre la benevolencia y confianza de sus conciudadanos: y en igualdad de mérito, se le preferirá á sus comprofesores, aunque por otra parte estén bien reputados (1).

(1) Los médicos que abrazan la piedad, ó sea la religion en sus prácticas, deben proponerse como fin principal ó mejor por único fin su eterna salvacion. Deben evitar sobre todo cuanto dé á sospechar que intereses mundanos dirigen su conducta, como por ejemplo el afan de adquirir por tales medios la pública confianza. Este efecto secundario que no debe ser blanco de sus miras, les vendrá natural y necesariamente por la misma corriente de las cosas, ó la fuerza de la ley moral y social de que hablamos: háganse gratos á Dios como buenos cristianos, y seránlo á los hombres como buenos médicos.

Y así debe ser: ley es del orden moral, que siempre dominará á todos los pueblos, en cuanto conserven el sentido moral; pues este les hará comprender siempre cuales sean las mas sólidas garantías que los médicos pueden ofrecer á la sociedad. Conocemos en París, Lyon y otros grandes centros de poblacion á algunos médicos dotados de este carácter, quienes con el ascendiente de la ciencia, y mas todavía con el secreto encanto de la piedad, se concilian el comun aprecio, y los homenajes hasta de aquellos que no participan de sus opiniones: ¡tal es el poderío é imperio que alcanza la virtud en el espíritu de los pueblos!

Los médicos revestidos de tan sublime moralidad, son los únicos capaces de los mayores sacrificios. No titubearán en ser pródigos, no ya solo de sus cuidados, de su reposo y de su tiempo, vulgar sacrificio por cierto; sino que tambien lo serán de su reputacion, de su salud y aun de su vida si es necesario; puesto que obran por un motivo sobrenatural, esto es, por un principio de fe, por el sentimiento de la caridad cristiana. El médico verdadero, dice Hipócrates, es el que cura á sus enfermos con el auxilio de Dios, con la fe y con un espíritu de dulzura ajeno á toda dureza. *Qui enim bonus medicus est, is per Deum fide magis quam duritia medetur.* (De præcep.)

Dice Hufeland « que el médico debe no solo sacrificar su reposo, sus ventajas personales, las comodidades y placeres de la vida, sino tambien su salud, su existencia y hasta el honor si es necesario.» El Nestor de la medicina alemana, el célebre facultativo de Berlin, pronuncia en otra parte estas graves y nobles palabras llenas de alta probidad médica, ó por mejor decir, de caridad cristiana: «Cuando uno ve que solo queda un medio para salvar al enfermo, y que este medio es dudoso á la par que arriesgado, si el resultado no es feliz, el público echa la responsabilidad toda sobre el médico: en este caso el falso político solo atenderá á esta circunstancia, y preferirá que muera el enfermo al recelo de ser tenido por autor de su muerte, y no ensayará lo que tal vez podia salvarle. Pero el médico probo tiene siempre por norte la salud de un hombre: conoce que prefiriendo su propia reputacion obraria como egoista y violaria la mas santa ley de la medicina: sabe que la intencion y no el resultado determina nuestras acciones, y que por lo mismo debe solo consultar su deber y su conciencia, sin inquietarse por lo que pueda sobrevenir: pone en ejecucion sin vacilar el medio dudoso, y se complace ó de ver que un éxito feliz ha coronado su noble conducta, ó del triunfo todavía mayor de haberlo sacrificado todo á su deber: cuanto mas ingratos se le muestren los hombres, tanto mas superior se considerará interiormente á los juicios de aquellos: su

conciencia le recompensará mejor de lo que pudieran hacerlo los hombres, ni la mundana nombradía.» (*Euchiridion medicum.*)

No calificará el médico católico de extraño ni severo al citado lenguaje, como que es la espresion de su deber y la voz de su conciencia. Citaremos tambien algunas palabras notables del grande Hufeland, de esta celebridad de la sabia Alemania: «Piensa siempre lo que eres, y lo que debes á los demás. Sacerdote del sagrado fuego de la vida te ha hecho Dios; y constituido el dispensador de sus mas bellos dones, cuales son la salud y la vida: en beneficio de tus semejantes te ha confiado las ocultas fuerzas que depositára en el seno de la naturaleza. ¡Sublime y santa mision! Llénala dignamente, no en ventaja tuya, no por el afan de nombradía, sino para gloria de Dios y salud de tus hermanos. Dia vendrá en que te se pedirá cuenta de ello.» En otra parte añade: «Si peligra la vida del enfermo, para salvarle arriésgalo todo, hasta tu propia fama. Olvídate casi siempre de ti, para pensar solo en los enfermos. Despues del servicio del altar la mas sublime mision del hombre es el ser sacerdote del fuego sagrado de la vida; esto es, ser médico... ¿Crees tú que al comparecer un dia ante el trono de eterna verdad se te preguntará: en qué sistema fundaste tu práctica, si fuiste fiel al que abrazaste, si le has honrado? ¡No! Se te dirá: En bien de tus semejantes habiate confiado las maravillosas propiedades que depositára yo en la naturaleza y en sus producciones: ¿en qué las empleaste? ¿fué para la salud del linaje humano, con reconocimiento y adoracion? ¿ó para aumentar tu fama y tu fortuna? ¿En todos tus estudios y acciones tuviste por norte la verdad, el bien de tus hermanos, ó tu personal interés?» (*Manual de medicina práctica.*)

## § II.

Para llegar al grado de perfeccion moral que de los médicos exige el célebre proto-médico del rey de Prusia tras cincuenta años de práctica médica, se requiere algo mas que la simple moralidad ó probidad ordinaria; mas poderoso apoyo se necesita, un auxilio sobrehumano, sobrenatural. Y ese apoyo prepotente, ese sublime auxilio enciérrase tan solo en las convicciones profundamente religiosas; el sagrado fuego del sacerdocio médico, de que nos habla Hufeland, reside esclusivamente en el santuario de la conciencia católica.

No os equivoqueis empero acerca del valor real é intrínseco de esas espresiones generales; no os hagais ilusion hasta el punto de creer que para ser médico cristiano basta profesar profundo respeto á la religion, ensalzándola y honrándola con los labios; (pues materia es esta acerca

de la cual es mas fácil decir bien que obrar bien.) Por otra parte, en el actual estado de nuestras costumbres cortesés y áticas, seria hasta ridículo hablar contra la religion; fuera impolítico y comprometeria al médico. Entrando por fin de lleno en la cuestión, sin disfráz ni embages, os digo, que debemos poner el dedo en la llaga, hablando vulgarmente, aunque sea armado con el hierro ó el fuego; y esa llaga es el abandono de las prácticas fundamentales de la religion, que consisten esencialmente en la pública manifestacion del culto exterior, en frecuentar los sacramentos de la Iglesia, asistir á los divinos oficios, al santo sacrificio de la misa, en una palabra, en la exacta observancia de los mandamientos de Dios y de la Iglesia. Ahí tenéis el punto fundamental, la práctica inicial que tenemos por mira, sin la cual todo lo demás quedaria herido de eterna y radical esterilidad: y esa práctica inicial, esencial é indispensable que da, conserva y perpetua la vida es la *confesion*; ya que es fuerza llamarla por su nombre. Esta palabra admirable, esta fórmula sublime *confesion* no debe causar espavientos á los facultativos, no: este nombre encierra la mas alta filosofía, esto es, la filosofía inefable que reconcilia al hombre con Dios.

Sí, para la salud de las almas instituyó Jesucristo la recepcion de los sacramentos, que hacen á los hombres verdaderos cristianos. Sin estos medios sobrenaturales, y sin los auxilios de la divina gracia que ellos confieren, impotente es el hombre para practicar virtud alguna útil y meritoria con que alcanzar la salvacion eterna. Virtudes morales podrán practicarse, cual hicieron los filósofos paganos, pero no virtudes cristianas, hijas esclusivas de la fe y de la gracia.

Pero se dirá tal vez: ¿Qué extraño lenguaje dirigido en el siglo xix al sabio areopago médico de la Francia! ¿Qué rudo y bárbaro acento hiere nuestro oido? Si este desconocido, de palabras poco áticas y de formas abruptas, no tiene nada que le haga digno de compararse con el filósofo sublime (a) que siglos atrás compareció ante la academia del pueblo mas civilizado de la tierra; por lo menos su intencion es ser útil á sus hermanos, á costa de cuanto mas ama en el mundo, y aun de su misma vida, si fuese preciso.

Si posible fuera que alguno de nuestros apreciados y honorables colegas mirase estas palabras de verdad y caridad cristiana cual discurso estemporáneo, ó fastidiosa homilía, compadeciéramosle sinceramente, rogando á Dios por él, y lamentáramos el fatal y malaventurado destino de los médicos, de esos hombres tan necesarios y tan consagrados á la sociedad; de esos hombres eminentemente preciosos, en cuyas

(a) San Pablo.

manos hay tantísimos medios de santificación ; pero que por desgracia serán sin mérito en el orden de salud eterna, si no los fecunda el vivificante espíritu de la fe y la divina influencia de la gracia. ¡Cuán fácilmente puede el médico cristiano procurarse la eterna salud por medio de su profesion que rebosa en amor y caridad !

Si S. Francisco de Sales en su sublime ingenuidad, no dudaba asegurar que todos los posaderos serian santos, por poco bondadosa y complaciente que fuese su interesada hospitalidad para con los forasteros, ¿qué no podremos decir del generoso proceder de los médicos con los enfermos pobres, de quienes no recibirán salario, ni recompensa alguna? ¿Quién podrá enumerar las ventajas y méritos del médico, si con cristiana y noble conducta en su profesion sublime representa toda la plenitud de su sacerdocio y del honroso mandato que la sociedad le ha confiado? *Tanta est inter Deum, religionem, et medicum connexio, ut sine Deo et religione nullus exactus medicus esse queat.* Esta reflexion de Broëtiche encierra una grande verdad moral y religiosa. «No se arroga el médico religioso, dice el doctor Monfalcon, absoluto imperio en la vida y salud de los hombres; no pretende trazar caprichosamente la marcha de las enfermedades, ni se considera el Dios de la naturaleza; sino que lo encomienda todo al Ser soberano, cuyas luces invoca, cuyo auxilio fervoroso reclama.» Póngase ante todo el médico bajo los auspicios de Dios, dice Hipócrates. *Primum à divinis numinibus auspicietur.* (De fæmin. natura.) El admirable anciano de Cos se espresa en otra parte del modo que sigue: *Medicus enim vir sapiens philosophus-ve Deo pax et similis.* (Lib. de prob. et honest.)

Siendo los médicos, por lo regular, los hombres mas instruidos de la sociedad, particularmente en cuanto concierne á las operaciones y secretos de la naturaleza, debieran por lo mismo estar mas cerca de la Divinidad, tenerla en mas alto concepto, y con intuicion mas inmediata é íntima. Y efectivamente ¿hay algo que remonte mas el alma hácia Dios que el maravilloso espectáculo de la organizacion del hombre, ó el mas ó menos perfecto conocimiento del organismo humano? ¿Quién desconoce el sublime pasaje de Galeno con todo y ser gentil? «No me detendré, dice en su tratado *De usu partium*, en refutar tales estravagancias, pues fuera deshorrar la santa causa que ellos han atacado: por toda respuesta voy á componer en honra del Criador el solo cántico digno de él. No le ofreceré por cierto holocaustos ni perfumes: daré á conocer cuan grande é infinito es su poder al par que su sabiduria en la admirable composicion de las partes del cuerpo humano. Veo en ella el testimonio mas cierto de su inefable bondad, y un manantial de eternas acciones de gracias que debemos tributarle por tantos benefi-

cios! Galeno, el mas aventajado de los médicos despues de Hipócrates, esclama que su libro es un himno á la gloria de la Divinidad. ¡ Una sencilla esposicion anatómica encierra un himno á la gloria del Eterno! Deberá parecer estraño este lenguaje á los hombres sin fe y sin Dios, esto es, á los falsos sabios, á los escépticos, materialistas, panteistas y ateos; pues todo se reduce y resume en esta última y horrible palabra: ¡ateo! Los médicos, empero, verdaderamente sabios y dignos de este nombre, ven do quiera, en la ciencia de la naturaleza y del hombre, el sublime sello de la soberana inteligencia y la indestructible impresion del dedo de Dios. Relativo al objeto que nos ocupa escribimos en otra obra (*Fisiología humana*) el pasaje siguiente: ¡ Qué maravilloso espectáculo se desarrollará luego á nuestros ojos al contemplar las obras maestras de mecánica é hidráulica en el corazon y en el sistema circulatorio! ¿ Existe algo en el mundo que ponga en mayor evidencia la prepotente sabiduria de la naturaleza, ó diré mejor, la magnífica é incomprensible economía de la providencia de Dios? Hasta en la mas sutil fibra de la organizacion humana resplandece la mas sublime filosofía. Respetuosa se inclina la ciencia ante tan majestuoso espectáculo; apodérase del alma una impresion divina; y le arranca un grito de admiracion, de alegría y de amor. Contemplan los ateos, si es que los hay, contemplan de buena fe en un anfiteatro de anatomía los magníficos fragmentos del hombre, y se verán precisados á reconocer una suprema inteligencia, una eterna sabiduria, y á cantar en fin, como dice un sabio gentil, un himno á Aquel que *Es*.

Dijimos en otra parte al hablar del cerebro: Asistid á una autopsia cadavérica, ó contemplad al menos con los ojos del espíritu los imponentes restos del hombre, las magníficas ruinas del palacio del alma; considerad con respeto y con admiracion ese antiguo santuario, esa terrestre morada de una inteligencia venida del cielo, y hecha á imágen y semejanza de Dios, y esclamareis con el santo Job: *Gloria soli Deo, qui facit magna et inscrutabilia*. ¡ Obsérvese el cerebro, « ese órgano-rey, segun la poética espresion del doctor Reveille Parise, donde reside la conciencia del ser, la inteligencia, el yo; vaso mil veces mas frágil que el barro, y que sin embargo encierra el tesoro del pensamiento!... ¡ Qué! ¡ en esa pulpa blanquizca, mole corruptible, combinacion de un instante se encuentran el imperio y el asilo de la razon, el laboratorio donde se amasa, se elabora el saber humano, y donde se forman inmortales concepciones! ¡ En el espacio comprendido entre la apófisis *crista-galli* y la cresta occipital interna, es decir, en el estrecho espacio de algunas pulgadas, fórmanse las ideas de Dios, del infinito, de la eternidad! Y efectivamente, el cerebro, verdadera

*siliqua mentis immortalis*, como dice Van-Helmont, forma la indispensable condicion de la inteligencia; habitáculo del alma, solo en él reside la evidente manifestacion del ser inmortal en el ser perecedero: sublime prueba de la nada y de la grandeza del hombre.»

Hablando en otra parte tambien del cerebro y del alma, añadíamos: Son los sentidos centinelas avanzadas colocadas en los limites de la existencia, los cuales con ayuda de la correspondencia activa y casi incesante de los nervios, transmiten á la soberana, sentada en su trono, todo cuanto pasa fuera, esto es, en el mundo exterior. Esta soberana, pues, es el alma; su trono ó su palacio es el cerebro, centro al mismo tiempo de su gobierno. (Véase nuestra *Fisiología*, 2.<sup>a</sup> edicion.)

En una noticia anónima concerniente al médico inglés Cheyne se lee lo siguiente: « Debemos decir en honor de los profesores de medicina que los mas grandes inventores en dicha ciencia y los mas célebres prácticos no alcanzaron menor nombradía por su piedad que por la estension de sus conocimientos; y no debe por cierto admirarnos que, llamados por su profesion á escudriñar los mas recónditos secretos de la naturaleza, sean los que están mejor penetrados de la sabiduría y bondad del Criador. Esta ciencia ha producido tal vez en Inglaterra un número mayor de varones famosos por el ingenio, el talento y la ciencia, que ningun otro ramo de nuestros conocimientos.»

Citaremos aun al célebre Morgagni, quien repetía con frecuencia que *sus conocimientos en anatomía y medicina habian puesto su fe al abrigo hasta de la tentacion*. Un dia exclamaba: ¡Oh! ¡si pudiera amar yo al Omnipotente cual le conozco!

Es pues necesario que el médico cristiano lo refiera todo á Dios, que solo obre segun las miras de Dios, de la salvacion eterna, y del bien de sus hermanos y de la humanidad, intereses sublimes que concilia la caridad. Repetimoslo: debe el médico ante todo cuidar de su salvacion; lo cual está en el orden de la verdadera caridad y de la voluntad de Dios.

¡Cuán digno de lástima fuera este hombre generoso si tras haber prodigado su afecto y abnegacion, sus penas y fatigas y sacrificios de todo género en provecho de los demás y de la humanidad, hubiérase tan solo olvidado de si mismo perdiéndose así sin recurso y para siempre! No compele el deber á amar mas al prójimo que á si mismo.

Si los apreciables autores que han escrito sobre la religion, la moralidad y los deberes de los facultativos, cuales fueron entre otros los doctores Balme, Monfalcon, Cruveilhier, Brachet, Max-Simon, Scoutetten, etc., no emplearon todos el mismo lenguaje que nosotros, circunscribiéndose en el estrecho y cómodo círculo de las generalidades,

recomendando la práctica de las virtudes morales y sociales, comprendemos su posición, es decir, su reserva como autores, profesores y académicos: cautelosas reservas que, á nuestros ojos, no son lo que hace mas recomendables á sus producciones literarias.

En cuanto á nosotros, nuestro carácter particular y nuestra posición libre é independiente nos permiten, y aun nos mandan publicar la verdad entera; ó al menos cuanto consideremos como verdadero, íntimamente convencidos de que es mil veces preferible decir la verdad á los amigos, que adularlos: aquélla descubre los errores, las preocupaciones, ó los vicios; mientras que la adulacion los mantiene y perpetua.

Otro punto se presenta ahora, pero importantísimo, de infinita consecuencia: hablo de la fe religiosa del médico.

### § III.

La mayor parte de los médicos, preciso es decirlo, están faltos de creencia religiosa, de fe católica, y como necesaria consecuencia no cumplen con las prácticas de la religion. Los que no creéis, no sereis justificados, aunque digais: Quisiera creer, pero no puedo.—No quereis creer, porque no quereis observar las prácticas: luego alguna pasión interesada impide que seais creyentes. Hablando nueve ó diez años hace, en otra obra, de los incrédulos, dijimos: «Todo lo ponen en duda, porque nada quieren creer, precisamente para abstenerse de toda práctica. Si las pasiones humanas viesan algun provecho en negar los axiomas de geometría, no faltáran gentes que lo hicieran. Así la incredulidad filosófica produce la incredulidad absoluta, la religiosa, la moral y social, esto es, en último analisis, la abolicion de todos los deberes del hombre para con Dios y la sociedad.»

Los incrédulos, dice el sabio Bergier, afirman que no pende de ellos el convencerse en materias de fe. «Pero es falso, añade: conocemos, sentimos íntimamente que depende de nosotros el ser dóciles á la palabra de Dios y á la gracia que hácia él nos llama; así como tambien el ser tercios, resistiendo á entrambas. Nada hay mas comun en el mundo que los hombres que voluntariamente cierran sus ojos á la luz.»

Decis que no podeis creer, y sin embargo dais crédito á la palabra del hombre, ser de un día, ser contingente y en extremo falible; y rehusais creer la palabra de Dios, del Ser eterno, esencialmente infalible, en una palabra del Ser necesario, es decir, del Ser que no puede dejar de existir. ¿Puede darse mayor despropósito, mayor inconse-

cuencia, mayor absurdo? Desarrollemos algun tanto mas este elevado pensamiento de la fe bajo una forma silogística.

No hay en el mundo quien comprenda cuanto cree; luego no hay necesidad de comprender para creer: los mismos médicos son de ello la principal prueba. ¿Comprenden los misterios de la vida, la digestión, la nutrición, la generación, el movimiento muscular bajo el imperio de la voluntad? No obstante todos creen por invencible fuerza en esos fenómenos y en esos actos vitales.

*Creo todo cuanto concibo existente ó posible.*

No creo pues aquello cuya existencia real ó posible no concibo: siguiendo de ahí que no puedo creer que la materia piensa; porque esto no es, ni puede ser. Dios no puede hacer lo que implica contradicción, ni puede mudar la esencia de las cosas, quiero decir, que Dios no puede hacer que una cosa deje de ser lo que es, y lo que quiso que fuese. Si la materia llegara á pensar, no seria materia. Equivale todo esto á decir que Dios no puede hacer que un círculo sea cuadrado, ni que un cuadrado sea círculo, ó que un triángulo no tenga tres ángulos, etc.

Infinita es la distancia de la nada al ser; luego el que pudo salvar esta distancia domina lo infinito, y él mismo es infinito. Pero infinito y perfecto significan una misma cosa, es decir, Dios; luego Dios es infinitamente perfecto. Siendo infinitamente perfecto, al crear al hombre hubo de proponerse un objeto, un fin; mas como que Dios es perfecto, dignos deben ser de él este objeto y fin, esto es, perfectos; y como tan solo Dios es perfecto, se constituyó á sí mismo el fin á que debe tender el hombre; luego para sí le crió Dios, para Dios existe, y á Dios pertenece: luego el hombre no se pertenece á sí mismo; y la libertad de que goza, y el poderío que sobre la naturaleza ejerce, dones son del Criador, y por ellos le debe homenaje lo mismo que por su misma persona; porque á cada cual debe dársele lo que le pertenece. A Dios debe pues el hombre el homenaje de todo su ser, y al rehusárselo comete una atroz injusticia; usurpa á Dios lo que le pertenece; dispone de lo que no es suyo, sustráese á su voluntad suprema, rebélase contra su Señor soberano, y en su rebeldía es infinitamente culpable, porque ultraja á la majestad infinita: merece pues el hombre castigo infinito, en duracion al menos, como veremos luego.

Impórtale pues sobremanera al hombre conocer en qué consiste el homenaje que por completo debe hacer de sí á Dios. ¿Quién nos lo enseñará? Dios solo: y efectivamente, fuera ridículo que un criado quisiese arreglar el servicio que debe á su amo, y muchísimo mas ridículo seria todavía en la criatura prescribir la forma y naturaleza del

homenaje que debe á su Criador. Luego Dios habló necesariamente, revelando su voluntad al hombre (1). ¿Cual es la religion revelada? ¿Las hay muchas? Un solo Dios hay, y por esencia verdadero: la verdad es una; luego no puede haber sino una religion verdadera; ó en otros términos: existen relaciones entre Dios y el hombre; de autoridat soberana de parte del primero, de absoluta dependencia por parte del hombre. La expresion de dichas relaciones es la religion; pero como esas relaciones derivan de la naturaleza de Dios y de la del hombre, son por necesidad verdaderas é invariables: luego su expresion, ó sea la religion, es necesariamente verdadera é invariable, y por consecuencia *una*. En efecto, cada religion ofrece en si misma, y todas entre si, manifiestas contradicciones; luego no puede Dios ser autor de ellas, como que no puede á un mismo tiempo decir *si* y *no*, ni que una cosa sea á la vez buena y mala. — Solo la religion católica está exenta de contradiccion; antes bien está radiante de razon y de verdad. Debe pues el hombre *razonable* abrazar la religion católica, única que satisface plenamente á la razon; pues procede de Dios, y se hizo para el hombre: verdades augustas son sus misterios, que pertenecen á la Divinidad; y como que esta es infinita, en tanto que el hombre es limitado y finito, no puede este comprender lo que es Dios, y debe hallar misterios al tratarse de Dios. Así debe creerlos; pues que teniendo á la Divinidad por objeto, son no solamente posibles, si que tambien formalmente realizados. Síguese pues que el hombre debe creerlos; porque senté como principio que *creo todo cuanto concibo existente, ó pudiendo existir*. Luego los misterios, en vez de rebelarme contra la religion católica, me prueban que es ella divina (2).

(1) Dice Platon en su *Epinomis* que ninguna criatura mortal puede tener ideas ciertas acerca de la religion... En el segundo *Alcibiades* pone en boca de Sócrates estas palabras: «Es necesario aguardar que algun genio celestial venga á instruirnos del modo como debemos conducirnos con los dioses y con los hombres. Vale mas diferir hasta entonces la ofrenda de los sacrificios, por no saber si seremos agradables á la Divinidad.» — En el libro 4.º de *las leyes* dice que se debe acudir á Dios, ó esperar que descienda del cielo quien nos instruya tocante á la religion. Quiere en el 5.º que se consulte al oráculo acerca del culto de los dioses; porque, dice, nuestra ignorancia con respecto á esto no nos permite dirigirnos por nosotros mismos.

Simplicius en el *Manual de Epicteto* dice, que solo Dios puede indicarnos el modo de hacérsenosle favorable.

Dice Jamblico que el hombre debe hacer lo que sea grato á la Divinidad: aunque, añade, no es fácil conocerlo, á menos que el mismo Dios nos lo haya enseñado.

En sentir de Próculo nunca conoceremos lo que atañe á la Divinidad, si no estamos iluminados por una luz celestial.

Véase pues establecida la revelacion por los mismos gentiles.

(2) Sospechosa me pareciera la religion, dice M. de Frayssinous, si no la ce-

Díceme la razón que me debo todo á Dios, y la religion católica reclama efectivamente un homenaje, por el cual se consagre todo el hombre á Dios: le consagra el entendimiento, al creer misterios que no comprende; el corazon, al posponerlo todo al amor divino; y el cuerpo, empleándose en servicio del Criador, y obedeciendo su santa ley. Díceme la razón que Dios posee todas las perfecciones; muéstrame la religion católica que su bondad es infinita y que crea al hombre para una dicha infinita. Díceme la razón que Dios ama soberanamente el bien, y aborrece al infinito el mal; y la religion católica me enseña que recompensa Dios eternamente al hombre virtuoso, y condena al culpable á tormentos eternos.

Pero ¡qué! ¿un delito, un placer momentáneo recibirán inconcebibles y eternos suplicios? Sí; debo renunciar á mis principios y á mi razón, ó creerlo. No castiga Dios propiamente la accion del hombre, castiga sí su mala intencion. El loco que comete un asesinato no es criminal á los ojos de Dios, ni á los de los hombres; pero el que comete un crimen, lo comete con todo su corazon, y Dios le castiga totalmente, siempre. El hombre culpable quisiera ejecutar siempre los delitos que ama; y Dios castiga eternamente aquel deseo, aquella mala voluntad de hacer eternamente daño. Supuesto ese aborrecimiento eterno para con el Criador, que no fué révocado, no fuera Dios infinitamente justo si obrase de otro modo.

Véase, por decirlo así, una *teoría filosófica* de la fe, y al mismo tiempo un resumen de toda la economía de la religion católica: esto para el entendimiento y la razón. Hablemos ahora por lo que concierne á la fe y al corazon.

#### § IV.

El incrédulo os dice: Yo bien quisiera creer; empleo cuantos medios considero adecuados para proporcionarme el precioso tesoro de la fe, y no puedo alcanzarlo.

A las personas de ese carácter contestaremos: ¿Queréis reconciliarnos sinceramente con la religion, y obtener el inapreciable don de la fe? pedidlo pues, rogad. *No existe religion sin oracion*, ha dicho Voltaire. (*Ensayo sobre las costumbres y el entendimiento.*) Pedid la fe á Dios, *sin la cual*, dice Rousseau, *ninguna virtud verdadera existe.* (Emilio.) Si rehusais la autoridad de estos dos patriarcas, de estos dos

láran los misterios: por invencion humana la tuviera, creyendo reconocer el sello de un impostor hábil que no quiso desconcertar ni aterrorizar la razón de sus semejantes.

doctores galicanos, no podreis rehusar ciertamente la del doctor por excelencia, la del grande doctor de las naciones. Escuchad su oráculo, que la cristiandad toda abraza con inclusion de la disidente: «Sin la fe es imposible agradar á Dios.» *Sine fide impossibile est placere Deo.* (Heb. 11-6.) Pedid pues la fe, y la obtendreis; diré mejor: si con instancia, llenos de sinceridad y humildad la pedis, empezando por las prácticas que ella os manda, por ese solo hecho ya la poseeis. No hay necesidad de sentir desde luego la impresion sensible de la fe. No es en el sentimiento que se halla la virtud, puesto que no está en la mano del hombre el evitarle, sino en la voluntad en la que el hombre ejerce un completo dominio. Decid pues con el varon del Evangelio: *Credo, Domine, adjuva incredulitatem meam*: ó con los apóstoles: *Domine, adauge nobis fidem*. Nada en fin se deniega á la oracion: *Quaecumque volueritis, petetis et fiet vobis.* (Joan. 15-7.)

¶ Pero como no faltan talentos limitados que pudieran considerar estas aserciones como vagas y generales en demasía, ved ahí un medio práctico mas seguro, pronto y eficaz: consiste en empezar toda la obra de la conversion por la confesion. Este acto humilde y sumiso, lleno de la fe práctica, será fecundo manantial de luces, de gracias, de valor, de dulzura inefable y de inmensos consuelos. (Véase la 1.<sup>a</sup> parte, capitulo IV, donde hablamos de la confesion.)

¶ Y por qué no haceis ahora bien y con fruto lo que quizás (por no decir probablemente) al terminar vuestra vida hareis mal y sin fruto? Si, en el trance de la muerte, en aquel terrible trance será necesario cumplir con este acto decisivo y de religiosa solemnidad, ó morir rechazando los sacramentos de la Iglesia, es decir, de un modo lamentable, como impio y réprobo; ó en otros términos, ¡horroriza decirlo! morir *sin la gracia y la misericordia de Dios!* Hemos conocido una santa persona que, en sus postreros momentos, decia á un sobrino suyo: *¡Oh! amigo mio ¡cuán dulce es el morir en la misericordia de Dios!!!* Este sobrino que guarda preciosísimamente en su corazon aquellas sublimes y consoladoras palabras, es en la actualidad uno de los médicos mas piadosos, caritativos y sabios que conocemos.

¶ Y precisamente estas tres cualidades, esto es, la piedad, la caridad y la ciencia son las que constituyen los principales elementos de la verdadera dicha del médico cristiano. Pues los facultativos incrédulos ó irreligiosos, como en general los incrédulos todos, no son verdaderamente felices, ni pueden serlo; porque carecen de la paz con Dios y con su conciencia. Preciso es que se cumpla el oráculo divino: *Non est pax impiis.* (Isaías 57-21.) Nunca disfrutan de aquella pura é inefable alegría del corazon, que concede la paz del alma y el testimonio de

una buena conciencia. Un fondo de tristeza y amargura, un indefinible malestar moral se apodera paulatinamente de ellos, haciéndoles la vida insufrible, y arrastrándolos á aquel funesto *tædium vitæ* cuya frecuente peripecia es conocida en los hombres sin fe, esto es, sin recurso contra los malos dias de la vida. Reducido es el número de los médicos que adquieren el brillo de la nombradía y las fruiciones de la fortuna: y ¿es muy permanente esa sombra de felicidad? Por esperiencia sabemos todos cuan frágiles son los bienes de la fortuna. Hace largo tiempo que se dijo: *Fortuna vitrea est, dum splendet frangitur*. Si no quiebra la fortuna, el poseor es quien se quiebra. Dupuytren y Lisfranc con su fama y sus riquezas no llegaron á los sesenta años de edad. *Sic vos non vobis*.

Empero el médico religioso, contento siempre y alegre, suceda lo que suceda, vive siempre dichoso. Justo y verdadero sabio es el filósofo cristiano que recibe con calma y serenidad las aflicciones que Dios le envia; porque acrisolado debe ser antes que purificado el justo, el hombre de bien. Porque fuiste grato á Dios, dijo el ángel Rafael á Tobias, debió acrisolarte la tentacion. *Quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te*. (12-13.) Firme y tranquilo permanece el filósofo cristiano en medio de ruinas: *impavidum ferient ruinæ*... Ni mundana tempestad le aterra, ni acacimient humano le abate; porque está arraigado en la indestructible roca de la fe. Este poderoso principio de accion le hace firme y capaz de todo: quien cree, todo lo puede: *Omnia possibilia sunt credenti*. (Marc. 9-22.) Viajero de un dia por estrañas regiones, mira como accidentes del viaje todos los acontecimientos de la vida, que el vulgo llama desdichas. Prosigue su marcha por la senda del tiempo, sin hacer alto hasta entrar en el reposo de su eterna y verdadera patria.

¿Qué vale cerrar los ojos ante las grandes y terribles verdades que nos presenta la fe del género humano? No será duradera la ilusion: fortuna, gloria, honores, nombradía, placeres, todo pasa; el tiempo lo arrebatá y la muerte lo devora. Nada permanece fijo é inmutable; todo fenece, menos la verdad de Dios que subsiste eternamente. *Veritas Domini manet in æternum*. (Ps. 116.) Por mas que los hombres piensen, digan ó hagan, quedan las cosas lo que son. Entre pasadas y futuras ruinas humanas sobrevivirán siempre las verdades católicas, y al dar la hora suprema acosarán y abrumarán con terrible resplandor á los que hasta el fin las habrán rechazado. Sí; espantosa y terrible es para el impío la luz de la muerte. *Mors peccatorum pessima*. (Ps. 33.)

Vamos ahora á referir, á recordar al menos, algunos hechos de incrédulos tristemente célebres.

¿En qué estriba muy á menudo la incredulidad ó el escepticismo de nuestros médicos, espíritus-fuertes? En un *tal vez*, un *ignoro lo que sea*, un *no lo comprendo*: como se ve por el notabilísimo ejemplo de Barthez. «Inmediato á su fin postrero este célebre médico (murió en 1806) un sugeto recomendable, que estaba muy relacionado con él, fué á verle, con la esperanza de hacerle aceptar los religiosos consuelos que tan gratos debian parecerle en situacion tan apurada: hallóle, como presumia anticipadamente, triste, inquieto, sombrío. A cada instante descubriase la agitacion y angustias del enfermo, que en vano trataba de disimular. Conmovido su amigo al presenciar tales sufrimientos, le habló de la religion, única capaz de dulcificarlos; pero largo tiempo habia que la duda estaba posesionada de aquella alma, de modo que era incapaz de abrazar creencia alguna.—¿Crear? dijo Barthez; solo los tontos creen algo.—¿Y la materia, los cuerpos?—Ignoro lo que sea, ni lo que se pretende decir con eso.—¿Pero la conciencia?—Fruto es de las preocupaciones: si otras se me hubieran inspirado en mi infancia, creyera bien todo cuanto ella cree mal, y ninguna agitacion me causara ahora.—Pues qué ¿no existe cosa cierta? ¿No es preferible, por ejemplo, alimentar á su padre que degollarle?—Señor mio, contesta el enfermo, hablándoos con toda franqueza, no sé sobre qué principio puede en buena filosofia apoyarse para decidirlo.—En fin, las matemáticas ¿no tienen en vuestro concepto alguna certitud?—Veo en las matemáticas una cadena de consecuencias perfectamente enlazadas: por lo tocante á la base, nada sé.—Pero ¿estais seguro de que nada teneis que temer?—Lo ignoro.—Algunos dias despues Barthez no existia. No creer cuando quisiera creerse, cuando se ve que es ventajoso y necesidad, es el castigo de no haber creido por una criminal resistencia de la voluntad, cuando la razon impelia con todo su peso hácia la verdad manifiesta. Rechazando el entendimiento pervertido toda conviccion, no queda mas doctrina que el escepticismo absoluto.» (*De la indiferencia en materia de religion*, t. 1.)

Véanse algunos pasajes de la profesion de fe de Broussais; esta declaracion del doctor se intitula: *Exposicion de mis opiniones y expresion de mi fe*. Esta publicacion póstuma insertóla M. de Montegre en la noticia histórica que publicó acerca de Broussais.

«Participo de la opinion de los que creen que una inteligencia lo ha coordinado todo: busco si puedo concluir que ha creado; pero no lo puedo, porque la esperiencia no me presenta la representacion de una creacion absoluta: solamente las concibo relativas, las cuales no son mas que modificaciones de lo existente, cuya única causa apreciable para mí se contiene en las moléculas ó átomos y en los flúidos imponderables

que hacen variar sus actividades; pero ignoro qué cosa sean los imponderables, ni en qué difieren de ellos los átomos; porque respectivamente á esto, ni los físicos ni los químicos han llegado al último término, y temo por lo mismo representarme quimeras.

»Puntos son estos, de los cuales confieso que tengo conocimientos incompletos en mis facultades intelectuales, ó en mi sensorio, y me queda el sentimiento de una inteligencia coordinadora, á la cual no me atrevo á llamar creadora, *si bien ella debe de serlo*; no veo, empero, la necesidad de dirigirle mas culto exterior que el de ejercer, mediante la observacion y el raciocinio, la inteligencia para enriquecerla con nuevos hechos, dando pábulo á los sentimientos elevados; porque tienden á la felicidad del hombre social, esto es, obligado á vivir con sus semejantes.

»Nada temo ni espero en el porvenir; pues no sé representarme otra vida.

»No temo espresar mi opinion, ni esponer mi profesion de fe, convencido como estoy de que no destruirá la felicidad de nadie. Tan solo adoptarán mis opiniones los que estuvieren organizados para tenerlas.

»Por mas que se me haya dicho: la naturaleza no ha podido hacerse á sí misma; luego una poderosa inteligencia la creó.—Contestaba yo: sí, pero no puedo formarme una idea de esta omnipotencia.—Tan luego como supe por la cirugía que una porcioncita de pus, acumulada en la superficie del cerebro, destruia nuestras facultades, y que reaparecian estas con la evacuacion de aquel pus, ya no fui dueño de concebirlas sino como actos de un cerebro viviente, aunque ignorase yo qué cosa fuera el cerebro, como igualmente la vida. Así pues los estudios anatómicos, físicos y químicos no me han hecho mas ni menos creyente; quiero decir, capaz de figurarme con conviccion á un Dios obrando cual hombre multiplicado, y una alma haciendo mover á un hombre; porque esta alma me parecia un cerebro obrando, y nada mas; aunque yo no pudiese decir el cómo obraba...»

Broussais reconoce una inteligencia coordinadora, y no se atreve á llamarla creadora, *aunque ella deba de serlo*. Luego niega lo que afirma él mismo que es *necesario*, esto es, *lo que debe ser*. Cree Broussais tan solamente en lo que puede representarse: luego creeria en una infinidad de contingencias que pudo representarse; y rehusa creer en una inteligencia creadora, esto es, en el *Ente necesario*.

Nada teme ni espera Broussais en el porvenir; porque no puede representarse otra vida.

Negar la vida eterna, es dar un mentis á todo el género humano, poniéndose en oposicion con todos los pueblos del universo. En materia de tamaño interés, la altanería de rechazar la constante y universal creencia del mundo entero, es á mi ver una insigne locura, ó un estúpido embrutecimiento, á que arrastra un inconcebible orgullo.

Broussais concibe los actos de un cerebro viviente; mas esto no le impide decir inmediatamente, que no sabe lo que sea un cerebro, aunque se lo pueda representar sin duda; eso no obstante, asegura que el alma, á la cual no conoce, es tan solo el cerebro obrando, al que no conoce tampoco. No conoce á un *Dios obrando*, no conoce la vida; desconoce la potencia inteligente que ha creado la naturaleza, no conoce ni los átomos, ni los imponderables; y ¡cosa admirable! de todas esas incógnitas compone Broussais lo que él llama su profesion de fe. Mas ¡qué clase de profesion de fe es aquella que consiste en no conocer, en no creer cosa alguna!

Citaremos por último otro hecho de incredulidad, tomado de la clase elevada ó erudita de la sociedad; porque en ella se encuentran mas fácilmente, como que allí domina por lo regular el orgullo: y no se me diga que hay en ella mas sólida y elevada razon; porque os responderé que un hombre del pueblo que sabe bien el Catecismo, posee una razon mas elevada que todos los filósofos del mundo. El Catecismo católico es la espresion de la mas alta razon moral y social; si, el Catecismo es la mas sublime filosofia que existe sobre la tierra. Vamos pues al hecho mencionado ya. Hace algunos años que conversando el superior de uno de nuestros conventos con un capitan general, este le dijo: ¡Qué existencia es la vuestra! no disfrutais ninguno de los goces de la vida; vivís en la oscuridad y en un silencio contrario á la naturaleza. Sois ciertamente desdichado.—Segun la mundana opinion que solo atiende á los goces materiales, lo seremos, contestóle el digno superior. —¡Ah, ya os entiendo! Oidme: vuestras virtudes y franqueza me obligan á estimaros y amaros; necesario es que os diga que en esa vida, para vos llena de delicias, yo tambien fui dichoso: yo era seminarista, creia y practicaba. La revolucion me arrebató del estado religioso; fui esclavo de mis pasiones y del mundo, y ya no fui siervo de Dios. Colmado ahora de honores y riquezas, quisiera creer, y no puedo. Os admiro, envidio vuestra felicidad; y me veo en el caso de hablar de ella, lo mismo que los que no la comprenden. Detesto toda religion que no sea la vuestra. Sí, la vuestra únicamente habla al corazon, satisface al alma; pero no creo en ella, y por lo mismo vivo sin religion.

¿Y por qué no creéis? repuso el piadoso abad.—Es imposible, des-

vaneci6se mi fe.—Considerad no obstante que se os estima, se os honra, encomianse vuestra lealtad y sobre todo vuestra inalterable probidad: dad un paso mas, y quedarán santificadas todas vuestras escelentes cualidades. ¿No es Dios aun vuestro padre como lo es nuestro? ¿creeis que no pueda derramar sobre vuestra alma desecada y muerta una centella de esta fe divina que os haga revivir, comunicándoos inefables dulzuras, que os impide gozar en todos los bienes terrenos vuestro escepticismo?—Perdi la fe, y lo siento; pero no puedo recobrarla, y asi no hablemos mas de esto.—El incomprendible general cambiaba de discurso, porque no podia reprimir una involuntaria emocion que se apoderaba de su alma trastornada. Las palabras de fe que descendieron en aquella pobre alma, pudieran ser un principio de conversion tratándose de un hombre que practicaba ya muchas virtudes morales. Puede pues esperarse que, habiendo recibido en otro tiempo la instruccion religiosa en un seminario, recorra una curva reentrante, segun espresion de M. de Maistre.

Ya que hablamos de instruccion religiosa, causal algunas veces de la curva reentrante, debemos añadir que por desgracia se nota con frecuencia esta falta de instruccion religiosa en las clases superiores y en las cientificas, hasta entre los médicos, que, atendida su profesion y la naturaleza de sus conocimientos, debieran ser los hombres mas instruidos al par que los mas religiosos. Nace de ahi un copioso y perenne manantial de incredulidad y de escepticismo; no se ama, ni se practica lo que se ignora. *Ignoti nulla cupido*. Y si se añade, como sucede de ordinario, el tiránico imperio de las pasiones, júzguese si pronto será el mal casi desesperado: *plaga desperata*.

Instruios pues á fondo en la religion, pues ella es la mas alta filosofia que podeis aprender. Instruios como tantos otros, á quienes la instruccion condujo á conocer la verdad. Imitad á La Harpe: «Examinado he, dice, y he creido: examinad pues, y como yo creereis.»

Entre otros libros aconsejamos que se lean, el *De la existencia de Dios*, por Fenelon; *De la espiritualidad del alma*, por de la Luzerne; y sobre todo las escelentes *Conferencias acerca de la religion*, de M. Frayssinous. Esta obra notable, bien escrita y sabia, puede suplir á las demás. Muchas preocupaciones ha disipado la lectura del citado libro, y contribuido á la conversion de muchísimas personas. Si se nos objeta que todos estos autores son sacerdotes, y que por conveniencia de clase debian escribir como lo han hecho; os opondremos un escritor laico que seguramente tendrá á vuestros ojos algun valor filosófico y científico. Y nótese que este autor es uno de los mas grandes ingenios que ha producido la Francia. Reproduciremos algunos de sus inmortales pensa-

mientos sobre los futuros destinos de la humanidad, y sobre la estrema importancia que debe atribuirles todo hombre razonable; pues son para él de infinita consecuencia.

«La inmortalidad del alma es una cosa de tal importancia, y nos toca tan profundamente, que es preciso se haya perdido todo sentimiento para mostrarse indiferente en cerciorarse de lo que hay sobre ella. Todos nuestros pensamientos y acciones deben tomar sendas tan diversas, segun que se esperen ó no bienes eternos, que no es posible dar un paso con juicio y discernimiento, sino arreglándolo conforme á este punto, que debe ser nuestro último objeto.

«Así pues, nuestro primer interés á par de nuestro deber consiste en ilustrarnos sobre este punto, del cual depende toda nuestra conducta: por lo mismo hago de los que no están persuadidos grande distincion entre los que trabajan con todo su esfuerzo en instruirse acerca de ello, y los que viven sin tomarse la molestia de pensarlo, dejándolo en completo olvido.

«Compadezco ciertamente á los que padecen sinceramente en esta duda, y que la consideran como la mayor desgracia, quienes sin perdonar medio para salir de ella, hacen de su aclaracion la ocupacion mas seria y principal de la vida. Pero con respecto á los que pasan los años sin pensar en su fin, y que por la misma razon que se sienten con pocas luces que los persuadan, desechan buscarlas en otra parte, no curándose de indagar y examinar á fondo, si esta opinion es de las que recibe el pueblo con crédula sencillez, ó si es de aquellas que, aunque oscuras en sí mismas, tienen no obstante muy sólido cimiento, considero á estos últimos de muy diferente manera. Esta negligencia en un negocio en que se trata de ellos mismos, de su eternidad, de su todo, mas me irrita que me entenece; admirame, sí, y me espanta; para mí es una monstruosidad. No digo esto á impulsos del piadoso celo de una devocion espiritual; solo quiero dar á entender que el amor propio, el interés humano, y la mas simple luz de la razon deben darnos estos sentimientos. No hay que ver en esto mas de lo que ven las personas menos ilustradas.

«No se necesita tener muy elevada el alma para comprender que no existe satisfaccion verdadera y sólida sobre la tierra; que son vanidad todos nuestros placeres; infinitos nuestros males; y que la muerte por fin, que perennemente nos amenaza, debe colocarnos dentro pocos años, y quizás dentro de pocos dias, en un estado de felicidad eterna, ó de eterna desdicha, ó de completa destruccion. Entre nosotros y el cielo, el infierno ó la nada, existe tan solo la vida, que es lo mas frágil del mundo; y no pudiendo ser el cielo la morada de los que dujan que

su alma sea inmortal, deben esperar solamente ó el infierno ó la nada. Nada hay más positivo ni más terrible que lo que decimos. Por altanera que levantemos la cabeza, este es el fin que espera hasta á la vida más brillante del mundo.

» En vano apartan sus pensamientos de la eternidad que los aguarda: como si poniéndola en olvido pudieran anonadarla; subsiste á pesar suyo, y avanza, y la muerte que la precede los pondrá infaliblemente, y en poco tiempo, en la horrorosa necesidad de su completa destrucción ó de su eterna desventura.

» Véase a qué terrible consecuencia arrastra esta duda, que en sí misma es ya gravísimo mal; deber es pues indispensable de tratar de ilustrarse, si se duda; porque quien duda y no indaga es á la vez muy injusto y muy desgraciado: si en tal estado vive tranquilo y satisfecho, haciendo alarde de ello, y con palabras jactanciosas lo convierte en motivo de satisfacción y de vanidad, faltanme palabras para calificar tan estravagante criatura.

¿De dónde procederán tales sentimientos? ¿Qué motivo de satisfacción puede hallarse en no esperar más que miserias interminables? ¿Qué asunto de vanidad el estar sumergido en impenetrables tinieblas? ¿Qué consuelo el de no esperar jamás consolador?

» En medio de esta ignorancia el reposo es una monstruosidad, cuya estravagancia y estupidez debemos patentizar á los que en él pasan su vida, representándoles lo que sucede en su interior, para que se confundan de su locura. Así raciocinan esos hombres cuando prefieren vivir en la ignorancia de lo que son y sin buscar quien los ilumine.

» No sé quién me ha puesto en el mundo, ni qué cosa sea el mundo, ni yo mismo me conozco. Vivo en terrible ignorancia de todo. Ignoro lo que es mi cuerpo, mis sentidos, mi alma; y esta parte de mí mismo que piensa cuanto digo, y que reflexiona sobre todo y acerca de sí misma, también ella se desconoce. Veo los espantosos espacios del universo que me circundan, y encuéntrome ocupando un rincón de tan vasta estension, sin que pueda atinar por que me halló ocupando más bien un lugar que otro, ni por que, durante el cortísimo tiempo que deba vivir, prefirióse señalarme este instante más bien que otro cualquiera de la eternidad que me precedió ó de la venidera. Donde quiera veo lo infinito que me devora como un átomo, ó cual sombra de un instante que jamás reaparece. Redúcese cuanto conozco á saber que pronto debo morir; pero lo que enteramente desconozco es esta misma muerte que no puedo evitar.

» Como ignoro de donde vengo, tampoco sé á donde voy; solo sé que al salir de este mundo caigo para siempre ó en la nada, ó en las manos

de un Dios irritado, sin saber á cual de estas condiciones debo pertenecer eternamente.

«Veo mi estado lleno de miseria, de debilidad, de tinieblas; y concluyo de todo que debo pasar los dias de mi vida sin cuidarme en lo mas mínimo de lo que ha de suceder, siguiendo constantemente mis inclinaciones sin reflexion ni inquietud, haciendo cuanto pueda para despeñarme en la eterna desdicha, dado caso que sea verdad lo que de ella se dice. Tal vez pudiera ilustrarme acerca de mis dudas; no quiero empero tomarme tanta molestia, ni dar un paso para alcanzarlo; y tratando con desprecio á los que se afanan en ello, quiero marchar sin prevision y ajeno de miedo hácia un grande acaecimiento, dejándome conducir blandamente á la muerte, en la incertidumbre de la eternidad de mi condicion futura.

»Verdaderamente, es glorioso para la religion el tener por enemigos á hombres tan destituidos de razon, cuya oposicion es tan poco peligrosa, que antes bien sirve para arraigar las principales verdades que aquella nos enseña: pues la fe cristiana establece de preferencia estas dos cosas; la corrupcion de la naturaleza, y la redencion por Jesucristo. Así pues si los incrédulos no sirven para demostrar la verdad de la redencion con la santidad de costumbres, con los desnaturalizados sentimientos que los dominan sirven admirablemente á patentizar la corrupcion de la naturaleza.

»Nada le importa tanto al hombre como su estado; nada debe temer tanto como la eternidad, y por lo mismo no creo sea natural que existan hombres indiferentes á la perdicion de su ser y al peligro de una eternidad de miserias. Muy opuesta conducta observan con todo lo demás: una friolera los intimida; la preven, la sienten: y ese mismo hombre que pasa dias y noches rabioso y desesperado por la pérdida de un empleo, ó porque imagina que se ha ofendido su honor, es el mismo que, sabiendo que todo lo pierde con la muerte, permanece no obstante tranquilo sin conmoverse. Esta estraña insensibilidad para cuanto existe de mas terrible, en un corazon tan sensible á bagatelas, es monstruosa; es una incomprendible fascinacion, un letargo sobrenatural.

»El preso á quien le queda una hora no mas para saber si se ha firmado su sentencia, y en caso de saberlo, bastárale esta hora para hacer que se revoque el fallo, ¿no fuera contra naturaleza que empleara tan escaso tiempo en jugar y divertirse, en vez de informarse de la sentencia? En tal estado se encuentran los incrédulos, con la notable diferencia que los tormentos que los amenazan no pueden parangonarse con la simple pérdida de la vida, ó un pasajero suplicio; y sin embar-

go corren ilusos al precipicio con los ojos vendados para no verle, y mofándose de los mismos que les señalan el derrumbadero.

»Por consiguiente la verdadera religion no solo se prueba por el celo de los que buscan á Dios, sino que se manifiesta tambien por la ceguera de los que no le buscan y viven en tan horrible negligencia. Supone tal estado un completo trastorno de la naturaleza del hombre, y mas aun si de él se envanece; pues aunque los incrédulos tuvieran entera certidumbre de que tras de la muerte solo deben temer la nada, esto debiera ser un motivo de desesperacion mas bien que de vanidad. Y cuando no se tiene seguridad alguna, el hacer alarde de la duda ¿no es una locura inconcebible?

»May cierto es, no obstante, que el hombre es tan desnaturalizado, que encierra en su corazon con esto un gérmen de júbilo. Esta calma brutal entre el temor de la nada y el del infierno, paréceles tan bella, que no solo se glorifican de su malaventurada duda los que en ella están aletargados, sino que hasta los que no la tienen, tienen por gloria el fingirla. Si; la esperiencia nos enseña que la mayor parte de los que se ocupan en esto se afanan en fingir, y que no son lo que parecen; es gente que ha oido decir que los bellos modales y el gran tono consisten en hacer el papel de escépticos, á lo que llaman sacudir el yugo, sin embargo de que solo obran por imitacion.

»Si conservan, empero, todavia un resto de sentido comun, no es difícil hacerles entender que van muy equivocados creyendo por tal medio conquistar el aprecio.... Si seriamente lo meditaran, verian... que nada hay mas propio para acarrearles el desprecio y la aversion de los hombres, y para acreditarlos de imbéciles. Efectivamente, si se les pide cuenta de sus sentimientos y de las razones en que apoyan sus dudas acerca de la religion, os dirán cosas tan débiles y groseras que os persuadirán de lo contrario. Esto les decia un dia cierta persona: Si proseguis discurrendo así, vais ciertamente á convertirme. Y tenia razon; pues ¿quién no se horrorizara de poseer sentimientos en comun con sugetos tan despreciables?

» ¡Cuán desdichados son pues los que, violentando su natural, fingense poseidos de esos sentimientos, solo para hacerse los hombres mas impertinentes! Si sufre su corazon por no estar dotados de mayores luces, confiesen francamente su ignorancia; esta confesion no es vergonzosa; solo hay vergüenza en no tenerla. Nada pone tan de manifiesto una estraña poquedad de espiritu como el desconocer la desdicha de un hombre sin Dios. Dejen pues esas impiedades á los malnacidos, capaces de abrazarlas: sean á lo menos probos, si todavia no pueden ser cristianos: reconozcan por fin que no hay mas que dos cla-

ses de personas que merezcan el nombre de razonables: las que sirven á Dios de todo corazón, porque le conocen, y las que le buscan con todo su corazón, porque no le conocen.» (*Pensamientos de Pascal.*)

— Nótese que Pascal habla únicamente de los que dudan. Recordemos sus palabras: *no es el cielo la morada de los que dudan que su alma sea inmortal; estos deben esperar solamente el infierno ó la nada.* No se trata pues aquí de los que niegan; estos se hallan fuera de la ley, y su destino es irrevocable.

— Como dice perfectamente M. Frayssinous, con un corazón recto, con la buena fe y el sincero deseo de conocer la verdad nos hacemos gratos á los ojos del justo apreciador de todas las cosas: quien le busca con pura intención le encontrará. Dijo Pascal insiguiendo á San Agustín: «Bastante luz hay para cuantos ansían ver, y hay bastante oscuridad para los que tienen una disposición contraria.» (*Pensamientos.*)

El principio religioso, el sentimiento divino debe dominar á la humanidad toda. Fuera de él, solo le queda al hombre un vacío inmenso, una profunda miseria, y una desoladora y perpetua agitación.

«Aun en la vida llena de privaciones, dice Bernardino de Saint Pierre, todo es grande, noble, invencible como exista el sentimiento de la Divinidad: sin él, todo es débil, desapacible, amargo hasta en medio de las humanas grandezas. El dió el imperio á Esparta y á Roma, señalando á los dioses como protectores y conciudadanos de sus virtuosos y pobres habitantes. La destrucción de sus dioses los entregó ricos y viciosos al yugo de la esclavitud, cuando no adoraron otros dioses que el oro y los placeres. Rodéese cuanto quiera el hombre de los bienes de la fortuna; tan luego como su corazón carece de dicho sentimiento, cae en el tedio; y si se prolonga su falta, abrumale la tristeza; y en seguida cae en una negra melancolía, y por fin en la desesperación: si es perenne tal estado de ansiedad, se suicida. El hombre es el único sensible que en el estado de libertad se destruye á sí mismo. La vida humana, con sus pompas y delicias, no la reputa por vida cuando ya no la cree inmortal.»

Si la ausencia del sentimiento religioso produce tan espantoso vacío en el corazón del hombre durante el curso de la vida, ¿qué acaecerá pues al hombre irreligioso en la cercanía de la muerte, en aquel instante supremo en que el incrédulo armado de toda su filosofía se desconcierta, se horripila y tiembla cual hoja que en otoño arrebata el vendabal, *quod vento rapitur?* (Job.) Ved un sorprendente ejemplo en la carta que un inglés moribundo escribió á un amigo suyo, pero poseído de sentimien-

tos opuestos á los de aquel : quizás su lectura conmovió el corazón del impío, ó del racionalista.

«¡Cuán espantosa es la vejez! sombra soy apenas de lo que fui : la edad y la crápula han gastado los resortes de mis órganos ; aumentan por instantes mis dolencias, que me hacen pasar días y noches en insufribles tormentos ; tendidas sobre una silla é inmóviles contemplo mis piernas que en otro tiempo me llevaron á tantos espectáculos, y que eran mi principal adorno y la admiración de los bailes y festines ; mis mejillas antes lozanas, están secas y surcadas de arrugas ; una piel marchita y lívida cubre mis labios ; no solo me falta el poder para gozar de los placeres, sino que hasta me disgusta la alegría ; huyen de mí como de un objeto triste y repugnante, y en vez de quejarme de mi soledad, quisiera, á ser posible, huir de mí mismo. Esta es tan solo una parte de mis miserias. ¿ Podré acaso espresaros el horror que me causa la cercanía de la muerte? Tiemblo, á pesar mio, por la cosa mas insignificante que me amenace, y en vano me esfuerzo en desconocer la verdad : confusa desesperación me impele á veces á terminar voluntariamente tan desventurados días ; pero cuando mi mano va á ejecutar este furioso designio, retrocedo espantado de mí mismo, y se hiela de terror mi corazón ante ese porvenir de que tantas veces me he burlado mirándolo como una quimera. Este fatal trastorno ¿de qué procede? ¿de la sola incertidumbre? ¿Qué debo pensar del espantoso porvenir? ¿Existen acaso felicidades que no puedo pretender ni disfrutar; ó bien, lo que fuera mucho mas terrible, debo temer alguna desgracia, cuyo presentimiento me trastorna? Piérdome en este caos de ideas y de sentimientos. ¡ Ay! vos á quien confío el estado de mi alma, también estáis cercano á la muerte ; pero la aguardais sin temerla... ¿De qué procede vuestra tranquilidad? ¿con qué recursos contais? Las leyes del honor fueron siempre mi guía ; he cumplido fielmente mi palabra ; no creo que haya jamás dañado, ni injuriado á nadie : he seguido por fin escrupulosamente los principios de la naturaleza. ¿No son estos suficientes para la conducta de la vida? La antorcha de la razón arde sin duda para dirigirnos, y si esta nos estravía ¿podrá acriminársenos por su escasa luz? Os he visto poner en práctica con exactitud todas las máximas de la religión ; os ví dócil á la voz de los ministros de la Iglesia, y mas de una vez, lo confieso, me rei de vuestra devota credulidad ; y no obstante estais tranquilo mientras yo soy presa de continua agitación : desesperada confesion que la verdad me arranca ; ¡ mi razón, mi triste razón me ha pues engañado ! ¿no era ella capaz de ser la norma de mi vida, ya que ahora es demasiado débil para defenderme de los horrores de la muerte? ¡Cuán tarde veo toda la estension del

error que causa mi suplicio! Esta honradez moral, de que hice mi idolo, era tan solo una sombra de los deberes que no he cumplido. ¡ Ah! ¿ qué vale el honor sin la piedad? ¿ qué importa haber yo sido fiel á los hombres, si he sido rebelde para con mi Dios? Demasiado lo reconozco: no basta la razon á iluminarme; solo tuvo fuerzas para seducirme, y aun no las tiene suficientes para sostener hasta el fin la impostura; cuando debiera ser mi mas firme apoyo, me abandona. ¿ Quién reparará los males que me ha hecho? Solo me queda un soplo de vida, que apagan por instantes mis remordimientos. ¡ Dios mio! ¿ puedo todavía levantar los ojos hácia vos? ¿ os apiadareis de un desventurado que, al morir, os invoca por la vez primera?... Ya veis, amigo, mis angustias, y la mortal agonía de mi corazon: cáeme la pluma de la mano; pero haced que se publique mi carta, á fin de que con mi ejemplo se medite si puede quien esté dotado de sentido común vivir en un sistema que no se atreve á considerar en su hora postrera, y en el cual siente verse sorprendido. » Esta carta tradújose del inglés, y fué insertada por Querlon en el *Semanario de provincias* del 12 de diciembre de 1753.

En un lenguaje parecido escribia Locke á su amigo Collins una carta, rogando no la abriese hasta despues de su muerte: « Os deseo, le decia, el mayor de los bienes: en la hora de la muerte se ve mas claro que nunca. »

« Casi todos los que viven en la irreligion, dice Bayle, dudan tan solo, nunca llegan á la certitud; viéndose pues en el lecho de la muerte, donde la incredulidad ningun auxilio puede darles, toman el mas seguro partido, cual es el que promete felicidad eterna, si es verdadero, y que aunque fuera falso, ningun riesgo acarrea. »

« Hay apariencias de que muchos de los que en público afectan atacar las verdades mas comunes de la religion, van mucho mas léjos de lo que piensan; porque en sus disputas la vanidad se sobrepone á la conciencia. Imaginan que la osadía y singularidad de los sentimientos que sostienen, les darán fama de talentos privilegiados. Dióles la tentacion de hacer muestra contra su misma persuasion, de las dificultades que ofrecen las doctrinas de la Providencia y las del Evangelio. Habitúanse á las conversaciones impías, y si su vanidad se hermana con una vida licenciosa marchan todavía mas aprisa por esa senda. Tan mala costumbre contraída de un lado bajo los auspicios del orgullo, y por otro bajo los de la sensualidad, embota los filós de las impresiones de la educacion, y aletarga el sentimiento de las verdades recibidas en la infancia... Los libertinos están poco convencidos de lo que dicen: examinaron poco, aprendieron algunas objeciones, y con ellas

aturden al mundo, etc. etc.» (Dicc. t. 1 y 2.) *Hombres fatuos y miserables, dice Montaigne, que procuran ser peores de lo que pueden.*

#### § IV.

¡ Singular anomalía de nuestro siglo singular ! Toda la jerarquía administrativa, judicial, comercial, de bosques, etc., está unida por la fe del juramento. Desde los primeros funcionarios y agentes del gobierno hasta el último guarda-bosque, ó estánquero, á todos se obliga á prestar solemne juramento. Los médicos son los únicos que, contra la antigua costumbre y contra lo que se practica en las demás naciones, están dispensados del mismo. ¿ Cómo es que los ministros y mandatarios de la pública salud, los altos funcionarios de la sociedad no deben ofrecerle ninguna muestra, ningún carácter solemne que garantice su fidelidad á su sublime misión ? ¿ Se concibe tan estraña aberración ? ¡ Dispensados están pues los médicos de ser fieles á Dios, á su conciencia, y á la sociedad, ó por lo menos, ningún juramento los ata, ningún acto público que tenga un carácter religioso y moral !

Esta conducta negativa de la autoridad supondría que los médicos son hombres perfectos, cuyo juramento no es necesario para que sean fieles á su sublime mandato; ó bien que se tiene en poco la salud de los pueblos: ninguna de estas suposiciones es admisible. Fuera pues razonable, prudente, justo y humano que la autoridad opusiese un freno moral al abuso que de su misión pudiera hacer el facultativo, y ofrecer á la sociedad la medida de garantía moral que de derecho debe concederle un gobierno sabio y paternal. Hipócrates, cuya razón era tan elevada, comprendió perfectamente toda la santidad y estension moral del juramento, cual se vé por el siguiente pasaje, que es el juramento que exigía de sus discípulos el anciano de Cos.

« Juro por Apolo, por Esculapio, por Hygias y por Panacea; juro por todos los dioses y diosas, que cumpliré religiosamente la solemne promesa con que me obligo.

« Honraré al profesor que me haya enseñado el arte de curar como á mi padre mismo; mostraréle mi reconocimiento, proveyendo á sus necesidades; sus hijos serán tambien los míos, y les enseñaré la medicina, si se manifiestan deseosos de abrazar esta profesion.

« Lo mismo haré con cuantos estén enlazados con el juramento que yo presto; pero no admitiré á nadie mas en mis lecciones, en mis cursos y en los ejercicios de mi profesion.

« Prescribiré á los enfermos, conforme á mis luces y juicios, el régi-

men que crea conveniente á su situacion ; los preservaré de todo cuanto pueda serles perjudicial.

» Ninguna seduccion podrá determinarme á dar veneno á nadie : tampoco daré jamás criminales consejos , ni tomaré parte alguna para hacer que forzosamente aborte una mujer.

» Mi único fin será el alivio y curacion de los enfermos , haciéndome digno de su confianza , y evitandó hasta las sospechas de haber abusado de ella , especialmente con respecto á las mujeres.

» Conservaré religiosamente la integridad de mi vida y el honor de mi arte.

» No practicaré la talla con los enfermos que sufren el mal de piedra ; antes bien reservaré el cuidado de practicarla á las personas encargadas de esta operacion.

» Donde quiera que se me llame , entraré en la casa con la sola intencion de socorrer á los enfermos , absteniéndome absolutamente de injuriarlos y corromperlos , y en particular de toda accion libidinosa , ora trate con hombres ó con mujeres , ya sean hombres libres ó esclavos.

» Si durante la enfermedad , ó despues de la curacion descubriese yo en la vida de los hombres cosas que no deben divulgarse , las consideraré como un secreto , y por lo tocante á ellas me impondré un absoluto silencio.

» ¡ Pueda yo , religioso observador de mi juramento , recoger el fruto de mis trabajos , recorriendo una vida dichosa , sin cesar hermoseada por la estimacion general ! ¡ Si yo fuese perjuro , acaézcame todo lo contrario ! » (Dice. de las cien. medic.)

» Véase en qué concepto tenia al juramento médico un filósofo pagano , nacido 460 años antes que Jesucristo.

Hipócrates exigia de los médicos estas cualidades : « Dése á conocer el médico por su exterior sencillo, decente y modesto : muéstrase grave en el porte, reservado con las mujeres, dulce y afable con todos : son sus principales atributos la paciencia, la sobriedad, la integridad, la prudencia y la habilidad en su arte... No busqueis las riquezas, ni las superfluidades de la vida ; curad algunas veces gratuitamente con la sola esperanza del comun aprecio y reconocimiento. Socorred , si la ocasion se presenta , al indigente y al extranjero ; porque , si amais á los hombres , amareis tambien vuestro arte. Si los circunstantes os invitaren á dar esplicaciones sobre una enfermedad , no empleeis palabras campanudas , ni discursos estudiados y pomposos ; nada patentiza mayor incapacidad : imitariais con ello al vano zumbido del moscardon. Cuando la enfermedad permita emplear varios medios curativos, esco-

ged el mas sencillo y cómodo ; así obra el varon ilustrado que desprecia el charlatanismo.»

Ved ahí, en estas pocas palabras del padre de la medicina, todós los deberes del médico ; uno falta, y es el deber supremo, que no pudo indicar Hipócrates, porque no podía conocerle. Traza las reglas de las virtudes morales, cuyo conjunto constituye la moral médica, la cual es el único objeto de este capítulo. No se olvidó tampoco de la abnegacion y de la ciencia, que formarán la materia de los capítulos siguientes.

Todas estas virtudes morales y las que el juramento de Hipócrates encierra, elevadas como hoy las vemos al estado de virtudes cristianas, pueden mucho mas fácilmente practicarse, siendo muy meritorias para el médico que practica con exactitud la religion cristiana-católica, y que la mira como invariable regla de su conducta. Un facultativo de este carácter comprenderá siempre todos sus deberes, y los cumplirá fielmente. Reunirá pues las tres cualidades esenciales del médico : moralidad, desprendimiento, ciencia ; por la sola razon de que la práctica fiel é ilustrada del catolicismo es el primer móvil y base de todas sus acciones y de su vida pública y privada. Inútil fuera pues detallár las virtudes morales del médico católico ; conócelas ya y las practica : si de otro modo procede, despójase cobarde y vergonzosamente del augusto carácter de médico cristiano, haciéndose indigno de la confianza de sus conciudadanos. «Nunca llameis cabe vuestro lecho, dice M. de Maistre, á los médicos irreligiosos : escojamos ante todo al que juró amar á todos los hombres ; y huyamos sobre todo del que, por sistema, no debe amor á nadie.» (*Veladas de S. Petersburgo.*)

Es incontestable que el médico religioso ofrece mayor garantia de moralidad, de abnegacion y aun de ciencia que el médico irreligioso ; y así debe ser ; evidentemente pues está en el orden moral de las cosas, á lo menos en cuanto á los dos primeros puntos. Ni es menos cierto con respecto á la garantia de ciencia práctica, puesto que la anima y vivifica la caridad, y teniendo su raiz y su razon en la conciencia permanece inflexible é incorruptible. No debe esperarse otro tanto de la ciencia del facultativo irreligioso, la cual es fria, glacial, egoista, interesada, es decir, que un médico irreligioso, si su amor propio ó un grande interés lo exige, sacrificará su conciencia ó el bien de sus enfermos á su ciencia, á sus principios ó á su fama ; pues todo esto se halla en nuestra degradada naturaleza ; y el hombre sin los auxilios de la religion, no puede sobreponerse á su naturaleza corrompida. Pero se nos dirá : ¿Acaso la probidad, el sentimiento del honor, la dignidad de hombre, el respeto a la humanidad son entes de razon, ó simples qui-

meras! En efecto, son palabras vanas cuando el sentimiento religioso no domina completamente al hombre! Así es, y no puede ser de otro modo. El médico religioso al contrario, si el caso lo exige sacrificará su ciencia y su reputacion á su conciencia, ó á la salud de su enfermo, como hemos dicho ya. Ningun respeto humano podrá jamás determinarle á una vergonzosa y cobarde transaccion con su conciencia y su deber de médico cristiano, y nunca olvidará el dicho de Hoffmann: *Medicus sit christianus.*

Por fin, el curso irresistible del tiempo lleva á cada enfermo la última hora de su corta y frágil existencia. Este es el momento supremo de todos los mortales, el amargo día de calamidad y miseria, en que para todo hombre que toca al termino de su peregrinacion, acaba el tiempo y la eternidad comienza. Lamentable día para gran número de personas, que impone al médico el último pero el mas grave deber de su profesion, cual es advertir al enfermo, ó por lo menos hacer que le adviertan con prudencia y caridad acerca del riesgo mas ó menos inminente de su situacion; á fin de que en tan decisivos instantes, logre el moribundo verse rodeado de los consuelos de la religion, y fortificado por los sacramentos de la Iglesia. ¿Quién no se verá penetrado de espanto ante la formidable idea de aquel terrible día, en que todo nos abandona, todo humano apoyo se nos escapa, y tiembla desconcertada la naturaleza á la vista de su próxima destruccion; en que nos envuelven y asaltan nuevos y desconocidos terrores; en que nuestra alma, presa de las últimas sinderesis, se ve acosada y oprimida por mortales angustias; en que cerrada nos queda para siempre la esperanza de la vuelta, con dolores y males irremediables?

Desempeñe pues el médico este último deber con suma prudencia y con todos los miramientos que la ciencia y la caridad le inspiren. No ceda al temor del peligro que ordinariamente se atribuye al cumplimiento de este deber de caridad, pues, si no es quimérico tal peligro, es por lo menos en extremo exagerado. Todos los días nos enseñan la razon y la esperiencia que los consuelos de la religion y los sacramentos, instituidos para el alivio espiritual y corporal de los enfermos, nunca agravan su posicion; y que, en vez de inquietar á las almas verdaderamente cristianas, las consuelan y fortifican contra los horrores de la muerte. Por otra parte dan tono y vigorizan singularmente el sistema nervioso, inmensa palanca de la parte moral en el hombre; elevan el alma á su mayor poder, haciéndola capaz de imprimir un movimiento de fuerza ó de vitalidad nueva á todo el organismo, mas ó menos deprimido por el influjo de la enfermedad. Es sabido que nada favorece tanto la accion de la medicina material como la paz y el sosiego del alma y de la conciencia.

Esta feliz situacion moral duplica por lo menos la fuerza mediadora del sistema nervioso, sin cuyo influjo no es posible humanamente triunfar de enfermedad ninguna. (Véase nuestro *Estudio de la muerte.*)

Debe convenirse en que la muerte que va precedida de oraciones y de las santas prácticas de la Iglesia, derramará mayor seguridad y mayores consuelos que las filosóficas máximas de nuestros sabios modernos. (Véase la conversion y la muerte admirable de aquel hombre que se gloriaba de haber asesinado á 17 sacerdotes, convertido evidentemente por algunas palabras de un médico cristiano, pág. 100.)

Terminaremos este capítulo recomendando á los médicos, no que se dejen alucinar por el brillo de su profesion, ó seducir por la codicia, que á menudo engendran el orgullo y la avaricia; pero sí que mediten seriamente la gravedad de los deberes que su elevada mision social les impone, meditacion que producirá la modestia y la caridad: escojan pues entre el orgullo y la caridad. El primero, alejando de Dios, conduce á inevitable ruina y á la muerte; la caridad, al contrario, conduce á Dios y á la vida. Es pues una cuestion de suma trascendencia, una cuestion vital; y ¡ay de los médicos que no quieren comprenderla! y en especial, ¡ay de los que, habiéndola comprendido, no quieren abrazar el partido de la verdad y de la caridad, esto es, el partido de Dios! El estandarte de la avaricia y de la impiedad, dice Vanhelimont, precederá á los médicos de ese carácter, y los seguirá la infamia y la muerte: *Præcedet eum avaritia et irreligio, et sequitur eum infamia et mors.* En manos de tal clase de médicos hará Dios que caigan los que sean rebeldes á su ley. *Incidet in manus medici.* (Eceli. 38.) Añade el autor citado que los médicos, á quienes anime el espíritu religioso, irán precedidos de la caridad, y seguidos de la salud: *Charitas præcedet eos, et à tergo sequitur sanitas.*

Si hay médicos que no abracen las verdades de la religion católica, es decir, de la verdadera caridad, proviene ó de debilidad de espíritu ó de carácter. Por la primera, la nulidad intelectual les hace incapaces de penetrar verdad alguna de un orden algo elevado, y especialmente del orden moral, á menos que sea dócil el alma: si tienen debilidad de carácter, sacrificarán la verdad reconocida al vergonzoso interés de la pasion; así ninguna de dichas dos cualidades podrá verdaderamente honrar al médico.

Hablamos hace poco de abrazar el partido de la caridad, esto es, de Dios. Pero ¿en qué consiste para el médico abrazar el partido de Dios? En reconocer con la Sagrada Escritura que toda medicina procede de Dios, à *Deo omnis medela*; que á Dios todo debe referirse, y obrar

insiguiendo tan solo las miras del Eterno y el bien de los enfermos; sépase por fin que, segun la Escritura, es la palabra de Dios que cura, y no nuestros tópicos y nuestras yerbas: *Neque herba, neque malagma sanat, sed sermo Domini: nisi enim Dominus sanaverit ægros, in vanum laborant qui curant et qui curantur.*

Medítese y hágase aplicacion de lo espuesto. *Hæc meditare, in his esto, et te salvum facies.* Hémoslo dicho ya, pocas profesiones hay mas á propósito que la medicina para santificar al hombre que á ella se dedica con caridad. El célebre Arnaud de Villeneuve ha dicho tambien que el ejercicio de la medicina era un poderoso medio de santificación: *Medicinam esse quibus homines in paradisum ducuntur, ut potè quibus sunt promiores ad misericordiam, pietatem, mansuetudinem, benignitatem, castitatem, religionem et alias virtutes capescendas. (Lib. simplicib.)*

Háse notado, dice M. Descuret, que, si la profesion de medicina cuenta en sus filas muchos incrédulos y tambien materialistas, ha dado asimismo á la Iglesia considerable número de santos. Ved ahí un curioso catálogo de los médicos que han merecido por sus virtudes ser colocados entre los santos: copiamos esta lista de su historia, publicada en 1643 por G. Duval, profesor y decano de la facultad de medicina de Paris.

San Lucas, de Antioquia en Siria, médico de profesion, escelente pintor, discípulo de los apóstoles, y uno de los cuatro evangelistas; S. Cosme y S. Damian, mártires; S. Pantaleon, de Nicomedia, mártir; S. Antioco, de Sebaste, mártir; S. Samson, sacerdote, médico de los pobres; S. Otriculano, mártir; S. Alejandro, mártir; S. Ursicino, de Liguria, mártir; S. Ciro, de Alejandria, médico entre los egipcios y mártir; S. Cesario, médico y senador de Bysancio, hermano de S. Gregorio Nacianceno; S. Dionisio diácono; S. Codrato, de Corinto, mártir; S. Papilius, diácono y mártir; S. Juvenal, obispo; S. Juan Damasceno, médico y grande doctor de la Iglesia; S. Diomedes, de Tarso, médico en Cilicia; S. Leoncio y S. Carpophorus, médicos árabes y mártires; S. Gennadio, médico griego; S. Eusebio, médico griego, que llegó á ser soberano Pontífice, predicador de herejes y mártir; S. Zenobio, de Egea, primeramente médico, y despues obispo, mártir; S. Oreste, intrépido mártir de la Capadocia; S. Emilio, médico y mártir en Africa; S. Antioco, caballero romano y sabio médico, mártir. Puédense añadir á estos los médicos del Japon, tales como el anciano Paul, Luis Almeida, y otros no canonizados aun. Haremos observar, como punto de comparacion, que no se halla en todo el calendario mas que S. Ivo, que hubiese ejercido la profesion de abogado ó de procurador. Hállanse

en el rezo de dicho Santo estas curiosas palabras : *Sanctus Ivo, advocatus et non latro, res miranda populo!*

## CAPITULO II.

### INFLUENCIA DE DESPRENDIMIENTO DEL MÉDICO EN LA SOCIEDAD.

#### § I.

Es el desprendimiento una de las cualidades mas esenciales del médico ; de modo que no puede concebirse siquiera el ejercicio de la medicina sin este espíritu de abnegacion y de desprendimiento continuo y de todos los instantes , que es el elemento principal del arte sublime de la medicina. Vanas y estériles fueran la ciencia y la moral del médico sin el desprendimiento. Preciso es pues que el hombre del arte dedique su tiempo, sus cuidados, su trabajo y si es necesario su reposo á sus enfermos, debiéndoles la aplicacion de todas sus facultades físicas, intelectuales y morales; y solo entonces será completo su desprendimiento.

La vida del médico es pues una vida de abnegacion y de sacrificio. El principio de caridad, que le prescribe el no ver jamás en el hombre doliente sino un enfermo que debe aliviar, ordénale igualmente que corresponda á la confianza de este enfermo, sea cual fuere, por medio del mas sincero y absoluto desprendimiento.

Vivir para los demás y no para si, tal es la esencia de la profesion médica, dice el Nestor de la medicina alemana. El bien, la salud de los enfermos, ved ahí el fin que debe proponerse todo médico honrado y probo, y al cual debe dirigirse sin cesar, sacrificando todos los humanos intereses.

Así pues, placeres, regocijos, ventajas personales, comodidades, solaz, estudios, trabajos, salud, reputacion, etc., todo debe estar subordinado á este interés supremo ; y si necesario fuera todo debe sacrificársele. «Circunstancias hay, dice el doctor Simon, copiando á Hufeland, en que debe generosamente arriesgar el médico su reputacion misma, que es su mayor bien, para alcanzar el objeto que su mision le señala. Acontece, por ejemplo, tener que tratar de ciertas afecciones, de carácter insidioso, que se burlan de todos los medios del arte, puede presentársele uno de esos casos dificiles en que un solo recurso le quede á tantear para salvar la vida del cercano peligro que la amenaza; pero este medio es incierto en su resultado, y, si fracasa, casi

infaliblemente se atribuirá la muerte al empleo de este extremo remedio. ¿Cuál debe ser la conducta del médico en tan peligrosa situación? Es muy sencillo, debe hacer lo que su razón, ilustrada por la ciencia, le prescribe, y aguardar con calma el resultado de su determinación generosa. Si un feliz éxito corona su atrevida tentativa, lo atribuirán á los felices esfuerzos de la naturaleza, lo que dispensa honrosamente de todo reconocimiento. Si el remedio es impotente para conjurar el término fatal, se le imputará no obstante la muerte, haciendo caer sobre el médico que lo habrá aconsejado toda la responsabilidad del acontecimiento. Poco importa; ha cumplido con su obligación, no teniendo otro recurso que bajar la cabeza y prescindir de esta justicia de los hombres aguardando la de Dios.» (*Deontología médica.*)

Oigamos ahora al mismo Hufeland: «Ennoblecere el entendimiento, sacrificarse por el interés general y con la esperanza de otra mejor vida, y derramar el bien por todas partes, he ahí lo que el hombre debe proponerse en este mundo; y ¿qué otra profesión es mas propia para conseguirlo que la de la ciencia de curar, la cual no solo le ofrece á cada instante ocasión de poner en práctica las virtudes, sino que le obliga á ejercitarlas como inseparables de ella y con entera abnegación de su persona é intereses? Es evidente pues que los deberes del verdadero médico se hallan en perfecta armonía con sus mismos principios y convicciones, de las cuales puede decirse que dimanan espontáneamente; de modo que hace gustoso lo que su deber exige, y en esta unión de su conducta con su voluntad estriba su verdadera dicha. ¡Desgraciado de aquel que tan solo ambicione alcanzar gloria ó bienes de fortuna! que así estará siempre en contradicción consigo mismo y con sus deberes; verá sus esperanzas siempre frustradas, no podrá lograr el objeto de sus deseos, y detestará una profesión que cree no proporciona el premio debido á sus fatigas, por equivocarse en cuanto á la recompensa que á ellas corresponde.» (*Enchir.*)

Por los actos pues, por la conducta y el desprendimiento, y no por la afectación del lenguaje y los hermosos discursos, se hace el médico verdaderamente recomendable. *Medicus ab opere non à sermone, à mendendo non à dicendo*, ha dicho el padre de la medicina con tanto tino.

La vida del médico debe de ser una vida de abnegación, de trabajo, de estudio, de cuidados, de solicitud, en una palabra, de desprendimiento absoluto y universal para con sus enfermos. Siendo esclavo de su deber, no se pertenece á si mismo, es el hombre público enteramente entregado al servicio de todo el que sufra, sin hacer la mas mínima distinción entre el pobre y el rico, entre el amigo ó el enemigo, el débil ó el fuerte, el ignorante ó el sabio.

Como ministro de la humanidad el médico, otra cosa no verá en el hombre que la enfermedad; no el rango, no el hombre social, sino el hombre doliente. Imprescriptible derecho tienen cuantos sufren de reclamar el auxilio de su ministerio; sus dolores son el primero, el único título que establece este derecho inenajenable de la humanidad. Hémoslo dicho ya y lo repetimos, que el sacerdote y el médico son los hombres mas necesarios de la sociedad; son su perfecta personificación; pero también tienen á su cargo la curación tanto física como moral de las dolencias sociales. De aquí su aplicación inmensa que los abrumba de fatigas, de trabajos y disgustos sin cuento, sacrificios á menudo mal apreciados y peor recompensados todavía por la fría ingratitud, ó por el soberbio desden. A la par que el sacerdote, derrama el médico por donde [pasa beneficios incalculables, *transit benefaciendo*, recogiendo tan solo con frecuencia los amargos frutos de la ingratitud y de la injusticia. Poco importa; prosiga impávido su marcha el hombre de bien, el hombre de la caridad y de la ciencia, y cumpla hasta al fin su misión sublime, sin enojarse, sin turbarse por las contrariedades humanas. Aceptemos resignados la humanidad cual es en sí con sus defectos físicos y morales.

El reconocimiento puro, verdadero, la simpatía del corazón por precio de una abnegación que muy pocos entendimientos comprenden, constituyen la virtud de las almas grandes, de las naturalezas elevadas; y por lo mismo raras veces se hallarán. Repetámoslo, constituidos para servir á la sociedad, tomemos los hombres tales cuales son, y no reclamemos otro derecho que el de serles útiles en todas ocasiones. Si faltan los hombres al deber del agradecimiento y de la equidad, cumplamos nosotros los médicos con el de la caridad y de la justicia; troquemos el bien por el mal, y será doblada nuestra recompensa (1).

Los médicos pues que comprenden la sublime dignidad de su profesión (los que no la comprenden son indignos del nombre que llevan) tengan siempre presente que están encargados de llenar una misión de humanidad y de caridad; misión sublime ante la cual deben desaparecer las distinciones de condición social, de opiniones, de partidos, de pueblos, etc.; que por consiguiente es deber suyo prodigar sus afanes y sus cuidados á todos los hombres que los reclamen; y que en razón

(1) «Si se os niegan vuestros honorarios, dice M. Cruveilhier, tenéis el derecho espedito de reclamarlos ante los tribunales: mas yo os aconsejo que jamás hagáis uso de tal derecho, y si que abandonéis los ingratos á su ingratitud. Y es tal la magnanimidad de vuestra profesión que, si se presentan vuestros perseguidores á reclamar de nuevo vuestro auxilio (y estad seguros que volverán, porque la injusticia es siempre inconsecuente) no debéis vacilar en volar á su socorro.»

de ser cristianos deben aventajar al mismo Hipócrates en la senda del deber y de la caridad.

Bello á la verdad podia parecer á los ojos de la antigua Grecia y de la antigua Roma el rasgo de Hipócrates al rehusar los presentes de Artajerjes, dice el sabio profesor Cruveilhaer, atendiendo á que aquellas naciones apellidaban bárbaros á todos los que no eran de su patria, y para los cuales la palabra extranjero era sinónima de enemigo; pero desde que bajo la influencia tan eminentemente civilizadora del cristianismo se rompieron las cadenas de la esclavitud, formando los hombres todos una sola familia, no debe presentarse á nuestra vista tan hermoso y encantador. Si ahora el azote devastador de la guerra diezmasa á un pueblo enemigo, si Artajerjes reclamase nuestra asistencia, como lo hizo con el anciano de Cos, podríamos en verdad rehusar sus regalos; pero nos levantaríamos todos marchando apresuradamente á prestarle los socorros de nuestro arte.

Para el médico, siguiendo el sublime lenguaje de Hipócrates, son iguales todos los enfermos, como lo son todos los hombres en presencia de Dios. Sin embargo, el enfermo que mas sufre, ó que está espuesto á mayor peligro, debe ser cuidado y aliviado antes que otro, sea cual fuere. En igualdad de circunstancias, es justo dar la preferencia al pobre, porque el rico hállase en estado de aguardar mas que el menesteroso. Compadezco, dice Hufeland, á los médicos que calculan la importancia de un enfermo por su clase ó fortuna, pues no conocen ni pueden conocer la mejor recompensa que ofrece la medicina. ¿Qué vale en efecto un puñado de oro comparado con las lágrimas de reconocimiento que asoman á los ojos del pobre, el cual se nos obliga por entero y se constituye eterno deudor nuestro, precisamente porque nada puede darnos; al paso que el opulento se persuade que con el dinero nos tiene sobrado pagados, olvidándose cuán indispensable es que su dádiva reciba otro valor, yendo acompañada de la gratitud, sin la cual los servicios del facultativo entrarían en la clase de los mercenarios que pudiera prestarle el mas humilde artesano? No, los servicios prestados por un médico concienzudo y desinteresado, de ninguna manera pueden justipreciarse por el oro. «¡Cuantas veces, añade el profesor de Berlin, es el médico el único amigo que tiene el desvalido, tendido en el lecho del dolor! En tan triste situacion lo recibe como á un ángel consolador, vuélvele sus compasivos desvelos la perdida esperanza, y su arte derrama nuevas fuerzas en sus venas.»

«Si bellas son las funciones del médico, dice Vic-d'Azir, lo son mucho menos en los palacios y entre la grandeza, donde las miras interesadas, ya aparentes, ya reales, no dejan lugar alguno á las de humanidad,

como en las mal sanas y estrechas zahurdas del pobre. Allí no hay protector ni codicia; la fama huye de tales lugares; todo enmudece, escepto el dolor que á menudo muestra con sollozos su existencia. Confundidas y hacinadas las víctimas de la miseria, de la enfermedad y de la muerte, presentan un cuadro que desgarrá el corazón, causando terror al propio tiempo: allí sí que es posible practicar la virtud, allí donde el hombre puede socorrer al hombre sin concurso y sin testigos.» *Mis mejores enfermos son los pobres*, dice el grande Boerhaave, *porque á Dios incumbe pagarme por ellos*; ¡palabras sublimes que los médicos cristianos debieran siempre meditar! Grabaron en Inglaterra sobre la tumba del célebre Fothergill este sencillo y magnífico epitafio: «Aquí yace el doctor Fothergill, el cual, durante su vida, distribuyó doscientas mil guineas para alivio de los desgraciados.»

Después de haber ocupado todo el día el hombre de abnegación y de sacrificio en el ejercicio de su ministerio de humanidad, después de haber aliviado al doliente, dado aliento al ánimo abatido, esparcido las buenas obras en el seno del pobre, y prestado á todos consuelo; solo él desconsolado, no logra otra satisfacción que el delicioso sentimiento que inspira el haber cumplido con su deber, proporcionando algun beneficio, entra por fin en su casa postrado y réndido de fatiga. Determinado entra á entregarse al necesario reposo que reclaman sus doloridos miembros y el reparo de sus fuerzas; ¡ilusoria esperanza! *Lasso non datur requies*. Entrada la noche, le llaman á toda prisa para un enfermo que se está muriendo; es un infeliz, hecho presa de atroces padecimientos y espuesto á un peligro inminente, privado de todo consuelo y de toda humana asistencia, la que solo espera del médico y del sacerdote, sus últimos y constantes amigos. Pero hace un tiempo horrible, tenebroso, glacial; llueve, nieva, graniza, truena, el camino es intransitable! ¡Qué importa! el hombre de la abnegación y de la caridad se levanta presuroso y acude sin detenerse; pues no puede decir, iré mañana, porque quizás no hay ya mañana para aquel enfermo. El mas severo é inexorable deber os mandan pues llevarle sin dilación el socorro de vuestro consolador ministerio. Y ¡desdichados de vosotros si se lo negais; infieles entonces á vuestra obligación, prevaricais, y haceis traición al mas sagrado deber de vuestra santa y sublime profesión!

« Dicen que el ejercicio de la medicina, y en especial de la cirugía, endurece el corazón. En efecto, embota esa sensibilidad nerviosa que turba los sentidos; pero deja intacta y pura la sensibilidad del alma, aquella sensibilidad varonil que se compadece del sufrimiento, que le abrevia, le consuela, que alienta al ánimo abatido, concediendo al

hombre del arte serenidad bastante para socorrer un accidente imprevisto, la que se concilia con inalterable firmeza... Esta sensibilidad del alma es la humanidad, es la beneficencia, que son por excelencia las virtudes del médico, y la dicha que se hermana al ejercicio de estas virtudes, es la mas grata recompensa. Colocado por su posición social entre el rico y el pobre, es en cierta manera el médico mediador entre uno y otro; hace que descendan los favores del rico hácia el pobre, del propio modo que hace subir hácia el rico la gratitud y las bendiciones del indigente. Protector nato de todos los desdichados, es á menudo su único apoyo, su consolador y su amigo.

» ¡Qué prudencia, qué reserva, qué delicadeza no nos impone nuestra profesion! Admitidos en el hogar doméstico, le mirareis como un lugar sagrado, no revelando jamás vuestra boca lo que hayan visto los ojos, lo que haya llegado á vuestros oídos; y aunque se pagáran con fea ingratitude vuestros desvelos, bien podrian dormir tranquilos los ingratos, puesto que su secreto morirá en vuestro corazón.» (*Cruveilhaer.*)

Para reasumir este párrafo, diremos con el doctor Monfalcon, que están encerradas todas las virtudes en las funciones del médico cristiano. Su ministerio ordena el respeto á los hombres y la admiración á los sabios. Dejar de pertenecerse, y sacrificarse al servicio de la humanidad; renunciar todo recreo, toda ocupación ajena al arte de curar; sufrir las injusticias, los caprichos, la ingratitude de los hombres; despreciar su vida en tiempo de públicas calamidades; poseer en todas ocasiones y lugares un esfuerzo, una calma, una inagotable paciencia, y hacer por último una absoluta abnegación de sí mismo por practicar la virtud de la caridad con toda clase de personas y sobre todo con los pobres: tal debe ser la conducta del médico.

## § II.

Consideremos por un instante ahora el desprendimiento del médico, luchando contra la mortífera influencia de contagiosa epidemia: este es su vasto campo de batalla, su puesto de honor. En este teatro pues le toca desempeñar el mas sublime papel, desplegando su varonil carácter, firme y digno, ese imperturbable esfuerzo, esa presencia de ánimo que tranquilizan á las poblaciones heridas de mortal estupor. En medio del general espanto, debe el médico presentarse tranquilo y sereno, su esfuerzo debe aumentarse con el peligro, y de sus labios fluirán tan solo palabras de bondad, de consuelo y de esperanza. Será pues su primer cuidado, su principal deber aplicarse asiduamente á di-

sipar la inquietud de los ánimos dominados por la impresion deprimente del terror, escitando el valor abatido de unos, reanimando la esperanza de otros, y restableciendo la moral de todos. Esta calma tranquila, esta ataraxia perfecta, asociada á una justa medida de tension nerviosa, son el mejor tónico, el verdadero confortativo del alma, y establecen la condicion moral mas propia para preservar las poblaciones asustadas de los ataques del contagio. Es muy cierto que la tristeza, el abatimiento, el terror y espanto debilitan todo el sistema orgánico y la fuerza nerviosa, hacen mas susceptible de contraer las enfermedades y de sucumbir en ellas: luego una disposicion contraria producirá un efecto tambien contrario.

Muy conocido es el célebre rasgo de Desgenettes. Amenazaba la peste al ejército francés en Egipto; ya el soldado, inaccesible á todo otro temor, se horrorizaba al solo nombre de la plaga, y su invencible esfuerzo habiale casi enteramente abandonado: Desgenettes, á fin de dar ánimo al ejército, no vaciló en arrimarse, tocar los apestados, é inocularse la materia pestifera.—; Qué heroismo, dice Monfalcon, no hay en el desprendimiento de Bertrand y de Deidier, en la famosa peste de Marsella! ; Cuán admirable fué su conducta! Arrostraron mas á menudo la muerte estos generosos hombres en un corto número de meses, que el mas intrépido soldado en el decurso de muchas campañas.

No hay duda que una firme é inalterable esperanza y el entusiasmo de la confianza pueden imprimir en el sistema nervioso resorte tal, un tono de vitalidad y de fuerza sinérgica tan inmenso, que sea capaz de reanimar y vivificar por decirlo así la lánguida naturaleza de un moribundo. Habiendo cierto hombre sufrido una grave y dificil operacion quirúrgica, iba á espirar á consecuencia de una hemorragia que ningun medio pudo detener. Llega su médico y le halla en el último trance. ¡ Ah! señor, estoy perdido, mi sangre se agota, dijo el enfermo con voz apagada. Al contrario, perdeis tan poca, contestóle el médico con gran presencia de ánimo y en tono lleno de confianza, que habrá que sangraros antes de una hora. La idea de una sangria para un hombre que se creía desangrado, produjo en su moral la mas feliz revolucion; restañóse la sangre, y quedó el enfermo fuera de peligro.— Al recibir la infausta noticia de una bancarota que le arruinaba, cae en mortal estupor un honrado comerciante. Llega Bouvard, y formula en estos términos su receta: *Libranza para treinta mil francos en casa de mi notario*. Curó de repente este confortativo al paciente herido como de un rayo, cual acaece con el soldado nostálgico que al ir á espirar, se le entrega la licencia y marcha al instante alegre y contento hacia el

hogar paterno. Pero volvamos al campo de batalla que no debíamos haber desamparado.

Es preciso pues que el médico arrostre todos los peligros del formidable azote que tiene delante. Ocúltase el carácter de la epidemia á la sagacidad mas refinada, desconcierta la ciencia toda, búrlese de los esfuerzos del arte; pero no importa, el médico debe permanecer en su puesto, á la cabecera del enfermo, aguardando alli con anhelosa solicitud una indicacion que quizás no se presentará. No obstante alli está su lugar, donde invenciblemente le detienen una inflexible moral, un inexorable deber y la severa voz de la conciencia. Ha previsto tal vez el facultativo, dice el Dr. Simon, el carácter contagioso de la epidemia, «sabe que los enfermos son un foco vivo de infeccion; que su envenenado soplo, su simple contacto bastan para comunicar la enfermedad; pero no tiene derecho de aprovecharse para sí de este conocimiento que le da la ciencia; antes al contrario debe acallar el poderoso instinto de conservacion que le incita sin cesar á la fuga, y permanecer en aquella atmósfera mortal. El pueblo horrorizado empieza, en el delirio de su terror, á sospechar de este pernicioso carácter del mal; entonces el deber del médico le obliga á sepultar en el santuario de su conciencia tan pernicioso secreto, reservando únicamente para sí el privilegio de esta moral angustia.»

Debemos repetirlo: ningun interés humano puede dispensar al médico del mas sagrado é imperioso deber, que le manda, en el caso de una pública calamidad, hacer entrega de su persona, arriesgar su salud y hasta su vida por la salud de sus conciudadanos, de sus compatriotas, por la salud de todos. Para el cumplimiento de semejante obra de desprendimiento, es preciso, sin duda, estar dotado de una presencia de ánimo y de un carácter sobrehumano, y del mas absoluto espíritu de abnegacion y de sacrificio. Mas ¿en donde han de buscarse esos sentimientos, ese heroismo de la virtud? Únicamente en la fe religiosa y en la caridad cristiana. El médico que impulsado por tan santos motivos manifieste semejante desprendimiento, muy pronto recibirá la única recompensa que sea digna de su caridad y de su celo, esto es, aquel delicioso sentimiento de haber cumplido con su deber aliviando y consolando á los infelices. Ningun placer en el mundo sobrepaja á este inefable consuelo. ¡Dichoso pues el hombre que aplica toda su inteligencia y todo su saber al cuidado del pobre y del desgraciado! *Beatus qui intelligit super egenum et pauperem, in die mala liberabit eum Dominus.* (Ps. 40.) (1)

(1) Ha recordado M. Hyde de Neuville, en estos últimos tiempos, la existencia de una ley que da derecho á todo individuo atacado por la enfermedad,

«Como encarecer, dice M. Cruveilhaer, la abnegacion de aquellos generosos médicos que han sacrificado su fortuna, su porvenir y su vida, marchando á lejanas playas en busca de la fiebre amarilla y de la peste, con mas ardor aun que el que en la fuga pone el comun de los hombres; sometiéndose á peligrosísimos experimentos para resolver, solo por interés de la humanidad, la grande cuestion del contagio, vistiéndose con la camisa de un enfermo que acababa de espirar impregnada de sudor, é inoculándose todas las materias susceptibles de inoculación.» (*Discurso pronunciado en la sesion pública de la facultad de medicina de París, el 2 noviembre de 1836.*)

No se han olvidado tampoco los esforzados experimentos hechos en Egipto por M. Pariset y sus compañeros, cuando se vistieron la ropa de los apestados que sucumbian, habiéndola no obstante antes sumergido en lejía clorurada. Sabido es que ninguno contrajo la peste con tales experimentos.

El doctor Guyon, segun refiere M. Scoutetten, á fin de tranquilizar los ánimos con respecto á la fiebre amarilla, se espone con heroico desprendimiento á todo género posible de contacto y de inoculacion. Toma este esforzado médico, en la sala del hospital de Fort-Royal, en presencia de considerable número de personas, la camisa de un enfermo atacado de la fiebre amarilla, empapada toda en el sudor del enfermo; al punto se la viste y se hace inocular en seguida en ambos brazos el pus amarillo de los vejigatorios en supuracion. No satisfeció aun M. Guyon traga una porcion de las materias negras vomitadas por un enfermo, que no tardó en sucumbir, é inmediatamente despues métese en la cama que ocupaba el muerto; siendo tan completa la calma de su espíritu, que se durmió tranquilo en presencia de los testigos de sus experimentos.

Nadie ignora que el generoso Chervin recorrió ambos mundos, para demostrar el no contagio de la calentura amarilla, agotando su vida y su fortuna en penosas y atrevidas investigaciones, y muriendo al fin sumido en la miseria, aunque no en el olvido.

Sábese asimismo cuan admirable fué la conducta de los médicos en Francia, durante la epidemia del terrible cólera en 1832!

«No teme Astruc en declarar, dice el doctor Maximiliano Simon, que únicamente el médico cristiano es capaz de arrostrar con serenidad la muerte en el campo de batalla de una contagiosa epidemia. Sabemos

á ser admitido en el hospital mas cercano del país que habita, ó en el que accidentalmente se halla. El beneficio de esta ley es mayormente aplicable á los enfermos pobres de la campiña, para quienes no se ha asegurado socorro alguno en sus enfermedades.

cuanta energía el corazón puede sacar de las convicciones religiosas; pero tampoco hay necesidad alguna de que se calumnié al alma humana para exaltar el cristianismo; ambos son obra de Dios. ¿Es posible que en aquellas solemnes pruebas, en aquel terrible careo con la muerte, no hallara en sí misma el alma algunas de las sublimes inspiraciones, de aquellos generosos sentimientos, que vino Cristo á recordar á la humanidad, dándole la sancion de su divina palabra? Téngase bien presente, que no se trata aquí de la apreciacion teológica de un acto humano, sino simplemente de un hecho de cuya realidad debemos limitarnos á justificar.» (*Deontologia médica*, p. 257.)

*Si Astruc no ha titubeado en declarar que tan solo el médico cristiano es capaz de hacer frente con ánimo sereno á la muerte en el campo de batalla de contagiosa epidemia, ¿por qué se teme tanto en el dia expresarse con el lenguaje de Astruc? En cuanto á nosotros, advertiremos sin temor á M. Simon que se ha equivocado de un modo extraño, cuando dice que no hay necesidad de calumniar al alma humana para enaltecer al cristianismo: como si dijera, en términos mas claros, que no tiene necesidad alguna de ser cristiana el alma humana para arrostrar la muerte con tranquila calma, y que para ello puede prescindir del cristianismo y de las gracias que le confiere. Una y otra, añaden, son la obra de Dios.*

El cristianismo, sí; pero el alma humana, degradada y no regenerada ni fortificada por los sacramentos del cristianismo, nó. En vano buscareis el desprendimiento de que habla Astruc entre los paganos, los mahometanos, los judíos, como ni tampoco entre los médicos deistas. Conocido es el rasgo de Galeno y otros mil de este género. ¿Por qué pues el alma del médico de Pérgamo y de sus numerosos imitadores no ha hallado en sí misma algunas de esas sublimes inspiraciones ó de esos sentimientos generosos que debieran retenerle en el campo de batalla de la epidemia? Además, si tan solo vino Jesucristo para recordar á la humanidad esas sublimes inspiraciones y esos generosos sentimientos, los judíos y los paganos los habrán borrado de su corazón... Hemos dicho, en la primera parte de esta obra, la falta completa de abnegacion cristiana que se nota entre los ministros protestantes, en razon de haberse separado del cristianismo verdadero, es decir, del catolicismo. Háse dicho que no se trataba de una apreciacion teológica. Sí, señores; muy y muy teológica es la cuestion; porque, si careciesen de base teológica, esto es, cristiana, nuestras virtudes no podrian reputarse sino como simples virtudes morales, defectuosas y caducas siempre, por descansar en un cimiento puramente humano, como un apasionado interés, la gloria, el honor, la reputacion, la esperanza de fortuna, el

amor propio, el orgullo, etc. Tales son las virtudes practicadas por el paganismo; y Dios, que no deja virtud alguna sin recompensa, puede premiarlos con el brillo de la reputación, y quizás de la fortuna, á la par que remuneró las virtudes morales de los romanos con radiante gloria y con un poderío inmenso. Estas son las recompensas dignas de las virtudes morales, pero no de las virtudes cristianas. Aceptamos, sin embargo, y alabamos los actos de desprendimiento de un gran número de médicos, aunque no los impulse un principio religioso ó la fe cristiana: esas buenas acciones, esas virtudes morales, esas *realidades* son hijas de la civilización; pero ¿no es acaso la civilización misma hija del cristianismo, de donde deriva finalmente todo lo bueno, grande, generoso, ó sublime? ¿Se hallarán muchos actos de desprendimiento solitario, sin testigos, entre los médicos deístas, cuya conducta no tiene por guía la fe cristiana? ¿Hallará muchos imitadores el sublime rasgo de aquel médico cristiano que, luego de recibido el trimestre de sus honorarios, aguardaba á que nadie le viera, para echarlos en el modo cepillo de los pobres? Guardábase bien de depositar su limosna directamente en el seno de algun pobre solitario, que tarde ó temprano le habria descubierto. Únicamente la fe cristiana es capaz de inspirar tales sentimientos. La probidad filosófica no puede elevarse á esta altura, á este heroísmo de virtud y de conducta sobrehumana; la humana naturaleza, *sola* y abandonada á sí misma, es de ello absolutamente incapaz.

En otro pasaje de la *Deontología médica*, página 23 de ese libro, por otra parte muy moral y que contiene cosas excelentes, leemos las palabras siguientes, las cuales en sentir del autor y con razón, deben todo lo bueno al cristianismo, *el que es segura guía que contiene infalibles doctrinas*:

«La conciencia, abandonada á sus solas inspiraciones, puede tropezar en las sendas tenebrosas por las cuales debe dirigirnos; es accesible á todas las pasiones, á los antojos, así como toda fuerza que no está sujeta á un punto fijo é inmóvil. Es necesario pues remontarse mas alto todavía para hallar mas segura guía, es preciso llegar hasta al cristianismo, el cual tiene doctrinas infalibles para todas las situaciones de la vida; hasta al cristianismo que, reasumiendo su doctrina en una sola palabra, *caridad*, tan milagrosamente se hermana con una ciencia, cuyo objeto esencial es el alivio de los humanos sufrimientos.»

Si está la conciencia sujeta á tantas aberraciones, sin el socorro del cristianismo ¿podrá el alma humana arrostrar con impavidez la muerte en el campo de batalla de contagiosa epidemia? Mas abajo, el autor

añade : « Allí, en el cristianismo, debe el médico buscar la luz y la fuerza que necesita para mantenerse á la altura de su difícil misión. » (P. 24.)

Tenemos entretanto noblemente vengado el cristianismo por la elocuente pluma de nuestro sabio y honorable colega. Mas ¿por qué algunas líneas mas abajo, añade « que fuera de la religion, hallase un crecido número de médicos, á quienes dirige seguramente por la senda escabrosa de su vocacion una ilustrada conciencia y una verdadera filantropía? » ¿De donde han tomado pues *aquella luz y aquella fuerza tan necesaria*, sino es de la religion; ya que, segun el autor, *es en el cristianismo que debe el médico buscar la luz y la fuerza de que tanto necesita para mantenerse siempre á la altura de su misión difícil?* Si se hallan en efecto médicos que conservan una *ilustrada conciencia y una segura direccion, apartados de la religion*, es por la razon sencilla de haber nacido en el seno de la sociedad cristiana, porque viven en su atmósfera, y respirando su aire vivificador, reciben, sin saberlo, los saludables influjos del cristianismo. Si son apreciables, si practican el bien, es que, gracias á la religion que desconocen, son felizmente inconsecuentes en sus principios, y con toda evidencia mucho mejores que estos.

Si es obligacion del médico amar á todos los hombres, á los pobres particularmente, y á sus comprofesores, debe no obstante preferir la verdad, no apartándose nunca de ella para dar gusto á los hombres; porque en fin es imposible complacer á todo el mundo.

Terminaremos este capítulo con un notable pasaje de J. Frank, relativo á los deberes del médico en las enfermedades pestilenciales.

« Antes pues de encargarse de auxiliar á los enfermos, dice aquel práctico célebre, deben los médicos examinarse á sí mismos, con el fin de saber si son capaces de satisfacer á lo que exige semejante empresa. Reflexionarán el perpetuo peligro á que va á esponerse su vida; y si, despues de este exámen, conocen que esta clase de vida ó muerte les es ventajosa, si se deleitan en la sublime idea de sacrificarse á Dios, á la caridad hácia su prójimo, y á su propia vocacion, decídanse entonces. » (*Patología interna.*)

## CAPITULO III.

## INFLUJO DE LA CIENCIA DEL MÉDICO EN LA SOCIEDAD.

## § I.

La ciencia médica forma materialmente al médico, así como la ciencia del derecho constituye el abogado ó sea el hombre de la ley. Pero el hombre de la ciencia ó sea el médico sabio y erudito no es verdaderamente práctico, hombre del arte, ó sea *médico social*, hasta que junte á la ciencia médica las dos cualidades que hemos examinado en los dos capítulos precedentes, es decir, la moralidad y el desprendimiento.

Aquí no tanto nos proponemos esponer las brillantes cualidades y todas las ventajas exteriores que proporcionan al médico crédito y fama en el mundo, como presentar algunos principios propios para regular el foro interno ó la conciencia del médico práctico. Sin embargo, no podemos prescindir de formular sumariamente nuestra opinion sobre la actual direccion de los estudios médicos en Francia, sobre la enseñanza de nuestras escuelas y el valor de su doctrina, si es que pueda contarse con su firmeza y estabilidad: examinaremos, en una palabra, si hay unidad doctrinal ó dogmática en la medicina francesa.

Diremos ante todo que al médico cristiano le basta para ejercer concienzudamente su profesion y sin peligro de la salvacion eterna, poseer á fondo los principios fundamentales, ó sea las reglas fijas é invariables de la medicina; en una palabra, la ciencia práctica generalmente admitida en Europa. No está obligado pues á saber, como los escritores ó profesores de medicina, la filosofía médica, la historia de la medicina, sus numerosas divisiones, sus sectas, sus sistemas, sus variaciones, sus aberraciones, sus revoluciones, etc. Quédese todo esto en el dominio de la ciencia especulativa, sin que perjudique ni al arte, ni á los enfermos.

Muy poco ocupan el entendimiento del práctico tales averiguaciones, sino que prosigue tranquila y modestamente su obra social, la cual consiste en hacer oportuna aplicacion de los beneficios de su arte á todos los miembros dolientes de la familia humana. Bastará que esté al corriente de los progresos prácticos de la medicina, por medio de un escogido periódico de medicina, y por el estudio de las obras prácticas, de las cuales sacará nuevas luces, propias para conducirse en los

casos arduos ó en las dificultades prácticas que vengan de continuo á estorbar su marcha. Debe dedicar al estudio de los autores el tiempo que no está obligado á ocupar en el cuidado directo de los enfermos.

No se pretende imponer á nadie la obligacion de estudiar catorce horas cada dia, como lo hizo Boerhaave por espacio de sesenta años. Por esto médico alguno, despues de Hipócrates, jamás ha gozado durante su vida de un renombre tan dilatado como Boerhaave. Escribiéronle de la China una carta con este sobre: *Al grande Boerhaave en Europa*, y la recibió. A un mismo tiempo le consultaron tambien el Papa y el Czar de Rusia.

Si se debe mas bien admirar que imitar esta conducta del gran protomédico de la Europa, aconseja empero perfectamente Monfalcon que todo facultativo al principio de su práctica al menos, se trace, á ejemplo de Boerhaave, un plan invariable á fin de combinar con la práctica los estudios de gabinete. No veia jamás Boerhaave en el comienzo de su práctica enfermo alguno, sin que escribiera todas las circunstancias, todos los sintomas y todas las señales de la enfermedad, segun el orden con que se presentaban, siéndole de grande utilidad este método, como él mismo confiesa. Las escuelas clínicas debieran adoptarle, al menos en cuanto sea practicable en los hospitales. Séanos permitido referir aquí un caso que nos es personal. Mi antiguo condiscipulo y amigo, el virtuoso é infatigable Parent del Chatelet, conocido por sus numerosos y útiles trabajos, viéndome un dia recoger (1) observaciones junto al lecho de los enfermos, y creyéndose que habia adquirido cierta facilidad en la difícil ciencia del diagnóstico, dijome: «¿Cómo lo haceis pues para reconocer tan prontamente el carácter de las enfermedades? Yo por lo menos, si me pongo á escribir ó á recoger observaciones, forman un caos indescifrabie.» Contestéle: Haced lo que me viereis hacer. — Os lo repito, no hallo mas que oscuridad, y esto me disgusta. — No os arredre: empezad y volved á empezar con paciencia siempre, que al fin llegará la luz; y para alcanzar mejor éxito, trabajad siguiendo cierto orden, recorred los diversos sistemas orgánicos, empezando comunmente por el aparato digestivo en las calenturas agudas, y siguiendo despues sucesivamente por los sistemas circulatorio y respiratorio; en las flegmasias de pecho, empezad por los sistemas circulatorio y respiratorio, etc. etc. Que Parent del Chatelet se haya ó no aprovechado de la leccion, la Francia médica sabe lo que ha sido y lo que ha hecho despues.

Si nada nota el médico, si no se da cuenta exacta de lo que ve, sus

(1) Aconteció durante los primeros años de este siglo, en uno de los hospitales de París.

buenos ó malos resultados siempre serán sin fruto para él, preparándole los años no una preciosa y vasta esperiencia, sino una estéril y triste rutina.

## § II.

El espíritu de la filosofía reinante en un país revela de ordinario el carácter de las doctrinas médicas. Si es espiritualista la filosofía, las doctrinas médicas serán generalmente vitalistas; si al contrario aquella es materialista ó sensualista, observareis doctrinas médicas materialistas, tendreis el *anatomismo*, el *anatomo-patologismo*, el *organismo*, etc. De este modo se materializa la medicina á proporcion que la filosofía pasa á ser materialista, sensualista ó panteista.

Ya en 1839, escribimos en otra obra lo siguiente, y tenemos el desconsuelo de no poder retractarnos del todo: «Bajo el imperio del materialismo filosófico, la medicina misma, de veinte años á esta parte, se ha hecho toda materialista, toda anatómica. Las doctrinas vitalistas y la medicina hipocrática, vitalista por excelencia, hanse reemplazado con el sistema de irritación universal y por la anatomía patológica. Los sectarios de las lesiones orgánicas y los anatomo-patologistas han formulado de esta manera la noble ciencia de la medicina: flegmasias, alteraciones de tejido, lesiones orgánicas, reblandecimientos, tubérculos, etc., etc., es decir, que todo lo han reducido al puro anatomismo.

»Se gradua á menudo el valor y el mérito de los libros de medicina por el mayor ó menor número de necropsias ó de aperturas cadavéricas que contienen. Con respecto á la terapéutica, que es lo esencial de la medicina, al parecer se cuidan poco, y dejan este cargo á los bonachones de los alemanes.» (*Pensamientos de un creyente católico.*)

Así, tal doctrina filosófica, tal doctrina médica: *Qualis philosophia, talis medicina*. Si la doctrina filosófica carece de fijeza y estabilidad, desaparecerá la doctrina médica dominante: y esto nos esplica en el día la falta de enseñanza, ó al menos de unidad doctrinal ó dogmática en las escuelas de Francia, y particularmente en la facultad de París. Montpellier conserva quizás todavía en cuanto al fondo, el vitalismo hipocrático; sin embargo, si hemos de dar crédito á un médico del Mediodía, el Sr. Dr. Combes, de Castres (Tarn), existe en Montpellier la misma anarquía doctrinal que en París. «Que no se crea, dice, que en Montpellier mas que en París presida á las lecciones de cada profesor una concepcion general en su correspondiente asignatura. Sabemos, al contrario, que tanto en una como en otra parte, preside en el día una

verdadera anarquía intelectual : ni hay creencia general , ni tradicion , ni escuela propiamente dicha , porque cada cual tiene su sistema y su modo de ver. Sucede muchas veces que , en una misma sala , ante un mismo auditorio , con pocas horas de intervalo , hállanse representados con conciencia y talento , el *organismo*, el *vitalismo* y el *eclecticismo* mismo.» (*Revista médica*, febrero de 1833.)

El autor, algunas líneas antes, dice que la *Revista médica* era la última espresion del hipocratismo ó del vitalismo hipocrático.

Es pues de absoluta necesidad , en el día mas que en ninguna otra época , que cuantos quieran emprender la carrera médica se preparen con una asidua aplicacion á los estudios filosóficos y psicológicos , y con poderosa lógica que preste al talento mas vigor y mas rectitud al juicio.

Nadie pondrá la mas ligera duda , en que no sea indispensable esta gimnástica intelectual , para proporcionar á los espíritus el necesario vigor. Seria muy bueno añadir el auxilio de una escogida literatura , lo que contribuiría á dirigir la imaginacion , á perfeccionar el gusto y madurar el juicio. *No hay estado alguno que exija mas estudios que el de la medicina*, escribia Rousseau á Bernardino de Saint Pierre : *en todos los paises*, los que la profesan son *los hombres mas verdaderamente útiles y sabios*. Sin embargo, esto no impidió al filósofo de Ginebra el estampar en su *Emilio* el siguiente pasaje : «No sé yo de qué enfermedad nos curan los médicos, pero sí sé que son muy funestas las que nos proporcionan , la flojedad , la pusilanimidad , la credulidad , el temor á la muerte : si curan el cuerpo , matan el ánimo. ¿Qué nos importa que hagan andar á los cadáveres? Hombres, hombres necesitamos; pero estos pierden la lozania en manos de aquellos.»

¿Qué resultado han producido las sonoras frases de Juan Jacobo? viento y tempestades; *ventum seminabunt, et turbinem metent*. (Oseas 8-7.) ¿Qué nos importa que haya creado á imágen suya retóricos vocingleros, espíritus fuertes y sofistas? Hombres y verdaderos filósofos necesitábamos; y estos en verdad no se han visto salir de sus manos. En lugar de *hacer andar cadáveres*, al igual de los médicos, ha hecho caer á los que caminaban bien. ¡Ved ahí la obra del gran sofista! Por ello su obra será condenada á eterno olvido, mientras que las de los médicos vivirán tanto como el mundo. Volvamos á nuestro objeto.

Si no existe en las escuelas unidad dogmática, ni doctrina vitalista, ¿qué valor real puede tener la enseñanza que se da á la juventud? Debe reducirse necesariamente á un puro anatomismo, á una medicina toda orgánica ó materialista. ¿Qué fruto producirá esta enseñanza,

supuesto que tal nombre merezca, habiendo falta de dogma, de doctrina y de tradicion secular?

El primer efecto del anatomismo, del organicismo ó del anatomopatologismo, pues todos estos términos son sinónimos, es una tendencia á paralizar los esfuerzos de la terapéutica. Un médico, en efecto, que no sepa colocarse en mas elevada region, así que haya reconocido ó creído reconocer una lesion orgánica, ¿no quedará presa de cierto desaliento ante una enfermedad, á la cual fácilmente creará superior á los recursos del arte? De ahí pues proviene en gran parte esa situacion estacionaria, ó al menos ese lento y débil progreso de la terapéutica.

Otro mal efecto resulta de la enseñanza médica materialista, y es el desvío funesto en los estudios, que de necesidad tarde ó temprano acarrea aberraciones graves en la tan difícil ciencia del diagnóstico, como efectivamente nos lo demuestra todos los dias la esperiencia. Puede asegurarse que la medicina materialista ó el anatomismo, y todos nuestros métodos matemáticos de investigacion, aunque muy buenos en sí mismos (los últimos se entiende), tienden esencialmente á materializar, á estrechar y á localizar de un modo indefinido el diagnóstico. Lo que á nosotros nos ha patentizado la esperiencia es, que el diagnóstico meramente geométrico y mecánico, separado del diagnóstico general, medical, vitalista, hipocrático, es con frecuencia un manantial de errores. Mientras se mide, se circunscribe y se torturan con varios instrumentos todas las regiones del tronco, etc., ¿no se olvidan muy á menudo, preocupados por este aparato exterior, de prestar la conveniente atencion al estado general del enfermo, al habito del cuerpo, al estado de los ojos, del rostro, de los sentidos, etc.? ¿No es por lo comun un diagnóstico de esta naturaleza mas bien la obra de la mano y del oído, que del espíritu ó de la intuicion intelectual?

Léjos de mí la idea de querer despreciar nuestros preciosos medios de investigacion diagnóstica, en especial la percusion y la auscultacion; con todo, estamos convencidos que tales medios mecánicos pueden con facilidad pasar á ser instrumentos de error, si se pone en ellos una exagerada ó ilimitada confianza, sobre todo si se descuida el combinar este exámen local, ó sea este diagnóstico anatómico y parcial, con el diagnóstico médico y general, es decir, con el diagnóstico intuitivo é intelectual. Hemos visto enfermedades locales tomadas por enfermedades generales, neumonías crónicas, por ejemplo, por calenturas catarrales ó por catarros pulmonares que no habian sido sujetados ni á la percusion ni á la auscultacion, habiéndoseles dejado seguir su curso sin tratamiento local alguno. Hemos asimismo comprobado lo contrario, esto es,

casos de enfermedades generales tomadas por afecciones locales, ó por lo menos en que las lesiones locales eran en extremo ligeras é insuficientes para explicar el estado general. Esto nos recuerda el caso de un enfermo que vino triste y desesperado á implorar nuestro auxilio en razon de que, segun dijo, sus médicos le habian declarado tísico sin recurso, atendiendo á que habia del todo justificado la pectoriloquia una caverna pulmonar. Examinado en cuanto pudimos el caso, deducimos que descuidaron la aplicacion de tratamiento alguno local, por haber creido perdido al enfermo; el cual tambien se creia amenazado de cercana muerte. Grandes fueron su sorpresa y alegría cuando le anunciamos que antes de tres meses quedaria libre de la enfermedad, como así fué en efecto. Fundamos nuestro pronóstico en su buen estado general, el buen estado de la hematose y de la nutrición; en la falta casi completa de calentura, de tos y de difnea. Nada pudimos justificar de local por los medios ordinarios de exploracion, cuya exagerada importancia ó ilimitada confianza habia seducido de un modo tan extraño á los médicos que le vieron antes que nosotros.

El medio mas seguro pues de evitar esas graves aberraciones, ó mejor esos grandes peligros, es juntar el vitalismo hipocrático con el método combinado de investigacion diagnóstica. Mas, para darle toda la fecundidad de que es susceptible, es preciso aun combinarle con el método analítico de los elementos morbosos, lo que constituirá entonces lo que llamamos nosotros *vitalismo aplicado*. Tal es la doctrina que hemos adoptado hace muchos años.

Presentemos entretanto algunas cortas reflexiones sobre el método analítico de los elementos morbosos. Miramos este método como la llave ó mas bien como la base de la terapéutica, y sin el cual esta no ofrece, en nuestro sentir, certeza alguna en su aplicacion clinica.

Los elementos morbosos son las partes constituyentes de las enfermedades. Compónense estas de una serie ó grupo de síntomas, los cuales, en la práctica, tienen su significacion y su valor propios, y por lo comun son otras tantas fuentes de indicaciones terapéuticas. La reunion de esos grupos de elementos diversos constituye pues sintéticamente la forma exterior de la enfermedad.

Para tratar racional y eficazmente una enfermedad, es necesario atacarla en sus elementos constitutivos, siguiendo el orden de su predominio morbozo ó de su carácter de gravedad. Debe combatirse antes que todos los demás el elemento flogístico ó flegmático, salvo algunas raras escepciones, como por ejemplo en ciertas enfermedades adinámicas ó pútridas, en algunas disenterias epidémicas y en otras afecciones semejantes. Tan solo nos llaman la atencion los elementos *indicadores*,

es decir, los que actualmente suministran una indicacion terapéutica. Uno, dos ó muchos síntomas, que no reclaman una particular indicacion, no deben ser considerados como elementos terapéuticos ó prácticos.

No tan solo es necesario el conocimiento de los elementos morbíficos ó de los estados patogénicos para asegurarse de la exactitud de las aplicaciones terapéuticas, si que tambien es utilísimo para facilitar el diagnóstico de casi todas las enfermedades.

Puede un elemento ser simple y único, y constituye en tal caso él solo toda la enfermedad, ó mejor, no es ya desde entonces elemento indicador, pues que la enfermedad sola suministra la indicacion terapéutica: asi no debemos parar la atencion en ello. Síguese de aquí que el método de los elementos no puede aplicarse si no existen á lo menos dos; siendo rarísimo que se hallen cuatro á la vez en el mismo sugeto y que sean todos indicadores.

Se comprenderá mejor nuestra doctrina de los elementos, la cual difiere un poco de la enseñada en la escuela de Montpellier (en concepto á lo menos de ser mas simple y por lo mismo de mas fácil y mas directa aplicacion), cuando hayamos presentado algunos ejemplos de su aplicacion terapéutica, en cuanto podamos ha cerlo en este lugar y lo permita nuestro objeto.

Véanse algunos de los mas simples: En la epilepsia, ó en toda enfermedad convulsiva, espasmódica y epileptiforme pura y simple, no hay evidentemente mas que un solo elemento, que es el elemento espasmódico ó convulsivo, y por esto mismo, segun poco ha dijimos, no existe elemento indicador particular que sea diferente de la enfermedad misma. Así pues, el método de los elementos, en rigor de principio, no puede tener aquí aplicacion alguna, por ser la enfermedad una y simple, y como es fácil de ver, esto debe siempre acontecer en el limitado número de enfermedades perfectamente simples. De modo que la epilepsia, considerada como simple y esencial, en la especie, será tratada por el práctico con los medios que crea mas á propósito para combatir el elemento ó aberracion nerviosa, esto es, con los remedios antiepilepticos ó reputados tales.

Sin embargo, en cuanto á nosotros, observaremos en este caso una conducta diferente; porque, en las epilepsias, ó en las afecciones convulsivas epileptoides, ó en cualquier otro accidente espasmódico que se presente, particularmente entre los jóvenes, admitimos siempre un segundo elemento, ó sea el elemento helmintico, haya ó no arrojado lombrices el enfermo, poco importa. Si siguiendo la práctica ordinaria, no admitis en esta clase de enfermedades mas que un solo elemento, ya

convulsivo, ya verminoso, os espondreis á que no se alivie vuestro enfermo, en razon de haber dirigido vuestra medicacion contra el elemento convulsivo solo, siendo los accidentes el resultado de la presencia de lombrices; ó *vice versa*, combatiendo el elemento helmintico, que no era la causa de la enfermedad, ya sea que realmente no existiese, ó que existiese no como causa sino como pura concomitancia, lo que es en todo rigor posible. De todas maneras deja de lograrse el buen resultado por no haber empleado mas que una sola medicacion, y el enfermo no hallando alivio se os escapa. Imitadnos pues; admitid los dos elementos á la vez, hasta en los casos mas simples en apariencia; atacadlos por medio de sus indicaciones respectivas y obtendreis un resultado cierto. Administramos siempre en semejantes ocasiones la belladona, asociada á los vermífugos, y obtenemos una pronta mejora. Es preciso pues satisfacer siempre simultáneamente á las indicaciones suministradas por los elementos, cuando tales indicaciones y los medicamentos que reclamen no sean incompatibles, ó no se escluyan. (Véanse en nuestra *Terapéutica aplicada*, 3.<sup>a</sup> edicion, los felices efectos de la belladona empleada contra la epilepsia, el histerismo, y todas las enfermedades convulsivas. Este admirable solanaceo, la mas preciosa de todas las plantas indigenas, es en mi opinion el mas poderoso anti-convulsivo de la materia médica.)

Otro ejemplo: Es atacado un individuo de una gastro-atonía complicada con un vivo dolor del estómago que no aumenta con la presion. Reconócese bastantemente esta debilidad ó atonía gástrica, y distínguese con facilidad de toda irritacion flegmática ó lesion orgánica del estómago, con el auxilio de nuestro método esploratorio del que hacemos mencion en nuestra *Terapéutica aplicada*.

Aquí teneis pues un primer elemento bien justificado, el elemento atónico, al cual se junta otro, y es el elemento nervioso, ó mejor quizás neuropático, es decir, en la especie, gastralgico ó gastrodínico, segun sea nervioso ó reumatismal el dolor del estómago. Estos dos elementos indicadores reclaman dos medicaciones diferentes y simultáneas, puesto que tampoco en este caso deben escluirse; combatiendo el primero, ó el atónico, con los tónicos suaves y la alimentacion animal, y el segundo, ó el dolor, por medio de los opiados y demás sedativos oportunos ó sea modificadores de la sensibilidad gástrica.

Si á esta gastro-atonía complicada de gastralgia ó de gastrodinía, se añade todavía la circunstancia de algunas vomituraciones ó bien de vómitos formales, lo cual constituyera una variedad del elemento atónico, se asociará entonces á los ligeros tónicos ya mencionados un poco de polvo de colombo, cuya sustancia en nuestro concepto es el mejor

agente terapéutico que puede oponerse á los vómitos atónicos ó nerviosos, como muy probablemente lo serian en este caso.

Si son bien reconocidos y justificados estos dos elementos, cosa fácil de lograr conformándose á los principios que tenemos formulados en nuestra *Terapéutica aplicada*, y mientras sean concebidas, combinadas y dirigidas las medicaciones siguiendo las reglas trazadas en la misma obra, puede de antemano anunciarse la curacion como cierta y próxima.

¿Cuantos, bajo el reinado del fisiologismo de triste y funesta memoria, han (*in agrorum perniciem*) tratado aquellas enfermedades con todo el formidable aparato de antiflogísticos, es decir, las sanguijuelas en masa, en cantidad indefinida, el agua gomosa y la dieta? Existen desgraciadamente aun en el dia muchos médicos, que no habiendo abjurado los errores del sistema de irritacion universal, conducen á sabiendas á su enfermo hasta el borde del sepulcro.

Otro caso: En una niña de doce años se nota lo siguiente: clorosis anémica, corea, palpitaciones de corazon con ruido de fuelle en las carotidas, anhelacion al mas mínimo ejercicio, tosecilla seca, etc. Que no se crea ser esto el resultado de pura ficcion patológica, casos novelescos ó metafísicos; todos los dias se encuentran en la práctica.

Para tratar esta especie se posee un medio cierto, admitiendo dos elementos indicadores, á saber: el elemento atónico ó anémico, y el elemento nervioso ó convulsivo. Es necesario pues combatirlos simultáneamente por sus indicaciones respectivas, esto es, al elemento atónico con los ferruginosos y demás tónicos apropiados, y al elemento convulsivo con la belladona, etc. No queremos estendernos sobre el tratamiento higiénico, ni sobre el régimen, el cual debe ser tónico, corroborante, analéptico, etc., porque seria salirnos de nuestro objeto: indicaremos tan solo algunos casos prácticos, sin no obstante desenvolverlos; pues no es otro nuestro fin principal que patentizar la necesidad práctica de la doctrina de los elementos. Así volvamos á nuestro caso de clorosis.

Si aisladamente combatis á esta, no es seguro de extinguir la corea, la que puede ser esencial é independiente de la afeccion clorótica; si, por otra parte, os dirigis contra la corea esclusivamente por medio de los antiespasmódicos ordinarios, aunque sea por el anticonvulsivo por excelencia, la belladona, dejareis subsistir sin duda alguna la clorosis anémica. Atacad pues los dos elementos á la vez, y obtendreis un inmediato y cierto resultado.

—Importa advertir que no deben llamarnos la atencion las palpitaciones cardiacas, ni la tosecilla seca, en razon de que esta clase de ele-

mentos, si tales pueden llamarse, no siendo mas que secundarios y sintomáticos, no pueden tomarse por elementos indicadores, positivos y directos; pues tan solo ofrecen un valor negativo, es decir, que no debe el médico dejarse arrastrar por el pensamiento de una medicacion refrigerante dirigida contra la corea.

Y en efecto, son aquí los baños frios formalmente contraindicados, en atencion á los latidos del corazon y la tos; y en tal caso, su empleo pudiera determinar un raptus cardiaco ó pulmonar, y dar lugar al aneurisma ó á la tisis. Si no obstante persisten, contra toda verosimilitud, las palpitaciones y la tos, despues de curada la clorosis y el baile de san Vito, se les atacará entonces directamente.

Con los mismos felices resultados se aplica el método de los elementos á las enfermedades agudas que á las crónicas. ¿Quién no conoce el grande papel que juega el elemento bilioso en las calenturas agudas, asi como en las flegmasias agudas del pecho? No hay práctico que no haya tenido ocasion de comprobar los felices efectos que produce alguna evacuacion, provocada á propósito por el arte, en las enfermedades agudas.

Pueden dos elementos hallarse de tal modo reunidos que el uno sea causa, y el otro efecto; el uno primitivo y anterior, y el otro secundario y posterior. Asi, en una neumonia gástrica, como nota muy bien Berard de Montpellier, si los síntomas gástricos han aparecido los primeros, si son predominantes; si los de la flegmasia aumentan ó disminuyen con relacion al aumento ó disminucion del elemento gástrico, se podrá establecer que la gastricidad es el elemento primitivo: pues bien, atacando esta, se quitan los demás: este es uno de los mas bellos resultados de la análisis clínica.

Habla Sarcone de una epidemia de pleuresia biliosa en la cual se presentaba al principio muy vivo el dolor, mientras que no se desarrollaba la inflamacion hasta tres dias despues: combatiendo el dolor por medio del opio, hizo abortar una enfermedad casi siempre mortal. El dolor era en este caso un verdadero elemento primitivo con relacion á la inflamacion la cual determinaba. Transcurrido el tercer dia de la enfermedad, cuando estaba desarrollada ya la inflamacion, no siendo entonces el dolor sino un síntoma de la flegmasia, no solamente no cedia al opio, sino que era inútil y hasta dañoso.

¿Qué práctico ignora las inmensas dificultades que las mas de las veces ofrece el tratamiento de las calenturas agudas? El médico, privado de los auxilios del método analítico de los elementos, es, ante una calentura aguda difícil y complexa, como un marinero sin brújula y sin carta de marear en medio de las agitadas olas del Océano; errante al

acaso entre el flujo y reflujo de síntomas que se siguen, se suceden, se combinan, se mezclan, se confunden, y ofrecen la imágen de un impenetrable caos. Muy dichoso será entonces aun si puede coger y combatir con alguna ventaja los síntomas y accidentes culminantes de la enfermedad general!

Dos palabras, por último, sobre el método analítico por vía de esclusión. Este método se asegura naturalmente mas con el de los elementos, consistiendo en analizar y en cierto modo disecar, síntoma por síntoma, los casos complexos y difíciles en que los elementos se hallan en estado de confusión ó de mezcla casi inseparable. Con el auxilio de este método, esclúyense sucesivamente todos los síntomas ó elementos no indicadores hasta encontrar algo de positivo ó de moralmente cierto, es decir, un elemento indicador. Un solo ejemplo hará comprender mejor este método eminentemente práctico de lo que lo hicieran largas é inútiles esplicaciones. Ved ahí el extracto de una memoria que nos dirigió en calidad de consulta, hace unos diez ó doce años, un profesor muy apreciado y sabio.

La señorita N., de edad 23 años, de temperamento linfático nervioso; desde mucho tiempo, como resultado de malas digestiones, gozaba de poca salud, y estaba espuesta á frecuentes, largos y casi continuos catarros, flujos crónicos, vómitos despues de comer, etc.; amenorrea, leucorrea frecuente, y mas tarde hematemesis; vómito de toda clase de alimentos, dolor abdominal, deposiciones raras, pero melénicas; enflaquecimiento considerable, etc.

Siguieron todos estos síntomas durante algunos meses con dolorosa persistencia, á pesar de un tratamiento antiflogístico constante, compuesto de una alimentacion y dieta tenuisimas, muchas aplicaciones de sanguijuelas en el epigastrio, en el abdómen ó en el ano; baños de asiento, fomentos y lavativas emolientes y bebidas dulces ó acidulas. Mas tarde, no produjeron mejor efecto los narcóticos, los derivativos ligeros, que consistian en baños sinapizados, aplicacion de la triaca, de pez de Borgoña, ú otra en el abdómen, etc.

Transcurrido algun tiempo, modificanse los accidentes: la pirexia es casi nula, se ha disminuido la hematemesis, pero no ha cesado enteramente, pues que se renueva casi todos los dias; los vómitos son muy abundantes, diarios y duran comunmente las dos terceras partes del dia, siendo de materias viscosas, biliosas, amarillas, verdes, amargas, insípidas ó agrias. La nutricion es imposible: la menor cantidad de leche de burra, tomada por la mañana, se coagula y es arrojada; el caldo es arrojado igualmente por el vómito, y solo por la tarde se retiene algo de una y otra sustancia que probablemente son digeridas...

El agua de Seltz ha aumentado los vómitos... Tomó un día la enferma un poco de jarabe de ipecacuana que no aumentó el dolor epigástrico, y la enferma ha vomitado menos que de ordinario; sin embargo á la mañana siguiente continuaron los vómitos con la frecuencia y abundancia acostumbradas. Examinado el vientre, no presentó ningun tumor, ni en la region epigástrica ni en la lumbar.—Los ferruginosos, empleados precedentemente antes de la agudeza de los sintomas de la irritacion gástrico-intestinal, probaron mal.

En nuestra contestacion á esta memoria, aconsejamos el uso del hielo, del colombo, aunque en ligeras dosis aumentadas progresivamente; una pocion gomosa laudanizada y bicarbonatada, con otros ligeros medios apropiados, tales por ejemplo como un poco de agua de Vichy á cucharadas, y segun fuese necesario algunas cucharaditas de una mezcla de jarabe de ruibarbo y de ipecacuana, un poco de agua de cal, etc.

Supimos algun tiempo despues que la enferma se hallaba incomparablemente mejor; los vómitos habian cesado desde los primeros días, y desde el instante en que se le administró la pocion calmante y el colombo. No se ha empleado el hielo. El uso del colombo y de los calmantes se ha continuado durante muchas semanas, y la sencilla mezcla ligeramente laxante ha promovido una ó dos deposiciones. En el día, despues de dos meses que se empezó este tratamiento, la enferma come bien de todo, se restablecen sus fuerzas, la gordura empieza á manifestarse y la enferma sale á dar algun paseo.

Reflexiones sobre esta observacion. ¿Cuál es la naturaleza de esta enfermedad?

La hematemesis, no siendo aquí mas que un desvío menstrual, no puede suministrar indicacion directa y local alguna, y en este sentido no debe, en buena práctica, dirigirse á llamar el flujo menstrual por medios directos y locales. Estos últimos serian probablemente inútiles y sin resultado; y si su uso fuese seguido de alguna evacuacion, causaria esta mas daño que utilidad, pues produciria en la enferma un aumento de debilidad. Esta es la razon:

Una amenorrea crónica, clorótica, anémica, como en el presente caso, no puede facilitar mas que una indicacion general. No se puede ni debe pues cumplirse sino por medios generales, como los tónicos, especialmente los ferruginosos, con objeto de volver á la sangre su primitiva calidad plástica, y con una nutricion analéptica y restaurante, á fin de favorecer las funciones hematósica y nutritiva. En la sola circunstancia de una sangüificacion buena y de una perfecta nutricion es cuando se puede restablecer el menstuo, y ser de este modo ver-

daderamente útil y saludable ; no se trata pues aquí de la hematemesis. Procedamos por via de exclusion.

Es menester que el caso que analizamos sea una afeccion escirrosa, ó una gastralgia, una gastrodinia, una gastritis crónica ó en fin una gastro-atonía.—Es evidente que no es un escirro del estómago, porque este escirro llega á tal punto, que obliga al estómago á arrojar toda especie de alimento, hasta la leche de burra, y causa un *enflaquecimiento considerable, haciendo imposible la nutricion*, y no se cura jamás del todo.—Tampoco puede decirse que fuese una gastralgia ó gastrodinia; pues la epigastralgia en el caso de nuestra observacion, habria sido muy ligera, en el supuesto de haber existido. En la gastralgia ó gastrodinia, aunque sean vivos los dolores, la alimentacion es posible, se efectua la digestion de una manera á poca diferencia igual, como en el estado normal, y la nutricion subsiste. Es necesario pues en fin, que la enfermedad de que se trata sea una gastritis crónica, ó una gastro-atonía.

Examinemos pues este último paralelo. ¿Hubo allí gastritis crónica? Desgraciadamente en la memoria no se dice si se notó dolor en el epigastrio, que aumentase ó no con la presion, como ni tampoco dice una palabra sobre el estado de la lengua. El silencio en este punto autoriza á creer que nada se observó de anormal en estas partes. La alimentacion esploratriz nada ha manifestado, ni podido influir para aclarar el diagnóstico, porque la excesiva sensibilidad del estómago (1) ó la inervacion exaltada ó pervertida de esta víscera habian paralizado todas las funciones digestivas, no permitiendo ninguna especie de alimento. Además, la medicacion farmacéutica, ó el tratamiento médico, que es el objeto de la alimentacion esploratriz, ha sido empleado en vano; y en efecto, los antiflogísticos activos, consistiendo en muchas aplicaciones de sanguijuelas en el epigastrio, en el abdómen ó en el ano, la dieta ó una alimentacion tenuisima, las bebidas dulces y acidulas, los emolientes de toda especie, nada de todo esto pudo ejercer influencia alguna favorable sobre la marcha de la enfermedad; y desde entonces se puede racionalmente creer, que un plan contrario ligeramente tónico y calmante, producirá mejor efecto, y precisamente á esto se vino á parar.

(1) Largamente hablamos de la alimentacion esploratriz en nuestra *Terapéutica aplicada*. Bastará decir en este lugar que siempre que los alimentos grasientos ó las sustancias animales y el vino prueben mejor que los lacticiños y los farináceos, existe debilidad del estómago ó gastro-atonía; y recíprocamente, si los lacticiños y los feculentos son mejor soportados que el régimen animal, hay irritacion, ya flegmática, ya escirrosa, ú otra.

Sin embargo, si es verdad que sea la terapéutica el *criterium* de la naturaleza de la enfermedad, será menester concluir, que en el caso difícil y complicado que examinamos no hubo gastritis crónica, sino un elemento atónico, y otro nervioso, esto es, la variedad de la gastro-atonía caracterizada por los vómitos junto con una excesiva sensibilidad nerviosa del estómago. Debíase pues en último análisis concretarse al elemento atónico y nervioso, y aplicarse á cumplir las indicaciones sugeridas por estos dos principios morbosos; y esto es lo que se hizo por medio de los calmantes, opiados, y alguna preparacion tónica especial, como el colombo, etc. Somos de parecer que si se hubiese tomado el hielo, hubiera sido la curacion aun mas pronta.

Aquí terminaremos el capítulo que tenia por objeto la ciencia médica. No se nos oculta que quedan muchísimas cosas que decir todavía en un punto de tal importancia; pero bastantemente se comprende que los detalles científicos y prácticos sobre la *doctrina de los elementos* no sentarian bien en este lugar, y antes fueran muy intempestivos en una obra moral y filosófica. Por lo demás, nos proponemos, si lo permite Dios, desarrollar este importante objeto, demasiado descuidado en nuestros dias. Tal será la materia de un trabajo práctico, destinado á continuar nuestra *Terapéutica aplicada*.

FIN.



# ÍNDICE.

---

	Pág.
PRÓLOGO DE LOS TRADUCTORES. . . . .	5
ADVERTENCIA. . . . .	7
INTRODUCCION. . . . .	9

## PRIMERA PARTE.

### DEL SACERDOTE CONSIDERADO EN TODAS SUS RELACIONES CON LA SOCIEDAD.

CAPÍTULO I. <i>Influencia exterior del sacerdote sobre la sociedad y la civilizacion en general.</i> . . . . .	23
CAP. II. <i>Influencia de virtud, de sacrificio y de desprendimiento del sacerdote en la sociedad.</i> . . . . .	73
<i>Del celibato del sacerdote.</i> . . . . .	103
CAP. III. <i>Influencia de ilustracion y sabiduria del sacerdote en la sociedad.</i> . . . . .	118
CAP. IV. <i>Influencia directa del sacerdote ó del párroco en la parroquia.— Sus relaciones con la autoridad civil, etc.</i> . . . .	163

## SEGUNDA PARTE.

### EL MÉDICO ANTE LA SOCIEDAD.

<i>Reflexiones preliminares.</i> . . . . .	192
CAPÍTULO I. <i>Influencia de moralidad del médico para con la sociedad.— Religion del médico.</i> . . . . .	193
CAP. II. <i>Influencia de desprendimiento del médico en la sociedad.</i> . . . .	224
CAP. III. <i>Influjo de la ciencia del médico en la sociedad.</i> . . . .	236

FIN DEL ÍNDICE.

# INDICE

INTRODUCCION ..... 1  
ABSTRACTO ..... 7  
INDICE DE LOS TRADUCTORES ..... 10

## PRIMERA PARTE

DEL SACERDOTE CONSIDERADO EN SUS RELACIONES CON LA SOCIEDAD

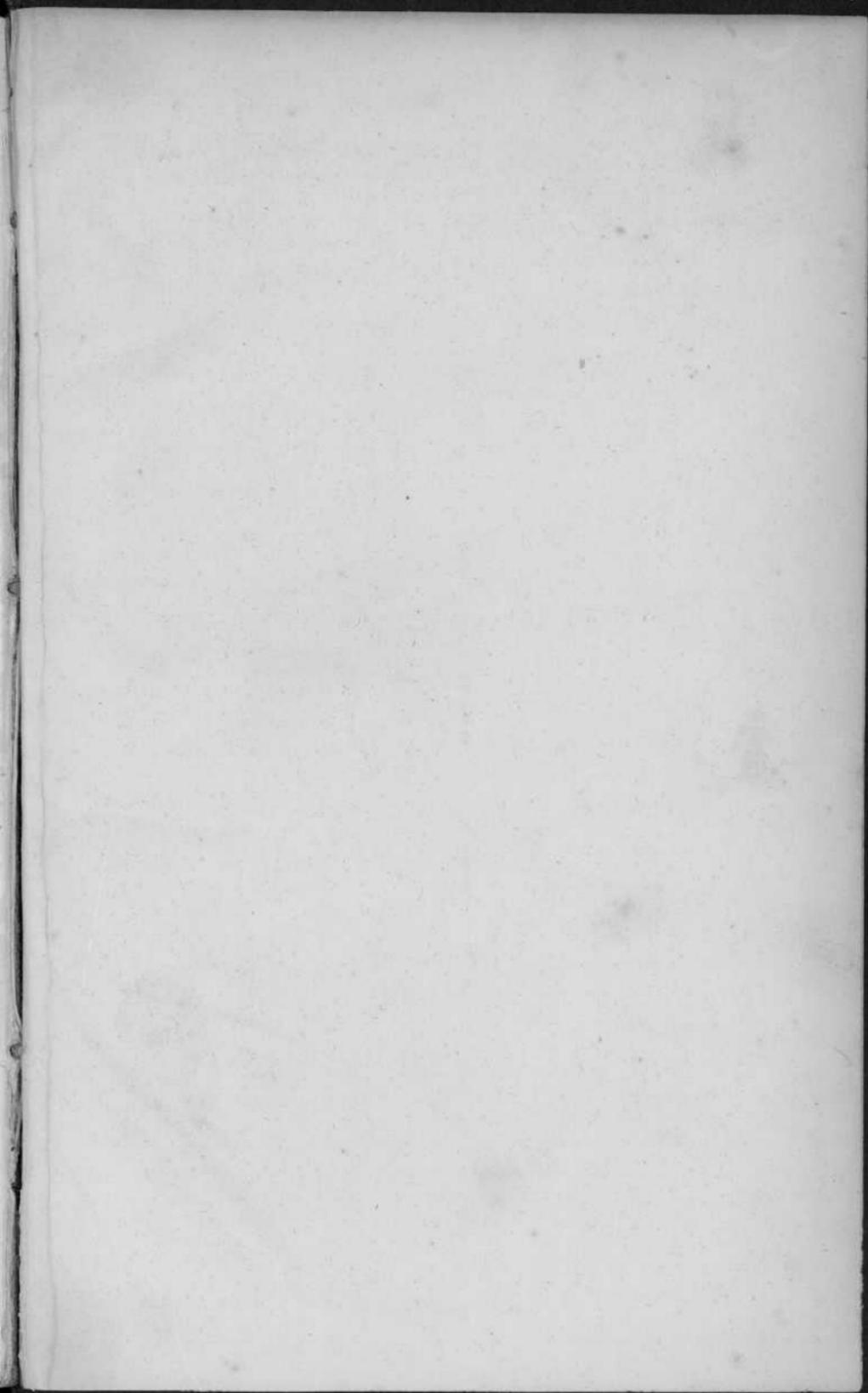
Capitulo I. Influencia exterior del sacerdote sobre la sociedad y la civilizacion en general.....	23
Cap. II. Influencia de ritual, de sacrificio y de dispensacion de los sacramentos en la sociedad.....	78
Del celibato del sacerdote.....	103
Cap. III. Influencia de literatura y sabiduria del sacerdote en la sociedad.....	118
Cap. IV. Influencia directa del sacerdote o del parroco en la patria.—Sus relaciones con la autoridad civil, etc.....	163

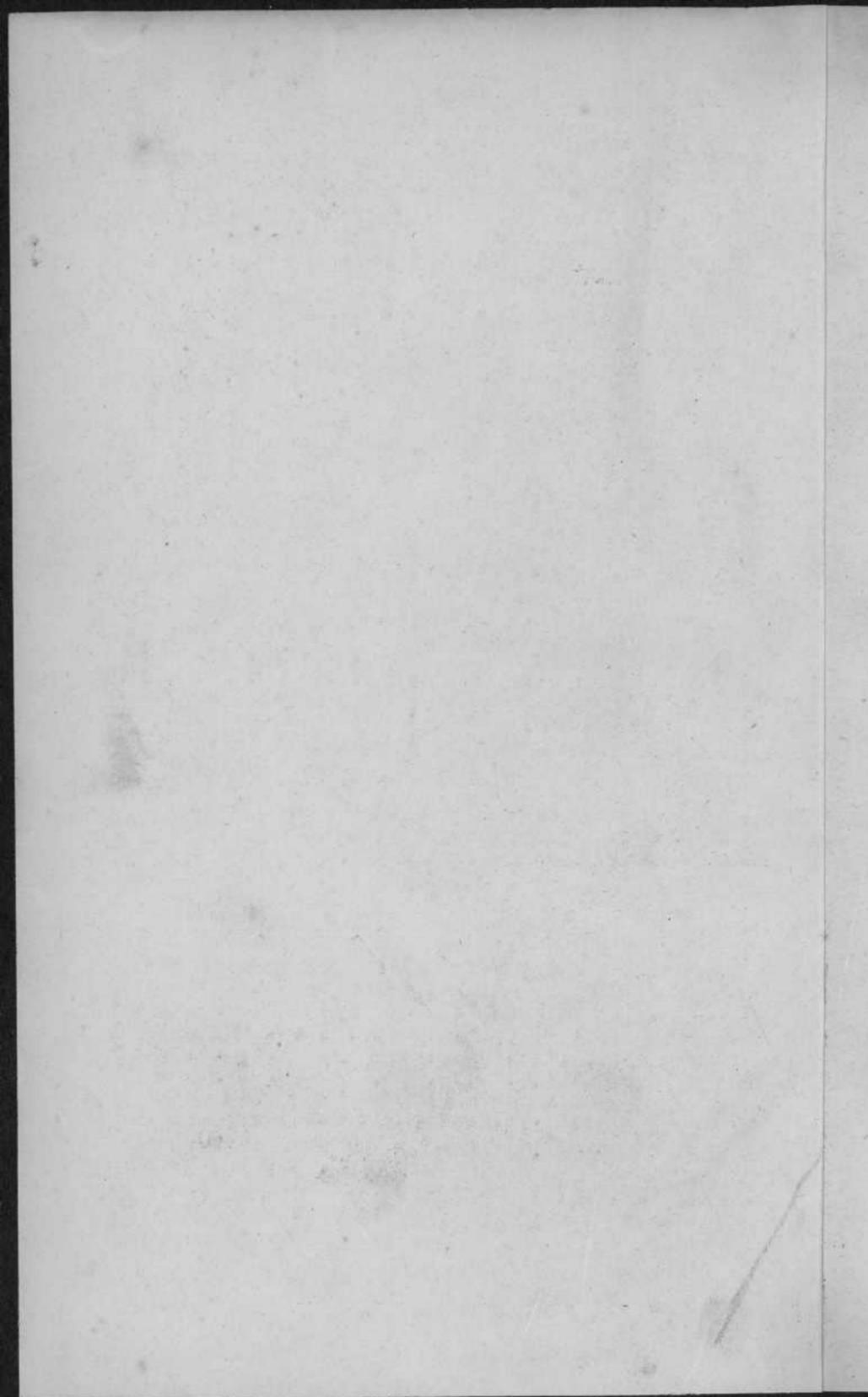
## SEGUNDA PARTE

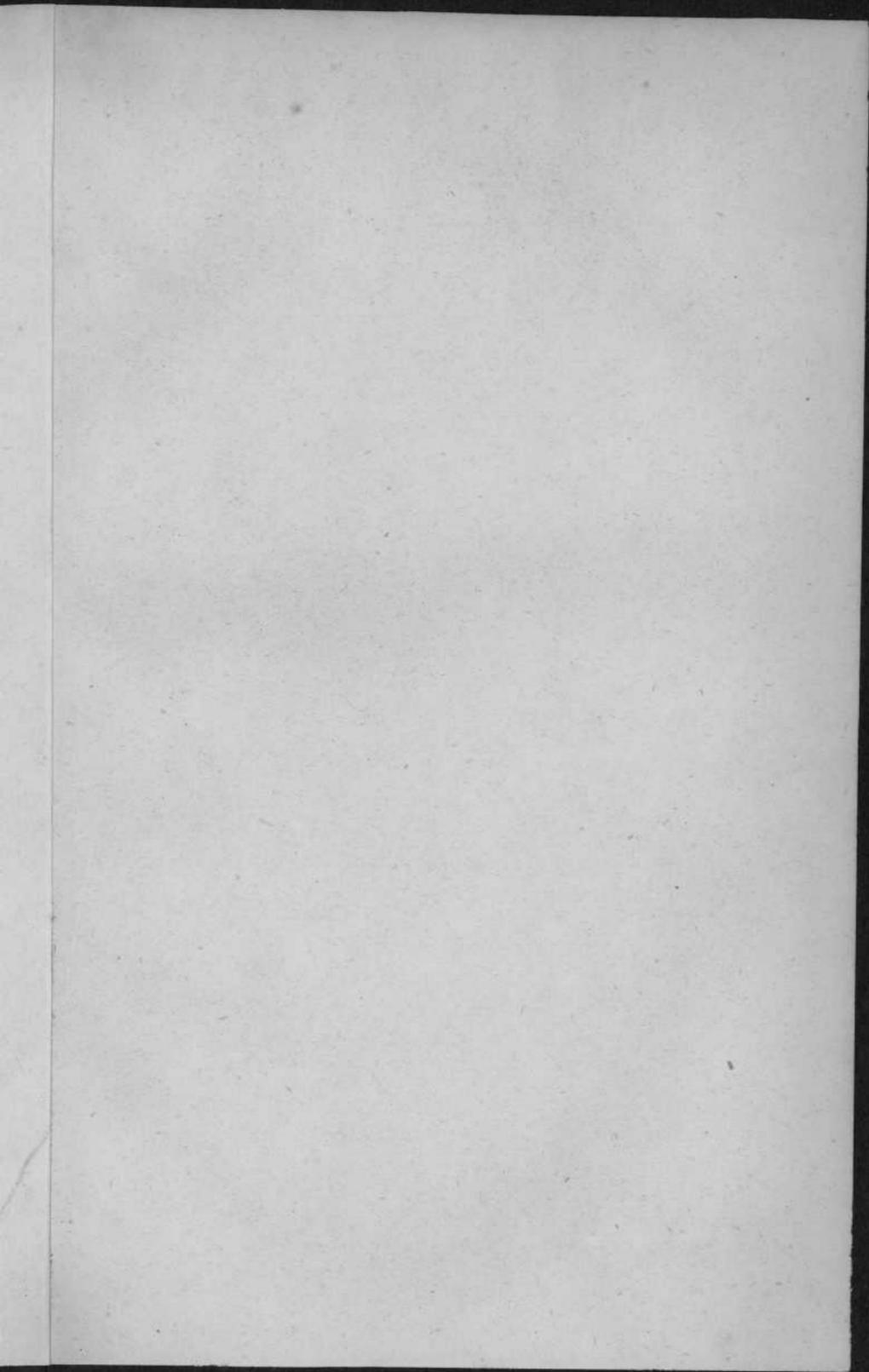
EL MEDICO EN LA SOCIEDAD

Influencias previnientes.....	102
Capitulo I. Influencia de moralidad del medico para con la sociedad — Influencia del medico.....	103
Cap. II. Influencia de dispensacion del medico en la sociedad.....	114
Cap. III. Influencia de la ciencia del medico en la sociedad.....	120

FIN DEL INDICE







7

ESTANTE 8.º

Tabla 6.ª

N.º 7

16



TOBRAS  
DE  
DIEBREYNÉ

15.994